MARIO BRICEÑO-IRAGORRY

Vol. 7

OBRAS COMPLETAS

IDEARIO POLITICO SOCIAL I

(Pensamiento nacionalista y americanista I)

Ediciones del Congreso de la República
Caracas/Venezuela/1990

© CONGRESO DE LA REPUBLICA
Caracas/Venezuela/1990
ISBN 980-231-099-9

MARIO BRICEÑO IRAGORRY

Vol. 7

OBRAS COMPLETAS

IDEARIO POLITICO SOCIAL I

(Pensamiento nacionalista y americanista I)

Ediciones del Congreso de la República
Caracas/Venezuela/1990

COMISION EDITORA

David Morales Bello
Presidente del Congreso

Luis Enrique Oberto
Vicepresidente del Congreso

José Rodríguez Iturbe
Presidente de la Comisión de
Política Exterior de la
Cámara de Diputados

José Agustín Catalá
Director General

Fundación "Mario Briceño-Iragorry"
Beatriz Briceño Picón
Omar Briceño Picón
Miguel Angel Burelli Rivas
María Briceño de Burelli

COMITE EDITOR

Domingo Miliani G.
Rafael Angel Rivas D.
Gladys García Riera
Emma Alemán Stopello

SUMARIO

Pág.

Criterios de selección y ordenamiento del volumen 7 IX

OBRAS COMPLETAS – VOLUMEN 7
IDEARIO POLITICO-SOCIAL I
(Pensamiento nacionalista y americanista I)

AMERICANISMO, NO HISPANISMO 3

EL CABALLO DE LEDESMA 15

PROLOGO DE LA TERCERA EDICION 17
PROLOGUILLO TONTO PARA LA SEGUNDA EDICION 21
El jinete solitario 27
La prudencia culpable 31
La deuda de las generaciones 37
La vida de los héroes 43
La crisis de la caridad 49
El retorno de Bolívar 55
Acerca de la jerarquía 59
Las virtudes del olvido 65
Urbanidad y política 69
La agonía del héroe 75
No temer la libertad 79
Hacia la discordia interior 85
Acerca del voto de la mujer 91
En defensa de Ledesma 95

PEQUEÑO TRATADO DE LA PRESUNCION 99

Pág.

FORMACION DE LA NACIONALIDAD VENEZOLANA 113
Formación de la nacionalidad venezolana 117
La fiesta de la nacionalidad 147

MENSAJE SIN DESTINO 155

Historial bibliográfico del volumen 7 247
Indices del volumen 7
Indice onomástico y toponímico 251
Indice de materias 267

CRITERIOS DE SELECCION Y ORDENAMIENTO DEL VOLUMEN 7

Se agrupan en este volumen 7 de *Obras Completas,* los primeros textos del *Ideario Político-Social* de Mario Briceño-Iragorry, referidos al pensamiento nacionalista y americanista. Es quizás la parte más combativa y polémica de su doctrina.

Inicia el volumen un texto de 1919, no recogido en libro hasta ahora. Se trata de una página juvenil, leída en Mérida, cuando era estudiante del Liceo Anexo a la Universidad de Los Andes, con motivo del 12 de octubre "Día de la Raza". Lo interesante es que el joven Briceño Iragorry exponía en esa página, unos criterios referentes a la cultura española en América, totalmente opuestos a los que serían después, en 1933, sus planteamientos desarrollados en los *Tapices de Historia Patria.* En el texto de 1919, titulado "Americanismo, no hispanismo", se hallan en germen su ideario nacionalista de proyección continental, que habría de ganarle después la admiración y el respeto unánimes de su pueblo, hasta convertirlo en uno de los más elevados árbitros de la dignidad venezolana. Y en cuanto a escritura, ya en esa época pueden observarse rasgos de su inconfundible modo de expresión; tendencia arcaizante, ironía, precisión en el manejo de los adjetivos, etc.

Sigue, por razones de cronología y temática, su famoso ensayo de 1942, *El caballo de Ledesma.* De allí, según muchos de sus lectores, arranca la posición nacionalista con la cual analiza y combate las mediatizaciones coloniales manifestadas en invasiones y asedios que han puesto en peligro la integridad venezolana. Se adoptó, para reproducir, el texto de la 3ª edición revisada y vuelta a prologar por su autor, inserta en *Pasión venezolana.* Queda excluido el *Prefacio* escrito por José Nucete Sardi, para incorporarlo en el volumen de textos críticos sobre la vida y la obra

de don Mario, al final de las *Obras Completas.* Se mantiene, en cambio, el ensayo titulado "Pequeño tratado de la presunción", que el propio autor decidió incorporar a partir de la 3ª edición que adoptamos para reproducir. El mismo ensayo, obviamente, se omite del libro *Mensaje sin destino,* para evitar duplicaciones.

Bajo el rubro *Formación de la nacionalidad venezolana* corren insertos dos trabajos: "Formación de la nacionalidad venezolana" (1945) y "La fiesta de la nacionalidad" (1944). En ambos, Briceño–Iragorry procuraba reivindicar el 9 de septiembre de 1777, cuando la Real Cédula de Carlos III creaba la Capitanía General de Venezuela. El historiador consideraba que a partir de ese acto administrativo por el cual se unificaba nuestro territorio, se debía concebir el nacimiento de la nacionalidad venezolana. Incluso, cuando en 1944 actuó en calidad de Presidente del Estado Bolívar, decretó regionalmente la celebración de la fecha, en cuya oportunidad pronunció el discurso reproducido como segundo texto en la presente edición.

Mensaje sin destino es libro que merece comentario aparte. Sus ensayos fueron publicados inicialmente en una columna semanal titulada "Bitácora", que cada miércoles aparecía inserta en un diario caraqueño. La combatividad y el carácter enérgico de sus críticas produjeron reacciones de contraataque, por parte de personeros que fungían como voz de la Junta de Gobierno, instalada en el poder a raíz del derrocamiento de Rómulo Gallegos y manejada tras bambalinas por Marcos Pérez Jiménez, después del asesinato de Carlos Delgado Chalbaud. En 1951, el industrial Alejandro Hernández, Presidente de una conocida empresa nacionalista, patrocinó la edición en libro, impreso por José Agustín Catalá en su memorable Editorial Avila Gráfica. Inmediatamente la obra asumió la función de un breviario de nacionalismo combativo, particularmente entre los jóvenes que buscaban una orientación en la lucha contra la dictadura de Pérez Jiménez, que ya empezaba a perfilarse. Briceño Iragorry y su libro se erigieron en símbolos morales de aquella resistencia. Posteriormente fue reeditado en varias oportunidades. La vigencia de sus reflexiones y denuncias la ha convertido en una de las obras más populares de su autor.

EL COMITE EDITOR

OBRAS COMPLETAS

VOLUMEN 7

AMERICANISMO, NO HISPANISMO (1919)*

(*) Conferencia leída en la Universidad de Los Andes el Día de la Raza en 1919. Tomado de la 1ª y única edición hecha en Mérida: Tipografía El Posta Andino, 1919. 16 p.

Si vosotros echáis una mirada retrospectiva hacia la historia del mundo, veréis cómo los pueblos desamparados han sido, más de una vez, presa de las potencias, a las que no sólo les importaba poco la condición de aquéllos, sino que les robaban. Ha sido una de las muchas revelaciones aflictivas de los recientes años el hecho de que las grandes potencias que acaban de ser, felizmente, vencidas, imponían injusticias y cargas intolerables a los pueblos desamparados de las colonias que se anexaron; así como tenían por interés más bien su exterminio que su desarrollo, y que su deseo era poseer sus tierras para propósitos europeos, y no poseer su confianza para que la raza humana en esos lugares se levantara a un más alto nivel de civilización.

El Presidente Wilson.

Señores:

Cuando me he preguntado la causa de mi presencia hoy ante vosotros, he hallado que ella obedece a un amplio principio de cultura que hoy priva en esta Ilustre Universidad Andina, donde su Rector actual, el infatigable Dr. D. Diego Carbonell, ha hecho perseverantemente sucederse las ideas más opuestas y los principios más antagónicos, como que es ley de progreso utilizar toda clase de impulsos sin tomar en cuenta su origen y su causa.

Hace un año desde este mismo sitial os habló el culto Diácono Alegretti de esta fiesta, de España y de la raza; hoy tócame a mí dirigiros la palabra y claro que si recordáseis sus frases las hallaríais muy opuestas a las mías, y es en esta oposición donde creo hallar la justificación de mi presencia ante vosotros. Mi antecesor acaso contemplara los sucesos históricos que hoy rememoramos desde el punto de vista de la sociología cristiana, yo, sin entrar a escudriñar si el fundamento de ésta es más o menos débil que el de la sociología evolucionista, aplicaré en mis apreciaciones deducciones de esta última, como que a ella me afilían principios y convicciones acordes con mi manera de considerar fenómenos y obras.

Mas no vayáis a suponer que pretendo pasar ante vosotros como persona autorizada para hacer cambiar credos y razones de que dependiereis, bien sé que me conocéis lo suficiente para no dejaros engañar, pero ningún esfuerzo es inútil, ninguna idea es cosa perdida.

Cuando se estudia un fenómeno a través de la Historia cambia muy mucho su apreciación según los distintos sistemas, siendo harto difícil

fijar la veracidad que en él existe. Eso sucede con la conquista y la colonización de la América Española, a cuyo estudio no abordaremos nosotros en la presente ocasión, pero respecto a las cuales emitiremos, como es lógico, opiniones que creemos bien cimentadas. Nunca ha sido pretensión de quien os habla creerse en condiciones de exponer la última palabra en nada, menos aún en asuntos como el presente, el cual no es objeto de nuestros estudios preferentes, a no ser en lo que se refiere a nuestra Patria joven. Unicamente me mueve el deseo de corresponder del mejor modo posible a la honrosa designación que me hiciera la Dirección del Liceo, anexo a esta Ilustre Universidad.

Señores:

La trascendencia social y política de la festividad que aquí nos congrega no se escapa a la mente del más humilde, pues ella recuerda la hora en que el almirante genovés descubrió para la Corona de Castilla el vasto hemisferio americano, abriendo así a las relaciones mundiales y al intercambio comercial y científico el mundo ignorado de los aztecas y los incas y viniendo a mezclar como en sagrada copa ritual, la sangre del Cid y de Pelayo con la fogosa de Manco Capac, Moctezuma y Guaicaipuro. La heroica España, ataviada de gloria y en la cumbre de sus más altas victorias,

"España a un tiempo mística y chulesca,
flor de verbena y pueblerina rosa,
duquesita sensual, maja goyesca,
moza vaquera de la Finojosa",

tal la recuerda el más alto de nuestros poetas nacionales, agregó entonces a sus dominios la virgen América, desconocida en la mitad del mar, inocente en sus prácticas, mística en sus costumbres y en sus ritos, y entonces la sangre española, la que como Don Fernando Magno, el buen rey

"mandó a Castilla la Vieja,
e mandó a León,
e mandó las Asturias

fasta en San Salvador,
mandó a Galicia,
onde los caballeros son,
e mandó a Portugal
esta tierra jensor.
Apesar de franceses
las puertas de Aspa pasó;
apesar de reys,
a pesar d'emperadores,
apesar de los romanos,
dentro de París entró,"

entonces, sí, esa ciclópea sangre se mezcló a la pura del indio "taciturno, desconfiado y sombrío, de atávica tristeza, que padece en silencio antiguas e incurables amarguras" y aquella fogosa alegría que cantó en Zamora, que ardió en Fernán-González y en los Infantes de Lara, se unió a la melancólica dulzura de los *yaravíes* incas y del *Tzoptizahue* y el *Cruzhoscue* aztecas, surgiendo, con otros elementos, nuestra raza americana, en cuyo homenaje se celebra esta fiesta actual*.

España, señores, nos legó bien poco sin embargo. Acaso no tuviera tiempo para más, pero es el caso de que en nuestro espíritu, aun en formación dolorosa, late muy débilmente el impulso ibérico. La psicología de nuestra colectividad nacional es una mezcla informe de sentimientos diversos, sin líneas definidas. Carecemos absolutamente de una objetividad porque nuestra raza posee un alma heterogénea, producto amorfo de imposible definición. Cuando buceamos en el espíritu colectivo, como bucea el clínico en la complejidad viviente del organismo físico, encontramos débiles huellas de un pasado que fuera impotente sobre la raza. ¡Cuán distante está de nosotros la España de Azorín y de Ricardo León! Esa España alta, ideal, señora de nobilísima prosapia, apenas la conocemos a través de los libros y quizá convencido de ello el novelista Eduardo Zamacois, en ridículas *causeries* que él llama de "acercamiento" y con las cuales sacó unas tantas pesetas de los bolsillos del pueblo de Caracas, vino en propaganda iberista por estas tierras de América, propaganda que no tiene nada de ello sino de

(*) Párrafo de un artículo nuestro sobre el mismo asunto.

comercial. España nos es tan desconocida como Pekín y de ella tenemos un concepto inverso al que debiéramos. Nuestra cultura carece de todo hispanismo porque España apenas nos trasmitiera cosas detestables: la ley de Patronato, los toros y los gallos. Los conquistadores vinieron a llevar esclavos y oro y cuando vieron las pocas condiciones del indio americano para el trabajo, trajeron negros del Africa. Su fin no fue crear una raza nueva ni se tuvo en mientes darnos lo mejor de la raza conquistadora. La religión que se nos trasmitió fue a la fuerza. Recordad la historia de Pizarro y Manco Capac y me diréis, que vosotros como yo, sentísteis cuando leíais de niños ese horrendo relato, odio por la barbaridad de esos "santos" catequistas. ¿Qué tenemos de España, de la España del Cid y de la Alhambra? Nada, absolutamente nada.

Nuestra cultura actual es el fruto de una imitación loca por lo extranjero, un violetismo sin orden. Pensad, y esto corrobora lo que os digo, que la evolución sufrida por la literatura castellana después de la aparición del parnasianismo y el simbolismo francés, se realizó por intervención de la América: fue ésta quien se adhirió a las nuevas corrientes del pensamiento francés y quien después inficionara con ellas a España. I ello lo explica fácilmente una ley de psicología social: España nos trasmitió nada de su alma, y sin ella la herencia de toda cultura es negativa, como lo asienta Le Bon. Las nuevas corrientes de la literatura francesa encontraron una barrera infranqueable en España, pero en cambio en América hubieron de hallar puerta franca, pues posesa de una avidez propia en pueblos sin espíritu definido, se entregó con frenesí en brazos de las nuevas corrientes y ayuna de cultura, buscaba como es natural los medios de adquirirla. Otra prueba de lejanía de España la habemos los venezolanos en la reforma de nuestra legislación. Cuando la República emprendió la obra de codificación que inquietaba a todas las naciones cultas, excepto a Alemania e Inglaterra en el siglo pasado, dejó a un lado las leyes españolas para asimilarse los principios jurídicos asentados en el Código Napoleónico y ya acogidos por la legislación italiana y hasta el Código Civil de 1916 nuestras reformas tienden a la más amplia aceptación de las teorías extranjeras, excluyendo las de España y excepto en leyes penales, que son las únicas que permanecen inquisitoriales y castellanas, nuestros Códigos poco recuerdan los de la Madre Patria.

Yo no pretendo explicaros la razón de la Conquista y la Colonia y la manera de realizarse ellas, sólo he querido demostrar conforme a una ley de psicología colectiva, que no es nuestra la cultura hispana y aún más que España no pudo trasmitírnosla. La unión del ibero con la india americana se realizó de una manera inconsciente y más de uno de vosotros habrá visto expedientes de legitimación de hijos naturales de españoles, quienes en un principio no tuvieron el fin de reproducirse ni de mezclar las razas. Ellos consideraron, acaso con justicia, el desnivel social y vieron que el indio les era desemejante, desemejanza que la teología y la filosofía medioevales eran incapaces de entender, desemejanza que hizo al conquistador considerar al indio ayuno de alma, la que "creó" para ellos Paulo II, tomándola acaso del almacén psíquico de San Agustín. Y ese desnivel existía de la manera más dolorosa, desnivel que después viniera a destruir con la falsa concepción de la igualdad de los hombres la Revolución Francesa, que de ese modo coronó el último esfuerzo del ideal cristiano. Perfección de grado y no de esencia, la del hombre crea como en todos los animales y plantas del orbe, no sólo el desequilibrio de las razas sino el de los individuos unos entre otros. El español llevaba a su favor una herencia secular, herencia que luchó en Numancia contra el invasor, herencia que se embriagó en aromas deliciosas cabe las mezquitas de los Arabes y tejió redes de milagro en la Alhambra y en Torres Bermejas, herencia que se sublimó en las alquitaras del alquimista tenebroso de la Edad Media, herencia en fin que fue urdiendo a través de los tiempos gestas como las del Mío Cid y Garci-Fernández, el hombre de "las más fermosas manos que nunca fallamos que otro omme ove". ¿Y dónde estaba el indio? Bajo, muy bajo; la evolución en él no había realizado ninguno de sus milagros de perfectibilidad y su alma individual permanecía aún encerrada en las redes del instinto animal. La desigualdad creó entonces el proceso de la conquista y la colonización a la fuerza. España se cuidó muy poco de darnos lo que nos faltaba y apenas nos trasmitiera una heredad inconsciente, pero esta heredad, con algunas muy pocas excepciones, fue pésima: los más bajos instintos del conquistador, trashumante y aventurero por lo común, pasaron a la sangre que hoy con orgullo llamamos hispano-americana, pero esos instintos y unos cuantos vicios, como el de los toros que alguien llamara la morfina de España, no son el alma selecta de ese pueblo viejo e hidalgo, que hoy nos quiere dar lo que antes no.

La obra de la colonia es esa: trasmitirnos unos cuantos vicios y prejuicios. La condición social de esta nueva raza, mestiza y heterogénea, era horrenda y no podía más, pero almas selectas, educadas en Europa, llenas del fuego de la Bastilla y ebrias ante la sangre de la Revolución Francesa, emprendieron la labor de vindicar derechos que aún no existían para el indio americano. Llegamos a la Guerra de Emancipación, obra única de los *meneurs*. La Emancipación fue la lucha por una idea abstracta, por un principio metafísico de justicia universal, hijo de la declaración de los derechos del hombre y de la Enciclopedia. Fue una idea filosófica llevada a la práctica. Las teorías contractuales de Rousseau hirvieron en la mente de los Revolucionarios Franceses lo mismo que en Bolívar (Recordad que el ejemplar del *Contrato Social* que poseyó éste era el de Napoleón). Los *meneurs* de nuestra gran lucha, hubiéranse ido a vindicar derechos del negro del Africa si la América hubiese estado libre. Fue una locura de libertad, el paroxismo de una fiebre libertaria lo que ardió en la mente de nuestros héroes: Bolívar pensaba libertar a Cuba cuando el ocaso de Santa Marta. Nuestra emancipación de ese modo es fruto de pura *instigación,* nunca de un movimiento espontáneo de la masa, refractaria a la Independencia o sea a la más bella aventura de una idea. Pueblo que andaba a gatas, muchedumbres ignaras, masa informe de esclavos, la más negra preñez de sombras, aquí el cuadro de la América al alborar el siglo XIX.

Lejos ya, señores, los estertores de la lucha, las angustias de la guerra, el hambre de los días de sitio, aparece en América una muchedumbre de pueblos que tenían libertad. Pero ¿qué eran aquellos pueblos os pregunto yo? ¿Tenían acaso conciencia de sí mismos? ¿Tal vez sabían lo que debían hacer? No. Estaban solos, aislados, los *meneurs* habían muerto, no podían dirigirse, no tenían cómo vivir. La América presentaba el aspecto que hubo de tener la antigua Roma, cuando los esclavos con gorros rojos, emancipados después de seguir el entierro de su señor (América había tocado a muerto en los funerales de la España potencia), infestaban la urbe, asesinando, robando y entregándose a los más locos excesos, que hacían de la Ciudad Eterna un semillero de horror, a lo cual vino a prever la ley *Junia Narbona de manumitionem.*

Aquellos pueblos nuevos, aquellas colectividades amorfas, ignorantes de los derechos que dábales su condición de libres, debieron espantarse

ante el porvenir que se les enfrentaba, obscuro e incierto. No estaban preparados para nada y eran forzosamente condenados a ser pasto de cuatro o cinco hombres, que ayudados por una influencia extraña, podían guiarlos. Surgieron, pues, nuevas colectividades desprovistas de toda cultura. Nuestra patria poseyó en la Colonia la Real y Pontificia Universidad de Santiago, en la que apenas se enseñaba algo bien la Teología y esta en que estamos, obra de Bolívar, antiguamente de San Buenaventura, que confería malamente "títulos diversos a pesar de que *no convenía a la Corona de España que se ilustrase a los americanos,* según reales palabras de Carlos IV"*.

Era dolorosa la condición social de los pueblos "redimidos" y estos, como toda entidad joven, diéranse a la labor de acaparar corrientes diversas. Entonces aparece el prurito de imitación que aún nos invade: de todos se tomó algo, menos de España, la que estaba separada de nosotros por el odio de la conquista y de la Guerra de Emancipación

La creación de nuestras nacionalidades es obra de un proceso doloroso y propio. Desnudos como estábamos cuando llegó la hora de la libertad, dímosnos a la tarea de buscar vestiduras propias: España casi nos dejó con el guayuco indígena, pues para ella éramos pueblos rudimentarios y acaso tuviera razón. Nuestra cultura es el producto de un horrible esfuerzo, la labor ardua de una asimilación y de una imitación locas, pues en la copa ritual donde uniéranse la sangre de Moctezuma y el Mío Cid, apenas encontrose a la hora del análisis amargo brebaje de ignorancia y de miseria.

Señores:

En la vida de los pueblos créese que todo es remediable y acaso en la Historia se ve lo contrario de este aserto. España que durante la Colonia no quiso o fuele imposible darnos mucho de lo suyo, España que cuando gozó de sol a toda hora nos tuvo en noche de ignorancia, nos invita hoy a sentarnos a manteles con ella y ofrécenos del "bon vino" del Arcipreste Juan Ruiz. ¿Qué hacer?... ¿Aceptará o no la América tan real invitación?... O acaso le pregunte ¿y esa galantería de Vuesarced, señora Madre?

(*) Dr. Diego Carbonell.–Mi ofrenda.– 1919.

I es que América tiene fiesta en casa también. Es el 12 de octubre y ella recuerda que tal día como hoy fue puesta en contacto con el Mundo entero, sus pueblos se unen en comunión de ideales y llenos de vida, prepáranse a consumar esfuerzos inauditos. Es fiesta de vida, de alegría, de triunfos, y en España acaso, recordando el día en que se hizo dueña de un Mundo que perdió hace mucho para siempre jamás, los manteles estén salpicados de lloro y el "bon vino" del Arcipreste tenga cenizas funerales. Más que fiesta hispana, ésta es nuestra, de nuestra raza hecha a martillo, a golpe, a dolores. Nuestra América respeta a España y ve en ella a madre avara que diole bien poco, a madre que no supo educarla y que hoy cuando la considera Señora de fecundo vientre, quiere unirla a sus hijos que están en Palacio, en la Alhambra o en Torres Bermejas. Pero América tiene muchas cosas nuevas y es muy joven, para triunfar sólo necesita la unión de sus hijos, de sus hijos que hablan el idioma harmonioso que le enseñó con dura férula la España. En la actualidad sólo necesita de intensificar su vida en el trabajo y en la industria, siguiendo el ejemplo de pueblos nuevos como los del Norte, utilizando el tiempo, sacando la riqueza del suelo aún virgen. Hacerse grande en el esfuerzo, en la lucha. Todo lo tenemos hoy. El porvenir es nuestro. Busquemos el apoyo de los fuertes, de los activos, de los hombres de hierro y ellos nos enseñarán el milagro de crecer, de multiplicarnos. Imitemos los hombres del Norte. Pidámosle al Tío Sam el secreto de la diligencia, para poderlo mirar de frente y no hayamos de levantar tanto el rostro para verlo. Seamos nosotros mismos, autónomos, libres y únicos. Que los americanos, que los que ayer fuimos esclavos de España, seamos hermanos, los miembros de una familia que hubo de realizar esfuerzos horrendos para delinearse. Hagamos de nuestra colectividad heterogénea un pueblo único, el más fuerte que han de ver los tiempos.

De España recibamos lo que nos debe, lo que hoy quiere darnos en pago de nuestro oro y de nuestros esclavos, y acercándonos a ella veremos que tiene más de lo que en nosotros vive de sí, que no son chulos y aventureros lo que florece en su suelo y así nos posesionaremos de lo que ella quiere: enseñarnos que si las circunstancias hicieron que no nos diera nada, no fue por impotencia, pues ella pudo legarnos mucho de sus invalorables tesoros propios y nobilísimos. Culpemos al tiempo.

¡Señores!

EL CABALLO DE LEDESMA
(1942)*

(*) Tomado de la 3a ed. incluida en: **Pasión venezolana.** Caracas: Edime, 1956 (179 p.) pp. 13–91.

PROLOGO DE LA TERCERA EDICION

Tercera vez salen estas páginas en forma de libro, para corresponder al generoso interés que algunos espíritus jóvenes han mostrado por el cuerpo de ideas que en ellas se exponen sin ningún propósito personal de ejemplaridad. Alguien, con intento malicioso, llegó a calificarlas de autobiografía negativa, y cierto que no anduvo descaminado en la apreciación. En ellas, con sinceridad que las disculpa, hemos procurado pintar el drama vivido por muchos hombres de nuestra generación y la angustia de quien, de sus propios errores y de su notoria insuficiencia, quiere sacar enseñanzas provechosas para los demás.

Fue invocado el mito de Alonso Andrea de Ledesma en días nublados para la patria, cuando la amenaza de un ataque alemán a nuestras costas llevó temblores de agonía aun a espíritus juveniles. Se nos pidieron entonces palabras de prudencia ante el problema de la guerra y creímos del caso, por el contrario, desenterrar un símbolo audaz que tonificara los ánimos titubeantes. Finada la guerra en su primera etapa devastadora, pues su vigencia perdura como amenaza de todos los días, quedaron a salvo e intactos diversos conceptos que pueden enseñarnos en la disyuntiva presente del mundo, y con ellos un llamado a la revisión de nuestros propios valores sociales. La polémica provocada por este aspecto de nuestras escrituras justifica que, con las nuestras, hayamos publicado páginas donde otros escritores exhibieron su angustia por los mismos problemas, así algunos miren su inserción como mera prueba de la vanidad a que tan proclives somos las gentes de letras. Un nuevo capítulo, bajo el nombre de "Pequeño tratado de la presunción", ha sido añadido a la presente edición. En él hemos intentado ampliar el tema desarrollado al hablar de la deuda de las generaciones. Presuntuosamente, con galas de erudición que no poseemos, hemos querido

justamente desnudar la tragedia de nuestra presunción colectiva. A nadie intentamos engañar. De lo contrario, bien desengañados de la deficiencia que apuntala nuestra cultura personal, hemos querido indicar el sitio del mal, con la misma buena fe y voluntad de servir con que el paciente tomado de infición epidémica indica a los otros el sitio donde pulula el germen pernicioso. Como el baldado por accidente de tránsito que advierte al novel caminante las quiebras de la vía que forzosamente ha de hacer para ganar la deseada meta. También se sirve con la experiencia de los errores.

M.B.–I.

Caracas, 24 de enero de 1948.

PROLOGUILLO TONTO PARA LA SEGUNDA EDICION

Parientes e invitados habían acudido al viejo castillo para celebrar la llegada del señor, por tantos años ausente, y nadie como el viejo criado sentíase tan feliz y tan dueño de la fiesta. La guerra había sido larga, y al final de ella los enemigos lo habían reducido a duro cautiverio, de donde tornaba, si lleno de vigor espiritual, con las notorias huellas del tiempo indomable. Felices estaban los hijos y los nietos, felices estaban las nueras y sobrinos, felices los innumerables amigos. Pero al viejo criado nadie ganaba en la expresión del alborozo. Tal como si él fuera el eje de aquella espléndida expansión de regocijo. El viajero refería sus hazañas heroicas en la guerra, y sus días dolorosos en la cautividad. Y su palabra, mesurada y justa, contrastaba con el inquieto parlotear y el júbilo infantil del añoso criado. Tal fue la alegría y la importancia que cobró en la fiesta el humilde servidor, que hubo invitados curiosos que le rodearan para participar aquella franca y sencilla complacencia.

–¡Ah, sí! Yo estaba en la torre del castillo. No se le estaba esperando. ¡Señor, si todos lo dábamos por muerto! Cuando veo venir un extraño jinete en lenta mula. Le eché los ojos encima y... ¡Dios, lo que vi! Si era él. Si era don Mauro. Después de tantos años. Después de haberlo rezado por difunto. Y me di a gritar. Y también lloré. Y salí al camino a recibirlo. Y le ayudé a apearse y a quitarse las espuelas. ¡Qué grande es el Señor!

El viejo criado había dado la voz del retorno del señor, y ahí lo tenían ustedes, con su alegre simpleza, celebrando aquel regreso como si él mismo hubiera librado la batalla del rescate o resucitado al muerto.

El papel del criado optimista me calza bien en el reencuentro de Ledesma. Me tocó verlo venir y anuncié a quienes no aguardaban su regreso que estaba el señor a las puertas del castillo. Ninguna otra vela me toca en este caso afortunado.

Ledesma ha regresado en una hora de alegría y de esperanza de la Patria. Y también en una hora de inquietud y de zozobra ante el peligro que representaron los nuevos piratas de la cultura. Ha llegado como símbolo de nuestro propio deber social, y las modestas escrituras en que di el aviso de su nueva presencia en la República merecieron una acogida que nunca sospechó mi intento primigenio. Ledesma ha sido un feliz motivo para la fecunda polémica con nosotros mismos. Se ha escrito alrededor de este gran símbolo olvidado, y hasta poetas han celebrado su caballo. Hoy, con nuevos temas, salen al público estas hojas, y con lo propio del desmirriado autor van páginas de distinguidos escritores que han sumado sus voces entusiastas al movimiento polémico promovido por el recuerdo iluminado de nuestro héroe más antiguo. Y si alguno juzgare demasiada la vanidad de mi actitud, sirva a disculparla la cándida alegría del criado de mi historia. Y si petulancia vieren mis mismos compañeros en el tono de mis frases, para enseñarme, como buenos médicos, a curar la mía, denme, generosos, el ejemplo de apearse de la suya.

M.B.–I.

Angostura, abril de 1944.

¡Oh tú, sabio encantador!, quien quiera que seas, a quien ha de tocar el ser cronista desta peregrina historia, ruégote que no te olvides de mi buen "Rocinante," compañero eterno mío en todos mis caminos y carreras.

(DON QUIJOTE, a su primera salida).

EL JINETE SOLITARIO

"Solo Alonso Andrea de Ledesma, aunque de edad crecida, teniendo a menoscabo de su reputación el volver la espalda al enemigo sin hacer demostración de su valor, aconsejado, más de la temeridad que del esfuerzo, montó a caballo, y con su lanza y adarga salió a encontrar al corsario, que marchando con las banderas tendidas iba avanzando a la ciudad, y aunque aficionado el Draque a la bizarría de aquella acción tan honrosa, dio orden expresa a sus soldados para que nò lo matasen, sin embargo, ellos, al ver que haciendo piernas al caballo procuraba con repetidos golpes de la lanza acreditar a costa de su vida el aliento que le metió en el empeño, le dispararon algunos arcabuces, de que cayó luego muerto, con lástima y sentimiento aun de los mismos corsarios".

Así, en su procero estilo, describe Oviedo y Baños la muerte solitaria y heroica de aquel Ledesma insigne, que se irguió para ejemplo de defensores de la Patria, cuando en las postrimerías del siglo XVI Amyas Preston, con sus huestes corsarias, entraba en la ciudad para arrasarla sin piedad.

Enjutò, en su añosa contextura que resistió el bravo batallar de la conquista, el indomable hidalgo no miró a la muerte sino a la dignidad de sù persona, y volando la pierna, en un último esfuerzo de hombradía, al viejo caballo de que se acompañó en los agrios trajines de las fundaciones, salió, como nuevo cruzado, a enseñar una lección de ámbito perdurable. Ambos a dos habían deambulado por las soleadas llanuras de la Mancha. El era de la poco numerosa, pero sí indestructible, familia de Alonso Quijano. Con las aguas del bautizo había reafirmado

el parentesco espiritual con tamaño padrino. El caballo venía de la raza de *Rocinante,* con seguro entronque en el linaje de *Pegaso.* Para tal hombre, tal cabalgadura. El héroe dignifica la bestia hasta hacer con ella la unidad simbólica del centauro. No se puede pensar en el sacrificio de este iluminado sin que aparezca el recuerdo del sarmentoso corcel, de andar pausero, que apenas puede aguantar el peso de las armas con que iba ataviado el viejo extremeño, a quien no rindieron la copia de años que nevaban su cabeza y su barba caballerosa.

Si Ledesma cimentó larga estirpe en cuyas ramas figura nada menos que el egregio Triunviro Cristóbal Mendoza, su caballo dejó prole que, saltando sobre los ventisqueros de América, supo ganar la ancha punta de nuestras perpetuas armas republicanas. Fue el caballo simbólico de la temeridad homérica, hecho a soportar no a hombres "guapos y audaces", sino a hombres valientes y de carácter; no a hombres con sogas para la cacería de sus semejantes, sino a espíritus dispuestos al permanente sacrificio por la libertad.

Viejo caballo que en la mañana de nuestra vida ha servido para nuestros juegos infantiles: manso y noble con las damas, sumiso como galgo cuando siente la carga leve de una inocente criaturilla. En nuestras casas está, rumiando en silencio el pienso siempre fresco del ideal, sin relinchos que delaten su presencia, pero presto a resistir, en una resurrección milagrosa, el peso de jinetes que hayan lavado el ánimo para la muerte. Sobre su lomo no se asientan caballeros de mohatra. ¡Para éstos están los vientres de los caballos troyanos!

Y el viejo corcel de Ledesma reaparece hoy sobre la faz de nuestra historia con su ímpetu de mantenido frescor. Los nuevos filibusteros –ladrones de espacio y de conciencias– andan entre las aguas de la Patria, amenazando nuestra economía y ultrajando la dignidad de nuestros colores. Como en los viejos tiempos de la piratería colonial, su anuncio ha asustado aun a los *guapos,* y en muchas manos ha corrido ya el frío sudor del rendimiento. La fe ha empezado a flaquear en el ánimo de quienes sólo tienen premura para el hartazgo, y más de un agazapado, más de uno de esos traidores vergonzantes, suerte de Esfialtes de bajo

precio en perenne trance de entregar los senderos de la Patria, se han dado a la tarea infamante de esparcir, como salvoconducto para el enemigo, las consignas del miedo pacífico y entreguista.

Bajo los mares, protegidos por la ola pérfida con que doblan el mérito de la traición, andan los nuevos filibusteros. Vienen a destruir nuestra quietud doméstica y a detener el impulso de nuestras fuentes de producción. Realizan, más que una tentativa de invasión bélica, una manera de atemorizar a las masas de convicción quebradiza. Por medio de esta nueva táctica de doblegar antes de la lucha las resistencias morales de los pueblos, pretenden sembrar el pánico y crear una conciencia paralítica, muy capaz de olvidar la propia esencia pseudo-filosófica de las doctrinas que forman el evangelio de los bárbaros. ¡Bárbaros de doble responsabilidad por la cultura que pudiera representar su raza de genios!...

"No tenemos armas suficientes, y nuestras costas desguarnecidas harán fácil la penetración del enemigo. Nuestra actitud ha de ser la quietud indiferente de quien sólo es campo de experimentación de opuestos imperialismos", pregonan los que sirven a los planes del pretenso invasor. Por ahí andan enredados los traidorzuelos que miran sólo a complacer a los alquiladores de conciencias. Es necesario mirar más allá del valor de las cosas. Es necesario discernir entre la explotación de la riqueza material y la asfixia del espíritu. Es necesario pensar en la paz, no como técnica de quietud, sino como sistema de holgura moral. Paz ¿y se niega el derecho a la libertad y el derecho a pedir justicia? ¿Paz bajo los símbolos de Hitler y de Himmler? ¿Y qué paz?...

Para los que flaquean, para quienes dudan del triunfo final de la justicia, para aquellos que parecen anunciados de la muerte de Dios, está la lección de los hombres antiguos. ¡No vendrán los bárbaros! ¡Jamás pisarán el suelo de la Patria, si no es para buscar en ella el sosiego después de la derrota! Mas, si llegaren, ahí está el viejo caballo de Ledesma. Sobre su lomo no es segura la derrota del invasor. Está cansado y apenas puede soportar el peso del temerario jinete. Pero él, pese a la ceguera de que ha sido tomada la pupila vigilante, tiene baquía de los caminos que conducen con éxito a la dignidad de la muerte. ¡Vivir

libre o vivir muerto! Porque es vida la muerte cuando se la encuentra en el camino del deber, mientras es muerte la vida cuando, para proseguir sobre la faz semi-histórica de los pueblos esclavizados, se ha renunciado el derecho a la integridad personal.

Con el recuerdo del tardo caballo liberador de nuestro glorioso iluminado, armados como de eficaz medalla que nos libre del peligro del miedo entreguista, dejemos a la eficacia del Gobierno los problemas de nuestra política de fuera y volvamos nuestro rostro y nuestra voluntad a los problemas de lo interior. Miremos hacia la tierra ancha y desolada, de donde nos puede llegar, si lo buscamos, el recado de boca que conjure la amenaza cierta del hambre por venir. Probemos, como los viejos griegos, que hay en realidad una sinonimia moral entre el oficio de agricultor y el arte de la ciudadanía. Junto al aprontamiento de voluntades para engrosar los cuerpos armados que reclame la defensa de la Patria, alistemos un otro ejército, donde tienen sitio hasta los lisiados, para luchar contra la tierra bravía y reseca, clamorosa de riego de humano sudor para vestirse de opulentas cosechas. ¡Y que haya en ella también, junto a los huertos preñados de verdura, verde la hierba para el terco caballo de la final liberación!...

LA PRUDENCIA CULPABLE

Mi buena y generosa amiga: Hubiera preferido oír de sus propios labios las palabras escritas, como usted dice, a las volandas, antes de tomar el camino del interior. Pero se las agradezco muy mucho, así me haya dicho, acaso en medio de una de esas inequívocas sonrisas que tanto lucen en sus labios, que hago el idealista y el soñador al proponer el viejo caballo de Ledesma como símbolo de trabajo en este momento de "acción". De "bachiller en nubes" me calificó en cierta oportunidad un mi compañero que se creía autorizado a burlarse de mis espejismos, por la simple y sólida razón de haber él logrado poner sù nombre a una fortuna que le amaneció sin trabajo a la puerta de la casa.

Bachiller o doctor en nubes es título que no me desagrada, ni menos el hacer, como usted dice, el idealista en esta hora de inquietud y de zozobra. Sin embargo, el símbolo de Alonso Andrea de Ledesma es de un profundo realismo y de un alcance por demás moralizador en el plano de los hechos. Ledesma es la imagen del hombre que no teme quedar ingrimo para seguir pensando consigo propio. Del hombre que no vuelve a mirar a su lado en busca de vecinos en quienes afincar la fe de sus conceptos. Es un símbolo muy de cultivarse entre nosotros, donde el mostrenco individualismo sólo ha tenido una función disolvente de dividir y de destruir, mientras las conciencias, acuciadas del lucro y en un afán de llegar al momento de las albricias, se suman en forma de rebaño y sin acuerdo cooperativo tras las consignas que aparecen más cercanas a los gruesos réditos.

La actitud de quien no teme la soledad, o la busca llegado el caso, no desdice, de otra parte, el sentido de cooperación que se requiere para

toda obra social. Se sirve al bien común aun por medio de actitudes que en un momento de desgravitación de la conciencia colectiva pudieran tomarse como contrarias al bienestar de la comunidad. Recuerde usted, mi buena amiga, el drama desesperante de que Ibsen se valió para contradecir los ataques que una sorda moral de algodones hizo a *Casa de muñecas* y *Los espectros.* El sufrido médico a quien se califica de "enemigo del pueblo" por declarar el veneno de las aguas, es símbolo de la valía de un hombre que no busca opiniones aledañas para afianzar su línea concencial, así esa posición solitaria lo convierta en blanco de la baldía asechanza.

No tema usted por mí ni por mi nombre cuando oiga que me llaman idealista y constructor de torres de humo. No imagina cuánto las amo y cómo me defiendo en ellas del peligro de las drogas que los buenos facultativos del sentido práctico propinan para la cura cabal de tamaña dolencia. Es enfermedad de las que tienen su razón y su contra en sí mismas. Es mal tan de desearse como las bacterias que, enfermando los jugos de la vid, los adoban para el mosto que en las viejas cubas se tornará en capitosos néctares.

No intento hacerme ante usted una apología que justifique mi manera de pensar, pero de esas historias, a las cuales su indulgencia quiere que me prevenga, tengo más de un cuento. Sí, mi buena amiga. Más de mil y una vez he oído que se me moteja de excesivo idealismo y de una lerda afición a decir verdades que otros, teniéndolas por bien sabidas, las silencian en obsequio a la prudencia. Al buen callar llaman, Sancho. Sí, bien lo sé, pero siempre he creído en la eficacia de la palabra evangélica que aconseja no poner la candela debajo del celemín. ¿Y una verdad callada no se le hace igual a una luz escondida? La verdad es para decirla a los cuatro vientos, así vaya a estrujar malos planes de quienes, sin escrúpulos, madrugaron al éxito de las cosas transitorias. Con usted misma cuántas veces he hablado de la necesidad en que estamos de poner fin a la larga conspiración de prudencia que desde todos los confines amenaza nuestro progreso social. Mire usted cómo buscamos de engañarnos mutuamente con palabras dichas entre dientes en la recatada penumbra de los rincones. Y las medias palabras sólo sirven para expresar pensamientos sin forma ni sentido, pensamientos falsos,

máscaras de verdades que quedan en el fondo del espíritu avinagrando los ánimos sociales ¡Qué hubiera sido de nuestra Patria con un Bolívar prudente, con un Salias dedicado a disimular las palabras! ¡Si hubo independencia y libertad fue por obra de hombres a quienes, desde los ángulos del cálculo y de la parsimonia, se tuvo por cabezas huecas y lenguas sin gobierno!

Piense usted en nuestro chiste cuotidiano, aparente expresión de anchura y buen humor, y verá que es apenas la burbuja reventona de los vinagres ocultos y malignos. Somos, por lo contrario, un pueblo triste que no sabe reír. Un pueblo intoxicado por el disimulo y la negación. Tememos la verdad con un horror semejante al de los niños ingleses que vieron cómo los primeros aviones alemanes destruían sus hogares limpios e inocentes.

Quizá ese hábito del disimulo y esa terca tendencia a miserear la verdad sean la causa más fácil del temor a pensar por sí solos que asusta a muchos; es decir, del temor a asumir una posición que no tenga en un momento dado el respaldo de quienes reparten las bulas del éxito. Por donde yo invoco el símbolo eterno de Alonso Andrea de Ledesma como expresión de una actitud heroica que es necesario asumir en esta hora de crisis de las conciencias. La fe hasta la desesperación pánica. La fe hasta la soledad absoluta. La fe en la fuerza que aún vive bajo tierra sin apuntar siquiera en la hierba promisoria. La fe que destruya, para el acto salvador, todo el sombrío cortejo de dudas a que nos han acostumbrado nuestros hábitos sociales de vivir a la defensiva, con la conciencia encuevada, puesta en alto una sospecha a modo de antena que recoja y filtre las vibraciones del mundo exterior.

Necesitamos una cruzada contra el silencio. Se ha alabado, y con justicia, la virtud profunda de la meditación. El tesoro de los sabios que callan. Hombres silenciosos fueron Ruysbroco, San Juan de la Cruz, San Pedro de Alcántara, Novalis y Emerson. A las moradas interiores no se llega, es cierto, sino a través de senderos alfombrados de palabras sin abrirse. Sí, mi grata amiga. Pero se trata en este caso de un silencio activo, lleno de imágenes que no hacen ruido, de un silencio alargado por la gravidez que le transmiten las ideas forcejeantes en las palabras

intactas. Silencio de silencios, oro que vale sobre la plata de las frases sonoras. "Mar incoloro del silencio", lo llama Maeterlinck, sobre cuyas ondas flotan, a manera de témpanos, las palabras cargadas de consignas eternas. El nuestro, en cambio, es un callar calculado más que un silencio confundible con la actitud esperanzada de quienes meditan para mejor obrar. Es un silencio de disimulo, un silencio cómplice de la peor de las indiferencias. No se puede callar por prudencia ni en momentos de desarmonía social, cuando la palabra adquiere virtud de temeridad. Menos cuando existe el deber de hablar, cuando el orden político no tiene para la expresión del pensamiento la amenaza de las catástrofes aniquiladoras; entonces es delito todo empeño de achicar las palabras y malévolo todo propósito de destruirles su sustancia expresiva. No tendrán república los ciudadanos que ejercitan las palabras fingidas. Ella quiere voces redondas. Ella pide un hablar cortado y diestro, que huya el disimulo propio de las épocas sombrías, cuando la voz de los amos acalla las voces de las personas que los sufren.

Ese impulso solitario a la verdad y al cumplimiento del deber yo le he visto expresado en el mito de Andrea de Ledesma. Bien conozco las razones que usted encuentra para que él sea desfigurado y a mí se me tome por admirador de fatuos. Se pensará que hago mal en presentar como ejemplo en esta hora crucial de nuestro destino cívico la memoria del anciano sin miedo que salió en las postrimerías del siglo XVI, sólo con su lanza y sobre el ruinoso caballo de las olvidadas conquistas, a batir al invasor que se acercaba a la solitaria capital; mejor haría en pedir que se imitara el talento de aquellos que, no desdeñándose de lucrar con el hambre del pueblo y con el frío de los niños sin abrigo y con la angustia de las viudas miserables, amasan fortunas que les permitirán holgar en medio del hambre y la escasez que amenaza a nuestra Patria. Así lo piensan acaso muchos que, por irreflexiva indiferencia, se hacen cómplices de los especuladores y traficantes. Pero usted no piensa de igual modo. Usted sabe que a la hora del sacrificio hay necesidad de romper muchas cosas. Y nosotros debemos desbaratar, para una vendimia de verdad, las empalizadas de silencio construidas con intención permanente por quienes se empeñan en revivir la carátula de la comedia antigua.

Y mire usted: vienen ellos de atrás y en triunfo con los colores de su farsa. Estuvieron presentes al alba de la República. Y el mismo Bolívar, llevado de su magnífica generosidad y de su gratitud sin distingos, los alabó y los absolvió en la persona ondulante del marqués de Casa León. Desde entonces persiguen las penumbras y las puertas entornadas. Y nada menos que José Domingo Díaz fue quien los vio el 5 de julio de 1811, "ocultos en sus casas osando apenas mirar desde sus ventanas entreabiertas, a los pelotones de hombres de la revolución, que corrían a las plazas" para escuchar la palabra encendida de los animadores de la República, a cuya cabeza se hallaba, estrenando la maravilla de su verbo, el futuro libertador de América. Doctores del disimulo, con un pie en todas las causas, prestos siempre a pactar con quienes garanticen mayores oportunidades a sus ansias de permanencia en el disfrute de los réditos, antes se han hecho sordos a todo patriotismo que pensar en la verdad y la justicia. Vestidos de mil maneras de arreos, han jugado a todos los personalismos con la muelle voluptuosidad de permanencia con que los viejos gatos de la casa miran ausentarse en cada turno a los dueños transitorios entre cuyas piernas se enarcaron adulones. No van a la verdad, que condenan como irrespetuosa al orden social, por cuanto saben que su contacto tendría la virtud diabólica de repetir la historia del Cojuelo: se levantarían muchas cosas y se verían otras más.

En cambio, nuestra misión presente, nuestra obra de balance moral con el Destino, es promover un viraje en ese tipo de navegación. Que hasta el último pasajero ayude a templar las jarcias para mejor resistir el empuje de los aires en la plena mar y, con rumbo valiente, no temer el momento de navegar a orza, con el rostro fatigado por la aspereza de los vientos contrarios, que curten, con la piel, el ánimo de los navegantes.

Y sin querer he hecho una epístola que pareciera dirigida a convencer a usted de una actitud diversa, cuando bien sé que sus palabras revelan apenas una femenina prudencia y miran, sobre la realidad de las razones, a complacer sentimientos muy justos. Sé que usted participa conmigo del mismo pensamiento, así se deje llevar de la ligera opinión de otros amigos. En el presente caso no debió faltar quien comentara con usted lo impropio de invocar el recuerdo del viejo Ledesma en momentos de angustia nacional. Lirismo, manía de hacer historias, despropósitos de

iluso, son palabras que han debido sonar en sus oídos antes de escribirme. Son tantos los que menosprecian las torres de humo, porque nada valen ante los sótanos dorados, sin advertir que sólo por medio de una profunda saturación de idealidad podrá llegarse a una efectiva transformación de nuestro pesado ambiente social. Nada de paradoja. A nuestra realidad la hace intransformable el mezquino practicismo de una densa mayoría que huye esas torres de humo. La sal que anime los ánimos para estas jornadas de energía es sal de idealismo. Porque nos falta fe, alegría, esperanza, desinterés, espíritu de verdad y de sacrificio social. Todas virtudes. Cualidades que no se adquieren por medio de cálculos aritméticos. Situaciones que se avienen más con el idealista que con el hombre práctico y calculador, incapaz de renunciar a nada. Tenemos oro, mas carecemos de virtudes públicas. Con dinero los hombres podrán hacer un camino, pero no una aurora. Y estamos urgidos de amaneceres. Necesitamos un alba nueva. Un alba que alumbre la fatiga de quienes han llorado a lo largo de la noche sin piedad. ¡Y cómo holgará usted con esos anchos amaneceres llaneros! Imaginará que ya apunta el nuevo día que todos esperamos. Goce usted, pues, con toda su exquisita sensibilidad, esa grata temporada de vacaciones. No sabe cuánto anhelo la dicha de poder extasiarme ante horizontes que se pierden y se juntan con el cielo, mientras

> en el aire, en la luz, en cuanto vive
> amor su aliento exhala.

Pido para usted todo género de complacencias, y mándeme para servirla con el rendimiento que merece la altitud de su espíritu.

LA DEUDA DE LAS GENERACIONES

Mi querido José Nucete-Sardi: Cree que muy de veras he holgado con la glosa entusiasta que hiciste a mi carta acerca del símbolo eterno de Alonso Andrea de Ledesma (1). No extrañé tu premura en salir a la jineta tras los pasos del anciano cansado que supo, pese a sus grandes años, erigirse por modelo de caballería para quienes confían en la utilidad de los sacrificios sin vecino provecho. Cervantes, de haber logrado el "salvoconducto" que creyó halladizo en nuestra América bárbara del siglo XVI, hubiera podido escuchar de labios de este Alonso nuestro aventuras y ocurrencias del Manchego que no las conociera el propio maese Nicolás. Porque nuestro Quijote, como el otro, arranca de la misma cepa, es sarmiento de la misma vid fecunda que trae las raíces bien henchidas de la vieja espiritualidad castellana y que toma reciedumbre en la clarísima prosapia de quienes desde los tiempos antiguos han preferido la muerte a una vida de ignominia. En nuestra montaña virgen, cuántas veces hemos tropezado con ese milagro biológico de orquídeas adheridas a la dura roca y que, a pesar de ser sólo alimentadas del húmedo aire selvático, revientan en flores de sin par hermosura. Aire sólo piden, como tales plantas, estos hombres enjutos y audaces; aire, y aire puro, que ventile la conciencia y traiga hasta ella el aliento heroico de la libertad. Viven del aire, como vivió San Pedro de Alcántara, hasta no parecer de puro flacos, según la plástica expresión teresiana, "sino hechos de raíces de árboles". Poco necesitan para el cuerpo: el espíritu les crece, en cambio, con el alimento que baja de

(1) Véase el *Pórtico* de José Nucete Sardi a *El Caballo de Ledesma*, en el vol. *Textos sobre su vida y su obra* en estas mismas *Obras Completas*. (Nota del Comité Editor).

arriba, de las nubes, donde el vulgo los mira en permanente trance de ilusos. No trabajan para engordar, según el siglo, sino para lucrar señorío sobre sí mismos. ¡Y ya tienen dominado el mundo! Figuras simbólicas, mitos magníficos que los pueblos necesitan mirar con frecuencia para volver a la reflexión de lo heroico.

En pocos momentos de nuestra vida, mi querido Nucete-Sardi, hemos estado, como en esta hora angustiada de nuestro presente, tan urgidos de los ejemplos tónicos. Sólo un acto de desvergonzada sinceridad puede mejorar las rutas de nuestro destino social. Necesitamos clamorosamente volar la pierna al viejo caballo de Ledesma y ganar los caminos de la verdad. Los hombres han hecho a caballo, nuestra historia, como si el binomio hombre + animal fuera mejor para guiar las conciencias que el mero filósofo caminante a ras de tierra. Pero muchos se han encaramado sobre las bestias sólo para dominar con mayor facilidad a los hombres de a pie y no para llegar más presto al momento de la creación. Nuestro héroe pensó de otro modo: su caballo concreta un ideal solitario y fecundo. Su caballo representa, junto al símbolo municipal de la defensa del pueblo, el símbolo ancho y perenne del hombre que se sacrifica por el honor, por la justicia y por la verdad; el símbolo sin patria, porque vive en la permanencia de todas las patrias, de aquella intención que, lejos de afincar su poder en la unanimidad de los aplausos y en la plenitud de los réditos de ahora, se reserva para vendimiar frutos seruendos, mas de eficacia perdurable, en los tiempos que vendrán.

Andrea de Ledesma, al no huir la muerte, salvó con ella el honor de la ciudad y edificó para el futuro un ejemplo de altiva vigilancia. Los otros huyeron. Eran los prudentes. Los hombres de la palabra calculada y de los gestos discretos. Los hombres que supieron en sus seguras casas rurales la nueva del saqueo y del incendio del poblado. Por largas generaciones estos hombres asustados han venido diciendo su palabra inoperante al anunciarse para la Patria el peligro de la tormenta. Han sido descendientes espirituales de estos tímidos y prevenidos pobladores, quienes en todo momento han puesto su guijarro decisivo en la votación para resolver la suerte de la Patria. Y sus palabras, pesadas como piedras de molino, han hecho intransitables los caminos que conducen a la hora de los amaneceres.

A nosotros nos corresponde remover piedras y estorbos, y contra los vocablos megalíticos hemos de lanzar agudas y cortantes voces que los horaden y destruyan. Nuestra generación tiene una deuda que saldar con el futuro. Detrás de nosotros vienen jóvenes que esperan nuestra voz curtida de experiencia. Sí, debemos decirles a los cuatro vientos y desde todas las cimas: "¡Sed mejores que nosotros, y si aspiráis sinceramente a servir a la Patria, no os conforméis con imitar nuestra insuficiencia!" Porque nuestra tragedia reside en haber llegado sin llegar. En ocupar sitios que reclamaban mayor aportación de cultura y de responsabilidad. Hemos aprovechado, unos más que otros y sin dolo de nuestra parte, las rutas hacederas en un país sin jerarquías y sin sentido responsable. Somos, debemos gritarlo para que lo aprovechen los jóvenes que nos siguen, figuras postizas que fácilmente se deshacen a los fuertes rayos de la crítica. Es la tragedia de una, de dos, de tres generaciones sin gravedad. Es la farsa de un pueblo a quien se enseñó a calcular como de curso las monedas de chocolate. Nuestro deber con el futuro, nuestra obligación con los hombres que han de sustituirnos en los planos representativos de mañana, es enseñarles nuestros defectos, es mostrarles nuestra pobreza, nuestra falla, nuestro propio dolor torturante. Así ellos podrán mejorar y superarnos. Así aprenderán, por nuestra experiencia sin remedio, a llenar los vacíos que nosotros no pudimos salvar.

Nuestra generación debe saldar esa deuda que viene de atrás. Debe liquidar la herencia que recibimos sin beneficio de inventario. Acaso así gocemos mañana la satisfacción de sentirnos sin compromisos. Podríamos hasta conquistar una nueva alegría. Dejaríamos de ser hombres en continuo trance de asechanza. Porque ese es y ha sido nuestro mejor ejercicio social: cuidarnos de los otros para no dejar al descubierto nuestra flaqueza, y, claro, embestirles de primeros. Nuestra táctica social, por esta desviación de actitudes, no ha consistido en buscar, para hacerlas útiles, las virtudes de los otros; por el contrario, hemos indagado los defectos de los demás a fin de ver la mejor manera de aprovecharlos en beneficio propio. Toda una técnica de política florentina, a que nos ha conducido nuestra pobreza de formación y nuestra carencia de sentido colectivo de responsabilidad.

podemos vocear la verdad de una, de dos, de tres generaciones de formación exigua, a quien tocó el angustioso destino de no haber tenido mejores guías. Es el momento de echar por la borda este lastre que dificulta la marcha de nuestra nave. Ante la imposibilidad de reconstruir el pasado y de enmendar en forma definitiva las deficiencias presentes, digamos a quienes esperan de nosotros palabras responsables la verdad de nuestra tragedia. Así sabrán que nuestra cojez no los habilita para imitarla, menos aún para intentar superarla con la absoluta baldadura. Debemos enseñar a las nuevas generaciones, no el inventario de nuestros pocos aciertos, sino las caídas que han hecho imperfecta nuestra obra personal y, consiguientemente, han impedido que ésta aflore con acento redondo en el campo colectivo. Enseñémosles que el sentido social de la Patria no pide la labor aislada de escultores que cincelan figuras por su cuenta para superar al artista del taller vecino, sino una obra metódica y común, animada de un mismo espíritu creador, que tanto lucra con el genio de los unos cuanto con la experiencia que da el fracaso de los otros.

Esa risa sin alegría, esa carcajada continua con que buscamos olvidar nuestra amargura y nuestro recelo, hemos de sustituirla por un acto de meditación serena y profunda acerca de nuestros compromisos con los hombres que nos siguen. Necesitamos, y tú lo has dicho con precisión, botar los envoltorios de los *temores usureros* para lograr construir puentes que absuelvan los abismos donde fracasan, por falta de amalgama, los obreros de un futuro mejor. Y esos puentes han de tener sus bases bien hundidas en la verdad. Necesitamos proclamar ésta sin temor alguno, y, como de lo contrario, hay un afán de verdad, debemos, como tarea inicial, echar a rodar la nuestra. La verdad de nuestra tragedia formativa. El dolor de nuestra propia insuficiencia. Lo inconsistente de nuestra capacidad ductora en los planos de la cultura. Es tiempo de no seguir diciendo a quienes creen en la eficacia de nuestra palabra: "¡Oíd con atención, seguid mi ejemplo y tendréis hecho vuestro deber!" La lección, si queremos educar a las generaciones que habrán de seguirnos y evitar en ellas la permanencia de los pseudo-mentores, debe ser muy otra. Necesitamos decirles: "Nos juntaremos aquí para estudiar: vosotros traéis la voluntad de aprender, yo os enseñaré el dolor de mi camino y os daré la experiencia de mi angustia, a fin de que os sirva en vuestra

Sobre el caballo de Ledesma, o a la zaga de él y a la jineta, bien dobladas las rodillas, sobre rocín de dura barba, podemos gritar nuestra verdad, obra personal de abriros mejores sendas. Con saber lo que me falta tendréis buen guión para el trabajo vuestro." Así serviremos a la Patria. Así contribuiremos a saldar la deuda de las generaciones. Así habrá en lo por venir hombres más densos y con antenas más finas. Así sabrán mañana quienes se forman en nuestras universidades que con las togas y las ínfulas no reciben patente de corso para el ejercicio de la mentira, sino insignias llamadas a señalar a los portadores del buen consejo. Bien lo dices tú: "No es cultura la mentira." Y que se sepa bien que no es cultura sólo el emborronar papeles y mascujar mal aprendidos discursos: cultura es un proceso de búsqueda y superación del hombre, que comienza en el embolador que lustra los zapatos y va hasta el obispo que absuelve los pecados.

Y que siga, mi querido Nucete-Sardi, nuestro grato dialogar tras la ruta de Ledesma. El va delante, sobre caballo de baquía en estas agrias sendas. Aun sobre tardos jamelgos podemos darnos a la obra de tomar las huellas que marca su herradura. Que Dios te mantenga en tu fe y en tu esperanza. Ya hablaremos en otra ocasión de la caridad. Esta es hoy también virtud en crisis.

LA VIDA DE LOS HEROES

Mi buena y generosa amiga: ¡Magnífico regalo el de su carta! La esperaba de largos días. ¡Cómo me complace saber que usted vuelve a sentirse niña a compás que su espíritu se hunde en la ancha sabana guariqueña! Me explico sus deseos de correr; también los siento yo cuando imaginativamente viajo por esas anchuras desde la reducida sala de mis libros. Porque se viaja dentro de los cuartos. ¡Y mire que se va lejos!

Vuelve usted a decirme que considera inútil el símbolo de Ledesma en una hora que reclama acción e insiste en creer que muchos tomarán mi intento sólo como simple afán de historias. Sin embargo, y a manera de consuelo para mi fracaso en el propósito de servir a la urgente necesidad de la hora nacional, me dice que apenas la literatura me agradecerá la aportación de un símbolo más. ¿Y qué otra cosa quisiera yo, mi buena amiga? No se trataría tampoco de crear un símbolo nuevo, sino de despolvar un símbolo olvidado, un valor nuestro que se quedó a la zaga en un recodo de la leyenda y al cual, si es cierto que volvieron algunos escritores, no se ha dado hasta el presente el precio que reclama en nuestra simbología patriótica.

Ni podría, de otra parte, pretenderse más. No imaginará usted que me anime la idea de ver salir a nuestra pobre y explotada gente, sobre caballos cansados, a luchar contra los mercaderes de todo orden que

hacen cada día más difícil nuestra vida. Así merezcan ellos que se les quiebre un cuento de varas en la espalda, no es tal lo que se busca con Ledesma. Nada de materialidad. Esas varas, en todo caso, quien pudiera quebrarlas sería la autoridad encargada del orden social. Se busca sólo alentar una idea de fe, un sentido de noble desprendimiento, una conciencia capaz de vencer el miedo de las actitudes solitarias. Sobre todo, un designio de ir a la verdad. Un sentimiento de deber y responsabilidd ciudadana. Puede decirse que el mito de Ledesma incorporaría a nuestro ideario común gran porción de las virtudes que nos faltan.

Todo lo que vive en el Quijote lo tenemos a mano en este buen Alonso nuestro. Sin el ámbito del manchego, el de acá tiene el mérito de haber realizado lo que el otro soñó. Mire usted la diferencia que hay entre ir en alas de la fantasía contra molinos de viento y habérselas solo y ya sin fuerzas para la lucha, con ingleses que no volvían grupas a los gritos de "¡Santiago y a ellos!" con que el anciano procuraba entonar sus lentos pulsos. ¡Quijote, y de carne y hueso! Antes de aparecer escrita la historia memorable de Quijano el Bueno, nuestro héroe conocía las andanzas por tierras castellanas de aquel su deudo mayor, cuyo nombre y cuyo espíritu trajo a nuestra Patria para fundar larga estirpe de caballeros libres. Medite en nuestro símbolo y verá cómo, con incorporarlo a nuestra literatura patria, tendríamos una fuente de edificación moral y cívica.

Pero crea usted que de su carta, sobre el interés que toda ella merece, en especial el vivo cuadro que me pinta del rodeo a que madrugó con sus buenos huéspedes, nada me ha interesado tanto como la posdata. Cierto que casi siempre se reserva lo mejor para lo último y en materia epistolar se recalca lo de mayor interés después de bien calzada la firma. Quizá de su parte no haya habido segundas intenciones; mas la noticia de su festinado regreso, a fin de tomarse el tiempo requerido para el arreglo de un traje negro con que asistir a los funerales de Bolívar, me trae al cálamo pensamientos que prosiguen nuestras viejas conversaciones sobre el Padre de la Patria.

No haga usted eso de vestir negros ropajes en la hora de la apoteosis de Bolívar. Eso estuvo bien que lo hiciera doña María Antonia y sus deudos cuando el año 31 asistían a las misas por el alma del pariente difunto. Para nosotros Bolívar no figura en la lista de "los fieles difuntos". Bolívar no es un difunto. Bolívar es el héroe permanente y ubicuo. Relea usted aquel concepto de Romain Rolland en su obra crítica sobre Beethoven, donde se refiere al *Adagio assai* de la Tercera Sinfonía. El héroe ha muerto después de la *Coda* del Primer Movimiento, "pero en realidad –dice el maestro– nunca estuvo más vivo que ahora. Su espíritu ciérnese sobre el féretro que la Humanidad lleva a hombros". Lo mismo sucede con Bolívar. El está vivo, y si muchos lo miran como muerto, debemos luchar tenazmente contra tal idea. Bolívar murió para aquellos que quisieron hacerse sus albaceas. Y ha sido durante los largos cien años de nuestra historia republicana, un muerto cuya fama sirvió para dar lustre a todas nuestras deficiencias. Hemos vivido de la gloria de un gran muerto. De un muerto a medio enterrar que, pese a su grandeza, ha despedido un hálito fúnebre en nuestro propio ambiente cívico. Bolívar debe vivir para que no sea un fardo ataráxico sobre la voluntad venezolana. Y ha de vivir en actos nuevos. En gestos de creación. Yo no creo que podamos cerrar con siete llaves, como se pidió para el Cid, el sepulcro de Bolívar. Por lo contrario, creo que no debemos convenir en la segunda muerte de Bolívar. En esa muerte a que ha sido condenado definitivamente por quienes lucran con la evocación de su memoria, a menudo aplicada a cosas que contrarían sus ideales de Libertador. Ni menos aún debemos aceptar que su obra pueda ser sometida a una exégesis calvinista que detenga la parábola de su pensamiento multiforme y dialéctico.

Nuestra Patria ha venido viviendo de la gloria de sus muertos. Hemos sido un país de necrófagos. Nuestros héroes han servido de adormidera cívica para el pueblo engañado. Se les evocó con pinturas de subida ponderación como para embriagar las mentes retardadas. Se ha invertido el propio sentido de la Patria y lejos de ver en ella un panorama de presente y de futuro se ha vuelto la vista hacia atrás para buscarla en un pasado estático. En la escuela se sustituyó la cultura de las virtudes ciudadanas por la permanencia de un rito fúnebre. Y los delitos contra los vivos se expiaron por medio de homenajes a los muertos. Se

sembraron estatuas de Bolívar a lo largo de los caminos de la Patria, mientras los hombres llamados a ser libres, unos soportaban el peso de los grillos y otros mantenían sobre los labios las duras consignas del silencio. Y muchos hasta llegaron a creer en la posibilidad de fabricarse un "familiar" con reliquias del Padre de la Patria.

Para animar nuestra vida social debemos animar previamente a nuestros héroes. Debemos verlos como símbolos vivos. Como entidades morales que necesitan nuestra energía y nuestra intención de ahora, a fin de que sigan viviendo. Son ellos quienes reclaman nuestro esfuerzo. Porque somos nosotros su complemento actual. Los sufragios que harán descansar a nuestros héroes son las obras nuestras en el campo de la dignidad ciudadana. Nuestra gran ofrenda a su memoria es sentirnos colectivamente dignos del sacrificio que los llevó a la muerte.

Debemos ver a Bolívar no como difunto, sino como el héroe que renace para el triunfo permanente y cuya apoteosis ahoga la misma voz de la muerte. Debemos tenerle cerca para escuchar sus admoniciones y enseñanzas y así medir nuestro deber de hoy en el campo de la dignidad humana.

Los grandes muertos forman el patrimonio espiritual de los pueblos. Son el alma misma de la nación. Pero no quiere decir ello que saberlos grandes sea suficiente para vivir sin esfuerzos nuestra hora actual. Quizá sea ésta una de las causas fundamentales de nuestro atraso cívico. Hemos considerado que los méritos logrados por nuestros mayores nos permiten vivir sin buscar acrecerlos. Hemos sido los herederos ociosos de la Historia. Y hemos considerado que nuestra misión principal como pueblo consiste sólo en pregonar a todos los vientos la gloria de nuestros padres, sin pensar que los mayores contornos de esa gloria sirven para hacer más duro el paralelo con nuestra deficiente obra del momento.

Necesitamos a nuestros antepasados en función viva. No en función de difuntos. Necesitamos su ejemplo permanente y no su fama. La fama de Bolívar muerto no es nada ante el ejemplo creador de Bolívar vivo. De Bolívar caminando. De Bolívar trabajando por la dignidad de América. Por ello ni la espada ni el pensamiento de Bolívar es cosa muerta.

Bolívar ni siquiera duerme cuando se trata de la vigencia de su obra. Mas la vigilia de Bolívar reclama, no nuestro deleite de suficiencia ante su gloria, sino la continuidad de nuestro esfuerzo por la Patria. Sirvamos al Bolívar vivo. Al Bolívar eterno, al Bolívar que supo insuflar en nuestra América el espíritu de la libertad y de la dignidad social. Así no sufrirá el dolor de hallar cercados los caminos que él abrió. Porque no debemos olvidarlo: volvieron las cenizas del héroe, mas quedó vigente por muchos años el decreto que lo había expulsado de nuestra Patria. Ausente ha estado su espíritu y sobre los hombros de nuestro pueblo ha gravitado sólo un féretro vacío. Una sombra apenas que ha servido de ropaje para cubrir nuestra deficiencia cívica.

Vista usted de verde, mi buena amiga, para la apoteosis de Bolívar. Tome usted el color de la primavera. El color de la alegría que respiran los vencedores de la muerte. Crea usted que en Santa Marta no murió el Padre de la Patria. Moriría Simón Bolívar Palacios, el hermano de Juan Vicente y de María Antonia. El otro tuvo su tránsito hacia la gloria de los tiempos, donde no hay muertos, donde viven los héroes. Y de verde debe vestir también nuestra Patria, llena del espíritu helénico de la libertad, que hace posible el retorno de los héroes antiguos.

Al regresar usted tendré ya listos los apuntes sobre historia colonial que me demanda para satisfacer la curiosidad de su amiga anticuaria. Mas adelante usted a ella que no crea a pie juntillas en la fraseología de esos señores. El barroco es cosa muy seria. Para entenderlo se requiere algo más que retablos y pilares. Hay que sentirlo a través de las propias instituciones sociales de la Colonia y de los residuos de cultura viva que obran en nosotros, sin que eso empezca para que se pondere el mérito de quienes procuran defender los restos artísticos que lograron salvarse de los negociantes sin conciencia nacional.

Llegue usted en breve y me dará, junto con el placer de saludarla, el muy singular de escuchar de sus labios el relato de esa vida salvaje y tónica que se abulta en su carta, tan bien escrita y tan exquisitamente sentida. Y crea que pido al Señor quiera mantenerla en su guarda y darme a mí salud para estar siempre presto a bien servirla.

LA CRISIS DE LA CARIDAD

Querido José Nucete-Sardi: En nuestra última charla acerca del significado educativo del mito de Alonso Andrea de Ledesma llegamos hasta enunciar el estado de crisis en que se encuentra hoy día la misma caridad. Fue éste el tema que esperamos tratara exhaustivamente en su primera conferencia José Antonio Aguirre, cuando su reciente estada en nuestra capital. Todo el dolor y toda la sinrazón de la guerra la hace arrancar el ilustre presidente vasco de la falta de caridad entre los hombres. Falta de caridad. Es decir, falta de amor. Falta de amistad, que es la expresión, en función social, del afecto humano.

Hay en realidad una crisis alarmante de caridad. Negarlo sería tanto como negar la luz solar. Pero la vemos y reímos de ella. Nuestra misma carencia de conceptos generales hace que muchos tengan de la caridad una imagen usurera de monedas que caen sobre manos suplicantes. Conocí un caballero –¡cuántos de sus iguales habrás conocido tú!– que, aun dándose el lujo de poseer un cementerio privado para aquellas personas a quienes solía precipitar la despedida de este pícaro mundo, era calificado comúnmente como hombre de "gran caridad", en gracia a la costumbre de distribuir, con su mucha ostentación interesada, exiguos dineros entre familias pobres del poblado. La caridad no ha pasado de eso: repartir algo de lo que sobra de la mesa opulenta, así en ella se haya sacrificado una fortuna que bien pudiera hacer la dicha de un barrio y así se haya olvidado para amasarla el dolor de los hombres que, con su trabajo, ayudaron a quienes la gozan sin medida. ¡Y que hablen los puentes de Caracas!

Pero no se trata de la crisis de esta caridad dadivosa y fungible, no se trata de lo que duela a los tenedores del dinero ponerlo en manos de los hombres hambrientos y necesitados. Porque tampoco es caridad esa profesión elegante de regalar, en busca de aplausos y de fama, abrigos por Navidad a niños cuyos padres han sufrido trescientos días de abandono e indiferencia de aquellos que están encargados de distribuir los beneficios sociales. Caridad es otra cosa. Caridad es algo más que fundar "sopas" para ganar concepto de gente desprendida y filantrópica. Caridad es algo más que ese salvoconducto que, a costa de cortos dineros, procuran lucir ante la sociedad pacata quienes se sienten responsables por actos tenebrosos. Caridad es nada menos que lo contrario del odio. Caridad es amor. Caridad es Cristo frente a Barrabás. La caridad es Dios mismo en función social. La caridad es ese amor que mueve, según Dante, *il sol e l'altre stelle.* Pozo de alegría permanente. Expresión de la Divinidad que gobierna el universo. Ella barre toda tristeza. El soplo suyo es para tornar risueños los rostros de aquellos "ángeles tristes" con quienes dice haber hablado Swedenborg. ¡Amor de caridad!

Para los que creemos en el espíritu, ella es fuerza que anima y enrumba la marcha de la sociedad. Es la virtud antimarxista por excelencia. Es el solo aglutinante social que puede evitar la crisis definitiva de la civilización. No se puede negar, sin craso yerro, que el único muro capaz de detener los aires embravecidos de la catástrofe social sea la caridad, por la simplísima razón de deberse a su ausencia de los presupuestos sociales la copia de injusticias que engendran y justifican el odio de los desafortunados, donde toman aliento los huracanes que hacen crujir los pilares de la sociedad.

Virtud antimarxista que no ejercitan ni piensan ejercitar los profesionales del antimarxismo. En apariencia, una paradoja. Pero hay que ver cómo una gran mayoría de quienes atacan las fórmulas de Marx son esencialmente marxistas equivocados. Ignoran el espíritu como fuerza de creación social y profesan, en cambio, el odio como elemento constructivo. Profesan el odio, así como lo escribo, porque no otra fuerza puede moverlos a servir el orden permanente de la injusticia. Y la injusticia es violencia contra la caridad. Su odio se distingue del odio

que anima las revoluciones en que es mudo, reflexivo, de meditado cálculo, frío como el carcelero que remacha los grilletes; mientras el otro es odio de reacción contra el dolor, odio que grita contra la injusticia, odio de la calle. El uno tiene prudencia y lustre, el otro tiene sudor y angustia. Pero ambos son odio.

Quien ama, en cambio, ve en el hombre a su igual, y como a igual lo trata y como a igual le sirve y le protege. Nuestros profesionales del anticomunismo no ven la esencia, no juzgan el balance moral de las doctrinas: poco les importaría la dialéctica materialista si ésta no desembocara, como expresión económica, en fórmulas contra el sistema capitalista que les favorece. ¡Allá los problemas del espíritu! Defienden sólo lo de fuera. Protegen la estructura que les garantiza el disfrute impune de los goces del mundo. Y, como son de una impudicia sin medida, pretenden atacar, aun con las peores de las armas reservadas para las oscuras asechanzas, a quienes pedimos, desde la más honesta de las posiciones sociales, que el orden económico se acerque a los reclamos de la caridad. Es decir, a los reclamos de un sistema fundado en el amor y en la comprensión de los hombres. No en la caridad de las piltrafas. No en la caridad de repartir lo que sobre. Sistemas falsos que sirven a rebajar la propia dignidad de los hombres que reciben los mendrugos. Es caridad de comprensión. Caridad de entregar lo que abunda a quienes lo necesitan. Caridad que escucha aquel consejo sapientísimo de Santo Tomás, según el cual no debemos gozar las cosas exteriores sólo como propias, sino como comunes, y estar siempre dispuestos a comunicarlas con quienes las necesiten *(Summa,* II, ii, 66, i). Caridad de vernos en el espíritu de los demás. Caridad que ilumine los caminos de los hombres. Amor activo que Robert Browning expresó con tanta propiedad en sus versos de *Pascua y Navidad,* al decir que mayor sentido de divinidad existirá en el gusano vil que ama su terrón que en un Dios sin amor entre sus mundos.

Sí, mayor divinidad, mayor sentido de plenitud espiritual existe entre quienes comparten su pan y su palabra insuficientes que entre los sordos caballeros de añejo lustre mas de sobrada prosa que, pudiendo servir a manos llenas, regatean y acaparan la justicia y el consejo. Porque la caridad es sentido de solidaridad y afán de distribuir. Distribuir ora cosas

materiales, ora palabras útiles. Porque son monedas las palabras cuando se las ha puesto sentido creador. Cuando marcan rumbos. Cuando no destruyen. Y, sobre todo, caridad es respetar el fuero de la personalidad vecina.

Acabo de tropezar con una maestra de escuela, de profunda religiosidad y de empeño indesviable por la salvación de las almas. Ha hecho un cepillo para reunir entre sus alumnos fondos destinados a proteger las misiones entre infieles. Creo que se trata de sostener un colegio en China. Los niños se desviven por lograr monedas para tan piadosa empresa. Y, sin embargo, he escuchado a esta caritativa redentora de almas ajenas cuando llenaba de improperios, capaces de crear el más irreducible de los complejos, a un alumno retardado a quien se dificultaba la comprensión de un problema de aritmética. Y por ahí anda la caridad en crisis. Se busca el gesto que atraiga la admiración irreflexiva y se olvida el deber cercano. Porque la caridad comienza por cumplir lo menudo, lo casi invisible de la vida cotidiana. Ella, como nexo que une a los individuos, es a la sociedad lo que las cargas eléctricas a los electrones que integran la estructura infinitesimal de la materia. Sin caridad no hay cohesión. Sin caridad prospera la guerra. Justamente es ella lo que Marx olvidó para animar el comunismo que, al final de la lucha de clases, reprimiría la violencia. Es la *dificultad* cuyo remedio Laski apunta como no señalado por el fundador.

Crisis de la caridad es tanto como crisis del espíritu social. Como crisis de nuestra propia cultura cristiana. A causa de ella se abren ancho cauce los sistemas que propugnan la reforma violenta del mundo como un mero problema económico. Ella, la caridad, ha faltado del orden presente, del mundo materialista, epicúreo y lleno de egoísmo que pretenden defender, con principios sin contenido, los marxistas equivocados. Ellos pudieran enterrarse por sí mismos, y nos tendría sin cuidado; ellos podrían ir al suicidio de su sistema y de su clase, y nos vendría hasta bien; mas lo trágico del caso es que ellos se empeñan en arrastrarnos en su fracaso. Aspiran a que sacrifiquemos el porvenir de la cultura en aras de sus intereses caducos. Quieren que el espíritu preste sus fórmulas para defender sus instintos. Buscan dar apariencia cristiana a un orden sin caridad, que es la negación del cristianismo. Y la crisis

llega al punto de lograr que se abran sacristías fáciles, donde consiguen imágenes del Crucificado con que fingir intenciones sobre las puertas de sus tiendas farisaicas. Y Cristo, el Cristo de la Caridad inacabable, sube un nuevo calvario para proteger a estos marxistas equivocados. Y de ahí las alianzas y contraalianzas que hacen aparecer a predicadores de la caridad como cómplices del crimen. De ahí que la misma guerra luzca tintes de cruzada y que el pueblo, confundido, rompa los Crucifijos al desbaratar las tiendas que se ponen bajo su guarda.

Y hay crisis de caridad porque hay crisis de espiritualidad. Todo se valora sobre las mesas de los prestamistas. No tienen curso sino los papeles susceptibles de redescuento. Toda una cultura fundamentada en el hecho económico. Cultura cuyo espaldarazo se recibe en los Bancos y en las Bolsas comerciales. Cultura de éxitos grabados en las letras de cambio. Cultura de diagnosis materialista que se empeña en ser confundida con la cultura cristiana. Cristo no tiene nada que hacer con quienes le niegan en el corazón, así carguen su nombre colgado de los labios.

Ledesma no hubiera quebrado una lanza por la permanencia de estos sistemas utilitarios y egoístas. Vio en el pirata, sobre el amenazador de la riqueza, el hereje que pudiera atentar contra la paz y la plenitud espiritual de la cristiandad colonial. Eran profundas y por demás agrias las disidencias entre el inglés y España. En aquel siglo de aspereza religiosa, se entendía debatir, con la finalidad económica de la piratería, un problema de desfiguración de conciencias. Un problema de fe. Un caso moral de vida o muerte eterna. Para Ledesma, Amyas Preston era un disfraz del Anticristo. Era lo que para todos debiera ser Adolfo Hitler. Pero cata cómo nuestros profesionales del anticomunismo sólo miran el problema con sus antiparras económicas, sin parar mientes en la profunda diferencia de las culturas. Por ello, y esto sirve de causa al disimulo culpable, el orden de caridad que anule las prédicas marxistas ha de destruir previa y fundamentalmente el orden viejo de la sociedad, y supone, según el admirable juicio de Maritain, que "un día la gente haya comenzado a apartarse del presente y, en cierto sentido, a desaparecer de él".

Sólo la caridad puede transformar el mundo y preparar la mañanera aparición de la justicia. Y en el fondo de la mañana, sobre la llanura verde y alongada, la figura de nuestro iluminado luciría como un símbolo de la fecundidad de la justicia y de la libertad. Su caballo es capaz, aunque se nos haya dicho en burla, de conducir a fórmulas idóneas para atar las manos que buscan de amasar fortunas con la escasez que nos angustia. De mí, que se rían. Ya estoy curtido para las burlas. Desde la puerta de mi casa veo, sin embargo, el regreso de los entierros.

Que siempre tengas enjaezado tu jamelgo para poder disponer de él con la premura con que sabían hacerlo aquellos vigilantes caballeros que, a fin de ganar tiempo, solían pararlos, bien arreados, en los mismos aposentos donde dormían con sus mujeres.

EL RETORNO DE BOLIVAR

Alonso Andrea de Ledesma que, caballero en el cansado corcel de la conquista y con la sola ayuda de la lanza enmohecida y de la rodela que su brazo ya no puede sostener, sale en defensa de la ciudad contra el pirata que la asalta, se yergue entre los más antiguos héroes que han regado su sangre por mantener la integridad del suelo nacional; y cuando el concepto de la patria total sustituya la fragmentaria noción que de ella nos presentan las historias populares, en el monumento que perpetúe la memoria de sus fundadores, un nítido bajorrelieve habrá de mantener vivo el recuerdo de este héroe solitario. Tal escribíamos por 1933 al estudiar la formación de las capas sociales de la Colonia. En Ledesma vimos la expresión del esfuerzo afirmativo de la patria nueva que echaban a andar en estas tierras anchas del Nuevo Mundo los aventureros españoles. Patria nueva, cuyo espíritu arrancaba de la península para crecer independiente. Patria que fundiría, para la formación de la nueva nacionalidad, el alma arisca del aborigen y el alma sufrida del negro, llegado a nuestras playas con el grillete al pie y la protesta en el fondo de la callada conciencia, con el alma histórica del peninsular, altanero y dominador. De ahí nuestra tragedia formativa: un pueblo con cultura propia sumado a tribus sin sedimentación histórica y a masas de hombres arrancados, como bestias salvajes, de su lejano marco geográfico. Mas, luchando contra los prejuicios y guiado de no desmentido sentimiento igualitario, el ibero preparó este caos de América, donde vuelve a correr, unificada para una nueva génesis del mundo, la sangre que fue una en las venas de Adán. La sangre de la Humanidad. La sangre del hombre vencedor de las razas. Porque América es el continente llamado a desvirtuar aquel decir de Goethe,

según el cual la Humanidad es un concepto vano y el mundo sólo una reunión de hombres. Porque América es el continente donde se salvará el espíritu.

Y nosotros fuimos la voz de América. Un destino oculto preparó en esta colonia pobre la gestación de los más grandes americanos de los siglos XVIII y XIX: Miranda, Bolívar y Bello. Circunstancias de defensa hicieron que en Venezuela hubièse una organización militar superior a la existente en las otras porciones del imperio ultramarino de España. Y por eso desde aquí se habló más alto y desde aquí se dirigieron las líneas fundamentales de la revolución. Fuimos la voz de América. Hacia Caracas, como hacia una nueva Jerusalén, volvieron las miradas y los oídos los pueblos del hemisferio colombino. Aquí se gestó el gran choque de los tiempos. El pasado de la colonia frente al porvenir de la república. Aquí se escuchó por vez primera el verbo creador de Bolívar. Mas el valle de Caracas era muy poca cosa para aquella voz de fuego. Y se marchó lejos, a medirla con el Tequendama y con el rugido de los volcanes ecuatorianos y con el silbo de los vientos del altiplano andino.

Bolívar se fue, y la colonia, que había reaparecido desde el año 14 hasta el 21, la colonia que había llorado la muerte de Boves y que en *La Guía* celebró a Morillo y con Moxó levantó empréstitos para ahogar la revolución, reaparece con nuevos vestidos para rodear a Páez. El centauro invencible en la llanura ya tiene quien lo dome. En torno suyo, como círculo de hierro llamado a perpetuarse en nuesta vida política, se reúnen los hombres *honrados* que apenas se habían atrevido a ver desde las puertas entreabiertas la marcha de la revolución. Son los hombres del absolutismo fernandino, con las lenguas curtidas de calificar de locos e impostores a los padres de la patria. Y Caracas, la cuna de la libertad, se torna abiertamente en centro contrarrevolucionario. Desde su ciudad natal se empieza a atacar al héroe, en quien se polariza el odio de los que añoran, con sincero afecto y despechados, las juras de Fernando VII. El año 27 Bolívar torna a su solar nativo. Pero ya está sembrada y frutecida la discordia, y es él quien ha de quebrar los principios para buscar en balde el equilibrio de Colombia. No es comprendido en sus propósitos y afanes, y, cuando regresa a Bogotá, donde ahora se guardan los penates de la revolución, ha de encarar con una manera contraria de enemigos.

Se le niega en su propio amor a la libertad. Se le calumnia en sus propósitos de salvar la recia unidad política que fue el más grande de sus sueños de creador. Y mientras allá las furias desencadenadas afilan los puñales parricidas, de acá se le echa como a proscrito de un gran crimen. Es la tragedia del héroe. Es el momento culminante de su gloria. Muere, y su espíritu queda fuera de la patria. Sus ideales desplacen a los directores de la política. Hombres cómodos y rencorosos que no perdonan los sinsabores que les había ocasionado aquella lucha feroz alimentada por Bolívar y, menos aún, las pérdidas sufridas en sus bienes materiales. Hombres dispuestos a retener el poder a todo evento y a quienes sólo calzan bien las ideas que el Libertador expresó como antídoto de la demagogia, cuando imaginó que ésta pudiera hacer presa de Colombia la grande. La triaca amarga que Bolívar indicaba como medio transitorio para curar el mal de la anarquía se quiso ver como el corazón permanente de su filosofía política. Y el hombre de la libertad fue tomado por tutor de tiranos. ¡Y el nombre de quien libertó pueblos se usó como escudo por aquellos que negaron los derechos del pueblo!

Después de cien largos años de exilio, Bolívar reclama su puesto en nuestra patria. No un puesto en el panteón, como difunto venerable; ni sitio en el museo para sus armas e indumento; ni cuadros entallados para su figura inquietante. Ni discursos vanos con que se procura engañar al pueblo y lucir arreos de patriotismo. Tampoco quiere la heroicidad de las estatuas. Pide su sitio en la vida cotidiana. Pide campo donde crezcan sus ideas. Pide horizontes para sus pensamientos deslimitados. Quiere una conciencia fresca en la gente moza. Aspira a que los hombres nuevos sean capaces, como lo fue él, por sobre todo y sobre todos, de volar la pierna al viejo caballo de Ledesma cuando se anuncie la hora de los peligros. Quiere hombres sin miedo a la verdad. Quiere en las nuevas promociones un sentido de inteligencia social que haga posible la realización de sus ideas de libertad y de dignidad humana.

Cuando Alonso Andrea de Ledesma sacrificó su vida en aras de la patria nueva creó la caballería de la libertad, cuyo máximo representante habría de ser Simón Bolívar. Por eso, en estas horas difíciles de la patria, hemos invocado como símbolo de creación el caballo del viejo extremeño. El caballo que conoce los caminos por donde se va a la

misma dignidad de la muerte. Ledesma representa todo el sentido de la patria recién formada. De la patria que empezaba a caminar. De la patria urgida de voluntades que la sirvan sin pensar en la vecina recompensa. Y representa, sobre todo, al hombre sin miedo. Al hombre que se abre camino sin rendir homenaje a la prudencia. Al hombre que sabe romper las consignas culpables del silencio. Al hombre que no teme la soledad de sí mismo. Al hombre que por sí solo es un tratado de agonística.

Sobre el caballo de Ledesma, por cuyas venas corre sangre de *Pegaso,* de *Lampo,* de *Rocinante* y de *Babieca,* se han ganado las grandes jornadas de los pueblos. No sólo tiene mérito el caballo capaz de la victoria entre el ruido de las metrallas, pero también el caballo pausero, a cuyo lomo manso viajan los filósofos. Es el de Ledesma caballo baquiano de los caminos que conducen a la verdad, a la justicia y al desinterés. Tres virtudes que no han hallado verbo que las vuelva a conjugar en nuestra patria.

Honores de mármol pide de la gratitud municipal el viejo iluminado que intentó con su muerte defender a la ciudad de las hueste del pirata. Es el mayor de los optimates que ilustran los anales de Caracas. ¡Y bien que lucirían, a la mera entrada de la urbe, corcel y caballero como binomio de dignidad y valentía! Mas, sobre el mérito de esta consagración definitiva en la vida del pueblo, el caballo de Ledesma pide con urgencia caballeros que lo monten. Pide nuevas manos que guíen las bridas baldías. Pide hombres de fe en los valores del espíritu a quienes conducir, luciendo sus mejores caballerías, hacia los senderos por donde pueda regresar Bolívar vivo. ¡Bolívar vivo, portador en la diestra de antorcha con que se despabilen nuestro sueño y nuestra inercia!...

Caracas, febrero-noviembre de 1942.

ACERCA DE LA JERARQUIA

Mi distinguida y buena amiga: Buena que la hizo nuestro amigo con tomar el atajo de la demagogia para mal interpretar mis palabras. Acórrame el Señor de que llegue yo a pensar según las ideas de que se me hace partícipe; en cambio, por nada temo que tan ligero juicio pueda perjudicarme cerca de quienes saben leer y escribir.

Y lo peor es que él ignora las veces que he tajado mi modesta pluma en defensa de la jerarquía. Y la defiendo desde mi claro y preciso puesto de demócrata de nación, no de oportunidad y conveniencia. Sin que esto aluda a que él pueda pertenecer a ese inmenso grupo de políticos que gastan ideas de lujo para el consumo público, pero que, a la hora de la verdad y de la acción, recurren a los principios que celosamente guardan como más avenidos con el rumbo de sus intereses personales.

Nuestro amigo no ha advertido que por jerarquía yo entiendo orden actual en la lógica selección social. Orden de ahora. No orden que venga de atrás. El imagina que, por no ser yo un descamisado, proclamo y defiendo como jerarquía la permanencia de los valores sociales abultados en los cuadros del tiempo. Los árboles genealógicos y la herencia de capital en función de contorno de los hombres en la cinemática social.

Son conceptos diametralmente opuestos. El uno representa lo viejo, lo caduco de la Historia. El otro es lo ágil, el ascenso, la vida de la Historia. La pura lógica del proceso selectivo que crea la sociedad. Nuestro amigo está acostumbrado a la jerga de nuestros viejos métodos de distinguir a

los hombres. Para nuestro amigo existen las *buenas familias* y no las *buenas personas.* Existe el hijo de don Pánfilo, como una continuación paterna y no como un nuevo valor social que precisa sopesar individualmente. No niego yo que haya familias donde se cultiven las virtudes con más ahínco y fruto que en algunas otras. Hay familias de hombres piadosos, como las hay de asesinos y contrabandistas. Desde este punto de vista hay familias mejores y peores. Pero nuestro viejo concepto de *buena familia* no mira regularmente el contenido educativo de la tradición familiar, sino el prestigio aparente de un apellido. La tradición familiar ha de existir. Es la propia historia de los pueblos y bien debieran pensar todos los hombres en mejorarla y superarla. Ir a más de lo que fue el padre, es esfuerzo que en pequeño debiéramos hacer todos. Es la particularización del propósito general que debe animar a los pueblos por mejorar. Es la propia marcha de la cultura.

En cambio, el concepto que aflora menudamente es el contrario. Se procede con la conciencia firme de que para nosotros ya capitalizaron los mayores. Y de ahí el fantasma de las *buenas familias,* cuyos miembros actuales no necesitan hacer nada porque poseen un apellido. Y éste camina solo. Es el fantasma de los ociosos y degenerados herederos de los ricos de ayer que, sin aportar ningún esfuerzo para su personal pulimento, pretenden ser punteros en el movimiento social. Esto no es jerarquía, y de serlo, sería una jerarquía antidemocrática. Una jerarquía de la mentira permanente.

Nuestra jerarquía es otra. Donde hay un orden, éste debe exhibirse por medio de la más lógica de las fórmulas. Imagine el galimatías que se formaría en la mente de un niño a quien el maestro empezara a enseñar la numeración según el siguiente proceso: 17, 2, 24, 73, 9. El niño que tropiece de buenas a primeras con semejante serie de valores, posiblemente aprenda a pescar gordas truchas, pero no llegará a saber qué sea aritmética. Ahí ha faltado la jerarquía de los números y del concepto del valor. Esta es la jerarquía que debe transportarse a nuestro orden social. Esta jerarquía debe establecerse en la seriación de los hombres. Es la propia progresión de los méritos, la estimativa del esfuerzo y de la capacidad personal.

Nuestra jerarquía, fundamento del orden democrático, mira la hora presente. Mira el valor redituante del sujeto social. La democracia no es el asalto. La democracia no es lo que hasta ahora entendieron muchos capataces políticos: la posibilidad abierta para el "vivo". Nuestro orden social fue en mucho mirado como carrera de hombres audaces y afortunados. No se vio el significado de las categorías formadas por el natural proceso de la cultura. Se buscó al hombre en función orgánica. En función de guapo, de simpático o de rico. No en función de lo que pudiera servir a la propia sociedad. En nuestra selección política se invirtió la sistemática de valorar las bestias. Estas tienen tanto más valor cuanto menores sean sus mañas. Los políticos se han apreciado en función contraria. Y no es mero juego de palabras. No ha dado muchas vueltas la tierra desde que lo oí decir para explicar la posición elevada de un político: "Tiene muchas mañas". Váyase al Diablo la capacidad, ríase usted de las condiciones que ameritan a un individuo. Eso no pesa en el orden de la selección. Pesa la *maña,* la audacia, la simpatía, el golpe de suerte.

Contra esa falsa técnica de selección, va la jerarquía de los individuos en cuanto valen por sí mismos, cosa que empieza a hacerse sentir en nuestro país. ¿Considera usted la tragedia que implica un desacomodo en que el inferior jerárquico se ríe de la incapacidad del dirigente? Y no es pedir leche a las cabrillas intentar que ese orden lógico, que esa jerarquía vertebral se establezca en todo el ancho campo de las actividades sociales. Mire usted cómo en Venezuela sólo han existido tres fuerzas de peso. El Ejército, la Iglesia y el Capital. El Ejército, en que todo expresa jerarquía. La Iglesia, cuya constitución y disciplina interna son el mayor testimonio de lo que vale la organización. El Capital que, por gravedad y cohesión natural, representa el más compacto frente de valores. Fuera de eso, en Venezuela no hay jerarquías ni cohesión de masas. El individualismo disolvente ha corroído toda fuerza de superación y de defensa. Todo está a la buena de Dios. Todo se rige por la ley del asalto y del postizo mérito. Para general no sirve un teniente. El soldado ha llegado a serlo, pero ha tenido que subir peldaño a peldaño. Sus hombros han saludado todas las estrellas hasta llegar al codiciado sol. Se dolía en época de ascensos un mi amigo militar de que a él, sobrado de años en su grado, no se le hubiera ascendido a la par de otros compañeros. Y yo,

para consolarle, no tuve mejor frase que esta: "Pero, en cambio, no has sufrido la derrota moral de ver que un teniente haya sido ascendido de golpe a coronel." En el orden diario de la estimativa civil nos tropezamos, en cambio, con esos tenientitos improvisados de comandantes. Y vemos a la continua doctores bien graduados que reciben normas de conducta de bachilleres aplazados.

Esto parece que lo olvidara nuestro amigo cuando la dio por censurar mi insistencia acerca de la necesidad de que vayamos a la creación de una conciencia de jerarquía como prenda de estímulo en la vida democrática. Jerarquía que encauce la fuerza multitudinaria y valle las explosiones que ocasiona la injusticia. Jerarquía que exhiba el valor de los hombres en sus justas proporciones y promueva, en consecuencia, mayor fe y más ancha confianza en el trabajo social.

La juventud hecha a oír dentro de los muros universitarios prédicas en que se la prometen realizaciones fundamentadas en el esfuerzo y la cultura y que, vueltos los ojos al campo de la vida práctica, encuentra un orden en que existe una escala de valores que quebranta el mérito del esfuerzo personal, tiene, por fuerza, que sufrir un trauma en la conciencia. La alegría se le trueca en desconfianza y disimulo. La honradez se le vuelve mala fe. Y, conforme a una técnica natural de vida, se va a la línea del menor esfuerzo. Pasa a la categoría de los irresponsables.

Y si usted quisiera ejemplos con que convencer a nuestro amigo, yo le sugiero el de Páez lavando los pies a Manuelote. Manuelote no ha muerto. Manuelote, en nuestro desacomodo venezolano, sigue humillando a quienes guardan el propio poder de mejorar el orden social. A quienes, como Páez, pueden hacer repúblicas. Manuelote es la audacia confundida con lo democrático, que se ha creído capaz de dirigir la sociedad. Manuelote, aun vestido a la moderna, es la cabal expresión de la carencia de jerarquía. En un orden más lógico, él debiera lavar los pies a Páez, mientras llega la hora en que cada quien lave los suyos propios. Pero así y todo, mi querida amiga, habrá uno a quien toque el pasajero privilegio de hacerlo de primero. La jerarquía es para fijar, por medio de una disciplina de valores, quién sea el primero en usar el lavatorio.

Para lo que sí está dado y permitido romper la mecánica del orden, es para ir de puntero al sacrificio por la sociedad. Lo heroico en este caso es la excepción. Y que lo diga nuestro viejo Ledesma, cuando animado del deseo de dar ejemplo permanente, salió sobre el sarmentoso caballo de las victorias definitivas, con la risa en "la cara angulosa y cetrina", jugando como "un rayo de sol en una ruina", según lo canta el inolvidable Enrique Soublette.

Y muy de desearse sería que usted cumpliera la promesa de regresar en breve a la capital, donde yo, como siempre, espero la oportunidad de servirla y admirarla.

LAS VIRTUDES DEL OLVIDO

Muy señora mía y bondadosa amiga: Culpa usted a su amiga por el olvido en que cayó cuando estuvo recientemente en la capital. A mí, particularmente, me hubiera sido sobrado grata la historia que usted, recelando del imprevisto camino que suelen tomar los papeles, prefirió encomendarle a la viva voz. Pero si lamento la desmemoria de nuestra amiga, no estoy del todo con usted cuando se queja, en forma casi absoluta, de que sea la facultad de olvidar fatalmente perjudicial a la vida de sociedad.

Tiene y no tiene usted razón en su juicio. Los pueblos debieran tomar mejores lecciones del pasado, pero acaso sin olvidar se haría imposible el convivio humano. Venga la Historia y con la severidad de sus juicios mantenga el ejemplo de las grandes acciones y la permanente condena de los delitos. Pero el olvido de lo cotidiano es como la propia expresión de la tolerancia social. Imagine usted si hubiera fresca memoria para todas las faltas, para todas las rencillas, para todas las caídas, para todas las pequeñas infidencias que los hombres se cometen mutuamente. En este caso el olvido es la expresión de un sentimiento y de una actitud superior de la vida. El olvido es la piedad del tiempo. Sin él la existencia se haría insoportable.

Pero esto no quiere decir què ese olvido prudente sea razón para que algunos concluyan por olvidarse de sí propios. No es justo este otro extremo. Yo hablo del olvido como de una manera de mutuo perdón que se conceden los hombres; en cambio, no creo aceptable que muchos, afincándose en esta propensión misericordiosa de la sociedad, lleguen a posiciones absurdas en su propio modo de juzgar las cosas, ni tampoco entiendo que la vindicta pública haya de olvidar lo inolvidable.

Se ha dicho que los pueblos tienen mala memoria para el bien y para el mal. Ello es cierto. El juicio sobre los hombres públicos en general es un proceso de mala memoria. Recuerde usted lo que se dijo en Venezuela de José Tadeo Monagas el año de 1858 y piense en la forma apoteótica como el 69 lo recibió la capital. Y sin ir tan lejos. Recuerde lo que fue Caracas contra Gómez en 1928 y la forma como luego celebró, de la más espontánea manera, la farsa aclamacionista del 31. Parece que flaquearan todos los resortes del recuerdo ante lo instintivo y orgánico de los hechos de masa. Son problemas difíciles de psicosociología social que no hemos de intentar en estas líneas.

No entro yo, para destruir su tesis absolutista, a aconsejar un olvido permanente. Sin memoria no hay justicia y yo amo la justicia. Miro desde un punto de vista frío la función del olvido como elemento de paz social. Como un gran paraguas de apaciguamiento. En nuestra casa empezamos por olvidar las malas acciones de nuestros hijos y en la escuela el maestro no recuerda hoy la falta cometida ayer por los alumnos. La vigencia en el recuerdo de las malas acciones ajenas haría insoportable la vida. Pero este olvido no significa falta de sanción oportuna, y menos de la sanción interior para nuestros propios yerros de ayer. Se hace difícil generalizar sobre esos problemas donde la moral social y la moral individual aparecen unidas en forma por demás estrecha. Es algo en extremo peligroso confundir la racional tolerancia que promueve la convivencia, con la impunidad del delito que ocasionó un desajuste social.

Yo estoy de acuerdo con usted en muchos casos de los que cita en su larga carta. Si a diario tengo el ejemplo en personas con quienes tropiezo en las esquinas de la ciudad. No imagina usted cómo hube de aconsejar calma a mi lengua cuando escuché hace varios días a un relacionado mío quien, para criticar el principio expropiatorio puesto en práctica por el Gobierno, hacía la más encendida defensa, con argumentos del mayor liberalismo cavernícola, de la intangibilidad del derecho de propiedad, y mientras él hablaba con sobra de argumentos de su escuela, mi memoria iba recordando cómo la fortuna que hoy le da consideración social había sido trasladada sin mayor ruido de las arcas públicas a su cuenta del Banco.

Para estos desmemoriados defensores del orden social, para estos honorables representantes de la buena sociedad y de los viejos principios, no debiera abrirse ninguna manera de manto piadoso. El olvido pasa de acto misericordioso a constituirse en cómplice de grandes delitos. En aliado franco del asalto social. Aquí sí estoy en un todo con usted. Precisa que se avive la memoria y se sancione a los que desviaron el propio curso de la moral social. Pero ¿no ha pensado usted que en este caso el olvido no surge en función humana de un mero sentido de comprender la propia debilidad del hombre, sino de una asquerosa venta de nuestra misma conciencia? Se olvida al ladrón porque nos regala con el fruto de lo robado; se olvida al asesino porque conviene a nuestros intereses contar con el respeto bárbaro que infunde su presencia. No se trata de olvido. Se trata de culpable disimulo, se trata de desmentir la propia verdad. Este olvido no entra en ningún plan de convivencia. Y yo lo condeno con la misma energía con que usted lo hace. Y sobre este olvido, y es lo más triste, se afincan los pilares de las mejores reputaciones.

La otra fase del olvido que usted contempla es de mero tipo personal. Los hombres que se encumbran olvidan sus viejos nexos. Esto es natural. No lo extrañe usted. Esto es consecuencia del vértigo de la altura, que altera en muchos el puro sentido de la gravedad moral; y a veces no olvidan los que suben, que son los que quedan abajo quienes se llenan de pensamientos tristes. Pero no la dé usted por buscar la raíz de esa tristeza. Son cuestiones de tipo personal que no caen en el radio de la generalización.

Usted teme el olvido como polvo que destruye los grandes valores de la sociedad. Tiene en parte razón, pero hay una justicia muda y perseverante que acaba por desañar las memorias llamadas a dar el buen ejemplo. Con poco polvo podrá usted matar el recuerdo de Julián Castro y de Angel Quintero, pero no hay suficiente polvo para destruir la memoria ejemplar de José María Vargas o de Cecilio Acosta. Otros brillaron más que ellos; en cambio, la parte simbólica de sus vidas se erguirá con relieves permanentes en las páginas de la historia ejemplar. Y vamos a nuestro admirado Ledesma. A nadie le ha ocurrido la idea de desenterrar el nombre de los vecinos de Caracas que pudieron haber

aprovechado la presencia del pirata para lucrar con ella de algún modo. Porque, téngalo usted por cierto, ya entonces vivían personas, tan honorables y bien consideradas como las de hoy, que mercaban con los dolores de la Patria y con la miseria y el hambre de los indefensos. Piense que muchos vecinos debieron de acudir con buen bizcocho y abocados vinos para el cansancio y el hambre de los piratas y que era buen negocio entonces, como lo es hoy vender petróleo, proveer de casabe y de cecina las dieciséis velas enemigas llegadas a La Guaira. Y acaso en la noche, a la luz de la candela parpadeante, después de apagadas las llamas que arrasaron la ciudad, estuvieron estos antepasados nuestros contando las buenas monedas con que el inglés pagó su espíritu de lucro. Lo mismo que hoy, mi buena amiga. ¡Vaya que sí! Ahora se dificulta mucho sacar dinero al enemigo, pero, en cambio, se saca de quienes sufren hambre e indefensión social de que ellos son culpables. Es la misma estirpe subterránea de especuladores que de generación en generación cambian de nombre y de librea. Ayer lucraban con modestos peños, hoy gobiernan la Bolsa. Ayer eran oscursos regatones, hoy son banqueros graves. Ayer traficaban con el enemigo, hoy nos arrancan para su medro la misma fe en la vida social.

Pero nuestro cuento no es con los de ahora. Decíamos que nadie recuerda las malas artes de los traidores que entregaron la ciudad y trataron con los hombres de Amyas Preston. No debió de faltar tampoco quienes alabaran, sobre el orden español, el *nuevo orden* que por entonces representaban los corsarios. Téngalo por cierto. Empero nuestro héroe, burlado por quienes le vieron salir como espantajo sobre el viejo y flaco caballo de triunfo permanente, se alza hoy sobre la montaña de polvo del olvido para darnos una clara lección de cumplimiento del deber.

Acaso en breve vea usted publicado el trabajo que me insinúa. Haré ganas para volver a meterme en achaques de crítica literaria y ello sólo por complacer la sugestión de usted.

Crea en el rendido homenaje de mi aprecio y en la necesidad que siento de hablar, aunque sea a distancia, con espíritu de la exquisita altitud del suyo. Dios la tenga en su santa guarda y a mí sea servido de darme fuerza y salud para cumplir sus órdenes.

URBANIDAD Y POLITICA

Mi muy bondadosa amiga: Hoy he hecho por usted el más grato recorrido caraqueño. Como en mis tiempos juveniles de hambre literaria, he revisado todas las librerías y aun los puestos de viejo para dar debido cumplimiento a su encargo. Algunos de los libros pedidos van por esta misma vía. Le remito la *Autobiografía* de Zweig y el *Tolstoy* de Romain Rolland. De Thomas Mann va *Carlota en Weimar,* pero no los *Buddenbrock.* Este maravilloso libro parece que no ha llegado a Caracas. No he podido ponerme en ninguna pista que me indique de qué amigo pudiera obtenerlo para usted. El que tuve en mi biblioteca lo dejé durante mis viajes en alguna parte, y no he podido reponerlo. Le van también el *Goethe,* de Ludwig, y el *Cántico Espiritual,* de San Juan de la Cruz. Las obras que me pide de los Maritain van todas, y de esto me felicito, porque sé que usted holgará infinito con ellas. Mi librero me habla de un nuevo título de Raisa, pero no he dado con él. El *Deán de Canterbury,* como *Misión en Moscú,* es libro que necesita muchas notas. Tiene grandes verdades, pero con ellas generalizaciones por demás peligrosas. Léalo con más tiento del que usted suele poner en sus cosas. Ya le enviaré unas notas que amigo de ponderado juicio está escribiendo sobre el ya famoso libro del discutido deán. Las *Confidencias de Psiquis,* de Díaz Rodríguez, me las prometió un vendedor de lance para la semana venidera, con la colección de Pérez Bonalde y el *Juan Vicente,* de Picón-Salas.

Por esta parte, creo haber quedado bien con usted. En cambio, no me ha sido posible poner la mano en un ejemplar de la *Urbanidad,* de Carreño. Es un libro que no ha vuelto a imprimirse; mas, como veo por su carta

que le urge para explicarla a sus sobrinos, le envío la traducción bogotana del *D'ont* que conservo entre mis libros de muchacho y que bien suple a nuestro ponderado autor. Y no imagina cuánto he agradecido a usted la oportunidad de esta fracasada búsqueda. Ella me ha revelado que ni en las librerías se halla nuestra vieja Urbanidad. ¡Nos falta Urbanidad, señora mía!

Cuentan, y creo que yo lo he repetido en alguna parte, que, comentando Juan Vicente González los acontecimientos del 24 de enero de 1848, declaró que eso de matarse pueblo y representantes era una notoria falta de educación, que procuraría remediar desde *El Salvador del Mundo.* Y dejando la política activa, se dio a la tarea de enseñar a la juventud. Acaso no la educó en las buenas maneras, por cuanto nuestro gran polígrafo era en demasía desordenado. Y la falla notada por González continúa, por desgracia, vigente. Entre los problemas fundamentales de nuestro pueblo, y a la par del paludismo y de la anquilostomiasis, debemos hacer figurar la carencia de urbanidad. Los buenos modales y la galantería forman parte, como el uso de la sal, de la propia condición humana.

Se ha entendido, porque así parece pregonarlo la afectada pedantería de algunos tontos, que urbanidad sea la cursilería de los saludadores y los remilgos y gestos afectados de algunos señoritos y viejos *bien.* Mientras de otra parte se pregona que la hombradía consiste en *escupir por el colmillo* y hablar y proceder como hombres guapos y despreocupados. En ser *vivos.* En jugar vara y tirar cabeza. Con sujetos de esta tónica se podrá ir bien acompañado a un zafarrancho, pero no se llegará a hacer una república.

Este problema, considerado al bulto, parece de una suprema tontería. Pero por ahí ha de empezar nuestra propia educación cívica. Imagine usted la capacidad para ejercicios políticos de un ciudadano que al ir a tomar un *bus* atropella a una señora. Ese compatriota, con toda seguridad, al llegar a jefe civil mandará a la cárcel a los periodistas del lugar. Tenga usted la certeza de que el hombre que aprendió a no escarbarse en público los dientes, difícilmente hará un papel malo como funcionario. En cambio, qué de cosas se llevará por delante, inclusive

los mismos fondos públicos, quien no haya aprendido a hacer cola en las taquillas. Eso entiendo por cultura social y con ello la diversidad de detalles que hacen que un hombre sea tenido por educado. ¡Qué horror da ir a los liceos y a las escuelas donde se educa nuestra juventud! Aprenderán allí nuestros muchachos latín y muy buena química, pero no llegarán a ser caballeros. Y el pueblo está urgido, no de latines y menjunjes, sino de una amplia caballerosidad. Saldrán doctores de las universidades; mas, como carecen de buenos modales, irán al atropello del pueblo. El uno, como abogado, no advertirá que tomar parte en la adulteración de testamentos o servir de firmón en las lonjas jurídicas, es algo de pésimo gusto. El otro, de médico, olvidará que es de muy mala educación dejar que el enfermo a quien se asiste agonice sin auxilios, mientras él se divierte en el club o toma baños de sol en la vecina playa. Quién será ministro, y como no tiene modales, recibe con gruesas palabras al público, que está obligado a bien servir, si ya no lo ha hecho esperar en balde en la antesala por numerosos días. El hombre que tuvo urbanidad desde el principio, aprenderá a respetar la dignidad de sus semejantes. Aprenderá a ver hombres en las demás criaturas humanas. Y después de esta consideraciones, no me negará usted que suficientes motivos tienen quienes, no habiendo hecho de jóvenes sino alardear de tiradores de cabeza, arremeten a palos, en un día de elecciones, contra los testigos contrarios y se llevan a mejor sitio la urna electoral.

El hombre es animal social. El hombre está hecho para la vida social. Y ¿cómo hará esta vida sin modales y sin reglas de conducta? ¿Sabrá comportarse dignamente ante la gran masa quien no supo hacerlo ante el pequeño conjunto donde empieza a ejercitar sus actividades? ¿Qué puede esperarse de un Congreso adonde vayan mañana universitarios atiborrados de ciencia de afuera y que ayer no más para impedir a sus contrarios la libre expresión de las ideas, se tiraron las sillas a la cabeza? ¿Qué actitud social tomarán estudiantes que descalifican a los propios compañeros que saludan respetuosamente a los profesores?

La política es la suma de los hábitos sociales. Un pueblo no será políticamente culto si sus componentes no lo son como individuos. Y como nosotros solemos tomar las cosas por las hojas contrarias, hemos dado en la flor de pregonar que para ser demócratas debemos

comportarnos como arrieros y que es buena prueba de camaradería social cambiar insultos con el primer patán que nos tropiece en la calle. No nos ocurre pensar que sea obligación de quienes poseen mejores cualidades transmitirlas a los que carecen de ellas. Y por ese lamentable proceso antilógico miramos hoy en nuestra Caracas algo digno de señalarse. No se han abajado nuestras clases dirigentes hasta la educación de las clases llamadas bajas en razón de su pobreza y su incultura, pero éstas se han vengado a la chitacallando. Se han valido de la quinta columna de las cocineras y han plebeyizado los modales de la que, en viejo argot social, se llamó *buena sociedad.* Y hoy no encuentra usted mayor diferencia entre las personas llamadas a ser cultas y las obligadas, por indefensión social, a no serlo. Se ha hecho una democratización al revés. Se ha descabezado la urbanidad. Y por ello he andado las calles de la capital en vana búsqueda de un libro de Carreño. Claro, no se reimprime porque no se usa. Hay crisis de caballerosidad. Hay crisis de virtudes. Y las virtudes políticas son prolongación de esas modestísimas virtudes que crecen al amor del hogar, sobre el limpio mantel, en torno al cual se congrega la familia. El muchacho a quien se enseña a bien tomar el cuchillo y el tenedor para despresar las aves, sabrá mañana ceñir la espada para defender la república y tener en equilibrio la balanza que mide la justicia.

Vaya usted a interpretar el subconsciente de los hombres, y encontrará que el propio Ledesma obró como hombre de buena urbanidad. No era posible que, anunciado el arribo de extraños huéspedes, los moradores de la capital fueran a esconderse todos en sus viviendas rurales. Era necesario salir al encuentro de los visitantes. Y para ello estaban los más educados. Los que mejor sabían manejar lanza y adarga. Y nuestro héroe se adelantó el primero porque a él, en buena ley de urbanidad, tocaba, como a mayor en años, preceder a los patriotas que iban a probar cómo se defiende el suelo y la dignidad de la nación.

Mire usted cómo en nuestro Ledesma se encierran tantos símbolos. Cómo nos sirve hasta de tema para promover en los jóvenes el cultivo de las buenas maneras, garantía cierta de hábitos de república. Claro que los de abajo y los de arriba olvidan estas bagatelas de urbanidad, sin pensar, como lo apunta Carlyle, que "no es fácil de gobernar un pueblo que usa poco jabón y no habla siempre de verdad".

Andan flacas las saludes, y toca a usted pedir a Dios porque sea servido de darnos mejores tiempos. Sobrado será decirle que no hay para mí mayor deleite que servirla.

Espero que al leer o releer lo que le tengo enviado me haga el regalo de algunos deleitosos comentarios. Y tal vez con ellos pueda nuevamente decirme algo de esa historia que usted cree que nunca acabe. Piense que lo inesperado sucede a veces.

LA AGONIA DEL HEROE

Mi querido don Walter Dupouy: Yo tengo una vieja deuda con usted. He debido escribirle apenas leído su sabroso relato de la vida de nuestro viejo Ledesma. Pero el tiempo interpuso trabajos obligantes que me hicieron postergar hasta hoy, día de difuntos, el cumplimiento de este grato deber. Y acaso la fecha, por contraste, me puso en el recuerdo de quien murió para vivir. Porque, en verdad, la vida de nuestro héroe comienza cuando se adelantó al encuentro de Amyas Preston.

Tiene usted aciertos al revivir lo que debió de haber sido la vida material de Alonso Andrea de Ledesma. Desde la vida nativa usted empieza a imaginar el curso de la mortal existencia del conquistador. Y lo pone a andar a través de las hazañas portentosas de la conquista y en la obra creadora de la Colonia. Tuvo Ledesma el grandor común de los conquistadores del siglo XVI. El conquistador es un arquetipo. Expresa la angustia de un pueblo que se echó a dominar el mundo. Mezcla de cruzado y de argonauta en que se resume la fiera piedad del español. El anhelo de crecer y dominar que fue parte de la psiquis ibérica. Para dar vida a nuestro héroe, usted no ha hecho sino pintar la azañosa inquietud de su tipo. Relatar el proceso donde se diluye, en la comunidad de la acción dominadora, el hecho personal de nuestro héroe glorioso. Hacerlo como polo de un movimiento común.

No se individua por nada en nuestra historia la figura de Ledesma vivo. Durante su larga existencia no le tocó ser cabo de empresas significadas. Estuvo de segundo en las grandes jornadas descubridoras y apenas se le nombra en la lista de fundadores de las ciudades cuyos muros ayudó a

fabricar: El Tocuyo, Trujillo, Caracas. No tuvo la prestancia de Rodríguez Suárez, de García de Paredes, de Gutierre de la Peña, de Juan de Villegas, de Alonso Díaz de Moreno, de Alonso Pacheco, de Garci González de Silva. Opaca entre el claror de la hazaña colectiva, la figura de nuestro gran capitán aparece apenas muerto. Es una figura que vive de la muerte. Vive, como su pueblo, de una agonía. Yo me atrevería, si no estuviera tan bien presentado su trabajo evocador, a decir que es algo sobrancero. Como el cuerpo que hoy quisiera dársele al busto clásico de Homero. Me atrevería a decir que nuestro Ledesma, como símbolo magnífico, no necesita el recuento forzado de sus hazañas de vivo.

Ledesma ilumina nuestra historia desde su yacencia de cadáver. Sobre los hombros de los corsarios y entre clarines y tambores a la sordina regresó a Caracas, a su Caracas, el héroe inmortal. Había asombrado con su arrojo al propio enemigo. Y el enemigo no podía, como buen inglés, dejar de honrar el valor temerario del anciano. Nada vale lo que hubiera podido hacer Ledesma en el conjunto anónimo de los forjadores de la nueva nacionalidad. Su obra es su agonía. Su obra no fue para derrotar al corsario de entonces, sino para vencer al corsario que ha amenazado siempre a la república. Al corsario de la indiferencia, del fraude y de la simulación, que se escurre entre hombres sin valor para abrazar la verdad.

Ledesma no es un hombre que haya de mirarse en la fábrica de la ciudad material. Ledesma es el obrero de la ciudad ideal. De la ciudad que hacen los símbolos. De la ciudad que aún se empeñan en contornear los héroes que ayer sacrificaron su vida por darnos independencia y dignidad. Bolívar, Urdaneta y Vargas están aún fraguando los muros de la república. No están ellos muertos como lo entienden los cultivadores de cementerios históricos. Son existencias permanentes. Y Ledesma los compendia a todos. Es el hombre que vivió al morir. El hombre que ganó en un minuto de heroicidad la permanencia de la gloria ejemplar.

Su lección es su agonía. De él poco aprendemos cuando estuvo vivo. Mejores lecciones nos dan sus compañeros de armas. Para constancia en la aventura, está Rodríguez Suárez; para la terquedad en la lucha, está

Bravo de Molina; para las grandes jornadas, está Francisco Ruiz. Losada tiene la fortuna de fundar a Caracas. Y Fernández de Serpa nos deslumbra con la organización de sus milicias. Ledesma es opaco, así como Ramón Barriga, Pedro Serrato y Gonzalo Clavijo, fundadores, a la par de él, de nuestra mariana capital. En cambio, Ledesma se empina y crece para iluminar la Historia, cuando vence su angustia natural de hombre y sale resuelto a ganarse su día sin ocaso de honra. Ledesma es el hombre vencedor de sí mismo. El héroe que domina los reclamos materiales para erguirse por ejemplo de generaciones. Por eso usted mismo, al rotular el relato de la existencia de nuestro glorioso iluminado, no lo llama vida, sino hazaña. Ha podido llamarlo con mayor propiedad agonía o muerte de un héroe. Porque la vida de Ledesma es su muerte. Al morir salvó su alma para la inmortalidad viva de la Historia. No hubiera salido, tomado del espíritu del Quijote, al sacrificio estupendo, y las páginas de la Historia lo mencionarían como número apenas entre los valientes capitanes que conquistaron la tierra y empezaron la forja de la patria nueva.

No desdigo su hermoso esfuerzo literario. Rinde usted con él nueva pleitesía a quien está llamado a dar ancho ejemplo a las generaciones por venir. Ese ejemplo tónico de que tan necesitados estamos para realizar una obra edificante en nuestro medio social. El ejemplo de la audacia imprudente. Porque no lo negará usted, biógrafo cabal de nuestro insigne prócer, que hubo más de un adarme de locura en ponerse solo, cuando ya los años eran por demás crecidos, frente a los fieros piratas. Locura magnífica que ilustra toda la existencia de Alonso Quijano el Bueno y que dio fuerza permanente a la vida gloriosa de Bolívar. Locura que movió los ánimos el 19 de abril y que avivó las voces del 5 de julio. Locura cuerda de que están necesitados los tímidos calculadores que esconden la verdad y apagan las candelas que pudieran señalar los caminos por donde se va hasta los sótanos de los nuevos piratas.

Le felicito por lo bien hilvanado de su trabajo, lleno de deleitosas evocaciones de la época bárbara en que se gestó nuestra patria y por el acierto como dio forma a la vida de Ledesma. Usted ha vestido ricas libreas al caballero; yo, humildemente, me he dado al oficio de cuidar por su caballo.

NO TEMER LA LIBERTAD

Mi muy distinguida y generosa amiga: Viene la gratísima carta de usted en momentos en que arreglo mis originales para una segunda edición de *El caballo de Ledesma.* Ha sido afortunado este librín, y como yo, cuando lo juzgo conveniente, creo en agüeros, tengo por cierto que ha sido la mirada de usted sobre el noble caballo del glorioso conquistador quien ha dado suerte a mi propósito. Usted lo miró, más que para animar su carrera, para prevenirme al peligro de que se me pudiera tomar por mentecato al recomendar a los jóvenes de mi patria la necesidad de volar la pierna al corcel baquiano de las vías fecundas, donde acaso se deje la vida sin lograr la vecina recompensa. Pero usted tomó cariño a mi propósito, y hemos discutido, que es la mejor manera de conocerse las personas, sobre todo lo que contiene el simbolismo de Ledesma. Y usted, vuelta de la sospecha en que cayera al primer momento, me ha ayudado después en el cuido del manso animal, que ahora hace su segunda salida a nuestros campos llenos de molinos de viento y de hábiles yangüeses.

Recuerde cómo desde el principio porfiaba a convencerla que nuestro caballo tendría jinetes. Sabe usted que no soy pesimista y que, si reconozco y denuncio nuestra inmensa deuda social y nuestras grandes fallas de pueblo, cierto estoy también de la presencia animadora de numerosos espíritus que claman por caminos de verdad. Poco creo en los viejos, confío poco en mi generación, pero tengo fe en los conceptos que están tomando cuerpo en nuestro pueblo, capaces muchos de ellos para que se desañen los mismos ancianos. Mire usted cómo se cambia hasta el propio tono de la política gubernamental. Examine las ideas que se han

puesto a rodar sobre el azaroso tapete de la discusión pública. Yo tengo fe en que algo bueno puede pasar en nuestro pueblo. Se han llamado ideas nuevas. Se han lanzado consignas capaces de fecundar las conciencias timoratas. Del símil ha hecho uso alguien antes que yo, pero viene al propio el repetirlo. Los antiguos magos tenían poder para invocar los espíritus, pero no para hacerlos callar. Esos hablaban aun contra la voluntad mágica. Y las ideas son espíritus que hablan más de lo previsto por los magos que las invocan. Las ideas, una vez echadas a rodar, hacen la bola de nieve. Crecen, crecen, crecen. Y nosotros estamos frente a ideas nuevas. Los viejos espíritus han sido conjurados. Y Ledesma tiene derecho a hablar en esta cita, y hablará siempre, sin temor a los piratas, porque él es ya un espíritu que ninguna fuerza puede acallar. Porque él tiene el poder de matar a la misma muerte. Y usted se empeñaba al principio en dejar encerrado en los odres del tiempo el espíritu de nuestro maravilloso iluminado.

Y yendo al grano de su hermosa carta, escrita con esa curiosidad tan reposada que distingue su feminísimo espíritu, he de decir que me aborda usted problema de la más complicada sencillez. Sabe usted, tan bien como yo, que soy católico de convicción, que no soy hijo de la Iglesia por figurar en el censo de mi parroquia nativa, sino por una adhesión de convencido. Por ello no puedo ser comunista ni marxista. La dialéctica materialista, que forma el tuétano de la doctrina comunista, no se compadece con la esencia espiritualista del cristianismo. Son líneas perfectamente opuestas. Yo no necesito, frente al comunismo, decir que soy anticomunista. Me basta y sobra con decir que soy cristiano. Frente a una afirmación, otra afirmación de signo contrario. Pero mi cristianismo es un cristianismo que busca en la Iglesia, no su alero acogedor, sino el tabernáculo de adentro. Es un cristianismo de sacramento. No un cristianismo de sombra y campanario.

Cuando recientemente estuve en mi ciudad natal, visité con alborozo infinito la modestísima iglesia de San Jacinto, que frecuenté de niño. Fui en busca del barroco de su altar colonial y me encontré con algo que antes no había entendido. Su fachada. Corresponde ésta, en su aspecto más simple, al viejo estilo español de la reconquista. La iglesia-fortaleza. La iglesia con arreos de coronela, que podía servir tanto para el

culto como para guarecer una compañía de soldados. Y eso que en la humilde iglesia del primoroso burgo trujillano subsiste como recuerdo de una época superada de cultura cristiana, vive en la conciencia de muchos hombres que se dicen cristianos. Miran la Iglesia como fortaleza de calicanto. No como torre de místico marfil ni como áurea casa de deliquios, sino como lugar murado que pueda defender sus intereses materiales. Y tras la Iglesia se ponen muchos anticomunistas, que no son cristianos, con el solo propósito de defender el viejo orden de explotación capitalista, en cuya liquidación coinciden, variando los métodos, la propia doctrina cristiana y la intención del comunismo. Dirá usted que sea largo e inútil el circunloquio en torno a la iglesia de mi pueblo, pero yo lo veo por demás necesario para fijar puntos de referencia que aclaren mi respuesta.

Se teme el comunismo desde posiciones aún contradictorias. No es enemigo de una sola faz. Tiene las faces de quienes se consideran por él perjudicados. Para nosotros los cristianos representa una filosofía que mira el problema teleológico de la vida de distinta manera a la que nos ilumina la fe. Es problema de raíz y conceptos fundamentales. Es problema de soluciones últimas. No se es marxista y cristiano a la vez, así se admitan muchos argumentos y fórmulas del marxismo, por su contenido positivo en la solución del fenómeno social e histórico. El comunismo, desde este punto de vista filosófico, es una doctrina para ser discutida en la Prensa, en la Universidad y en el libro. Pero, a más de esto, el comunismo es un sistema político. El comunismo representa una teoría del Estado fundamentada en el hecho económico. El comunismo, como todo socialismo, propugna cambios externos que van de lleno a la destrucción de los viejos sistemas de explotar el trabajo de los hombres y de gozar los bienes de la Naturaleza. Al anticomunista sistemático le espanta principalmente este aspecto real del comunismo mucho más que sus propios medios y teoría, por cuanto sabe que la prédica de la Revolución la hace fecunda la comprensión negativa del hecho social. Y el hecho social existente, y que él practica, es una negación de la justicia. Si hubiera sobre el campo de la sociedad una siembra de realidades, nada vendrían a mejorar las promesas de la Revolución. Si hubiera una realidad cristiana nada tendría que ofrecer el comunismo. Su programa carecería de intención y finalidad práctica. La Revolución la predica el

comunismo, pero la hace el capitalismo. El odio no surge de la simple agitación de los líderes. El odio lo engendra la injusticia reinante en el medio social. Los hombres, pongamos por caso, que viven bajo los puentes de la ciudad, y que para vengar su indefensión económica odian a los que pasan sobre ellos derrochando fortunas, no han sido llevados a ese extremo por la táctica de los agitadores, sino por el error y la injusticia de las clases que detentan los instrumentos de producción.

Asentados estos hechos, podemos concluir en que ningún peligro representaría la libre propaganda comunista si ésta no hallase el hecho negativo que la hace fecunda. Desde nuestra posición cristiana nada hemos de temer de una doctrina que, en su aspecto teórico, hallará la clara y firme contradicción de los cristianos. No piensan así los que están obligados a realizaciones positivas que implican renuncia de privilegios. Ellos se niegan a que sea libremente propagado el comunismo, no porque éste vaya contra las esencias del espiritualismo cristiano, sino por el deseo de mantenerse en el tranquilo goce de las ventajas que han venido disfrutando al amparo del viejo orden, que aquél ataca.

Para estos anticomunistas interesados, la Iglesia tiene la fachada castrense del templo de San Jacinto. No miran la aguja gótica que señala como grito de angustia taladrante los caminos del cielo. Miran la posibilidad de guarecer sus intereses bastardos tras consignas de espiritualidad, y se hacen con ello a la lerda adhesión de las mismas masas sufridas e inocentes.

Por otra parte, la clandestinidad de la prédica comunista, así sea hoy tan luminosa como el pleno día, trae por resultado la falta de cuadros determinativos para la lucha doctrinaria de los partidos. Y queda a los interesados en la *comunización* de todo esfuerzo de justicia el ancho camino de incluirla a usted, a mí y al propio párroco que predica la caridad en las inacabables listas de camaradas. Se crea con ello una confusión que sirve eficazmente a los designios del propio comunismo, ya redituante del invalorable prestigio de ser fruta de cercado ajeno.

Y hay otra razón más que me mueve a pensar en lo conveniente que es para el desenvolvimiento de la idea democrática la supresión de las

vallas legales puestas a la prédica del comunismo. Es una reserva a la libertad de expresión política. Da la impresión de que creyéramos en la posibilidad de que nuestra generación haya recibido un legado perpetuo de quienes dejaron resueltos para siempre todos los problemas políticos, olvidados de que cada época debe discutir los suyos propios. Es el precedente para una limitación de tipo contrario. Imagine usted que mañana llegue al poder un comunista que resuelva plantar en la Constitución la palabra cristianismo donde dice comunismo. Y ya tendremos perseguidos a hierro y fuego nuestras ideas. A usted tal vez no le parezca que ello sea posible; pero entra, en cambio, en el cálculo de probabilidades que es preciso tener presente para formar juicios generales. Y no olvide usted que si aquí hubiere algún día un presidente a quien le picase la tarántula del comunismo, hasta las casas de los más recalcitrantes corifeos teóricos del anticomunismo amanecerían pintadas al rojo vivo.

Las ideas no se matan con el silencio. Las ideas se destruyen cuando, bien expuestas, son sustituidas por ideas mejores. El callarlas las hace, en cambio, más fecundas. Persiga usted en nombre de la autoridad la más erradiza tesis política y verá cómo sus principios adquieren mayor proselitismo. De una parte, la curiosidad que levanta lo prohibido; de la otra, la simpatía que acompaña a las causas perseguidas de manera arbitraria. Porque, créalo usted, por más que se diga que en el hombre es indomable la fiera, hay en el fondo del espíritu humano una propensión natural a reaccionar contra la injusticia. Y todo lo que ataque la libertad del pensamiento es injusto. Pero lo lamentable y difícl de entender, mi excelente amiga, es la manera de juzgar en cada etapa, y según las ideas de los favorecidos, el concepto de la libertad. Vea usted en nuestros mismos textos de historia religiosa cómo se juzga diversamente el edicto de Milán y el edicto de Nantes. Y a la hora presente, piense cómo los mismos que celebran las hogueras de la dura Inquisición española se refocilan con la pretensa libertad que Stalin ha concedido a las iglesias cristianas. Y aquí viene muy bien aquel su estribillo de que la gente gusta de mirar por el postigo que le es más cómodo abrir.

No debemos temer la libertad. Debemos temer a quienes se empeñan en destruirla. Pero no crea usted tampoco que yo considere libertad ese

espantoso libertinaje que ha hecho tribuna de nuestra Prensa. Ese horrible comercio de noticias que ha convertido en centros industriales a nuestros periódicos. Y ello es nada menos que legítima expresión del régimen capitalista en sus más imprevistas desviaciones teratológicas. Todo se explota. Se corrompe todo. Se lucra, no ya con la fuerza física del hombre, sino con su propia fuerza moral. Se le irrespeta hasta en sus fueros más sagrados. Se le envenena, no sólo en los oscuros socavones donde se extraen los minerales para las industrias de la muerte, sino a pleno día, haciéndole tomar como verdad los más amargos brebajes. Eso no es libertad. Y cuando alabo ésta, no me dirá usted que elogio sus deformaciones. Tampoco alabo a los jueces venales cuando pondero la justicia.

No he olvidado su encargo de pedir a Pedro Emilio Coll la página que usted desea. Ya él la prometió. Hubiera visto cómo rió el maestro cuando le leí la apreciación suya sobre *El diente roto.* Y mire que hay gracia en decir, como admirablemente usted dice, que no habría labor más larga y difícil en nuestra Patria que la de remendar los dientes a nuestros grandes hombres. ¡Cómo debió de haber sido fuerte y entera la dentadura de nuestro viejo Ledesma!

Guárdela el Señor, como bien lo deseo y lo claman sus méritos, y déme a mí mejor salud y tiempo vaco para emplearlo en su servicio.

HACIA LA DISCORDIA INTERIOR

Mi querido Carlos Augusto León: ¡Con qué alborozo te he visto jinetear el pausero caballo de nuestro egregio Ledesma y salir a las abras de la literatura para pregonar la necesidad de que saldemos la vieja deuda de las generaciones! Comprenderás también que he quemado mi poquitín de vanidad al ver que para tal caballería tomaste de pretexto un tema de mi cuaderno sobre nuestro viejo prócer capitalino. Ha sido afortunada mi idea de despolvar el símbolo agónico de Alonso Andrea Ledesma y echar a andar en esta hora mañanera de la república el contenido heroico de tan maravillosa leyenda.

El viejo poblador no se resignó, como los otros, a guardar la vida y la hacienda del peligro del pirata. Arreado de sus pesadas armas, con menos orín y polvo, sin embargo, que nuestros espíritus conformistas de hoy, dejó el hogar apacible y ganó la vía pública para ir a topar, cara a cara y en lucha desigual, con las huestes del feroz invasor.

Y cara a cara, a plena luz, en los anchos caminos de la acción, debe ser nuestra contienda de hoy contra el enemigo común. Y ese enemigo, bien lo sabemos, no es otro sino la mentira con que hemos apeldañado nuestro ascenso cultural de pueblo. La mentira de una, de dos, de tres generaciones de formación precaria que tomaron la rectoría de nuestra conciencia social. No se trata, como pudiera entenderse, de generaciones literarias. No se trata del problema del modernismo, ni de la razón del vanguardismo, ni del ámbito del surrealismo, menos aún de juzgar el valor y la presencia de la angustia en la literatura de algún novel cultor de la métrica, ni tampoco de calificar el significado de la emoción interna

en la obra de los poetas de las más recientes promociones. Esto es literatura, y, con frecuencia, de la más inútil, barata y pedantesca. Se trata de generaciones sociales. De procesos de cultura que arrancan del modesto voceador de periódicos para ir a parar en los señores de tozuda arrogancia y mientes hueras que se han apropiado la dirección de nuestro movimiento de pueblo. Se trata de cultura como afán permanente de realizarse la persona humana. No cultura de erudición. No cultura de corear latines, sino cultura de vencer las etapas inferiores del desarrollo social y sentir el afloramiento de la plenitud entitiva del hombre.

Y tú quieres ir a la lucha. Quieres que se abra una polémica en que, sobre la contradicción de los hombres, aparezca el propósito uniforme de ir a soluciones acertadas. De ir al encuentro de la mentira pirata. La mentira de la escuela, la mentira del liceo, la mentira de la Universidad, la mentira de la academia, la mentira de la política. Todos estamos conformes en la existencia de esas mentiras convencionales, con la misma certidumbre e indiferencia de quienes en un baile de máscaras elogian la belleza de los rostros de artificio bien sabidores de las caras que disimulan. Tú quieres que se abra una polémica heroica, que desnude tantos falsos valores como llenan de hojarasca nuestro mundo cultural. Alabo y entiendo tu propósito. Que sea pronto la lucha. Que no guardemos descanso ni vigilia para darnos a esa dura tarea de romper la farsa que detiene nuestro progreso social. Hemos vivido de la complicidad del silencio y del mutualismo de la alabanza vana. Nuestra pseudocultura de adjetivos, donde el poeta, antes de cosechar la primera palma, ya ha escrito su propio panegírico; donde el periodista exalta con vocablos inflados la obra torcida del político o la exigua del escritor, sin medir la responsabilidad de la alabanza ni el peso del compromiso que adquiere al servir un astro falso a la admiración del público.

Pero ¿por dónde empezar esta obra de rectificación universal, esta obra general de volver al limo primitivo, para una nueva creación, tanto ídolo de barro? Para mí este proceso debiera comenzar por un acto propio e individual de quienes ocupamos sitios en los cuadros responsables. Debiera empezar por nosotros mismos. Por reducir el ámbito de nuestra acción a nuestras medidas posibilidades de éxito. Quizá me meta en terreno que tú tienes mejor trillado que yo. Nuestra deficiencia

económica hace que no existan líneas justas y precisas en la distribución del trabajo, y cada quien espiga aquí y allá, sin propósito perseverante de realizar una obra determinada que le dé fisonomía en los cuadros sociales. El alud que, a causa de esa desarticulación original, ha sido nuestro proceso de pueblo, mantiene el estado de impreparación y de inseguridad que permite pasar de pulpero a diplomático, de expendedor de sellos postales a técnico de economía, de chófer a perito en suelos y de insignificante bachiller a rector y árbitro de pueblos. Esa falta de método, ese ir de aquí para allá, permite que a la vez se funja de autoridad en arqueología, en lingüística, en numismática, en crítica literaria, en etnología, en historia y en ciencias sociales, sin haber saludado en serio tales disciplinas. Y no me cuido en decir que por ahí veo pasos míos muy bien marcados, sin que los disculpe la razón de que otros lo hayan hecho peor aún. He visto regentar en nuestra Universidad caraqueña cátedras de Derecho y Medicina a pseudoprofesores que mejor lucieran tras de un banco de carpintería. Y de políticos no se diga. No se ha mirado a la posibilidad del rendimiento social, sino al azar de las circunstancias, a caprichos que no se explican sobre ninguna razón lógica. Somos un país donde las corazonadas juegan papel importante, acaso por nuestra vecindad a las culturas vegetales. No somos un país lógico, sino un país mágico. Y ello aclara nuestro general desacomodo. Nuestra carencia de jerarquías culturales. Nuestra inmensa farsa social.

Pero no somos nosotros, los hombres de ahora, los culpables de este falso proceso de la cultura. La deuda viene de atrás. Es el saldo desfavorable dejado por generaciones que pasaron sin cuidar su cuenta con el futuro. Es la deuda de un pueblo que financió su cultura con papeles sin respaldo.

Estoy contigo en la idea de la polémica que determine el sitio de la verdad. Que desvista los valores postizos. Pero con esta labor de crítica externa precisa una prédica intensa a favor de la polémica interior. De la polémica con nosotros mismos. De la discordia con nosotros mismos. Es necesario el examen dialéctico de nuestra conciencia. Acaso se logre poco sobre lo ya existente; mas podemos, en cambio, fundar bases para

mejores promociones. Podemos preparar las generaciones que nos reemplazarán mañana. Y para eso hemos de fomentar en ellas un claro y recto sentido de responsabilidad moral.

Hemos hablado del hombre encuevado, del hombre a la defensiva, que sirve de obstáculo a la formación de nuestros cuadros sociales. Y en mi modesto observar he hallado sus raíces en la propia escuela primaria. Nuestros dirigentes de la educación han gastado poco magín en el problema interno de la escuela. O mejor, en el problema de la escuela interior. De la escuela del espíritu. Esa nadie la examina. El inspector apenas apreciará la destreza exterior de los chicos que progresan en la mecánica de la Enseñanza, con beneplácito y ascenso de los profesores. Pero el inspector ignorará, porque no cuida ese problema de aspecto insignificante, que el maestro vigila la conducta de sus alumnos por medio del régimen de la delación entre ellos mismos. El maestro empieza así a dividir lo que debiera estar unido. El maestro destruye la solidaridad y la alegría de los niños y abre sentidos imprevistos de malicia al poner a unos frente a otros en la obra de espiarse para granjear con las simpatías del superior. ¿Ha abordado algún inspector de escuelas este tremendo problema social? ¿Se ha pensado en el efecto corrosivo que esta inadvertida práctica escolar tiene en la formación moral de la República? Y junto a este complejo de desconfianza, de permanente sospecha, que crea en los niños la zozobra de sentirse espiados por los compañeros, el otro, que es de mayor gravedad y de más profundo efecto en la estructuración de la psiquis infantil: saber que se ganan simpatías revelando la conducta de los amigos.

Transporta, con tus precisos instrumentos de ingeniero y de político y con tu fina intuición de artista, este pequeño teorema escolar a los anchos panoramas sociales, y hallarás explicada en mucho la ausencia de confianza y de alegría que ha hecho turbio nuestro problema de pueblo. Allí, en la escuela, que debiera promover la alegría y la solidaridad, empiezan a encuevarse nuestros hombres y a mirar con áspero egoísmo y sobrada indiferencia los problemas colectivos. Y empiezan también a redituar sin retribuir lo que a la sociedad es debido en el orden de la fraternidad y de la cooperación.

Y lo anteriormente dicho sucede a diario en nuestra escuela. En nuestra escuela de la capital y del interior. Y tenemos la génesis de la sospecha, del disimulo, del encono, de la delación en el propio sitio donde debiera educarse y formarse el alma de la juventud. Y allí mismo hallamos otra fuente fecunda de aminoramiento de la alegría y de la fe del niño: la estimativa del trabajo del alumnado. La calificación es el encuentro del joven con la justicia. El maestro debiera enterarse de que al dar una puntuación no sólo determina el grado masivo de adelanto, para que se sepa al bulto el trabajo de sus alumnos, sino que somete a prueba ante ellos mismos la eficacia de la verdad y de la justicia. Problema de salir del paso. Labor intrascendente que no mide la autoridad escolar, pero donde se define la conciencia de la juventud y se forman sus primeros conceptos sociales. Antes que sabio, el alumno debe saber que es justo el maestro. Si no aprende lo suficiente en la escuela, le queda el ancho mundo para autoeducarse. Si de niño, en cambio, cree que la Justicia es un concepto falso, será de grande un menospreciador de la Justicia.

Y si del problema de la escuela saltamos al problema de la Universidad, veremos cómo persiste el proceso desorientador de la conciencia juvenil. ¿Qué fe puede engendrar en el espíritu del estudiante la presencia de profesores descalificados? ¿Qué ejemplo puede proporcionar un catedrático cuya actitud en la lucha social es la propia negación de los ideales de cultura que debe alimentar el alma universitaria? Seguirá allí la tragedia que viene de abajo: la insinceridad, la desconfianza y la falta de alegría social.

Hasta allá debe ir nuestra voz de alarma en esta crisis de conformismo en que nos tiene el creernos deudores de paga imposible. ¡Si podemos pagar! Libremos letras contra el dolor de nuestra experiencia, y esas letras de largo plazo las harán efectivas los jóvenes que nos sustituyan en el campo de la sociedad. Las harán efectivas con tanto más rédito cuanto mayor sea la sinceridad de nuestras voces. Nuestro deber es denunciar y corregir. Nuestro deber es señalar la experiencia de nuestra angustia y la verdad de nuestra insuficiencia ductora. La verdad de las consignas vacías que recibimos para nuestro viaje con bitácora erradiza. Tengamos el orgullo de nuestra verdad. No hagamos la falsa humildad de los

apóstoles que guiaron nuestros pasos. Tengamos, como Ledesma, el orgullo de salir a plena vía, con nuestras pobres y herrumbradas armas, a librar el combate por la verdad engendradora de la alegría de mañana.

Rumiando en la soledad su pienso inmortal, el caballo de nuestro iluminado espera que alguien guíe sus pasos hacia el campo de los valientes. ¡Cómo relincha cuando siente que algún hombre sin miedo acaricia sus lomos descansados!

ACERCA DEL VOTO DE LA MUJER

Mi buena amiga: ¡Cómo mudan los hombres y las cosas! Ayer me tenía usted en mi gabinete caraqueño, entre mis fieles libros y mis viejos papeles, dado a hacer literatura y a buscar como fuerza espiritual la palabra distante de usted, por entonces entregada a las delicias de la vida campestre, en plena sabana guariqueña. Hoy es usted la que gusta el descanso y la molicie de la capital, y yo, quien me he metido en el corazón de Venezuela, a sentir su profundo palpitar en esta opulenta amplitud de nuestra Guayana.

Ya usted me había ponderado la maravilla de esta región, donde Dios hizo sus últimas creaciones, desde la del oro, para tentar la fuerza moral de los hombres, hasta la hermosura de quienes hacen sentir que ya el Creador descansó en su afán de buscar la humana expresión de la belleza. Todo lo había ponderado usted, pero hay mucho paño de la realidad a lo pintado. Apenas conozco lo de fuera de la región. Apenas he recibido el gran palpitar de su vida interior, y me siento en un mundo en formación. ¡Ah mi amiga, qué mal se hace allá en pensar que eso sólo sea la Patria! La Patria, en toda su fuerza integrante, está acá, en esta Venezuela dormida que espera su incorporación al gran movimiento de la cultura. No olvide usted que fue en Angostura donde se echó a andar por segunda vez la república. Y sepa usted que hasta tanto este espacio maravilloso, desprovisto de hombres y pleno de riquezas, no se ponga a marchar a todo ritmo, Venezuela no alcanzará la plenitud de su destino económico, y con él, el aseguramiento de su independencia social.

Pero no era éste el tema que quería tratarle desde esta Guayana embrujadora, donde hoy gobierno, acaso con menos prudencia que en su

ínsula el viejo Sancho. A pesar de mi bachillería en nubes, me tiene usted sobre la realidad de los hechos, encontrado con las pasiones y los intereses de los hombres, entre el permanente demandar de los necesitados, frente a problemas sociales y económicos que pudieran poner de nuevo loco al doctor Fausto. Me tiene usted de gobernante en aprietos, en busca del caballo de Ledesma, para ver adónde me lleva e intentar de no caer en el viejo pecado venezolano de hacer programas y hablar de virtudes públicas cuando se está en la llanura de la oposición o de la irresponsabilidad funcional, para después proceder, cuando llega la posibilidad de hacer, en forma contraria a lo que ayer se pensó. A usted mandaré memoria de lo poco que pueda hacer donde no hay manos ni horas suficientes para trabajar. Y usted condenará o absolverá mi conducta. La tengo por buen juez de mis actos, y sus consejos me serán de mucha ayuda, más hoy, cuando quiero hacer bajar hasta el ras de esta tierra deshabitada mis permanentes nubes de idealista. No podré hacer mayor cosa, pero esté cierta que no trocaré mis discursos con balances inexactos ni desdiré de mis ideas de que la primera función de la autoridad es levantar el tono moral y espiritual de los pueblos.

Dirá usted que sobran preámbulos para entrar en el corazón de la respuesta a su última carta, primero ida a la capital y llegada a esta ciudad, después de una larga peregrinación, no sobre ruedas de *bus,* sino como a espaldas del más pausero jamelgo que pueda ser. Estoy con usted en todo lo que me dice. Soy feminista, siempre y cuando las mujeres sean mujeres. En lo del voto, la acompaño. Porque no puede posponerse la clara mentalidad de Margot Boulton o de Lucila Palacios a la de un semianalfabeto de La Vega, a quien los buscadores de votos capacitan en seis meses para mal firmar. Pero en lo que dice a la influencia de la mujer, acaso disminuya cuando asuma el comando público. ¡Si las mujeres mandan a través de los hombres! Y tenga usted por idiota graduado a quien, ya banquero o ya político, diga que no es influido por una mujer. Creo que la sociedad en general ganará mucho cuando la actividad social de la mujer sea más notoria y se haga más extensa. Pero insisto en lo de la mujer mujer. Me horroriza la marimacho. Detesto la mujer que busca tomar atributos de hombre. La prefiero, como decían los abuelos, con la pata quebrada y en casa. Puede la mujer, conservando su integridad diferencial y luciendo la plenitud de sus atributos

femeninos, incorporarse a la marcha de la cultura. Y justamente lo que se busca es eso. Que la dirección del mundo se asiente sobre los dos caballos de Platón. El hombre no es el individuo. El hombre es el par. Durable o transitorio. Pero donde confluyen dos fuerzas y dos sentidos complementarios. El mundo es la permanencia de un binomio. Ya hecho por la ley, ya hecho por la especie, ya hecho por la afinidad electiva de los espíritus, ya por la admiración subyugante de la belleza, ya por el deleite comunicativo de los pensamientos. Se rompe aquí y nace allá. Destruye y crea. Empuja y detiene. Pero es dual. Y dual es el pensamiento de la sociedad, y dual debe ser la expresión de su contenido conceptual. Pero esa molécula creadora reclama la inalterabilidad de origen de la mujuer y del hombre. Que la mujer sea siempre lo que es usted. Belleza y comprensión. Fuerza y candor. Talento abierto a todos los vientos y torre cerrada desde donde su espíritu atisba, con la más fina y amplia mirada, la marcha del mundo.

Sabe usted, no sólo por mi marcada debilidad hacia la mujer, que soy feminista de los de avanzada. Creo en la superioridad de la mujer y tengo por cierto que nuestro héroe iluminado hubiera cedido con gusto las bridas de su cabalgadura a las suaves manos de una dama. Y yo, palafrenero obediente a los pensamientos de mi señor don Alonso, ayudaría con sobra de gusto a la bella que quisiera poner su fino pie en el estribo para salir a anunciar la nueva era de la verdad, de la justicia y del amor. ¡Que el caballo vaya a la conquista del ideal guiadas las bridas por las firmes y suaves manos de quien no piense en Penthesilea como símbolo de acción, sino en las mujeres de heroico pensamiento y ancho corazón!

Y para servirla a usted nada habré de repetirle. Venga de nuevo a esta Guayana de maravillas, y sobre el ancho río, en uno de los milagrosos amaneceres del Orinoco, podríamos platicar, en amable consorcio con las sirenas que pueblan de belleza este oasis de portentos, acerca de tantos temas como esperan palabras que los iluminen. Y mire que hay sirenas, y escollos, y naufragios.

Caracas, 1943.

Ciudad Bolívar, 1944.

EN DEFENSA DE LEDESMA

Mi noble y bondadosa amiga: He leído con profundo interés las líneas amabilísimas de usted en que me dice de la desolación *ledésmica* con que oyó el discurso del ilustre don Fernando Ortiz en la sesión solemne de la Academia de la Historia. Habla usted, y con razón, de que el fervor americanista del grande escritor cubano echa por tierra el valor simbólico de nuestro héroe como expresión de una conciencia nacional. Y está en lo cierto. De aceptarse la extraña tesis de que "la primera batalla de liberación americana se ganó en el canal de la Mancha al ser hundida la Armada Invencible de Felipe II", se negaría nuestra realidad histórica colonial, raíz de nuestra vida emancipadora, y se declararía que Alonso Andrea de Ledesma, al oponerse al invasor, fue un *traidor* de la Libertad. Con tal manera de juzgar la lucha entre Inglaterra y España, se desconoce la verdad existencial del mundo español de las Indias. Casi como negarnos nosotros mismos; pues, a pesar de nuestro mestizaje, somos la continuidad de un proceso español que en su hora de plenitud optó la emancipación, heroica y tenazmente ganada por los héroes que dieron forma a la nacionalidad republicana. Aun desde un punto de vista de filosofía universal sería arbitrario sostener que la corte de Saint James sostuviera un criterio de liberación frente a un retraso ideológico español. La Inglaterra anterior a la Revolución del siglo XVII era más oscurantista que la España de Felipe II. Recuerde cómo sus autoridades ordenaban quemar libros como los de Roberto Belarmino, que proclamaban los derechos deliberativos del pueblo, mientras en la Península hasta se apologizaba el regicidio.

Justamente, la destrucción de la Armada Invencible empujó la bárbara carrera de piratería que asoló a nuestro mundo colonial y detuvo el

progreso de los establecimientos hispánicos, donde adquiría fuerza la cultura en cuyo nombre nos empinamos más tarde para defender el derecho de nuestra autodeterminación política. Esa tesis de que los piratas fueron portadores de consignas de libertad la podrían defender los mercaderes ingleses que querían para sí el imperio absoluto del Nuevo Mundo, con la misma licitud con que los actuales piratas del industrialismo se empeñan en convertirnos a la esclavitud de sus consignas absolutistas.

Recientemente, en nuestra Prensa diaria y con motivo de una película cinematográfica enderezada a la justificación de los corsarios, escribí acerca de esta arbitraria manera de juzgar la piratería, que a mí se me ocurre semejante a la tesis de un heredero que, por vengarse de cualquier lucro arbitrario de su antiguo tutor, celebrase al ladrón que durante su minoridad vino, con fines de riqueza personal, y no de ayuda para el peculio pupilar, a devastar y reducir sus grandes propiedades. ¿Valdría en lógica estricta el argumento de que era cruel y malo el administrador? Claro que los descendientes y socios del intruso tendrían motivos para exaltar el valor y la audacia del ladrón; pero que esa alabanza la coreen los mismos que recibieron el perjuicio de la destrucción, no lo juzgo ajustado a ninguna manera de razón.

La tesis que encuentra méritos en la acción rapaz de los filibusteros y forbantes del siglo XVII es secuela de la leyenda negra con que el inmortal imperialismo anglosajón quiso legitimar su odio contra el imperialismo español; es decir, contra el imperialismo del pueblo que, dilatándose, nos dio vida y forma social. Porque, niéguese todo y reconózcase el error administrativo de la metrópoli española, jamás podremos cerrarnos a comprender que cuanto mejor y más pacífico hubiera sido el desarrollo material del imperio español, tanto mejor y más eficaz hubiera sido nuestra anterior vida de colonia. ¿Podría sostener alguien que los ingleses, franceses y holandeses vinieron a defender los derechos de soberanía del aborigen? De lo contrario, se empeñaron los pueblos enemigos de España en llenar al Nuevo Mundo con una nueva masa esclava: banderas inglesas trajeron a nuestro suelo, aherrojadas de cadenas, a dolidas masas de negros africanos, y cada territorio que arrancaba Inglaterra a la Corona española era convertido en asiento del mercado negrero.

Busque usted en su meditación otras razones que le den la clave de la sentencia de nuestro ilustre huésped. Sabe usted que en estos temas se enredan razones ideológicas que van hasta la misma raíz de lo religioso y que Cromwell sostenía que a los españoles era preciso matarlos como bestias al servicio de Roma. Algunos aún piensan con semejante criterio. Yo respeto supersticiosamente la libertad de las ideas. Y jamás niego mi admiración a quienes por sus obras la reclaman, aun cuando piensen en oposición conmigo. En el caso de don Fernando Ortiz ya hube de aplaudir, como lo obligan la solidez y el prestigio de su palabra, la elocuencia del discurso, así difiera de este su particular modo de apreciar nuestro pasado español.

En todo estoy con usted cuando dice que Alonso Andrea de Ledesma, con su lanza solitaria, era por sí solo la pujanza de un ímpetu que valía tanto como el empuje de la gran armada vencida en el canal de la Mancha. Y feliz en extremo conceptúo su comentario tan oportuno sobre el valor de nuestro folklore, como expresión de fuerzas subterráneas que en el suelo de nuestra conciencia popular subsisten por testigos de las viejas culturas que se sumaron para la formación de nuestro carácter nacional. Si en verdad tiene un invalorable precio como dato sociológico, no le hallo fuerza para elevar la educación del pueblo. A no ser que se intente educar con los mismos factores que se procura superar. Ya nosotros hemos trabajado, cuanto nos ha sido posible, en ponderar la potencia de Alonso Andrea de Ledesma como mito que simboliza las virtudes heroicas de un pueblo ayuno de arquetipos. Sería lamentable exaltar a la vez la macana de los bailadores del Tamunangue.

Quedo en espera de sus nuevas letras, y mientras éstas vengan, las suyas que contesto serán en mi mesa de trabajo como prenda de fina espiritualidad y aguda comprensión.

Caracas, 23 de febrero de 1948.

PEQUEÑO TRATADO
DE LA PRESUNCION

Así aparezca árido y presuntuoso este breve intento de examinar, desde sus raíces idiomáticas, la idea de la presunción, hemos querido anteceder nuestras reflexiones de tipo psicosociológico, con minucioso y pesado análisis del vocablo, el cual, si en verdad poco enseña a quienes conocen los misterios de la filología, sirve, en cambio, para aclarar en su extrema realidad el concepto simbolizado por la palabra. Como se trata de simple erudición de diccionario, bien podría faltar en nuestro ensayo; mas hemos creído que, al seguir el curso de la palabra desde su primitiva figuración latina hasta su presente fijación en lenguas modernas, nuestro propósito didáctico adquiere mayor dramatismo y que a su luz se iluminan mejor los secretos de este pecado, condenado tanto por teólogos y moralistas como por pedagogos y sociólogos.

No sea, pues, óbice para su lectura el tropiezo con palabras y con frases olorosas a viejos y empolvados rincones de biblioteca, que, en saltando sobre su estirada pesadez, ya aparecerá la amarga flor cuya semilla ha sido tan fecunda en nuestro suelo nacional.

En las últimas ediciones de su diccionario, la Academia Española reduce las acepciones de *presunción* y *presumir* a sólo éstas:

"*Presumir* (Del lat. *praesumere)* tr. Sospechar, juzgar o conjeturar una cosa por tener indicios o señales para ello. int. Vanagloriarse, tener alto concepto de sí mismo".

"*Presunción* (Del lat. *praesumptio, onis)* f. Acción y efecto de presumir. For. Cosa que por ministerio de la ley se tiene como verdad." (Y luego explica el carácter de la presunción, cuando es de derecho o de ley o sólo de hecho.)

En el diccionario de Autoridades se habían dado las siguientes definiciones:

"Presumir, v. a. Sospechar, juzgar o conjeturar alguna cosa por haber tenido indicios o señales para ello. Es del latino *praesumere.* Vale también vanagloriarse, tener demasiado concepto y confianza de sí mismo. Lat. *Nimium sibi sumere, vel arrogare. Nimis confidere".*

"Presunción. Significa también vanidad, confianza y demasiado concepto que se tiene de sí mismo. Lat. *Arrogantia. Nimia confidentia. Superbia.* Inc. Garcil. *Historia de la Florida,* lib. II, part. I, cap. XXIX: "Este fin tuvo la temeridad y soberbia de Nitachuco, nacida en su ánimo, más feroz que prudente, sobrado de *presunción* y falto de consejo." Jacuite. *Pol.,* pl. 250: "La *presunción* estropea los mejores méritos."

Según Covarrubias, *presumir* vale tener uno de sí gran concepto. *Presumido,* el confiado.

En bajo español de Venezuela, *presumido* se dice a quien usa modales delicados y viste con acicalamiento.

Para Sthepani, en *Thesaurus Linguae Latinae* (edic. de Londres de 1735), *Praesumptio, onis* vale por *ante sumptio,* o *anticipatio.*

Según el *Glosarium ad scriptores Mediae et Infimae Latinitatis,* de Dufresne (edic. de París de 1734) *prae sumptio* significó en latín decadente, *actio injusta, invatio, usurpatio;* y *prae sumere,* expresó *ante sibi sumere,* conforme con la etimología que Ernout-Meillet, en su reciente *Dictionaire étymologique de la langue latine,* da a *praesumo,* en su acepción de tomar por anticipado o antes de tiempo, formada de *praesumo,* y éste de *susemo, emo,* tomar y *sus* de *suspicio.*

A *prae sumere* da significado de *ante capere,* según uso de Plinio, el *Lexicon latinae linguae antibarbarum,* de Janne Frederico Noltenio (edic. de Venecia de 1743), y según Furlanetti en *Totius Latinitatis Lexicon* (edic. de Padua de 1830), *prae sumptio, onis,* vale por *actus prae sumendi, ante sumptio, et id quod ante sumitur* y, además, por *confidentia, nimia spes.*

En lengua francesa, además de la acepción forense de uso corriente en nuestro idioma, significa *opinión trop advantageuse de soi mème.* Igual acepción le dan los diccionarios portugueses e italianos.

Durante la Edad Media, el inglés adoptó el verbo *to presume,* tomándolo del francés *présumer,* en la primera acepción de *anticipatio* y en la del bajo latín de *invatio, usurpatio.* Tomar una cosa sin derecho, dice Oxford, para esta modalidad obsoleta de la palabra. Mas, queda en dicha lengua el valor "de actuar en la suposición de tener derecho".

En categoría teológica, *presunción* vale tanto como creencia falsa acerca de la misericordia de Dios. Junto con la desesperación es pecado contra la esperanza, puesto que significa una esperanza temeraria en la bienaventuranza. Manera de pecado contra el Espíritu Santo, dicen los teólogos. *"Praesumptio est motus quidam appetitivus, quia importat quamdam spem inordinatam. Haber autem se conformiter intellectui falso, sicut et desperatio."* (Santo Tomás, II-ii, quaest. XXI, art. II.). Por ello, San Juan Clímaco, en su *Escala Espiritual* (cap. XXVI), comenta: "Así como son contrarios entre sí las bodas y el mortuorio, así son la presunción y la desesperación." Y más adelante (cap. XXVIII), agrega: "Trabaja por tener muy fijo y muy guardado el ojo interior del ánima contra todo levantamiento y presunción, porque entre todos los hurtos espirituales ninguno hay más peligroso que éste." El padre Granada escribe, *Libro de la oración y meditación* (II parte, cap. VI): "Destas dos tentaciones, la primera es desconfianza, la cual suele desmayar a muchas personas, haciéndoles creer que es imposible llegar a tanta alteza y perfección; y la otra es presunción, la cual, por el contrario, les hace creer que han llegado al cabo, o a lo menos que han aprovechado algo en este camino. Sin que falte, en el orden corriente de la vida, la atribución pecaminosa que el propio Doctor Angélico le da cuando se *trata de acometer o intentar acometer lo que está sobre nuestras fuerzas.* (Ibídem, q. 130.).

Tanto en el orden teológico, como en la primitiva acepción latina, abultada en el *sermo vulgaris* de la Edad Media, la presunción constituye una actitud de tomar con antelación, de invadir derechos ajenos, de usurpar lo que a otros corresponde: *prae-sumo,* tomar por

anticipado. En lo que dice a la genuina y recta comprensión de la palabra, adelantarse en el propio juicio sobre sí mismo, con ánimo de jactancia, es sólo lo que deja al vocablo la acepción en uso. Apartado de su valor primitivo y de la acepción procesal de cosa que se tiene por verdad, apenas resta para el vocablo el valor superficial de "afección inmoderada, merced a la cual nos idolatramos y que nos representa a nuestros propios ojos distintos de lo que realmente somos", según en sus *Ensayos* define Miguel de Montaigne. Sin embargo, un recto estudio del pleno contenido conceptual de la palabra nos lleva a comprobar que la *usurpatio,* la *invatio* y la *actio injusta* de la latinidad decadente permanecen en el cascabullo de la idea que el vocablo encierra. No otra cosa que usurpación de méritos constituye en recto examen la posición de quien se representa ante sus propios ojos con atavíos de facultades de que en realidad carece. El versificador que presume de poeta y el religioso que se cree santo están ya usurpando posiciones que no les corresponde, y, en consecuencia, cometiendo un *actio injusta.*

En otra parte hemos escrito que nuestra gran tragedia cultural de pueblo radica en haber *llegado sin llegar.* Vale decir, en haber usurpado posiciones que no nos correspondían por derecho propio. No ya pecado contra el Espíritu Santo, sino falta plena contra nuestro deber social, contra la sinceridad que nos reclama la propia sociedad de que somos parte. Pueblo de presuntuosos, hemos buscado el fácil camino de tomar por anticipado los sitios que reclaman la sistemática de un esfuerzo lento y mejor orientado. Presumir, no en su corriente acepción de vanagloriarse, sino en su soterrada significación de anticipo de la hora, ha sido la tragedia cuotidiana, menuda y persistente que ha vivido nuestra nación a todo lo largo de su dolorosa y accidentada historia. La vía del asalto y de la carrera para llegar más presto a sitios que reclamaban una idoneidad responsable.

El afán desordenado de hacernos valer ha sido nuestro mal en todos los órdenes de las actividades humanas. Un deseo de llegar antes de tiempo, un empeño de tomar los frutos ingrávidos, un tropicalismo desbocado que nos impele a la ruptura de los frenos que pudieran guiar el impulso hacia la racional conquista. Llegar por donde sea y como sea. Torcido o recto el camino, da lo mismo, siempre que conduzca al deseado fin.

Generalizada la teoría del éxito profesada por quienes aconsejan hacer dinero honradamente, pero en todo caso hacer dinero, hemos supeditado al hecho desnudo de satisfacer las ambiciones los medios de lograrlo, sin curar en ningún caso de que aquéllos sean honrados y cónsonos con la lógica que asegure su fructífera permanencia. Llegar a la casa por la puerta principal o por la puerta ancilar, es cosa secundaria. Sólo importa llegar, a la luz del día, como llegan los señores, o al amparo de las sombras protectoras del escalamiento.

Olvidados de la lógica de la vida y de la necesidad de madurar las circunstancias, jamás hemos sabido esperar. Llevados por tentaciones que destruyen la armonía del juicio y la rectitud de la reflexión, hemos templado la desesperación con la presunción; del cuadro falseado por un pesimismo de las cosas, hemos pasado a la violenta carrera a que empuja la inmoderada estimativa de las cualidades personales. Como el sembrador que, cegado por la magia de presuntos abonos, ordenase recoger a destiempo la cosecha, nosotros, en nuestra función de cultura, hemos arrancado con criminal anticipación las raíces sin madurar y hemos recolectado bulbos sin savia y flores sin aroma.

Ese espantoso complejo, por todos visto en silencio y pocas veces denunciado, hemos querido tratarlo por medio del examen interno de la palabra que mejor lo califica. Allá y acá se buscan las causas de nuestros males en el campo de la ciencia, de las letras, de la economía y de la política. Para encerrarlas a todas en un conjunto que haga fácil su etiología, hemos mirado a esta palabra, que es pecado y tentación, en cuya raíz semántica parece que se ocultase la *ultima ratio* de nuestra precipitada y confusa vida de relación.

Pueblo que no medita el valor de sus propios recursos ha de caminar los opuestos caminos que conducen ora a la desesperación, ora a la presunción. Al pesimismo que nubla los caminos y que lleva a la actitud decadente que Soeren Kierkegaard define como un "no querer ser uno mismo", como renuncia al propio esfuerzo de realizarse en función de equilibrio de voluntad y de posibilidad; o a la euforia malsana provocada por la falsa confianza en los propios recursos, que hace mirar como ya realizado el acto acoplador del esfuerzo con el fin relativo de las

aspiraciones. Desprovistos como colectividad del sentido de cooperación que haga fácil el esfuerzo común, hemos seguido el curso personalista de nuestros apetitos, con un sentido de suficiencia que nos ha llevado en lo individual a ser los solos jueces de nuestros actos y los dispensadores de nuestra propia honra.

No vienen estos males del ayer cercano; por el contrario, tienen sus raíces henchidas de historia. Hay quienes digan que fue precipitada y presuntuosa nuestra propia aventura emancipadora; y el mismo Bolívar, en la culminación de su tragedia, declaró la independencia como el solo bien logrado a costa de la ruina de tres siglos de cultura. Para sostener o rebatir la tesis sobran argumentos en el mundo de la Historia, pero quizá desde entonces se inculcó en nuestro plasma social el afán de hacerlo todo a punta de palabras que suplan la realidad de actos constructivos. Agotados nuestros recursos sociales en la lucha titánica por la construcción de la República, hemos intentado compensar la deficiencia colectiva por medio de una exagerada valorización de nuestras capacidades como individuos, y por un falso sentido de participación retrospectiva en la homérica lucha librada por los fundadores de la nacionalidad. Con la vanagloria por lo que hicieron los mayores, entendemos balancear nuestras carencias colectivas, como si la categoría histórica pudiera argumentar a favor de nuestra deficiente actualidad. El feudalismo anárquico que insurgió con la exaltación de los caudillos, llevó a la disgregación de los grupos que pudieron haber realizado en el campo cívico una obra perseverante de superación y que hubieran podido crear un tono reflexivo para nuestras tareas político-culturales. La perseverancia del individualismo provocó esa mostrenca actitud que lleva a cualquier venezolano a considerar que por la punta de su nariz pasa el meridiano de la nación. Y poseídos de este dogma infalible, sin siquiera aceptar que los contrarios puedan errar honradamente, cada uno de nosotros, de manera peor mientras más cultos, ha presumido posiciones artificiales, que van desde el indiscutible acento del postizo profesor omnisapiente hasta la verba exaltada del líder que cree poseer, como intangible y exclusivo patrimonio, el don de las verdades que salvan la república. De donde resulta el estado lamentable que cruda y magistralmente pinta el insigne Key-Ayala cuando dice: "Gran parte de las desgracias de nuestra vida nacional se deben al empirismo, al

desconocimiento de las razones fundamentales que rigen la marcha de las sociedades, de las empresas y de las industrias, en fin, a la ignorancia petulante, vestida de suficiencia." Vale decir, a la presunción que es signo de nuestra conducta social, a la agresiva "chivatería" en que pretendemos apoyar nuestra petulancia.

Causa y efecto en sí misma, la presunción que se abulta en todo nuestro discurso histórico arranca de posiciones negativas anteriores y provoca, a la vez, nuevas actitudes disvaliosas que precisa examinar en su origen y proyecciones. Por una parte, el individuo encuentra hacederos los caminos por falta de sentido responsable de quienes le antecedieron. Hay a veces, más que *usurpatio,* una pacífica *invatio* en tierras de nadie. ¿Quién no se siente inclinado a ocupar lo que está vacío? Si aquellos, por caso, a quienes corresponde por mayor experiencia el sitial de la crítica, abandonan el deber de hacerla, ¿no resulta explicable que en él aposente quien llevado por instinto vocacional y animado por falsa estimativa de sus recursos se cree capaz de ejercer el delicado y baldío ministerio? Lo que en el orden de la cultura literaria y científica se explica fácilmente como resulta de la huida pesimista de quien pudo hacerlo y del afán correlativo de *prae sumere* por parte de quienes buscan el anticipo figurativo, conviene por igual al terreno de lo económico y lo político. Un pueblo sin arquetipos morales, un país donde no se ha prefigurado la imagen que debe dar forma a nuestro esfuerzo social, invita al asalto de las categorías. Creídos los individuos en el falso mérito de escasos e indisciplinados atributos, se sienten invitados a la conquista de aquello que reclamaría un punto de mayor madurez. Por eso, a veces vemos cómo en la falsa jerarquización de los sujetos ocurre el caso que respecto a los franceses de su tiempo anotaba el canciller Ollivier, cuando dijo que sus compatriotas se "parecían a los monos, que van trepando por los árboles de rama en rama, hasta tocar a la más alta, desde la cual enseñan el trasero".

Correlativo aspecto de la desmedida valorización de sí mismo, la presunción, según anota Montaigne, conduce a la subestimación de los demás. Es como una ley negativa que rigiera el equilibrio de los valores: al usurpar posiciones por medio de la antelación en el goce de algo a que pudiera tenerse derecho mediante el acabamiento de un esfuerzo, se

desvaloriza y viola el patrimonio ajeno, se mengua indirectamente el valor de las categorías extrañas, se destruye el justo nivel en la escala de la estimativa social.

En términos de clásica educación griega, diríase, con palabras de Jaeger, que aquel que "atenta contra la *areté* ajena pierde, en suma, el sentido mismo de la *areté*". Se desvaloriza a sí mismo en el curso ascendente hacia la conquista de la virtud y del honor que habría de definir su figuración en el proceso selectivo de la sociedad, y rompe, consecuencialmente, el sentimiento de comunidad que es ala y remo para las grandes obras de la cultura. De ahí resulta el estado que para lo nacional tan bien definió Romerogarcía al llamarnos pueblo "de nulidades engreídas y de reputaciones consagradas", y que tinosamente hizo decir a otro que "en Venezuela nadie está en su puesto". Se engríe quien asume la posesión de lo que no le pertenece aún, aquel que se adelanta al ejercicio moral de un derecho, el que *prae-sume* lo que el tiempo le reservaba para horas de madurez legítima.

Y como la presunción de funciones y aptitudes sigue una línea sin continuidad geométrica en el plano de lo social y se rige sólo por la falsa apreciación individual, adviene, por consecuencia, en el ordenamiento colectivo una dispareja y anárquica ubicación de valores que conduce, para la efectividad del progreso, a situaciones donde lo inestable hace las veces de canon regulador. En una sociedad fundada sobre bases de presunción, vale decir, sobre supuestos ingrávidos, sobre líneas que carecen de madurez realística, se vive en peligro de que toda creación, por lo abortivo del esfuerzo, carezca de fuerza perviviente. La anticipación que caracteriza a la obra presuntuosa, condena a ésta, fatalmente, a quedar en la zona de lo inacabado y pasajero. Sin energía para arraigar, sin densidad para lograr una ubicación de permanencia, las aparentes conquistas carecen de continuidad y método que les dé fuerza para convertirse en tradición capaz de impulsar en una línea lógica y duradera la marcha del progreso social.

Como en el pecado va implícita la pena, el individuo, cuando asume situaciones que aún no le corresponden, recibe el precio de su culpa, pues al abandonar el sitio donde debió desarrollar provechosamente su

función generadora de actos eficaces, desfigura, a la vez, su propia personalidad entitiva. En la audacia de la carrera, no sólo usurpa lo que no es suyo, sino que, con esto, destruye su mero valor positivo. Se aleja de su propio marco redituante, se deshace de los vínculos que le asegurarían un buen éxito, y desconociéndose a sí mismos, se aventura a obrar como si fuera otra persona en sí, con lo que destruye fatalmente el signo de su jerarquía. Pasa a ser lo que no es, y, en consecuencia, anonada su personalidad. Como el globo que a fuerza de hincharse termina por ser destruido, del mismo modo el presuntuoso se convierte a la postre en simple nulidad figurativa.

Trasplantada al terreno de los hechos la consecuencia que en el orden teológico de la salvación señalan los doctores al pecado de presunción, vemos de manera objetiva que suyas son las causas de que se pierdan en el vacío las mejores intenciones de quienes se dejan llevar por el impulso de la conquista anticipada. No basta llegar, se requiere llegar a tiempo. No sale más temprano el sol porque se madrugue a mirar la aurora. La negación de la confianza, la actitud pesimista de quienes sólo ven los defectos sociales, no justifica, como reacción, una euforia anticipada que conduzca a dar por logrado aquello que precisa de una serena-meditación constructiva. Al mismo tiempo que debemos luchar contra los peligrosos complejos que incitan a la desesperación y a las situaciones negativas, estamos obligados a luchar contra el hábito desesperado de la carrera, que condena a llegar con las manos vacías de realidades, esto es, a llegar sin ser nosotros mismos.

Por lo que mira al proceso fundamental de la educación, tanto los padres como los alumnos persiguen un acelerado tránsito que ponga a estos últimos en posesión del título que les abra el camino de un ejercicio profesional. Nada importa que a ese título falte el respaldo de una cultura que eleve a sus poseedores a condiciones de cumplir la función para la cual lo autoriza el certificado o el diploma. Interesa salvar el tiempo más que alcanzar el grado de ilustración que se requiere para asumir responsablemente el carácter que aquéllos confieren. Se trabaja por llegar prontamente a la oficialidad de las carreras que permita superar en función cronológica el período de preparación requerida para el cabal cumplimiento de la empresa a que nos avocamos en la sociedad. La

sistematización individual del esfuerzo es sustituida por el afán de obrar. Correr, más que andar, ha sido consigna colectiva de trabajo, y, como consecuencia de la precipitación en asumir antelativamente lo que debiera llegar al final de una racional sistemática, hemos caído en la obra improvisada de los perseguidores de albricias y de los genios frustrados que pretenden suplir con la suerte o la audacia lo que sólo se alcanza mediante una lenta y progresiva preparación sobre los yunques del estudio y de la autovigilancia responsable.

Mal que viene de atrás, reato a nosotros transmitido por las generaciones que nos precedieron en el proceso formativo de nuestro pueblo y por los propios maestros que han pretendido iluminar nuestros caminos, debemos empeñarnos colectivamente en oponerle enérgico remedio que lo contradiga. En nuestra propia reflexión hemos de hallar los recursos idóneos para lograrlo. Hagamos examen sincero de nosotros mismos, por medio de una introspección que desnude nuestras vidas de los arreos presuntuosos con que hemos venido signando nuestros actos. Ser lo que somos y obrar de conformidad con nuestra verdadera capacidad. Comprender que la eficacia de nuestra obra radica en la constancia de un proceso formativo que asegure el éxito de nuestra acción futura. Más que correr, esperar; más que la aventura de gustar postizos éxitos, limitar nuestra acción al cuadro reducido, pero seguro, donde nuestro esfuerzo sea capaz de crear una obra perdurable; antes de ir a la aventura fácil de tomar lo que aún no nos corresponde en la jerarquía social, descender, conforme al consejo socrático, a lo interior de nosotros mismos para avalorar y conocer nuestras propias fuerzas.

Frenada la falsa estimativa de nosotros mismos y apreciada en términos ecuánimes la capacidad vecina, llegaremos a crear un eficaz sentido de cooperación para la obra colectiva. El rigor que aplicamos en la crítica de los actos de los otros, suplámoslo por mayor exigencia para la obra propia y las puertas que nuestro egoísmo cierra para el comercio con los extraños, abrámoslas para una mayor comunicación que haga posible la fe en el esfuerzo ajeno. Rompamos con valor la inveterada costumbre de fingir recursos de que carecemos. Dejemos de practicar el viejo hábito de exhibirnos como señores de predios que no dominamos, hábito del cual muchas veces es harto difícil deshacerse, y en el cual caemos, así se

trate de casos como el presente, en que para examinar la esencia de la presunción hemos tenido que ocurrir al censurado expediente de usar recursos que sobrepasan nuestros escasos conocimientos. Algo semejante a la lección del cangrejo senecto que explicaba a los jóvenes cangrejos la manera de caminar en línea recta. Al menos el viejo crustáceo creyó descargar su conciencia de aquello de que en sí mismo no era responsable. Y si presuntuosa resultare la lección, sírvale de justificativo el proloquio terapéutico de *similia similibus curantur.*

FORMACION DE LA NACIONALIDAD VENEZOLANA (1945)*

(*) Tomado de la 1ª ed. Caracas: Edit. Venezuela, 1945. 36 p.

A la memoria de DON LUIS DE UNZAGA Y AMEZAGA, quien, como Gobernador y Capitán General de Caracas, asumió en 1777, por vez primera, el ejercicio de la Suprema Magistratura de la Nación Venezolana.

FORMACION DE LA NACIONALIDAD VENEZOLANA

No es obra de un día, ni de un siglo la formación de un Estado nacional. Elementos múltiples y circunstancias varias forman el proceso estructural de una nación. Si lo político y legal pueden dar vida a un Estado convencional, son, en cambio, la historia, la geografía, la cultura y la unidad económica quienes forman las raíces de la nacionalidad. Pueden darse Estados no coincidentes con verdaderas naciones, así como naciones desprovistas de forma e instrumentos estadales.

La continuidad nacional hace vigoroso al Estado y mientras mejor coincidan la estructura orgánica y el mecanicismo formal de los elementos del Poder, mayor será la fuerza permanente del Estado.

Intentamos un esquema histórico de Venezuela como Nación y como Estado, y para ello habremos de remontar las aguas del tiempo hasta llegar a la época de la colonización española, que incorporó nuestra América al movimiento de la civilización occidental. Nuestro proceso de pueblo arranca del siglo XVI. El conquistador halló en lo que es hoy nuestra Patria una serie de familias aborígenes en condiciones incipientes de cultura, que muy poco aportaron a la formación de la nacionalidad. Más que de otras regiones del Continente, puede y debe decirse que nuestra Patria nació como una prolongación de la Península.

La explicación del proceso de nuestra formación nacional es por demás compleja, por cuanto la obra de la colonización no tuvo en nuestro territorio unidad política sino a partir del año 1777.

Dicha explicación, en sus líneas políticas, ya la dimos en nuestro libro "Tapices de Historia Patria", y de él sacamos para esta monografía la relación sistemática que arranca de los primeros intentos españoles de colonización en el oriente de la República y que empezaron el año de 1500, de una manera espléndida y aun poética, con el asiento hecho por los españoles en orden al comercio de la perla, en la Isla de Cubagua, descubierta por Cristóbal Colón en 1498, y llamada de las Perlas por la gran cantidad de ellas que en manos de los indios vio el Almirante. Tanto incremento tomó aquel mercado, que a poco andar ya estaba fundada la ciudad de Nueva Cádiz, y según fue la riqueza de las explotaciones hechas en sus aguas, así también el auge de la nueva población, la que lucía edificios de cal y canto y casas de grandes torres, cuyas gentes se movían en el diario trajín, según dice Castellanos

Con tal hervor y tal desasosiego
Como por secas ramas vivo fuego.

La sed de riquezas y lo hacedero de la explotación de los placeres, trajo a poco el agotamiento de éstos, y lo que antes fue un emporio, en breve pasó a ser desolado sitio. La musa elegíaca de Castellanos encuentra en aquella decadencia tema propicio a sus lamentos, y en tono quejumbroso nos refiere que

Faltaban ya las fiestas diputadas
Para sus regocijos y placeres,
Las plazas no se ven embarazadas
Con tratos de los ricos mercaderes:
No se veían las calles frecuentadas
De hombres, ni muchachos, ni mujeres.
Pocos días había finalmente
Que no saliese della mucha gente.

La vida difícil, por carecer de agua y de leña la pequeña isla, cambiado el comercio de la rica perla por el triste y degradante de los indios esclavizados, Cubagua decayó con tanta prisa cuanta había sido su riqueza primitiva, y para complemento de infortunios, un terremoto en la Navidad de 1541, destruyó por completo la hermosa ciudad neo-gaditana.

Gobernación de Coquivacoa y Urabá.

Mientras los vecinos de Cubagua explotaban a sus anchas los ricos tesoros del mar, en el occidente de Tierra Firme, Alonso de Ojeda, alentado por sus expediciones de 499 y 502 y ya con título de Gobernador de la Costa de Coquivacoa y Urabá que le otorgaban las Reales Cédulas de 21 de septiembre de 1504 y de 5 de octubre de 1505, trataba de hacer asiento en estas tierras, cuyo gobierno fue el primero, aunque sin fruto, en tener.

Las Misiones fracasadas.

Por 1514 los frailes dominicos acometieron pacífica penetración en las costas orientales. Fundaron un convento en las cercanías de la actual ciudad de Cumaná, y se dieron a la evangélica labor; mas, los indios, en venganza del mal trato de ciertos salteadores de esclavos, pusieron fin sangrientamente a la pobre misión. Segunda vez, en 1515, comienza la ardua empresa de los misioneros, ahora dominicos y franciscos; fundan sendos conventos, los primeros en Chirivichí, los segundos "a un tiro de ballesta de la costa del mar, junto a la ribera del río que llaman Cumaná"; pero lo mismo que en años anteriores, los indios, saciando en los pobres religiosos el odio contra los esclavistas, dan el año 1520 término a este nuevo propósito colonizador, matan a dos frailes, y obligan a los demás a refugiarse en el Convento de Nueva Cádiz.

La Capitulación de Las Casas.

En el mismo año de 1520, Bartolomé de Las Casas, que había capitulado con el Rey la conquista de la Tierra Firme, desde Paria hasta Santa Marta, llegó a las costas de Cumaná con "obra de trescientos labradores que llevaban cruces", a tiempo de que Gonzalo de Ocampo, enviado por la Real Audiencia de Santo Domingo al castigo de los indígenas, fundaba la Nueva Toledo, "a la ribera del río, media legua del mar". Dio Ocampo posesión de la tierra al Licenciado Las Casas, pero, negándose a acompañarle con sus hombres, obligó al colonizador a hacer viaje a Santo Domingo en orden a requerir los mandamientos necesarios, y en

su ausencia los naturales asaltaron la ciudad, mataron al jefe de la fuerza castellana y a un lego francisco llamado Dionisio; y fueron obligados los demás a solicitar albergue en la Isla de Cubagua.

La Nueva Córdoba.

Con el fin de mantener la fundación de Ocampo y por ser necesario a los de Nueva Cádiz tener de paz la Tierra Firme, la Audiencia de Santo Domingo envió a ella el año de 1523, trescientos españoles al mando de Jácome de Castellón. Este fundó en la boca del río una fortaleza de la cual tuvo título de Alcaide y, reedificándola, cambió por el de Nueva Córdoba el nombre de la primitiva fundación de Ocampo. En 1530, por septiembre, un terremoto asoló la población y destruyó la fortaleza del río, mas, con su inquebrantable constancia, Castellón logró mantenerse en ella, vigilante de la tierra.

Durante esta época eran aún imprecisos la jurisdicción y límites de las autoridades: la Nueva Cádiz dependía, en lo civil y militar, con el carácter de ciudad capitular, de la Real Audiencia de Santo Domingo: en lo eclesiástico, del Obispado de Puerto Rico. Los pueblos de Cumaná y Maracapana, y la región oriental de Tierra Firme, materia de la caduca capitulación de Las Casas, estaban bajo la autoridad militar del Alcaide de Cumaná y de sendos Regidores, pero sometidos en cierta forma a la jurisdicción capitular de la Nueva Cádiz, a pesar de las gestiones hechas por el Gobierno de Margarita en orden a que dichos territorios fueran puestos bajo las autoridades de la Isla.

Gobernación de Margarita.

Entretanto se acababan esos sucesos en la Tierra Firme, un Gobierno más amplio y de mayor jerarquía se organizaba en la Margarita. Esta isla, descubierta por el Almirante Cristóbal Colón, fue como el granero de Cubagua, cuya gente, según dice Castellanos,

> ...Luego con el uso
> De labor, la cultiva y enriquece:
> El más espeso bosque se dispuso

Para sembrar maíces, y acontece
Después de cultivadas estas vegas
Acudir por almud hartas hanegas.

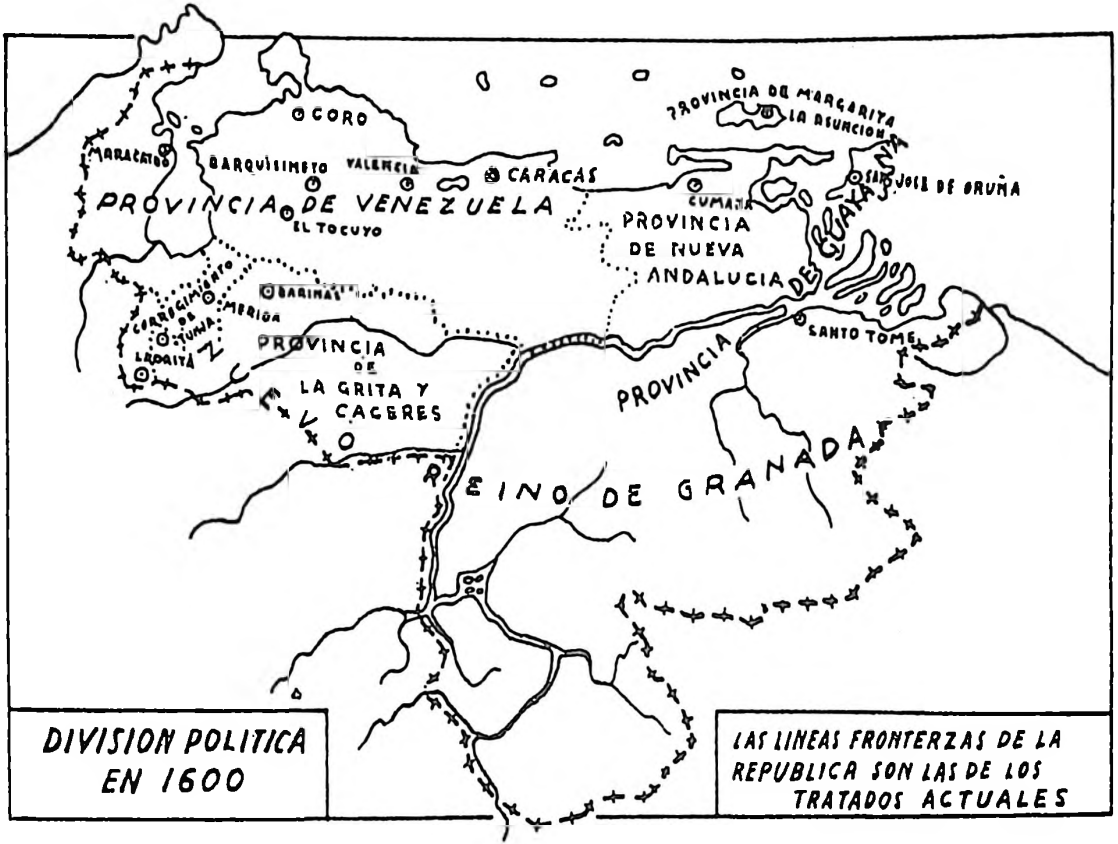
En 1525 el Rey concede la población y gobierno de ella al Licenciado D. Marcelo de Villalobos, Oidor de la Audiencia de Santo Domingo, y en 1527, confirma en su heredera Doña Aldonza Manrique, título para continuar gobernando en ella. Aquí comienza el desarrollo de las nuevas instituciones, de modo perdurable, en jurisdicción de lo que es hoy nuestra Patria. Con el gobierno de

Aquella meritísima señora
Doña Aldonza Manrique, generosa
De mucho más honor merecedora
Y para gobernar más alta cosa.

La nueva Provincia o Gobernación, que apenas había regido durante brevísimo tiempo el Licenciado Villalobos, inicia su vida con tanta copia de beneficios y política tranquilidad, que, cuando la primitiva Provincia de Venezuela cuente en 1567 hasta treinta y siete distintos períodos gubernaticios, la egregia matrona aún permanece firme en el goce de su perpetua autoridad, compartida primero con su esposo D. Pedro Ortiz de Sandoval y después con su yerno D. Juan Sarmiento, y llamada a continuar, por real concesión, en la persona de su nieto D. Juan Sarmiento de Villandrando, quien era Gobernador por 1593, sin que se entienda que durante este aparente absolutismo familiar no hubiera habido intersticios en los cuales la Audiencia de Santo Domingo interviniera; de lo contrario y pese a la carencia de datos acerca de la Margarita, hemos tropezado con el Mariscal Gutierre de la Peña, nombrado Gobernador interino y Juez de Residencia en 1551, con encargo de tomarla a su antecesor Don Rodrigo de Navarrete.

Gobernación de Venezuela.

Al mismo tiempo que la Corona confirmaba a la hija de Villalobos el Gobierno de la Margarita, un hijo del Factor de la Isla de Santo Domingo, D. Juan Martínez de Ampíes, quien estaba autorizado para


CORO
PROVINCIA DE MARGARITA
LA ASUNCION
MARACAIBO
BARQUISIMETO
VALENCIA
CARACAS
CUMANA
SAN JOSE DE ORUÑA
PROVINCIA DE VENEZUELA
EL TOCUYO
PROVINCIA DE NUEVA ANDALUCIA
GUAYANA
CORREGIMIENTO DE TUNJA
BARINAS
MERIDA
LERIDA
PROVINCIA DE LA GRITA Y CACERES
SANTO TOME
PROVINCIA
REINO DE GRANADA
DIVISION POLITICA EN 1600
LAS LINEAS FRONTERZAS DE LA REPUBLICA SON LAS DE LOS TRATADOS ACTUALES

impedir en las costas corianas el abuso de los indieros, daba fundación en la Tierra Firme a la ciudad de Santa Ana de Coro. Trasladado a ella el Factor, solicitó y obtuvo la sujeción del gran cacique Manaure y de su gente, pero cuando con más gusto se hallaba en el gobierno de su Provincia, fue sorprendido por la presencia de Ambrosio Alfinger, quien en nombre de los Welser, y con título de Gobernador y Capitán General, venía a regir la nueva Provincia de Venezuela. Por mediación de sus agentes cerca de la Corte de España, Enrique Ehinger y Gerónimo Sayler, los Welser, ricos comerciantes alemanes, celebraron capitulación para la conquista y colonización de la Tierra Firme, la cual fue aprobada por la Reina Doña Juana en 27 de marzo de 1528. Por dicho contrato los mandatarios alemanes obtuvieron para sí, o en su defecto para Ambrosio Alfinger o Jorge Ehinger, la conquista y población de las tierras comprendidas desde el Cabo de la Vela al oeste, hasta Maracapana al naciente, con todas las islas de la Costa, excepto las que habían quedado encomendadas a Ampíes (Curazao, Bonaire y Aruba). Con la llegada de Alfinger comienza la vida política de la primitiva Provincia de Venezuela y se echan las bases para la futura organización colonial. Aunque los alemanes tenían obligación de fundar tres ciudades, apenas mantuvieron en pie la fundación de Ampíes y establecieron un transitorio asiento en el Lago de Maracaybo. Alfinger, y los demás capitanes sucesores suyos en la conquista de la tierra: Hans Seissehoffer, Nicolao Federmann, Jorge Hohemuth, Felipe von Hutten, se dedicaron a descubrir el territorio en busca de El Dorado, que como estímulo de grandes empresas había surgido intangible sobre los horizontes, y al par que acicaba los corceles, entorpecía por la extravagancia de las jornadas y el inútil sacrificio de energías, el natural progreso de la Colonia. La Real Audiencia de Santo Domingo, a cuyo distrito pertenecía la nueva Gobernación, no dejó de la mano la suerte de ésta, y aún vigente el contrato de los Welser, proveyó por Gobernadores a D. Rodrigo de Bastidas, primer Obispo de Coro, a Juan de Villegas, a Rembolt, a Antonio Navarro, a Juan de Carvajal y a Pérez de Tolosa, cada vez que la suerte de la Provincia y los reclamos de la justicia vulnerada, así lo imponían, pues no debe entenderse que el contrato transfiriera a los alemanes la soberanía política que correspondía al Rey y que la Gobernación estuviese, en consecuencia, segregada del imperio colonial español, según han pretendido explicar aquéllos que dicen

haber representado esta concesión el primer ensayo colonial de Alemania; aun el almojarifazgo sobre el cazabe introducido de la Isla Española a la ciudad de Coro, lo cobraban los Oficiales del Rey por 1535 a los factores tudescos.

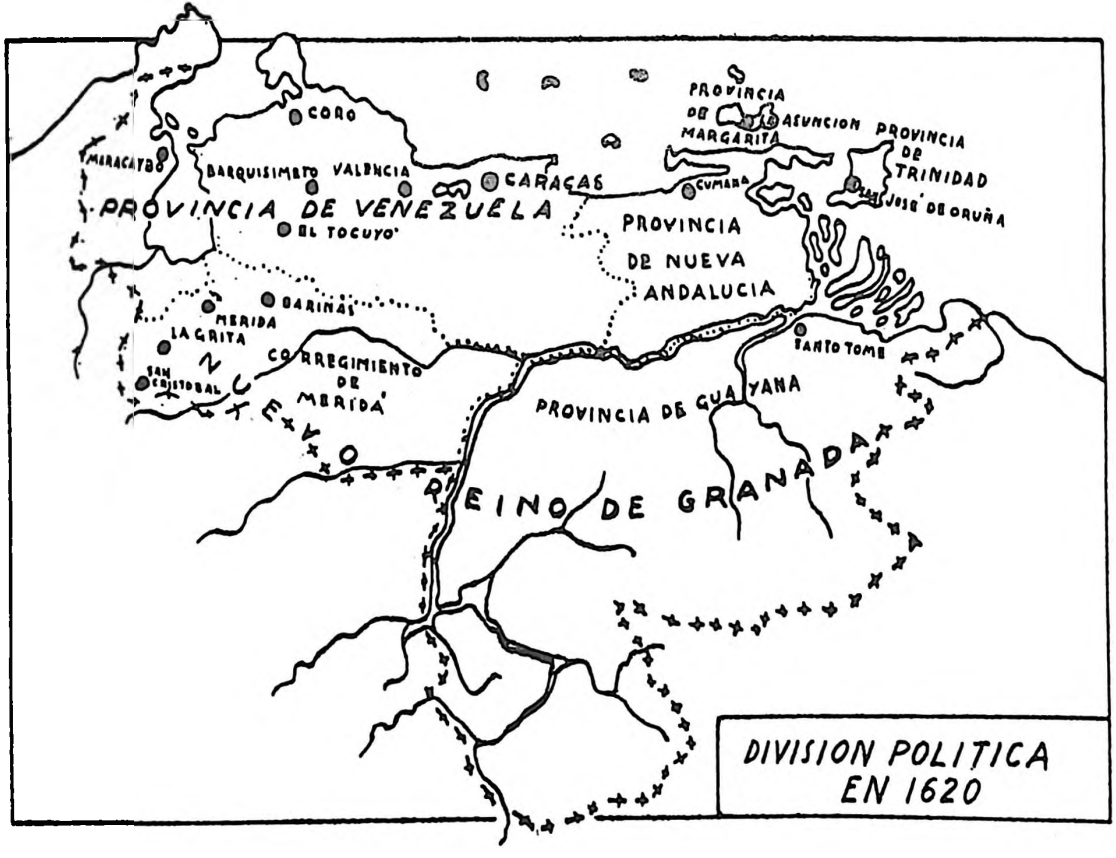
Gobernación de Trinidad.

La labor de descubrir la tierra y cimentar las futuras poblaciones fue más dura en el Sur y en el Oriente. Teatro de feroces luchas, no ya de los conquistadores con los indios, sino surgidas entre las mismas huestes españolas por la rivalidad de sus caudillos, medio siglo tardaron aquellas ricas y pobladas regiones para sumarse al concierto colonizador.

El Contador Antonio Sedeño, que lo era de la Isla de Puerto Rico, capituló la conquista de la Isla de Trinidad en 1529 y se dio a la mar desde España en 1530; a mediados de este mismo año llegó a la isla de su gobierno, donde empezó mal que bien, la fundación, pero atacado por los naturales hubo de refugiarse en las costas de Paria, y allí levantó un fuerte apellidado por Oviedo y Valdez "casa de las discordias", según fueron las que tomaron ímpetu al abrigo de sus muros, y dejando gente en él, bajo el mando del Capitán Juan González de Sosa, tomó la rota de Puerto Rico en pos de auxilios.

Conquista del Orinoco.

En el mismo año de 1529, el Comendador Don Diego de Ordaz, veterano de la conquista de México, capituló la del territorio comprendido entre Venezuela y el Río Marañón. La expedición salió de Sanlúcar en octubre de 1530, llegó hasta el Marañón y luego tomó rumbo hacia las costas de Paria, donde tuvo noticias del fuerte de Sedeño, a cuya gente, a pesar de la lamentable situación en que se hallaba, hizo sacrificar inútil y cruelmente. En junio de 1531 entró Ordaz al Orinoco y lo remontó hasta Cabruta; de allí fue a los raudales de Atures, tuvo algunas refriegas con los naturales, y sin haber poblado ningún asiento, regresó a Paria en busca del fuerte que aún custodiaban las gentes del Capitán Yánez Tafur, dejadas con tal encomienda.


CORO
MARACAYBO
BARQUISIMETO
VALENCIA
CARACAS
PROVINCIA DE VENEZUELA
EL TOCUYO
BARINAS
MERIDA
LA GRITA
SAN CRISTOBAL
CORREGIMIENTO DE MERIDA
NUEVO REINO DE GRANADA
PROVINCIA DE MARGARITA
ASUNCION
CUMANA
PROVINCIA DE TRINIDAD
JOSE' DE ORUÑA
PROVINCIA DE NUEVA ANDALUCIA
TANTO TOME
PROVINCIA DE GUAYANA
DIVISION POLITICA EN 1620

Pero sucedió que Sedeño había elevado queja hasta el Rey contra los hechos de Ordaz, y Ortiz Matienzo, Alcalde Mayor de Cubagua, cuyo distrito abarcaba las costas de Tierra Firme, había puesto también querella por la ocupación de Ordaz. Al saber que éste había llegado al fuerte de Cumaná en son de guerra, se trasladó a él con gentes de armas, y habiéndole apresado, le condujo a la Audiencia de Santo Domingo y de allí marchó con pliegos oficiales hacia España y con Ordaz por prisionero. En la jornada de mar murió el Comendador y algunos historiadores atribuyen su muerte a veneno que le hizo propinar Ortiz Matienzo.

Gobernación de Paria.

Gerónimo de Ortal, compañero de D. Diego de Ordaz, obtuvo a la muerte de éste, título de Gobernador del Golfo de Paria, con jurisdicción en la Tierra Firme adentro. El 13 de octubre de 1534 llegó a Paria al frente de su expedición, compuesta de ciento cincuenta hombres, en dos navíos, gran cantidad de armas, dos sacerdotes y un físico. Una nueva entrada al Orinoco fue emprendida por gente de Ortal, al mando de Alonso de Herrera. Este llegó hasta Cabruta, trató de paz con los naturales, siguió a tomar el Meta, y en un encuentro con los indios fue muerto. La expedición, comandada por Alvaro de Ordaz, regresó en abril de 1536 al pueblo de Paria. Ortal intentó poblar el río Neverí, para poder darse por tierra a la conquista del Meta, temeroso por el fracaso de las expediciones que habían subido el Orinoco.

Gobernación del Meta.

Sedeño, no satisfecho con los términos de su gobierno de la Trinidad, capituló con la Real Audiencia de Santo Domingo la conquista de la Provincia del Meta, y armó una expedición para internarse a tan lejanas tierras, que caían en términos de la concesión de Ortal. Nuevos encuentros y agrias luchas pusieron fin a la vida de Sedeño en los primeros meses del año de 1538. Castañeda, enviado por la Audiencia como Juez para el castigo de Sedeño, por el desacato insólito de haber roto el bastón del Juez Frías, había partido en 1537 hacia Cubagua y de allí enviado cincuenta hombres contra el indicado capitán, cuyas

tropelías tuvieron en continua zozobra a los pobladores de la costa. Pero en lugar de hacer siquiera un escarmiento con las gentes, ya sin caudillo, aprovechó la acefalía para pretender dominar el territorio. Acusado Ortal de los delitos cometidos contra los indios, se le sometió a dura cárcel en la ciudad de Santo Domingo, donde para siempre se radicó, después de haber obtenido la libertad.

Ningún fruto para la vida civil se alcanzó con tales empresas: Sedeño, Ordaz, Herrera y Ortal carecían de cualidades para regir pueblos: audaces y crueles, sus correrías quedan sólo como huellas de valor y de audacia, y apenas sirvieron para retardar la organización colonial en aquellas regiones, de climas y territorios ásperos, y cuyos naturales, de extracción caribe, eran además en extremo duros para ser conquistados. De las demarcaciones políticas de las Cédulas, sólo prevaleció por breve tiempo la Gobernación de Trinidad, cuya conquista siguió Juan Ponce de León a la muerte de Sedeño. Los demás títulos perecieron de inmediato con sus primitivos beneficiados, como también el otorgado a Juan de Espes, en 1536, para la conquista de la Nueva Andalucía; el concedido en 11 de agosto de 1552 a Jerónimo de Aguayo, para la colonización de la Provincia de Arauca, entre el Orinoco y el Amazonas, y los esfuerzos hechos por otros conquistadores y capitanes.

Las ciudades de Venezuela.

En cambio durante el tiempo transcurrido hasta la llegada de Fernández de Serpa, quien en 1569 trajo encomienda de colonizar la tierra oriental, Venezuela había hecho grandes adelantos. Terminado de hecho el Gobierno de los alemanes con la venida de Juan de Carvajal, éste, a pesar del tinte de ferocidad con que supo perpetuarse en nuestra historia, dio comienzo al período de las fundaciones; en 1545 él mismo fundó a El Tocuyo; en 1549, Pedro Alvarez La Borburata; en 1552, Villegas la Nueva Segovia; en 1555, Alonso Díaz Moreno la Nueva Valencia; en 1557, Diego García de Paredes la Nueva Trujillo, andariega hasta 1568; en 1567, Diego de Losada a Santiago de León de Caracas; en 1569, Alonso Pacheco la Ciudad Rodrigo de Maracaybo, cuyo nombre cambió

Pedro Maldonado en 1574 por el de Nueva Zamora, y aun antes de que Serpa empezara la conquista y colonización del Oriente, una nueva onda de penetración se había iniciado por el occidente del actual territorio patrio.

Mérida y San Cristóbal.

Fundada la ciudad de Pamplona en el Nuevo Reino de Granada el año de 1549, se inició de seguida la conquista de las tierras que quedaban al naciente de aquella ciudad, o sea al oeste de la Gobernación de Venezuela, y a la reducción de sus naturales. En dicha empresa se distinguió por su valor y constancia el Capitán Juan Rodríguez Suárez, quien había entrado al Nuevo Reino en la expedición de D. Gerónimo Lebrón. Por su experiencia en tales jornadas, el Cabildo pamplonés encomendó a Rodríguez Suárez el mando de una expedición destinada a someter ciertos indios alzados en el valle de Cúcuta y a descubrir las tierras de las Sierras Nevadas, donde era fama que abundaban ricos yacimientos auríferos. Hacia el noroeste enrumbó la gente expedicionaria y después de descubrir los valles de Santiago y del Cobre, cruzaron los de La Grita y Bailadores, hasta dar con la mesa donde Rodríguez Suárez fundó, sin poderes para ello, la ciudad de Mérida en octubre-noviembre de 1558. Solicitada por el fundador aprobación para lo hecho, la Audiencia de Santa Fe descalificó su conducta y diputó a Juan Maldonado para reducirlo a prisión. Llegado éste a la nueva fundación, envió a Rodríguez Suárez a Santa Fe, mudó las autoridades y se dio a correr la tierra. En 1559 llegó a territorio ya ocupado por las autoridades de Venezuela, es decir, a la región occidental del actual Estado Trujillo, donde fundó, para afianzar su conquista, el pueblo de Santiago de los Caballeros; pero tras largas disputas y conjurado un simulacro de lucha con Francisco Ruiz, capitán de la gente de Venezuela, convinieron ambos en señalar los linderos de sus gobiernos: las tierras altas que caen hacia Timotes, serían de la jurisdicción del Nuevo Reino, y las del este, de la Gobernación de Venezuela, más o menos una línea que seguía el mismo rumbo de los actuales límites entre los Estados Mérida y Trujillo. Y para que no quedara en el vacío su intento de fundación, trasladó la ciudad de Santiago de los Caballeros a la mesa de Tatuy, y juntándola con la fundación de Rodríguez Suárez, hizo de ambas la actual ciudad de San José de Mérida.

Separado Maldonado del Gobierno de Mérida, y avecindado en Pamplona, recibió poderes de la Audiencia de Santa Fe para salir a fundar un pueblo que facilitase el tráfico entre aquella ciudad y la de Mérida. En 1561 se inició esta jornada, y en 31 de marzo del mismo año fundó Maldonado, en el valle que Rodríguez Suárez había llamado de Santiago, la Villa de San Cristóbal, que quedó dependiendo en sus principios de la jurisdicción de Pamplona, y más tarde del Corregimiento de Tunja, al igual de Mérida.

Gobernación de Nueva Andalucía.

Diez años corridos desde la fundación de Mérida en el Nuevo Reino de Granada, llegó a la Nueva Córdoba el General D. Diego Fernández de Serpa, investido del título, por dos vidas, de Gobernador y Capitán General de las Provincias de Paria, Cumanagoto, Chacopata, Caura y Guayana, las que en adelante deberían llevar el nombre de Nueva Andalucía. Con el General venía la expedición más brillante que entró a la conquista de nuestro territorio, y de la cual formaban parte un Teniente General; el Secretario de Serpa, D. Hernán Pardo de Lugo; un Tesorero General; un Jefe de Caballería; un oficial de artillería; un médico; un cirujano; dos capellanes; el Vicario General, Dr. Pedro de Medina; catorce pelotones de a veinte soldados, y un Alférez a la orden de cada capitán; y gran cantidad de armas y ganado. Aunque ya no tenía trazas de pueblo, según era lo mezquino de su vida, a pesar de haber mantenido siempre algunas autoridades civiles, la Nueva Córdoba conservaba vivo el recuerdo de los esfuerzos de Ocampo y Castellón. El 24 de noviembre de 1569, cumplió Serpa las formalidades requeridas para cambiar por el de Santa Inés de Cumaná el nombre del poblado, dispuso su reedificación y nueva población, e hizo el nombramiento de Alcaldes y Regidores para su Cabildo.

Después de correr la tierra y traer de paz a muchos indios, y de haber fundado Honorato Ortiz un pueblo en el valle de Neverí, con el nombre de Santiago de los Caballeros, Serpa intentó entrar al Orinoco por Cabruta, pero murió en 1570 en un encuentro con los indios Chacopatas. Continuada la empresa por su deudo Garcí Fernández de Serpa, tuvo éste el mismo final de su antecesor.

Gobernación de Nueva Extremadura.

Aunque el título que dio origen a la Provincia de la Nueva Andalucía abarcaba el Caura, el Dorado y la Guayana, con el fracaso de las expediciones que intentaron penetrar hacia el sur, su distrito hubo de quedar reducido tanto en la práctica, cuanto lo había sido en derecho por la capitulación que celebró el Rey, en el mismo año de 1568, con el Capitán Pedro Malaver de Silva, quien por ella recibió título de Gobernador de la Nueva Extremadura, provincia que deberían componer los países de los Omaguas, Yoneguas y Quevanato. Esta nueva empresa no dio como resultado sino el fracaso de Silva y el desaliento general para continuar en tan difíciles conquistas.

Gobernación de La Grita y Cáceres.

El Capitán Francisco de Cáceres, compañero de Fernández de Serpa en la conquista de la Nueva Andalucía, se trasladó al Nuevo Reino después del desastre ocurrido a aquél, y desde Santa Fe pidió al Rey que le fuera concedida una Gobernación de doscientas leguas a espaldas de Guatavita y Gachetá, pero como la concesión se retardase, Cáceres emprendió la conquista de propia autoridad y fundó el pueblo del Espíritu Santo de La Grita. Al tener la Audiencia conocimiento del hecho, expidió contra el conquistador mandamiento de prisión, pero Cáceres pudo pasar a España y obtener allí la Cédula Real de 4 de agosto de 1574, en que se ordenaba a la Audiencia del Nuevo Reino le fuese concedida la deseada Gobernación y poder para repoblar el pueblo anteriormente fundado y emprender nuevas fundaciones. Cáceres, con ciento treinta hombres se dio a la empresa para que estaba autorizado, y después de recorrer la tierra y asentar la paz con los naturales, repobló en 1576 (septiembre-octubre) la ciudad del Espíritu Santo. En 1577 despachó Cáceres al Capitán Juan Andrés Varela a la fundación de Altamira de Cáceres o Barinas, mas, por entonces fue citado de la Audiencia de Santa Fe para oír cargos que se le hacían en relación con los territorios conquistados, a donde regresó urgentemente por haberse rebelado los naturales. Pacificó la tierra, emprendió nuevas conquistas y con probanza de sus servicios y necesidades, se trasladó nuevamente a

España, para ganar la Real Cédula de 26 de mayo de 1588 que le concedía el título de Gobernador de la Provincia de La Grita y Cáceres, la cual duró con carácter autonómico hasta 1607, como adelante veremos.

Gobernación de Guayana.

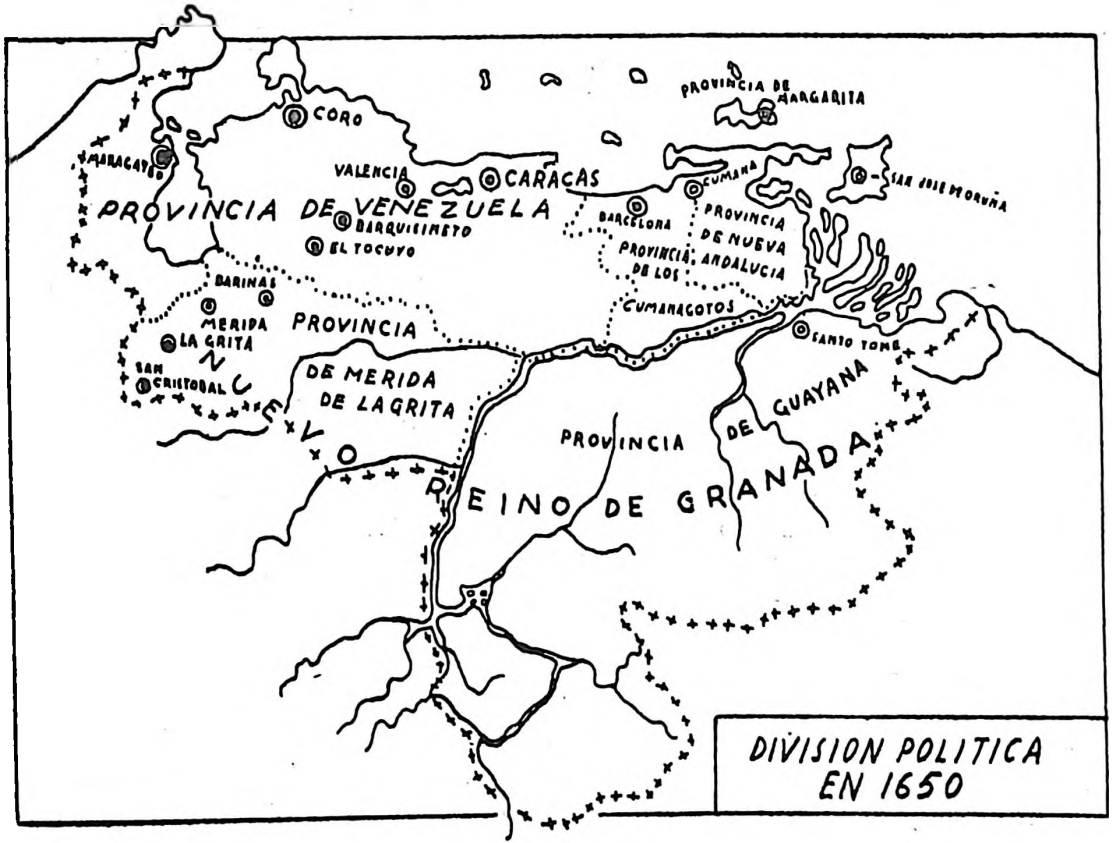
Del Nuevo Reino vendrá también la jornada que iniciará la fundación de la Provincia de Guayana. Como premio a su heroica labor conquistadora, obtuvo el Licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada, por Real Cédula de 8 de noviembre de 1568, título por dos vidas para la conquista y gobierno de las tierras situadas entre los ríos Pauto y Papamene en la Provincia de El Dorado. En 1577, Quesada, de años que le impedían la dura empresa, dio comisión para dicha conquista al Capitán Pedro Sánchez Mogano, quien, sin medios para ello, no obtuvo ningún fruto. A la muerte del "varón docto e insigne capitán", según llama Castellanos a Quesada, y por carecer éste de sucesores legitimarios, pasaron, en virtud de testamento, sus títulos y derechos, a su sobrino político D. Antonio de Berrío. Este dio prosecución en 1584 a la conquista tan sin éxito iniciada, y obtuvo poder de la Audiencia del Nuevo Reino, confirmado por el Rey en 1586, para abarcar la región llamada de Guayana y Gran Manoa, de que habían sido titulares Fernández de Serpa y Malaver de Silva. Berrío dio comienzo a su empresa sin ostensible fruto, y hubo de deshacer el viaje sin bajar el Orinoco. En 1591 inició una nueva entrada al territorio de sus títulos, y logró llegar hasta la isla de Trinidad, despoblada después de la muerte de Ponce de León, y fundó en ella la ciudad de San José de Oruña. Regresó al Orinoco y dio fundación a la vieja Santo Tomé de Guayana. Felipe II le concedió por una vida más aquel Gobierno y definió la jurisdicción de la nueva Provincia.

Las expediciones a que hemos hecho referencia, no tuvieron como efecto inmediato el sometimiento del actual territorio nacional a un régimen político más o menos uniforme. Puede decirse que ellas sólo habían dado a fines del siglo XVI como único resultado práctico, la fijación de bases para la expansión de la obra colonizadora.

Coro, más tarde El Tocuyo y Nueva Segovia, y por último Caracas, en la Gobernación de Venezuela; Cumaná en la Nueva Andalucía; Santo Tomé en Guayana y San José de Oruña en Trinidad; La Asunción en Margarita; La Grita y Mérida en el Occidente, como centros donde residían las primeras autoridades coloniales, eran puntos de los cuales emergían las corrientes encaminadas a reducir y civilizar a los indígenas que cubrían los respectivos territorios provinciales; y si no hemos dicho nada de las audaces correrías de Alfinger, Federman, Spira y Hutten ni tampoco hemos detallado las expediciones de Ordaz, Herrera, Ortal, Sedeño y tantos otros, tal silencio obedece a que nuestro propósito no es describir las luchas de la conquista, sino fijar las bases que permitan definir un concepto claro y sencillo de la organización política que culminó en la obra de 1777. Sólo resta detenernos en la conquista de los indios cumanagotos y palenques, por cuanto en su proceso hubo, aunque de transitoria vida, la creación de una Provincia.

Gobernación de los Cumanagotos.

Las gentes de Fernández de Serpa, como dejamos dicho, lograron fundar la ciudad de Santiago de los Caballeros en territorio comprendido dentro de los límites señalados por la capitulación de aquél a la nueva Provincia de Andalucía; pero los indígenas, destruyendo la fundación y haciendo nugatorios los efectos de la conquista, se mantuvieron durante algunos años como una amenaza para los pueblos vecinos, en especial para los bajeles que de Margarita viajaban a La Borburata y Caraballeda. Prácticamente el gobierno de Cumaná no ejercía ningún acto jurisdiccional sobre aquel territorio, por lo cual no debió parecer a D. Juan de Pimentel, Gobernador y Capitán General de Venezuela, que constituía una extralimitación de sus poderes el hecho de avocarse a su conquista, muy más habiendo estado comprendido hasta la capitulación de Fernández de Serpa, en los linderos de la Gobernación concedida a los Welser y haber ejercido jurisdicción en términos de Maracapana el Capitán Juan de Villegas, con título de Justicia Mayor y Capitán de la costa de ella durante el gobierno de Rembolt. En consecuencia, Pimentel dio encargo al valeroso Garcí González de Silva para ir en 1576 con ciento treinta soldados a desbravar a cumanagotos y palenques. Dura fue


PROVINCIA DE MARGARITA
CORO
VALENCIA
CARACAS
CUMANA
SAN JOSE DE ORUÑA
PROVINCIA DE VENEZUELA
BARQUISIMETO
EL TOCUYO
BARCELONA
PROVINCIA DE NUEVA ANDALUCIA
PROVINCIA DE LOS CUMANAGOTOS
BARINAS
MERIDA
LA GRITA
SAN CRISTOBAL
PROVINCIA DE MERIDA DE LA GRITA
SANTO TOME
PROVINCIA DE GUAYANA
NUEVO REINO DE GRANADA
DIVISION POLITICA EN 1650

la lucha que González de Silva sotuvo con dichos indios y como fruto de ella sólo logró la fundación del pueblo del Espíritu Santo de Querecrepe que a la postre hubo de despoblar, en cumplimiento de órdenes del propio Pimentel, desalentado ante lo rudo de la empresa. En 1585 D. Luis de Rojas, Gobernador de Venezuela, cometió a Cristóbal Cobos, sobre quien pesaba sentencia de servir a su costa y minción en la conquista de su distrito, la reducción de la rebelde Provincia. Con soldados y caballos bien armados emprendió Cobos su jornada, pobre como la de su antecesor, aunque notable en crueldades, y a la cual puso fin de orden de D. Rodrigo Núñez Lobo, Gobernador de Cumaná, quien penetrando con ciento veinte hombres en la dicha Provincia, pudo traer de paz algunos indios y fundar algunos asientos, pero acusado de sus crueldades, fue depuesto por el Consejo de Indias, sin que se sepa qué autoridades le siguieron hasta la venida de Vides en 1592. Caulin dice que la conquista fue continuada por un Lucas Fajardo, con título de Teniente del pueblo de Apaicuare, fundado por Cobos; y de este pueblo, con el nombre de San Cristóbal de la Nueva Ecija de los Cumanagotos, trasladó Fajardo a un lugar distante casi una legua de la actual ciudad de Barcelona. En lucha feroz con los indígenas y con los rigores de la tierra, las expediciones no acababan de pacificar la región, y tan inútil como las anteriores, más aún por las luchas de los mismos conquistadores, fue la que el Gobernador de Venezuela encomendó al Capitán Andrés Román, porque el Gobierno de Caracas siempre aspiró a ensanchar hasta más allá del Unare su jurisdicción, como lo comprueba el encargo que llevó a la Corte D. Simón de Bolívar, de pedir se agregasen a la jurisdicción de Venezuela aquellos territorios.

Como uno de los tantos sarcasmos que encierra la historia de los hombres, la pacificación de la tierra y la continuidad de la vida civil, tocó iniciarla a un letrado que lucía como títulos el de Bachiller en Derecho canónico y el de Doctor en el civil. Este sí pudo exclamar con Quintiliano: *cedan las armas a la toga, y el laurel de los combates a los trofeos de la palabra.* El Dr. Juan de Orpín consiguió que la Audiencia de Santo Domingo, de la cual era Abogado, y ante quien expuso el conocimiento que tenía de Tierra Firme, le otorgase por auto fecha 14 de noviembre de 1631, título de Gobernador y Capitán General de la Provincia de los Cumanagotos, a cuya conquista se aprestó con

trescientos soldados que juntó en Venezuela, Margarita y otros lugares. Penetró por los llanos de Caracas y después de muchas luchas, fundó la Nueva Barcelona y buscó de dar a la Provincia el nombre de Nueva Cataluña, en honor de la región española de donde era nativo; mas, la ciudad hubo de ser trasladada durante el mando de D. Sancho Fernández de Angulo, conjuntamente con San Cristóbal de los Cumanagotos, al sitio donde hoy mora. Efímera fue la existencia del nuevo Gobierno, pues acudieron tantos aspirantes a ser favorecidos con él a la muerte del Doctor Orpín, que el Rey, oído el parecer del Obispo de Puerto Rico, dispuso por Real Cédula de 9 de junio de 1654 que se agregara a la Gobernación de la Nueva Andalucía y se cometiese la reducción de los indígenas a los Padres de San Francisco.

Claro que en el bosquejo que hemos hecho, como queda dicho anteriormente, no pretendemos puntualizar las jornadas realizadas por los conquistadores españoles que sometieron la tierra a la corona de Castilla: no se oye en nuestra ligera descripción ni el ruido de los cascos de las cabalgaduras españolas ni el silbo de la flecha aleve del indígena. Sólo hemos procurado mostrar a grandes rasgos el surgimiento de los gobiernos primitivos que, con carácter autonómico en lo administrativo, y dependientes unas veces de Santo Domingo y otras de Santa Fe, en lo político, judicial y de guerra, rigieron las Provincias que en 1777 fueron juntadas para formar la Gran Capitanía General de Venezuela. En un nuevo resumen, esta vez más breve, fijaremos la marcha de las Provincias que hemos visto surgir en nuestra exposición y sus sucesivas transformaciones, ora uniéndose, ora desmembrándose.

1º Margarita, erigida por la Real Cédula de 18 de marzo de 1525, que dio su gobierno al Licenciado Villalobos, dependió en lo político, militar y judicial de la Real Audiencia de Santo Domingo hasta 1739, año en que pasó a formar parte del Virreinato de Santa Fe, pero quedando sometida en lo judicial a Santo Domingo.

2º Venezuela, erigida por Real Cédula de 27 de marzo de 1528, estuvo sometida a la Audiencia de Santo Domingo hasta que la Real Cédula de 27 de mayo de 1717, que elevó a Virreinato las Provincias del Nuevo Reino de Granada, la anexó al nuevo Gobierno, del cual ya venían

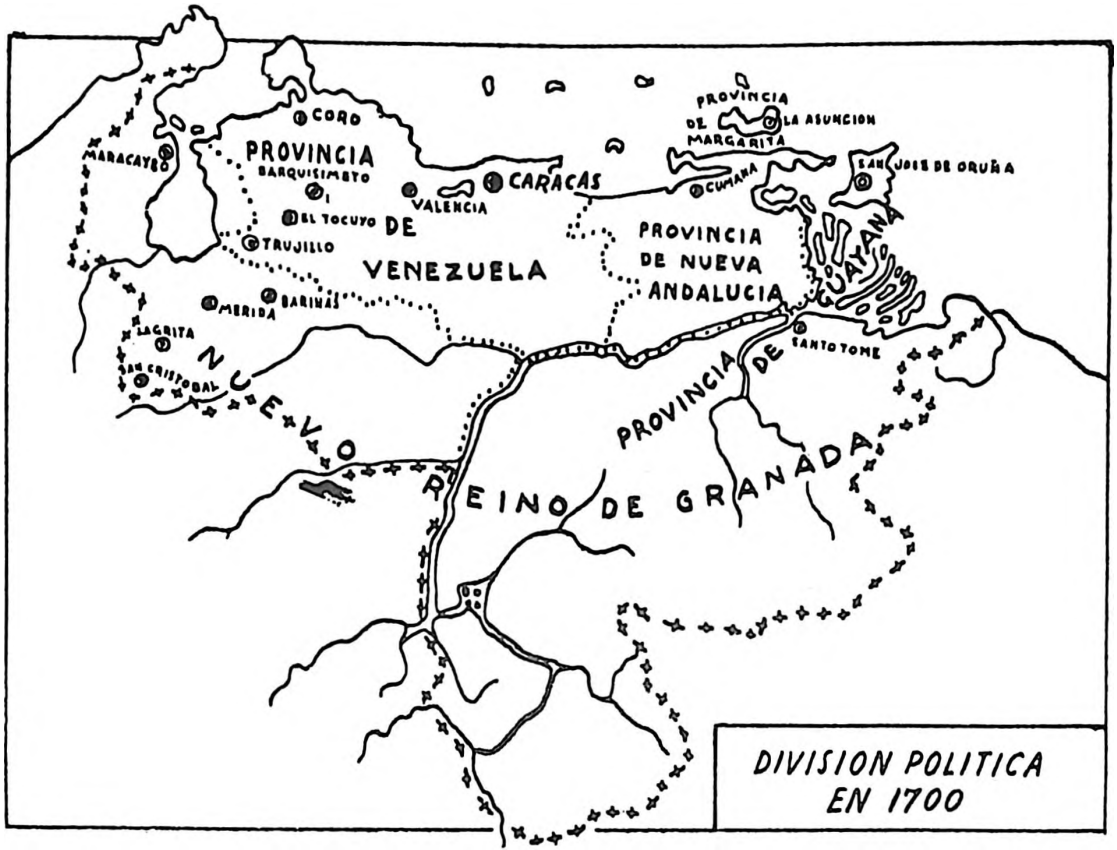
formando parte desde antiguo las Provincias de Mérida de Maracaybo y de Guayana. A la disolución del Virreinato, por Real Cédula de 5 de noviembre del año 1723, Venezuela continuó dependiendo de la Audiencia de Santa Fe, hasta ser nuevamente agregada a Santo Domingo por Cédula de 13 de mayo de 1726. Por la Cédula de 20 de agosto de 1739, que volvió a organizar el Virreinato de Santa Fe, se agregó nuevamente la Provincia de Venezuela a aquel Gobierno, y a él estuvo sujeta hasta que por Real Cédula de 12 de febrero de 1742, el Rey dispuso su segregación y nueva dependencia de Santo Domingo. Debióse a la negativa y pusilanimidad de D. Gabriel José de Zuloaga, Gobernador de Venezuela, que no se hubiera realizado entonces la integración que se retardó hasta 1777, con lo cual se redujo el buen deseo del Rey a sólo un remedo de unidad de los resguardos fiscales. En la Corona hubo de influir para esta determinación la necesidad de dar continuidad a la acción fiscal frente a los intereses de la Compañía Guipuzcoana que, con sus Factorías en Maracaybo, Caracas, Cumaná, Margarita y Guayana, había creado una estructura económica que abarcaba provincias aún carentes de continuidad política, por lo que decía a su inmediato gobierno. Si antes de los vizcaínos, la Metrópoli, con una visión de aglutinamiento, había hecho por dos veces la anexión de Venezuela, Margarita y Trinidad al Gobierno mayor de Santa Fe, por dos veces también fue disuelto, para lograr una efectiva consolidación en cuanto sobrevino el hecho de sobreponerse a lo local político, una generalización de tipo económico, más poderosa para la acción conjugante que la influencia pasajera de haber estado incidentalmente subordinadas a Caracas, para cuestiones fiscales, ciudades correspondientes a otras jurisdicciones políticas y de haberse unido los distintos gobiernos de las provincias autónomas, para defender contra los piratas la integridad del imperio español de las Indias.

3º Nueva Andalucía, erigida por la Real Cédula de 5 de mayo de 1568 que cometió su conquista a Fernández de Serpa, estuvo dependiendo de Santo Domingo hasta el año de 1717, cuando se la agregó al primer Virreinato de Santa Fe.

4º La Gobernación de La Grita y Cáceres, erigida por Real Cédula de 26 de mayo de 1588, entró en 1607 a formar parte del Corregimiento de

Mérida, que se creaba con su territorio y el de la ciudad de Mérida y Villas de San Cristóbal y San Antonio de Gibraltar, y cuyos términos, que avanzaban al este hasta Timotes, comprendían los pueblos de indios en ellos fundados, y al poniente los de Lobatera, Táriba, El Cobre, Guásimos, etc. El Gobierno de Mérida y San Cristóbal dependía hasta entonces del Corregimiento de Tunja, pero vistos los inconvenientes que presentaba el gobierno autónomo de La Grita y Cáceres, D. Juan de Borja, Presidente del Nuevo Reino, por auto del 1º de mayo de 1607 y autorizado por Cédula de 3 de abril de 1605, erigió el Corregimiento de Mérida, creación confirmada por el Rey en Cédula de 10 de diciembre de 1607. Por Real Cédula de 3 de noviembre de 1622, al crearse la Gobernación y Capitanía General de Mérida del Espíritu Santo de La Grita, con el territorio de los actuales Estados de Mérida, Táchira, Barinas y Apure, se confió dicho Gobierno al trujillano Juan Pacheco Maldonado al cual se sumó, según Real Cédula de 31 de diciembre de 1676, la ciudad de Maracaybo y su distrito capitular hasta entonces dependientes del gobierno de Venezuela, y la Provincia tomó el nombre de Mérida del Espíritu Santo de Maracaybo, y por último el de Maracaybo simplemente, cuando los Gobernadores resolvieron radicarse definitivamente en la ciudad del Lago.

5º Guayana erigida por Real Cédula de 8 de noviembre de 1568 que dio la Gobernación a Jiménez de Quesada, y cuyos límites se ampliaron el año de 1586, entró a formar parte del Nuevo Reino desde su iniciación política. Con motivo de la fundación de San José de Oruña, hecha por Berrío en la Isla de Trinidad, Guayana sumó a su gobierno el de esta isla, cuyo título habían tenido Sedeño y Ponce de León. Como resultado de ciertas disputas suscitadas entre las Audiencias de Santa Fe y Santo Domingo, ésta hizo nombramiento de Gobernador para la Trinidad en varias ocasiones, pero el Rey por capitulación de 8 de mayo de 1641, concedió el gobierno de ambas Provincias a D. Martín de Mendoza y Berrío. A la muerte de Mendoza en 1656, la Audiencia de Santo Domingo se avocó a nombrar Gobernadores para la Trinidad, mientras Santa Fe los designaba para Guayana, pero el Rey en 6 de junio de 1662 dispuso que Trinidad se anexara a Guayana, y las autoridades se asentaron en San José de Oruña, por lo inhabitable de Santo Tomé. En 1731 fueron de nuevo separadas dichas Provincias, y se ordenó que


CORO
PROVINCIA
BARQUISIMETO
MARACAYBO
VALENCIA
CARACAS
EL TOCUYO
TRUJILLO
DE
VENEZUELA
MERIDA
BARINAS
LAGRITA
SAN CRISTOBAL
PROVINCIA
DE
MARGARITA
LA ASUNCION
CUMANA
SAN JOSE DE ORUÑA
PROVINCIA
DE NUEVA
ANDALUCIA
GUAYANA
SANTO TOME
PROVINCIA DE
NUEVO REINO DE GRANADA
DIVISION POLITICA
EN 1700

Guayana se uniera al Gobierno de la Nueva Andalucía, bajo cuya dependencia estuvo hasta que la Real Cédula de 27 de mayo de 1762 dispuso la creación de nuevo gobierno en la Provincia de Guayana, independiente de Cumaná. Esta autonomía fue confirmada por la Real Cédula de 1º de mayo de 1766, que sometió la Provincia a la dependencia militar de la Capitanía General de Venezuela, y fue por entonces (1764) cuando D. Joaquín Moreno de Mendoza, empezó la fundación de Angostura. Por Cédula de 5 de mayo de 1766 se le agregó al Gobierno de Guayana la Comandancia General del Orinoco y Río Negro, continuando bajo la dependencia del Capitán General de Venezuela, hasta que Carlos III, por Real Cédula de 28 de octubre de 1771, la volvió a someter también en lo militar a la jurisdicción del Virreinato.

El desacoplamiento funcional de las varias estructuras políticas creadas en la vasta extensión del actual territorio venezolano, coincidió también con la descentralización fiscal. Semejante al régimen que estableció para la primitiva Venezuela la Cédula de la Reina Juana, de 17 de febrero de 1531, fue el que existió en las demás Provincias hasta 1776, cuando por Cédula de 8 de diciembre se juntaron los diversos servicios hacendarios en la Intendencia de Ejército y Real Hacienda, que empezó a funcionar en Caracas en octubre de 1777. Esta circunstancia dio unidad al servicio de recaudación, que en varias oportunidades había sido anteriormente sometido a la autoridad de Caracas y ocasionado, como era lógico, una acción supervigilante en orden al contrabando. El propósito de mejor atender a estos servicios, movió al Rey a pensar el año de 1742 en la unión política de los varios territorios provinciales. En ello hemos supuesto por demás influyentes las actividades de la Guipuzcoana que, con la red de sus factorías, había dado estructura de alguna uniformidad al comercio y a las explotaciones de la tierra. El control del contrabando y las necesidades militares impuestas por las luchas contra Inglaterra y Holanda, obligaron a la Corona a mantener un aparejo militar de respetable significado en Tierra Firme y ello confluyó, como era natural, a la búsqueda de una unidad en el mando.

Realizada la integración político-militar de Venezuela por la Cédula de 8 de septiembre de 1777, aun sus límites sufrieron nuevas alteraciones

antes de 1810: la creación por Real Cédula de 15 de febrero de 1786 de la Provincia de Barinas, con territorios de la Provincia de Maracaybo, y la anexión a ésta de la ciudad de Trujillo y su distrito capitular en la misma fecha, más la pérdida de la Provincia de Trinidad en 1797 por la ocupación inglesa y posterior cesión a la Corona Británica, por el Tratado de Amiens de 25 de marzo de 1802.

A las Provincias anteriormente enumeradas, que integraban el 19 de abril de 1810 la Gran Capitanía General de Venezuela, debemos sumar las de Mérida, Trujillo y Barcelona, surgidas del movimiento autonómico de aquel año. La primera, que comprendía el territorio de los Estados Mérida y Táchira, segregada de la jurisdicción de Maracaybo, al igual que la de Trujillo, por las actas de 16 de septiembre y 9 de octubre, respectivamente; y la última, declarada autónoma por el pronunciamiento de 27 de abril. De las nueve Provincias en que se dividía la Nación al finalizar el año 10, dejaron de concurrir al Congreso Constituyente de 1811, Guayana y Maracaybo, fieles a la Regencia, y la ciudad de Coro, sumada a la Provincia de Maracaybo, en virtud de la misma circunstancia.

Bien comprendemos que esta exposición hubiera podido ser más amplia, y que a muchos habría agradado oír el piafar de los corceles conquistadores y el alerta bélico de la guarura indiana. En cambio, hemos creído siempre que los cascos de los caballos han hecho tanto daño a la Historia, y especialmente a la nuestra, como el propio caballo de Atila. Muchos de nuestros historiadores se han guiado al escribir sobre la Colonia por el paso de las caballerías y han gastado más tiempo en describir la famosa batalla de los Omaguas y los fantásticos escuadrones de indios que atacaron a los conquistadores que el dedicado a exponer la evolución de las formas político-culturales. Guaicaipuro, en parte agrandado, como el Tirano Aguirre, para dar mayor prestigio a las hojas de servicio de los conquistadores, es como el terrible Don Lope, tema de fecundos comentos y de peregrinas narraciones en nuestros textos de historia; en cambio, el Obispo Agreda, nuestro primer institutor, pudiéramos decir que pasa al igual de D. Diego Osorio y del Obispo González de Acuña, como personaje de segundo orden. No se dirá que falte lejanía a los personajes, por cuanto unos aumentan y otros

decrecen en la perspectiva histórica, sino que el pintor sufre de inversión óptica para las cosas del pasado. Y en esto entra mucho el factor romántico y sentimental. Escudriñar los datos que lleven, después de paciente labor, a fijar las líneas generales de la organización colonial, es obra de poco atractivo al lado del ligero esfuerzo y del mucho agrado que representa la descripción en vívidos colores, de una refriega de los españoles con los caciques Acapaprocon y Conopaima, o del leyendario encuentro de Per Alonso con los mariches en la "batalla del Guaire".

El plan presente, pesia la falta de detalles, nos parece acomodado al fin civil de la Historia, por cuanto fija rumbos que llevan a la comprensión de un hecho cuyo estudio no corre pareja con su trascendencia cívica. ¿Culpa de los historiadores? Innegable es que la tengan, pero la razón de tal descuido en el examen de nuestros orígenes políticos, más que todo se halla en un factor de orden patriótico-sentimental. Para aumentar el coturno de los beneméritos personajes que fundaron la República, se ha recurrido al pueril expediente de negar todo lo que existió antes del 19 de abril de 1810, y el trazo de nuestra política no se buscó en la primitiva organización colonial que, evolucionando en el tiempo, rompió su antigua forma, sino en una creación *ex-nihilo* realizada al ventalle de la Revolución de Francia.

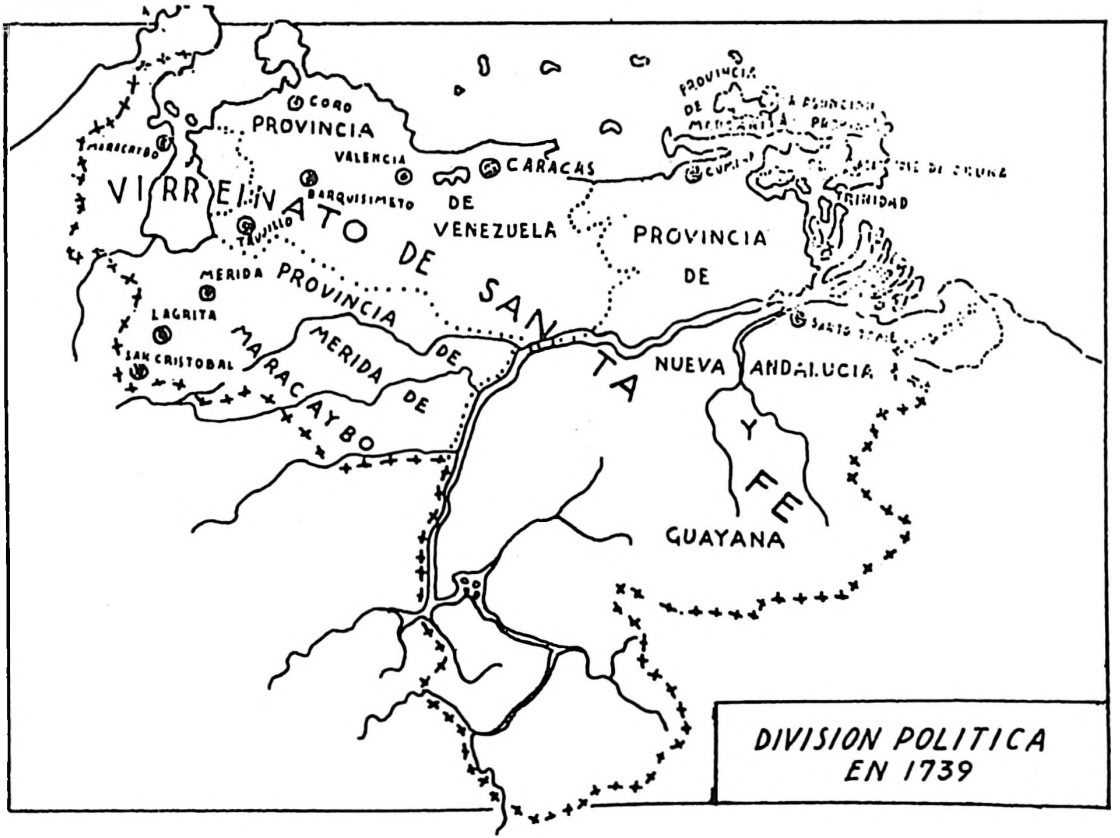
Con este procedimiento se ha formado una pseudo-historia, cuyo programa, como de buenos jacobinos, ha sido no constituir sino negar; y la inercia del no, aspirando siempre a imponerse con toda su tremenda fatalidad sobre cualquier esfuerzo afirmativo, ha sido parte a impedir que nuestra Historia sea "remo y vela" en el progreso institucional de la República.

¿Podrá entenderse, sin el estudio de la formación de las Provincias que integraban en 1810 la Gran Capitanía General de Venezuela, la forma federal de la Constitución de este año? ¿Sería explicable la continuidad de la idea autonómica de 1810 y el reconocimiento de la Junta de Caracas, sin tomar razón de la centralización política de 1777? ¿Existiría hoy la unidad llamada Venezuela sin la creación de Carlos III?... En esto parece que no parasen mientes los historiadores que viendo un hiato, o un abismo sin puente, entre la Colonia y la República, erigen como

artículo de fe republicana el menosprecio de las formas culturales de antaño. Satisfechos con la lógica de la varita mágica, explican nuestros orígenes nacionales con el mismo candor con que las viejas de los cuentos de Perrault ponderan la transformación espiritual de la tonta princesa a quien promete su amor Riquet el del Copete. Según ellos tendríamos una Patria sin pasado y un Estado sin soportes en el tiempo. Vale decir una Patria anti-histórica, ni siquiera adulterina y más bien expósita, que debería carecer de perpetuidad por faltarle anterioridad.

El largo proceso de integración que hemos descrito y en el cual jugaron papel importante fuerzas de varia naturaleza, precisa, por lo contrario, conocerse en forma cierta para entender el propio valor creativo de lo venezolano. A quien estudie la formación de nuestra primera República sin hacer cuenta de las diversas fuerzas que se habían conjugado para la creación política de 1777, extrañarán sobremanera ciertos procesos, *prima facie* sorpresivos. La propia Constitución Federal de 1811 halla su neta explicación, no en un intento imitativo de la confederación americana, sino en el cumplimiento de una línea histórica que partía de la unión de provincias provocada por la Cédula de 1777. Perdida la Primera República, y cuando Bolívar intentó su reconstrucción en 1813, hubo de tropezar con la actitud reservada de los caudillos de Oriente. En éstos obraba el concepto descentralizador que había surgido como consecuencia lógica del fracaso de la *Patria Boba*. Los pueblos de Barcelona, Cumaná y Margarita no se sentían ligados ya por nexos políticos a la Capital de la antigua Confederación y los poderes que Tunja, Mérida y Caracas habían dado a Bolívar, no eran suficientes para autorizar su superioridad respecto a los orientales. Fue preciso que en su lucha incansable, Bolívar pusiera de resalto su vocación de máximo caudillo, para recibir, en consecuencia, la adhesión personal de los jefes disidentes y con ella el sometimiento de sus fuerzas, hasta que una convención general, donde aparecía representada la soberanía del pueblo, restableciera en Angostura la república capitulante de 1812.

La guerra se encargó de lo demás. El esfuerzo común por la independencia hizo pensar en cuadros políticos de mayor amplitud, y sobre la Venezuela de 1777 y 1811, apareció la estructura formidable de Colombia, disuelta en 1830 por la pugna de las viejas formas que sirvieron de supedáneos para las aspiraciones de los caudillos victoriosos.


CORO
PROVINCIA
VALENCIA
CARACAS
BARQUISIMETO
TRUJILLO
MERIDA
LAGRITA
SAN CRISTOBAL
VIRREINATO DE SANTA FE
DE VENEZUELA
PROVINCIA DE MERIDA DE MARACAYBO
PROVINCIA DE NUEVA ANDALUCIA
GUAYANA
TRINIDAD
DIVISION POLITICA EN 1739

En la Constitución de Valencia reaparece la vieja unidad de lo venezolano, que gravitaba sobre la creación política de 1777. Las provincias han pugnado después por las primitivas formas autonómicas y se han visto a la vez disgregadas en razón a la fuerza de las ciudades que quisieron mayor autonomía. (San Felipe, Barquisimeto, Maturín, La Victoria, Calabozo). La unión que caldeó la guerra, descoloró el antiguo concepto federalista de 1811, y cuando éste apareció como *slogan* de la Revolución de 1859, más fue tomado como pretexto para una guerra, en el fondo animada por el huracán de las reivindicaciones sociales. Cambiada en su aspecto formal de legalidad la estructura centro-federal asumida por las Provincias a partir de 1830, aquélla careció de valor práctico en razón de la interferencia del poder central, por demás notoria a partir del autocratismo liberal instaurado en 1870. Hoy, en su nuevo movimiento de compactación, las regiones, sin perder el colorido diferencial que les da fisonomía y les presta ímpetu para la acción coinciden orgánicamente en la obra de hacer más realístico el carácter unitario del Gobierno, a que de hecho está supeditada la forma conceptual de la teoría constitucional.

El propio *uti possidetis juris* de 1810, que sirvió para definir nuestro derecho territorial de Nación frente a los pueblos vecinos, arranca de la centralización política lograda por el acto regio de 1777. Porque de no haberse efectuado previamente a la Revolución la unidad de las Provincias que hoy constituyen el área territorial de la Patria, la Nueva Granada habría continuado su Gobierno en las regiones extrañas a la Provincia de Venezuela o Caracas, o se hubieran fundado en ellas pequeñas repúblicas de naturaleza balcánica, expuestas a la fácil voracidad de las potencias imperialistas.

Vigorosa en sus realizaciones y robusta en su contenido unitario de pueblo que persigue un común destino político, moral y económico, y que busca, por medio de él, una mayor proyección en el campo de la cultura, nuestra nacionalidad arranca de la Cédula Real de 1777, que permitió al Gobernador y Capitán General de Caracas, dictar órdenes que se cumplían uniformemente desde el Roraima hasta el Río de Oro. Si la Independencia tomó impulso inicial en el movimiento revolucionario de 1810 y tiene como punto de partida legal la declaración de 5 de

julio de 1811, la Nación luce por data la fecha en que las distintas regiones se conjugaron para una vida política uniforme, a partir de la célebre Cédula carlina. El 8 de septiembre de 1777 se echaron los cimientos político-geográficos del gran hogar venezolano y de entonces arranca el proceso formativo de nuestro país como nacionalidad determinada en el conjunto universal de los pueblos civilizados.

LA FIESTA DE LA NACIONALIDAD

Palabras para justificar el Decreto del Ejecutivo del Estado Bolívar que ordenó la conmemoración del 8 de septiembre.

Señores:

He creído deber mío justificar ante el público el Decreto Ejecutivo de fecha 9 de agosto último, por medio del cual mi Gobierno dispuso celebrar, como festivo, el 8 de septiembre, en conmemoración del día en que Carlos III de España, sancionó la Cédula que creó la Gran Capitanía General de las Provincias Unidas de Venezuela.

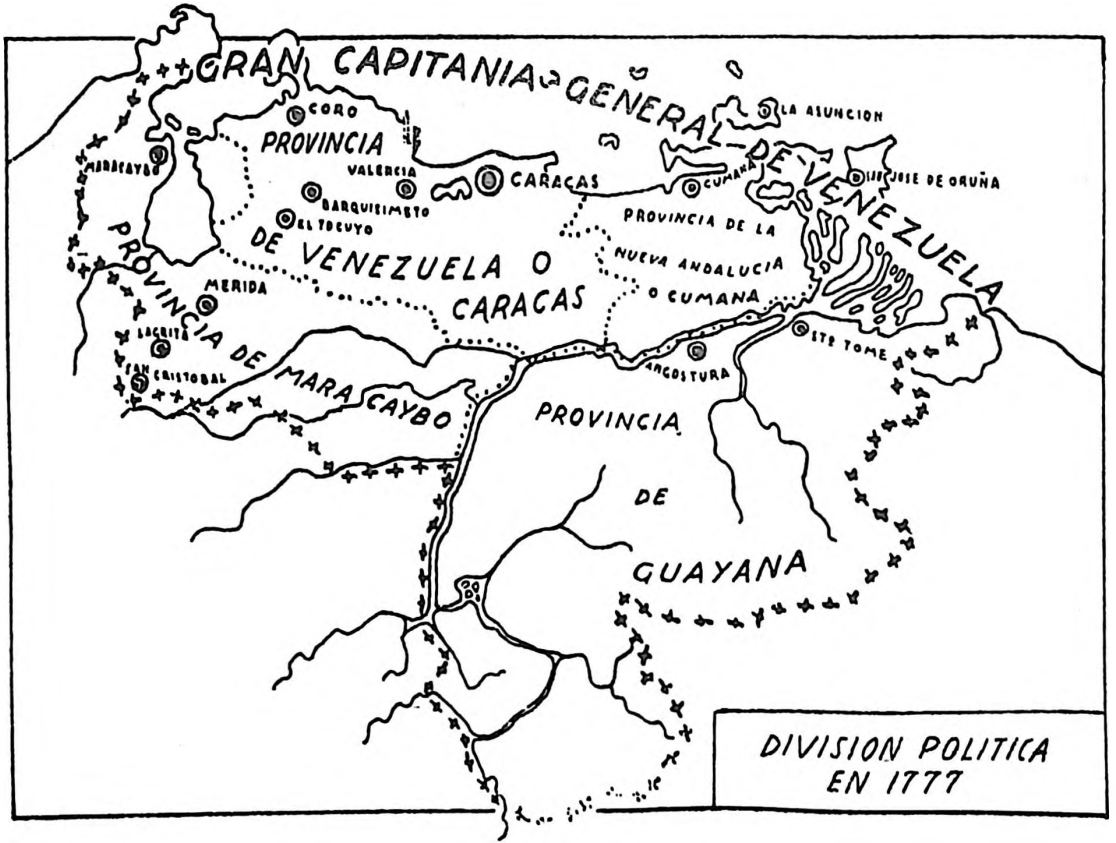
Esta fecha ha pasado inadvertida en el recuento de los grandes fastos de la Patria. Mas, ella tiene en nuestro calendario nacional importancia que no se queda a la zaga de ninguna otra. Y acopla significado de presencia perdurable. Por desconocer su historia integral, nuestro pueblo ha olvidado que fue en tal fecha cuando se estructuró Venezuela. El 8 de septiembre de 1777, hizo nuestra Patria su aparición como entidad política, si bien subordinada al gobierno metropolitano de la Península, en cambio una y ancha en sus fronteras geográficas y una y estrecha en la comunidad de sus intereses sociales y económicos.

El 8 de septiembre de 1777, como escribí en otra ocasión, es el *ante diem* del 19 de abril. Sin la unión que surgió de la Cédula carlina, Venezuela no sería lo que es hoy. Pequeñas repúblicas independientes, fáciles

presas de las grandes potencias imperialistas, hubieran sido las Provincias que se unieron en virtud de la Cédula de 1777 y que, en 1810, al reabsorber el pueblo la soberanía que detentaba Fernando VII, se volvieron a unir por medio del Pacto Federal que formó la Primera República. Y se juntaron en 1811 las Provincias para constituir la Confederación independiente, en razón de la gravedad histórica que había sido creada por la unión de 1777, y en virtud de esta unión, las fuerzas revolucionarias de Caracas buscaron expandirse hacia las Provincias que, como Guayana y Maracaybo, no habían podido sumarse desde sus orígenes al movimiento de la independencia.

¿Qué era Venezuela antes de la integración política de 1777? Una serie de Provincias sin unidad, que dependían de Santa Fe o de Santo Domingo en lo judicial o militar. Esta maravillosa Provincia de Guayana estaba sometida al Gobierno de Santa Fe y con ella las Provincias de Maracaybo, Nueva Andalucía y Margarita. La primitiva Venezuela la integraba el territorio que hoy ocupan los Estados Miranda, Guárico, Aragua, Carabobo, Yaracuy, Cojedes, Portuguesa, Lara, Falcón y Trujillo y el Distrito Federal. Cada provincia tenía su Gobernador y Capitán General propio, que recibía órdenes del Presidente o del Virrey de Santa Fe o del Presidente de la Audiencia de Santo Domingo. Tenían las Provincias en común la centralidad de su Gobierno en la Península y la uniformidad de su cultura. Las necesidades de la defensa contra los corsarios juntaba transitoriamente la acción de los distintos Gobiernos y, más tarde, la continuidad de intereses económicos que produjo la Guipuzcoana, con sus factorías en Venezuela, Cumaná, Maracaybo y Guayana, refluyó en el propósito de unir las Provincias bajo un comando único, como pudo haberse hecho en 1742.

Para mejor gobernar las diferentes Provincias, Carlos III dictó su famosa Cédula de 8 de septiembre de 1777. Por ella se creó la Gran Capitanía General de las Provincias Unidas de Venezuela. Por ella recibieron bautizo de venezolanidad las diferentes porciones autónomas que dependían del Gobierno de Santa Fe y que fueron sometidas a la dirección política de Caracas. Ese día nació la unidad venezolana. Desde entonces los hombres del Táchira y Guayana, de Maracaybo y de Barinas, de Apure y Nueva Esparta, de Mérida y Cumaná, de


GRAN CAPITANIA GENERAL DE VENEZUELA
CORO
PROVINCIA
VALENCIA
CARACAS
CUMANA
LA ASUNCION
GUIRIA
BARQUISIMETO
EL TOCUYO
MARACAYBO
PROVINCIA DE LA
NUEVA ANDALUCIA
O CUMANA
DE VENEZUELA O
CARACAS
MERIDA
LAGRITA
SAN CRISTOBAL
PROVINCIA DE MARACAYBO
ARGOSTURA
STO TOME
PROVINCIA
DE
GUAYANA
DIVISION POLITICA
EN 1777

Anzoátegui y Monagas, se llamaron uniformemente venezolanos, como los demás habitantes de la Unión, y desde ese día el Gobernador y Capitán General de Caracas impartió órdenes que tanto se cumplían en Upata como en Bailadores. Si valor profundo en nuestra vida social tienen el 19 de abril y el 5 de julio, no es menor, por si no es más, el que posee esta fecha del 8 de septiembre que nos aprestamos a conmemorar en el Estado Bolívar. Es la fecha de la unidad nacional. Es la fecha de la integración de la Patria. No se trata, como han entendido algunos espíritus negativos, de un otro lirismo del Presidente de Bolívar. Se trata de una conmemoración en que va envuelto un claro sentido de realidad nacional. No se busca festejar una efemérides más, sino aprovechar una fecha, para exaltar nuestra nacionalidad y fomentar un mayor sentido de comprensión y de fraternidad entre las distintas regiones de la República.

El 8 de septiembre es el día natal de la gran Patria venezolana. Ese día apareció el gentilicio común ante el cual los cognomentos regionales de andino y guayanés, de margariteño y de zuliano deponen su fuerza localista y disolvente. No se es hijo de Guayana o de Mérida, no se es hijo de Cumaná o de Falcón. Se es hijo de Venezuela. Se es ante todo y sobre todo venezolano. Y la fraternidad venezolana que va desde el Roraima hasta el Río de Oro, surgió el 8 de septiembre de 1777. Y para exaltar aquélla, debemos meditar en el significado creador de la fecha.

A mí personalmente me llena de orgullo que bajo mi Gobierno en esta hermosa porción de la Patria, se celebre por vez primera en Venezuela la fecha de su unidad política. Ya desde el libro y desde la cátedra había venido pidiendo esta conmemoración justiciera y esta oportunidad de enfervorizar nuestros sentimientos por la mayor unidad de la República. Hasta hoy hemos festejado como sólo día nacional la fecha de la Independencia, olvidados de la data del natalicio. Y ello da una idea trunca de nuestra historia. Tanto como si contásemos nuestra existencia personal a partir de la autonomía que se gana con la mayoridad y no desde la fecha del nacimiento. Y nuestra vida anterior, y nuestra formación y nuestro crecimiento ¿no forman acaso parte de nosotros mismos? En esto parece que no pararan mientes aquéllos que dicen que

entre la República y la Colonia existe un hiato o un abismo insalvable. Ellos son los enemigos de la Historia. Ellos niegan, por su parcial manera de ver el pasado, el ámbito que hace vigorosas las raíces sociales. Sin solera histórica, la Patria carecerá de fuerzas para henchir los espíritus nuevos en la obra de realizar su destino humano. Sin la robustez de nuestros derechos en el tiempo, careceríamos de personalidad que nos autorice a participar en la obra de la comunidad universal de la cultura.

No intentamos, tampoco, crear un día más de ocio para satisfacernos en el mero recuerdo de hechos pasados. Entendemos la historia como fuente de donde nos es posible extraer elementos creadores de futuro. Y estos hechos que evocamos al considerar la natividad de la unión venezolana, los miramos como capaces de avivar nuestro propio sentido constructivo de hoy. Para sumarnos en forma definitiva a la obra de realizar nuestro destino de pueblo llamado a pesar en el concierto universal, debemos empezar por dar mayor vigor a las líneas que hacen común y uno nuestro interior destino de nación. Del pueblo a la región y de ésta a la unidad superante de la nacionalidad, que nos presta fisonomía inequívoca entre los países y las naciones que sirven de marco a los grandes cuadros humanos. Por ello es útil festejar esta fecha de nuestra unidad nacional, ya que su recuerdo es propicio para exaltar el valor de lo nuestro. Y lo nuestro se forjó entonces. Nuestro destino integral de pueblo arranca del momento inicial en que a la acción gubernativa y política se fijó unidad territorial. La República de 1811, que se dio leyes independientes en Caracas; y la República de 1819, que se reconstruyó sobre el recio esfuerzo liberador de esta Guayana; y la República de 1830, que en Valencia reasumió sus líneas definitivas, buscaron como marco la extensión geográfica que había sido definida por la Cédula de 1777. Eran la expresión de la nacionalidad venezolana que aquélla definió para orgullo y gloria nuestra.

Y por el momento político que vivimos considero de especial oportunidad esta patriótica conmemoración. Ha correspondido al ilustre Presidente Medina Angarita una recia labor de unificación nacional. El ha proclamado la necesidad de vivir y pensar en venezolano, para lograr la fuerza que defienda nuestra autonomía interior de pueblo y nuestra

inalienable soberanía de nación. Ser nosotros mismos, para bastarnos en nuestras necesidades y poder ir al auxilio de los otros hombres que luchan por la dignidad y la justicia. Porque exaltar la nacionalidad no implica posiciones recoletas en el concierto de los pueblos. La nacionalidad es vínculo fecundo que nos une para la creación social y no erizada frontera que aísla nuestra vida de pueblo.

Estas, señores, las razones que han movido al Gobierno de Bolívar a festejar dignamente el centésimo sexagésimo séptimo aniversario de la fecha en que venezolanos se llamaron todos los hombres que viven sobre la ancha porción que constituye nuestro territorio nacional. Y no dudo de que muy en breve el tricolor de la Patria sea saludado en el alba de cada 8 de septiembre por todos los habitantes de Venezuela, con las notas marciales del "Gloria al Bravo Pueblo". Porque ese himno glorioso suena igual para todos los hijos de la Patria en razón de los lazos indestructibles que se crearon por la Cédula de 1777.
Señores!

Ciudad Bolívar, septiembre de 1944.

APENDICE

REAL CEDULA DE 8 DE SEPTIEMBRE DE 1777

El Rey.– Por cuanto teniendo presente lo que me han representado el actual Virrey, Gobernador y Capitán General del nuevo Reyno de Granada, y los Gobernadores de las Provincias de Guayana y Maracaibo acerca de los inconvenientes que produce el que las indicadas Provincias, tanto como las de Cumaná e islas de Margarita y Trinidad, sigan unidas como al presente lo están al Virreinato, y Capitanía General del indicado Nuevo Reyno de Granada, por la distancia en que se hallan de su capital Santa Fe, siguiéndose por consecuencia el retardo en las providencias con graves perjuicios de mi Real Servicio. Por tanto, para evitar estos y los mayores que se ocasionarían en el caso de una invasión; he tenido a bien resolver la absoluta separación de las mencionadas Provincias de Cumaná, Guayana y Maracaibo, e islas de Trinidad y Margarita, del Virreynato y Capitanía General del Nuevo Reyno de Granada, y agregarlas en lo gubernativo y militar a la Capitanía General de Venezuela, del mismo modo que lo están, por lo respectivo al manejo de mi Real Hacienda, a la nueva Intendencia erigida en dicha Provincia, y ciudad de Caracas, su capital. Así mismo he resuelto separar en lo jurídico de la Audiencia de Santa Fe, y agregar a la primitiva de Santo Domingo, las dos expresadas Provincias de Maracaibo y Guayana, como lo está la de Cumaná y las islas de Margarita y Trinidad, para que hallándose estos territorios bajo una misma Audiencia, un Capitán General y un Intendente inmediatos, sean mejor regidos, y gobernados con mayor utilidad de mi Real Servicio. Y en su consecuencia mando al Virrey, y Audiencia de Santa Fe, se hayan por inhibidos y se abstengan del conocimiento de los respectivos asuntos que les tocaba antes de la separación que va insinuada, y a los Gobernadores de las Provincias de

Cumaná, Guayana y Maracaibo, e islas de Margarita y Trinidad, que obedezcan, como a su Capitán General al que hoy es y en adelante lo fuere de la Provincia de Venezuela, y cumplan las órdenes que en asuntos de mi Real Servicio les comunicare en todo lo gubernativo y militar y que así mismo den cumplimiento los Gobernadores de las Provincias de Maracaibo, y Guayana a las Provisiones que en lo sucesivo despachare mi Real Audiencia de Santo Domingo, admitiendo para ante ella las apelaciones que se interpusieren según y en la forma que lo han hecho, o debido hacer por ante la de Santa Fe, que así es mi voluntad. Dada en San Ildefonso a ocho de septiembre de mil setecientos setenta y siete.– Yo el Rey.– Joseph de Galvez.

MENSAJE SIN DESTINO
(Ensayo sobre nuestra crisis de pueblo)
(1951)*

(*) Tomado de la 2a. ed. Caracas: Edit. Avila Gráfica, 1952. 148 p.

A José Antonio Marturet, homenaje de aprecio y acendrada amistad.

Por hábito de historiador, yo estudio siempre el pasado, pero es para buscar en el pasado el origen del presente y para encontrar en las tradiciones de mi país, nuevas energías con qué continuar la obra de preparar el porvenir.

Gil Fortoul, en el Senado de la República

El primer desarrollo de una conciencia auténtica consistió en edificar una conciencia del pasado.

Kahler, *Historia universal del hombre.*

Muchas almas sencillas creyeron durante largo tiempo que la verdadera historia de Francia comenzaba en el año I de la República. Sin embargo, los más inflexibles revolucionarios han renunciado a creerlo, y en la Cámara de Diputados, M. Jaurés ha declarado que "las grandezas de hoy están hechas con los esfuerzos de siglos pasados. Francia no está resumida en un día ni en una época, sino en la sucesión de todos sus días, de todas sus épocas, de todos sus crepúsculos y auroras".

Le Bon, *La Revolución Francesa.*

Lo propio de la Historia está en los acontecimientos mismos, cada cual con su inconfundible fisonomía, en que se reflejan los acontecimientos pasados y se perfilan los del porvenir.

Croce, *La Historia como hazaña de la libertad.*

PROLOGO

Este ensayo vuelve a las cajas de imprenta (como solemos decir quienes empezamos a escribir cuando la imprenta era más arte que industria), para corresponder, por medio de una nueva edición, a la solicitud con que el público lo ha favorecido. Satisfactoriamente para mí ello representa que el cuerpo de ideas sostenidas a través de sus páginas, corresponde a una realidad nacional, que interesa por igual a otros venezolanos.

Escritores preocupados en el examen de nuestros problemas han consignado en las columnas de la prensa su opinión acerca de los temas que aborda mi MENSAJE. Algunos han llegado a límites de extremosa generosidad y encumbrada honra, otros han mostrado alguna disconformidad con la manera de tratar yo ciertos temas.

Quiero referirme fundamentalmente a la poca importancia que asigna uno de los críticos a nuestra carencia de continuidad histórica como factor primordial de crisis, para ubicar toda la tragedia presente en solo el problema de la transición de la vieja economía agro-pecuaria a la nueva economía minera. Jamás me atrevería a desconocer el profundo significado que en nuestro proceso de pueblo tiene la presencia del petróleo como factor económico y social, ni menos desconozco las ventajas de la nueva riqueza. En mi ensayo lo he apuntado claramente, y en él me duelo de que, por carencia de un recto y provechoso sentido histórico de la venezolanidad, hubiéramos preferentemente utilizado los recursos petroleros para satisfacer bajos instintos orgiásticos, antes que dedicarlos a asegurar la permanencia fecunda de lo venezolano, y ello después de haber olvidado ciertos compromisos con la nación para mirar sólo a la zona de los intereses

personales. Cuando radico en lo histórico la causa principal de nuestra crisis de pueblo, no miro únicamente a los valores iluminados de cultura que provienen del pasado. Me refiero a la historia como sentido de continuidad y de permanencia creadora. Pongo énfasis al decir que nuestro empeño de olvidar y de improvisar ha sido la causa primordial de que el país no haya logrado la madurez que reclaman los pueblos para sentirse señores de sí mismos. ¿No nos quejamos diariamente de la falta de responsabilidad con que obran quienes asumen cargos directivos sin poseer la idoneidad requerida? Pues justamente ello proviene del desdén con que se miraron los valores antecedentes sobre los cuales se construye el dinamismo defensivo de la tradición. No considero el Pesebre navideño ni el Enano de la Kalenda trujillano como factores de esencialidad para la construcción de un orden social: miro en su derrota por el arbolito de Navidad y por el barbudo San Nicolás, la expresión de un relajamiento de nuestro espíritu y el eco medroso de la conciencia bilingüe que pretende erigirse en signo de nuestros destinos.

Para ir contra el pasado, o para mirarlo sólo al esfumino de una pasión romántica, algunos invocan sentencias cargadas de gravedad, que en otros pueblos han servido para condenar la pesada e infructuosa contemplación de un brillante pretérito. En España, por caso, ¡cuánto gritaron los hombres dirigentes contra la actitud de introversión de su cultura! Allí el problema fue otro. Había allá una superabundancia de historia que impedía en muchos, por imperfecta deglución, tomarla como nutrimento de futuro. Nosotros, en cambio, no hemos buscado en nosotros mismos los legítimos valores que pueden alimentar las ansias naturales de progreso. Cegados por varias novedades, nos hemos echado canales afuera en pos de falsos atributos de cultura, hasta llegar a creer más, pongamos por caso, en las "virtudes" del existencialismo que en la fuerza de nuestros propios valores culturales.

Se me imputa que, llevado por el aire del pesimismo, no presento caminos para la solución de la crisis de nuestro pueblo. Claro que si se buscan programas políticos como remedio, no apunto nada que pueda tomarse por una posible solución. Pero tras lo negativo de los hechos denunciados, está lo afirmativo de la virtud contraria, y más allá de la

censura de ciertas actitudes, cualquiera mira el campo recomendable. Con diagnosticar el elemento externo que provoca un estado patológico, ya el médico señala parte del régimen que llevará al paciente al recobramiento de la salud. Tampoco fue mi intención indicar caminos ni menos fingir una posición de taumaturgo frente a las dolencias del país. Modestamente me limité a apuntar lo que yo considero causa de nuestra crisis, sin aspirar a enunciarlas todas, y menos aún proponerles remedio. Tampoco me aventuro a considerar que estoy en lo cierto cuando expongo las conclusiones a que me conduce mi flaca reflexión. Sé que son otros los que, con autoridad de que carezco, pueden presentar las fórmulas reparadoras; mas, como me considero en el deber de participar en la obra de investigar los problemas de la república, resolví prender la escasa luz de mi vela para agregarme, en el sitio que me toca, a la numerosa procesión de quienes, ora a la grita, ora a la voz apagada, se dicen preocupados por la suerte del país. Ya no es sólo el derecho de hablar que legítimamente me asiste como ciudadano, sino una obligación cívica, que sobre mí pesa, lo que empuja mi discurso.

Siempre he creído necesario contemplar los problemas del país a través de otros ojos, y, en consecuencia, no me guío únicamente por lo que miran los míos. A los demás pido prestada su luz; y el juicio de mis ojos, así sea opaco ante los otros, lo expongo al examen de quienes se sientan animados de una común inquietud patriótica.

Llamo al vino, vino, y a la tierra, tierra, sin pesimismo ni desesperación; sin propósito tampoco de engañar a nadie, digo ingenuamente lo que creo que debo decir, sin mirar vecinas consecuencias ni escuchar el rumor de los temores. Ni busco afanoso los aplausos, ni rehuyo legítimas responsabilidades. Bien sé que los elogios no agregarán un ápice a mi escaso tamaño, ni las voces de la diatriba reducirán más mi medianía. Tampoco esquivo responsabilidades vistiendo vestidos postizos, menos, mucho menos, me empeño en hacer feria con los defectos de los demás. Aunque quedaran visibles en la plaza pública sólo los míos, yo desearía servir a una cruzada nacional que se encaminase a disimular, para mayor prestigio de la patria común, los posibles errores de mis vecinos, que miro también por míos en el orden de la solidaria

fraternidad de la república. Entonces podrá hablarse de concordia y reconciliación cuando los venezolanos, sintiendo por suyos los méritos de los otros venezolanos, consagren a la exaltación de sus valores la energía que dedican a la mutua destrucción, y cuando, sintiendo también por suyos los yerros del vecino, se adelanten, no a pregonarlos complacidos, sino a colaborar modestamente en la condigna enmienda.

Caracas, 15 de septiembre de 1951.

M. B.–I.

1

Arturo Uslar Pietri, después de haber profesado brillantemente cátedra de Literatura Hispano-americana, durante casi cinco años, en Columbia University, ha regresado lleno de inquietud creadora a trabajar en el proceso cultural de nuestro país y, acaso animado del propósito de que se le vea ausente de la política, promovió una investigación pública acerca de una presunta crisis literaria en Venezuela. Algunos escritores ya se han adelantado a dar opinión sobre el caso. Yo he juzgado la oportunidad como propicia para responder una pregunta de más largo alcance, que diariamente nos formulamos quienes solemos reflexionar sobre las necesidades y los dolores de la república.

Esto de las "crisis" parece ser tema de permanente actualidad entre nosotros. Mi libro "El Caballo de Ledesma", publicado en 1942 y que acaso Uslar Pietri haya leído en alguna de sus ediciones, está dedicado al tema de nuestra crisis, y de manera particular a lo que pudiera llamarse "quiebra de la cultura".

El Presidente López Contreras, en 1937, habló en forma más lata de una supuesta "crisis de hombres". Esto alarmó a muchos, en especial a ciertos políticos que se tenían a sí mismos como candidatos para los cargos de comando. En aquel tiempo me permití argüir al ilustre ex-Presidente que la crisis, más que de capacidades en sí, era de sentido de responsabilidad en los funcionarios públicos, muchos de ellos avocados, por falta de examen de sus propios recursos, al ejercicio de funciones en las cuales no les era posible dar rendimiento alguno. Esta crisis sigue vigente, sin que haya visos de que pueda remediarse.

La crisis literaria cuya investigación ha promovido Uslar Pietri, existe de manera visible y audible, pero ella, aunque pudiera explicarse fácilmente, tanto por deficiencia de recursos, como por la falta general de ligámenes entre el escritor y el ambiente nacional, no es sino el aspecto más pequeño, quizá, de un fenómeno general: en Venezuela, desgraciadamente, hay, sobre todas las crisis, una crisis de pueblo*.

(*) El tema de la crisis literaria ha sido abordado extensamente en artículos de periódicos y en mesas redondas celebradas en la Asociación de Escritores Venezolanos. Parece que los interesados no se han puesto de acuerdo, y mientras algunos, citando nombres de prestigio en nuestras letras, niegan la crisis, otros han llegado a hablar de "literatura de crisis", producto de una reconocida impreparación y de una excesiva presunción. Alguien, muy sutilmente, ha dicho que la crisis proviene de un arbitrario intento de llamar literatura algo que no lo es, tal como si se imputase a una crisis de la Medicina, el desacierto de los yerbateros.

2

Esta tentativa de ensayo resultará a la postre, por lo que empiezo a ver, un pesado caso de tautología. ¡Cuántas veces tendré necesidad de escribir la palabra y de exponer el concepto de crisis!

Al asentar que padecemos una "crisis de pueblo", no me refiero al pueblo en ninguno de sus valores corrientes de conjunto étnico, de sector social o económico, o de unidad o modo de ser político. Para el caso, más que el "pueblo político" (en sí bastante informe), nos interesa el pueblo en función histórica. Y justamente no somos "pueblo" en estricta categoría política, por cuanto carecemos del común denominador histórico que nos dé densidad y continuidad de contenido espiritual del mismo modo que poseemos continuidad y unidad de contenido en el orden de la horizontalidad geográfica.

Creo haber escrito en alguna oportunidad que Venezuela, pese a su historia portentosa, resulta desde ciertos ángulos un pueblo anti-histórico, por cuanto nuestra gente no ha logrado asimilar su propia historia en forma tal que pueda hablarse de vivencias nacionales, uniformes y creadoras, que nos ayuden en la obra de incorporar a nuestro acervo fundamental nuevos valores de cultura, cuyos contenidos y formas, por corresponder a grupos históricamente disímiles del nuestro, puedan adulterar nuestro genio nacional.

En más de un libro y una revista extranjeros he leído elogios entusiastas para la obra de nuestros historiadores de ayer y hoy. Yo, así figure en el catálogo de quienes escriben historia en este país y por más que sienta el

orgullo de la atribución, no estoy del todo conforme con tal entusiasmo. Cierto que en el pasado y en el presente se han escrito muchos libros valiosos de historia –modelos entre ellos las historias de Baralt y Díaz y de Gil Fortoul–; cierto también que los gobiernos, lo mismo el del General Juan Vicente Gómez como el de Rómulo Betancourt, se han preocupado por el problema de la divulgación de nuestros fastos. Mas, en la mayoría de los trabajos de historia nacional se ha dado, con marcadas excepciones, notoria preferencia a una historia de tipo litúrgico y de criterio "calvinista", con cuyo rígido esplendor se ha creído compensar nuestras carencias sociales de pueblo.

José Rafael Pocaterra, mostrando mayor sentido histórico que muchos profesionales de la historia, ha escrito con tinosa precisión: "Hubo una época y una literatura histórica que asignaron mentalmente el alto comando de las libertades a una clase que venía del privilegio y vivía para el privilegio. Los que hemos estudiado en el libro vivo esa historia no escrita, creemos que aún falta por escribirse, no los anales de los patricios ni de los guerreros, no la época de los jefes insignes y de los subalternos que corrían como perros cerca de las botas de los jefes: sino la historia de los hombres". Esta circunstancia quizá sea una de las causas más pronunciadas de que nuestro pueblo carezca de densidad histórica. Como colectividad siente poco el pueblo la sombra de su esfuerzo sobre los muros del tiempo. Le han enseñado sólo a verse como masa informe que sirve de cauda disciplinada y sufrida a los mílites que hicieron a caballo las grandes jornadas de la guerra. La historia bélica, que hasta hoy ha tenido preferencia en la didaxia, ha sido para el pueblo venezolano como centro de interés permanente, donde ha educado el respeto y la sumisión hacia los hombres de presa. Porque nuestra historia no ha sido los anales de los grupos que formaron los sucesivas generaciones, sino la historia luminosa o falsamente iluminada, de cabecillas que guiaron las masas aguerridas, ora para la libertad, ora para el despotismo. Ha faltado el ensayo que presente la obra del pueblo civil como factor de hechos constructivos, del mismo modo como, para interpretar el valor conjugante de la nacionalidad, han faltado las historias parciales de las varias regiones que se juntaron para formar la unidad de la Patria.

Quizás la manera de juzgar los hechos históricos y la ausencia de una metodología que conduzca a un cabal y lógico examen del pasado, capaz de dar contrapeso a la peligrosa avenida de trabajos de índole histórica, producidos en razón de "tener la Historia sus puertas abiertas al gran público", según anota Huizinga, ha contribuido poderosamente a que nuestra colectividad no haya podido asimilar uniformemente, para una función de fisonomía y de carácter, los tesoros poderosos del tiempo y crear la conciencia histórica requerida como elemento de nacionalidad.

Estoy perfectamente de acuerdo con quienes ayer censuraron una medida, en apariencia útil y patriótica, tomada por las autoridades para evitar la circulación de cierta literatura argentina denigrativa del Libertador. Tal prohibición, en realidad, da la impresión de que nosotros estuviésemos imponiendo en asuntos de historia una doctrina "oficial", que no se pudiera discutir. Es decir, con dicha medida asumimos una actitud semejante a la de la "policía histórica" que ejerce Juan Domingo Perón. En cambio, a estas alturas de tiempo, ya debiéramos haber adoptado, espontánea y uniformemente, un "canon" histórico, no de creación oficial o policiaca, sino formado, repito, sobre estructuras ideales, arrancadas, a través de un proceso sedimentario de generaciones, del fondo de nuestros anales. Contra ese "canon" popular, nacional, al cual correspondería, como es lógico, una sensibilidad defensiva, chocaría todo propósito forastero de desfigurar personajes y sucesos de nuestra historia. Como cuerpo provisto de robustas defensas naturales, el organismo social repudiaría por sí solo cualesquiera consejas que se opusieran a "su" verdad histórica, sin necesidad de que se recurra, como fatalmente hubo de recurrirse en el caso citado, a drásticas drogas de gendarmería. Insisto en decir que ya debiéramos poseer un grupo vigoroso y uniforme de valores históricos, logrados como fruto de una comprensión integral –de sentido colectivo– de nuestro pasado nacional. A cambio de ellos, hemos aceptado pasivamente una serie de premisas de tipo sociológico-político, aparentemente fundamentadas en una filosofía pesimista, erigida sobre una supuesta insuficiencia vocacional del venezolano para ejercicios de repúblicas.

Lamentablemente andamos lejos de gozar la recia posición constructiva que nos ponga en posesión de aquellos instrumentos de educación

cívica. Se rinde "culto" a los hombres que forjaron la nacionalidad independiente, pero un culto que se da la mano con lo sentimental más que con lo reflexivo. Nuestra misma devoción oficial por el Libertador podría decirse que fuera una prolongación de las fiestas de San Simón, preparadas para agasajar en vida no sólo al héroe magnífico de la libertad, pero también al poderoso dispensador de favores, o una repetición sin sentido de los funerales de 1831. Poco hemos hecho, en cambio, para formar una teoría ejemplar de lo bolivariano; como consecuencia de ello el admirable ensayo por medio del cual Santiago Key-Ayala nos presenta la vida estimulante de un Bolívar sin fulgores de arcángel, no ha entrado de lleno en la didaxia de lo bolivariano. También nos valemos del Libertador para cubrir con los resplandores de su gloria lo opaco y menguado de nuestra realidad cívica. Y como es Padre de todos, cualquiera se cree con derecho de interpretar sus pensamientos, y aun de ponerlos al servicio de intereses foráneos.

La mayoría de nuestros compatriotas cuando exalta el pensamiento vulcánico del Padre de la Patria, sólo mira la oportunidad parcial de las circunstancias políticas. En Colombia, por ejemplo, como en Ecuador y Venezuela, los conservadores glorifican, *pro domo sua,* al Bolívar de la Dictadura, mientras los liberales lo motejan de tiranía, sin reflexionar ambos en que aquella etapa del ciclo bolivariano fue apenas una fase del multiforme y dialéctico obrar del héroe*. En la disputa sobre el tema de la conferencia de Guayaquil, la mayoría se detiene en el valor del ofrecimiento o de la negativa de unas divisiones auxiliares, sin insistir lo suficiente acerca de que se hubiera fijado, con retiro de San Martín, el destino republicano de nuestro mundo indohispánico, expuesto a las veleidades monárquicas del Protector, con tan buen abono en la conciencia realista de los peruanos, que hasta hoy se quejan de Bolívar, por haberlos convertido a la república democrática.

(*) Algunos venezolanos consideran que los conservadores colombianos son más adictos a la persona de Bolívar que los colombianos liberales. Ello es fruto de un juicio simplista: como los conservadores alaban el Bolívar de la Dictadura, motejado por los liberales de desamor a los principios legales, los venezolanos, que entendemos y amamos a Bolívar de todos sus tiempos y sabemos explicar la contradicción aparente de su conducta política, llegamos a desconocer las lógicas reservas con que enjuician los liberales el proceso final de Colombia, y, de lo contrario, simpatizamos con la posición conservadora que mira en Bolívar un patrón de gobiernos de fuerza. Bueno es recordar que el partido conservador histórico de Colombia fue fundado por un antiguo septembrista.

No desdigo de que ciertos hechos de la vida de Bolívar se eleven a la luminosidad del mito: el pelotazo al birrete del futuro Fernando VII, el juramento en el Monte Sacro, el delirio en el Chimborazo, el salto sobre el Tequendama, así estén en tela de juicio, dan contornos de eficacia creadora a la figura del Padre inmortal. Sobre ello se escribirá siempre con provecho para entender la singular voluntad del grande hombre. ¡Cuánto habría lucrado la república con que se hubiera hecho consigna de trabajo la frase que Bolívar lanzó contra José Domingo Díaz en medio de las ruinas del terremoto de 1812! *¡Vencer a la naturaleza!* Jamás un forjador de pueblos les dio mandamiento de mayor alcance. Moisés pasó a pie enjuto el Mar Rojo porque tenía de su parte los ejércitos de Jehová. Bolívar prometió vencer desde una actitud humana la oposición del universo a sus sueños de libertad. Si los venezolanos hubiéramos tomado como lema de acción la consigna de Bolívar, otro habría sido el destino de nuestro pueblo.

3

Puede decirse que hemos tratado la historia de fuera con preferencia a las "razones" y a los "sentimientos" que movieron a hombres y a hechos. Hemos visto más a la liturgia de las efemérides que al permanente valor funcional de la historia como creadora de actos nuevos. Hemos dado preferencia a la parte teatral de las circunstancias sobre los propios fines y resultados de éstas. A Miranda, a Bolívar, a Sucre, a Páez, a Vargas consagramos toda nuestra devoción cuando acaecen los ciclos cronológicos de sus vidas. Después de haber exaltado hasta la hipérbole histérica el mérito de sus existencias magníficas, seguimos la vida cotidiana como si ninguno de los grandes pensamientos de ellos valiera la pena de ser tomado por empresa para lo común de nuestro quehacer de ciudadanos. A modo tan frívolo de entender el pasado, se suma un hecho fundamental, de raíces profundas, que ha llevado a la misma segmentación de nuestra historia y a la creación, en consecuencia, de zonas antagónicas e irreductibles en nuestros propios anales.

Confundiendo tradición con involución, muchos han querido ir, en aras del progreso, contra los valores antiguos. Primero de estos casos lo constituye cierta manera, hasta ayer muy a la moda, de enjuiciar nuestro pasado de colonia española. Se trata de un criterio retardado, en el cual sobreviven el odio contra España que provocó la guerra de emancipación y el espíritu de crítica de la generación heroica hacia los propios valores que conformaron su vida intelectual. Lejos de que se puedan tomar al pie de la letra las opiniones de Sanz, de Bello y de Vargas como condenación absoluta de la cultura colonial, debieran verse como expresión de un espíritu de progreso, semejante al que hoy nos anima

cuando censuramos las deficiencias de nuestra educación. Sin tal crítica, así ella sea dura e injusta, no habría progreso en ninguno de los órdenes sociales. ¡Desgraciado el joven que se limite a alabar servilmente las ideas y las formas que le legaron sus inmediatos antecesores!

El odio que fue necesario de exaltar como máquina de guerra durante la lucha ciclópea librada por nuestros Padres contra la metrópoli peninsular, subsistió en la conciencia nacional, por prenda de "patriotismo", durante mucho tiempo después de compuestas las paces entre la antigua Corte y la flamante República. Olvidados ciertos críticos de que el venezolano, más que continuación del aborigen, es pueblo de trasplante y de confluencia, cuyas raíces fundamentales se hunden en el suelo histórico de España, creyeron que, ganada la independencia política, habían sido echadas del territorio patrio unas autoridades desvinculadas históricamente de lo nacional nuestro, y consideraron, por lo tanto, de genuina calidad patriótica anchar hasta los propios orígenes de la colectividad, el menosprecio indiscriminado contra todas las formas y valores antiguos.

Sin embargo, hubo quienes comprendieron, cuando aún se escuchaban voces dispersas que pregonaban los caducos derechos de Fernando VII, cómo para la recta comprensión de la República, era preciso remontar el tiempo para llegar hasta los prístinos momentos de la venida a nuestras tierras de los primeros pobladores españoles; y así vemos en 1824 a Domingo Navas Espínola, liberal de los de Tomás Lander, dado a reimprimir en Caracas la clásica "Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela", debida a la pluma maestra de José de Oviedo y Baños.

Fenómeno no sólo venezolano sino americano, aquella posición ha servido, con lucro para fuerzas extrañas, como elemento desfigurativo de la historia general del continente indohispano. Silvio Zavala, campeón en México de la corriente contraria, me manifestaba en 1946 que había sido más fácil en Venezuela que en su país abrir el proceso de revalorización del período hispánico de nuestra historia, y eso que allá hombres de la calidad de Justo Sierra jamás negaron los valores coloniales.

La diatriba sin examen contra lo formativo español y el repudio de nuestros tres siglos de colonia, han intentado descabezar la historia nacional. César Zumeta, egregio exponente del pensamiento venezolano, acuñó, en momento de acritud polémica, una frase que sintetiza el error de la escuela formada sobre tal diatriba y sobre tal repudio. En su discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia dijo que "entre la República y la Colonia existe un hiato semejante al que separa el Antiguo del Nuevo Testamento".

En cambio, cómo volvemos los ojos hacia la realidad colonial cuando intentamos pruebas del despojo de gran parte de nuestra Guayana, perpetrado por el imperialismo inglés, durante nuestro siglo XIX republicano. De allá sí nos vienen entonces, junto con nuestra historia, los títulos de soberanía sobre un territorio conquistado por los hombres que generaron nuestra estirpe de pueblo. Los partidarios de la "pausa" histórica debieran meditar acerca de que la integridad territorial es consecuencia de un proceso de comunidad que deriva del tiempo sus mejores argumentos de conservación y de resistencia.

El "hiato", para admitirse en función histórica, necesitaría presentarse acompañado de un cataclismo geológico o de un asesinato integral, que hubiese borrado del suelo nacional todo elemento humano de continuidad. En historia, lejos de existir acontecimientos que pudieran catalogarse como pasmos o silencios en el devenir social, existen metástasis que explican la presencia de procesos que sufrieron retardo en su evolución natural. En historia no hay cesura. Su ley es la continuidad.

Si descabezamos nuestra historia, quedaremos reducidos a una corta y accidentada aventura republicana de ciento cuarenta años, que no nos daría derecho a sentirnos pueblo en la plena atribución histórico-social de la palabra. Y si para esos ciento cuarenta años admitimos la procedencia de los varios procesos segmentarios, de caída y ascenso, que determinan los cognomentos partidistas de Federación, Fusionismo, Regeneración, Reivindicación, Legalismo, Restauración, Rehabilitación y Segunda Independencia, habremos de concluir que lejos de ser una Venezuela en categoría histórica, nuestro país es la simple superposición cronológica de procesos tribales que no llegaron a obtener

la densidad social requerida para el ascenso a nación. Pequeñas Venezuelas que explicarían nuestra tremenda crisis de pueblo. Sobre esta crisis se justifican todas las demás, y se explica la mentalidad anárquica que a través de todos los gobiernos ha dado una característica de prueba y de novedad al progreso de la nación. Por ello a diario nos dolemos de ver cómo el país no ha podido realizar nada continuo. En los distintos órdenes del progreso no hemos hecho sino sustituir un fracaso por otro fracaso, para lograr, como balance, la certidumbre dolorosa de que nuestra educación, nuestra agricultura, nuestra vialidad, nuestra riqueza misma, viven una permanente crisis de inseguridad y de desorientación.

4

Buscar las raíces históricas de la comunidad es tanto como contribuir al vigor de los valores que pueden conjugar el destino y el sentido del país nacional. Buen ejemplo de lo que valen como elementos de integración los símbolos antiguos, lo proporciona el famoso film soviético "Iván el Terrible", que estuvo en nuestras salas de cine hace dos años y que ha reaparecido en los días que cursan.

Stalin, teórico excelente de la nacionalidad, asienta en su ensayo "El Marxismo y el problema nacional", que una nación no es una comunidad racial o tribal, sino una comunidad de hombres, formada *"históricamente"*, que posee territorio, economía, idioma y psicología que le dan unidad. Por ello, en sus planes para el robustecimiento de la unidad del pueblo ruso, entra este sistema, romántico y sentimental, de evocar lo antiguo como medio idóneo de crear vivencias psicológicas que sirvan de pilares para el imperio soviético. I esta lección nos viene nada menos que del país donde la revolución ha tenido su solar y su fragua más característicos, como para callar a quien pretenda motejar de retrógrados a los que exaltamos el valor de lo tradicional.

Nosotros, empero, que apenas aparecíamos como colectividad en formación, cuando el nieto de Iván III ya daba forma al futuro y grande imperio zarista, nos empeñamos por romper a cada paso y con el más fútil razonamiento, la continuidad de nuestro pasado nacional. A más del pretenso "hiato" existente entre la época colonial y el período independiente, hemos intentado, según arriba ya apunté, hacer de nuestra historia de ayer y de nuestra historia de hoy una serie de parcelas

aisladas, semi-autónomas y desprovistas, en consecuencia, de un centro de gravedad que les dé consistencia para resistir el oleaje de la historia universal. En una Venezuela que arranca del esfuerzo constante –errado o feliz– de diversas generaciones, se ha querido ver porciones diferenciadas por los signos momentáneos de una política o de una moda de circunstancias. Lo que los historiadores y los políticos de ayer y de hoy intentaron o intentan presentar como cesuras derivadas de valores acomodaticios, no pasa de ser obra ligera e interesada, las más de las veces con finalidades demagógicas.

Traer al plano presente los valores antiguos para extraerles su contenido de futuro, no es negarnos a cumplir nuestro destino de la hora. Cuando Luis López Méndez, refiriéndose a los Padres de la Independencia, exclamó: "Aquellos hombres hicieron su obra, hagamos nosotros la nuestra", no repudió el pasado como fuerza constructiva, sino el infecundo conformismo de quienes creyeron que ya todo estaba hecho por los antepasados. El sabía que nunca llegará a nada un pueblo que se resigne a mirar con tímido respeto la gloria que pasó. Sabía él, además, que debe mantenerse intacto el "hilo de oro" que une las generaciones, a fin de hacer posible la superación constante de aquella gloria.

Del éxito y del fracaso antiguos, de la hora grávida de las conquistas cívicas y del momento menguado del retroceso tumultuario, de la crisis de los sistemas y del florecimiento de los grandes esfuerzos constructivos, de la alegría de la plenitud y del dolor de la exhaustez, se ha venido tejiendo la misma e indivisible tela de la nacionalidad. En ella caben, como elementos que interesa examinar para la explicación de nuestra historia, el gesto de Vargas ante la insolencia de Carujo y la actitud ambigua de Monagas frente al Congreso, la mentalidad progresista de Guzmán Blanco y la curva hacia el nuevo caudillismo que reabrió el "legalismo" de Joaquín Crespo, momentos todos de una misma conciencia multánime, que expresa la agonía de un pueblo en busca de caminos.

Los cortos espacios que marca un régimen o un sistema político, no cuentan para deshacer la continuidad histórica de una nación. Por lo contrario, ésta es más en sí misma cuanto menos se abulten, por medio

de sistemas artificiales, los "modos de ser" provocados por el tiempo y por las diferenciaciones que promueve el movimiento de la cultura. I tanto más válidos y duraderos serán los frutos de este progreso, cuanto más firme sea la estructura de la tradición donde se fundamenten las instituciones creadas por el genio popular, producto a la vez de la sedimentación histórica de los valores espirituales que producen las generaciones.

Como próvida tierra que alimenta la raigambre de los árboles, la tradición es savia que sirve de nutrimento a la existencia de las naciones. De la vida antigua arranca la obra del progreso nuevo. Del ejemplo, pleno o deficiente, de ayer, viene la lección fructífera para la hora presente. Por la tradición hablan los muertos que no quieren morir, los muertos que aún mandan. Porque si es cierto, según apunta Bright, que no se entra a las asambleas políticas invocando el mérito de los antepasados, sino el prestigio actual labrado por nosotros mismos en función de individuos, en el orden de los imperativos sociológicos, el mandato de los muertos tiene vigencia irrevocable.

Mas, no debe entenderse que la tradición sea una actituid estática y conformista, que convierta a los hombres nuevos en meros y necios contempladores de los valores antiguos. La tradición es la onda creadora que va del ayer al mañana, y sin consultarla, no crecerán para lo porvenir las sociedades. Hay quienes la adversan por confundirla a la ligera con el ánimo retrógrado y fanático de ciertos temperamentos conservadores, opuestos al espíritu de modificación progresiva que cada generación está en el deber de realizar en orden el perfeccionamiento del legado trasmitido por los antecesores. Pero la tradición, lejos de impedir el avance de dicho espíritu, es el módulo que determina su progreso.

Desdecir de la época colonial para hacer más brillante la epopeya de la emancipación; desconocer los valores del caudillismo conservador para ameritar los avances del ciclo liberal; negar los hechos positivos de la dictadura andina (integración demográfica de la nacionalidad, pago de la deuda exterior, supresión del caudillismo cantonal, creación de la sanidad pública), para que más brillen las conquistas cívicas logradas después de la muerte de Gómez; achicar la Universidad antigua para

sólo dar estimación a la Universidad de Ernst y Villavicencio, es manera inadecuada de interpretar y valorar nuestro pasado. Unos y otros períodos son signos de una misma existencia colectiva, influida por el curso del progreso universal. En la investigación y valorización de los hechos históricos, urge buscar no las circunstancias que parece que dividieran la trama de los sucesos, sino las razones que permitan ver los acontecimientos que al bulto se contradicen, como expresiones de la continuidad de la vida de los pueblos.

Pretender fabricarnos una historia a la medida de nuestras preferencias actuales, desdeñando, al efecto, los hechos y los personajes que contradicen nuestras inclinaciones ideológicas, es tanto como ir contra el propio sentido de la nacionalidad. Así como existe una comunidad solidaria en el presente, que obliga a deponer diferencias cuando se trata de la defensa de los intereses comunes, de igual modo, en el orden del pasado, existe una solidaridad moral que nos impone una actitud defensiva frente a lo que ataque los valores nacionales. Por eso, sin conciencia histórica no hay, como dije antes, sensibilidad para distinguir lo que atente contra los intereses colectivos.

Definir una tradición y velar por su constante progreso, es deber de colectividades que aspiran a robustecer su personalidad en los cuadros de la historia universal. Tradición en este caso es fisonomía, tono, genio, carácter que diferencia a los grupos y les da derecho a ser tomados en cuenta como unidades de cultura.

Cada hecho antiguo tiene su oportuna valorización en el presente. Lo viejo se deshumaniza y prosigue como símbolo en lo que tenga de positivo. Del Negro Primero no miramos el analfabetismo y la violencia vegetal: alabamos la expresión de su fe primitiva en la libertad. A Jorge Bello nadie le examina su corriente valor humano, para presentarlo como símbolo de la dignidad de la patria, cuando defiende el pueblo de San Carlos del artero ataque alemán. Domingo Antonio Sifontes, desamparado por la justicia de los hombres, revive la raza de los libertadores, cuando apresa y castiga a las intrusas autoridades británicas que querían saciar la sed de expansión en nuestro territorio guayanés. No se cierra un pasado con muros tan sórdidos que impidan el

eco de las voces antiguas. I la fuerza de las voces nuevas acrece con el murmullo de las palabras viejas. En Estados Unidos, donde el progreso se ha afincado sobre el suelo de una bien cultivada tradición, las consignas nuevas no han borrado el eco de los mensajes de los grandes constructores de la nacionalidad. No sólo en plazas y avenidas asumen marmórea permanencia Washington, Hamilton y Jefferson: ellos viven vida perenne en el discurso común del hombre americano. La cultura joven no se desdeña en aquel gran país de ceñirse a fórmulas antiguas y de contenido absoluto. Cuando en Columbia University se doctoran los nuevos sabios que bloquean la estructura del átomo, oyen los mismos cantos litúrgicos que fijó para la pompa académica la constitución universitaria colonial.

5

Por común denominador que sirva de signo conjugante al caos humano que se mueve en el continente norteamericano, han sido extraídos los valores de la historia que arranca de la aventura de Christoph Newport en 1607. No repugnan nuestros "buenos vecinos" del Norte las peripecias del coloniaje, más pobre y de menor empuje que las acciones de los aventureros españoles. En su historia no olvidan, ni toman de ello sonrojo, el arribo a Virginia por el año de 1619, de un "barco procedente de Inglaterra con noventa muchachas casaderas, quienes fueron dadas por esposas a aquellos colonos que pagaron ciento veinte libras por su transporte". Es decir, el relato de los orígenes de una sociedad puritana que se fundaba sobre una trata de blancas, realizada del modo más honorable. Pero el norteamericano cree ganar fuerza para la elaboración de nuevos y eficaces valores, no sólo por medio de la asimilación de la historia forjada por los hombres que dieron comienzo a los establecimientos primitivos, sino también por la incorporación de los elementos de cultura de la vieja Inglaterra, de donde aquéllos trajeron una razón y un modo histórico de vivir.

Nosotros, como secuela, según ya apunté, del odio feroz que promovieron las crueldades de Monteverde, Boves, Zuazola, Moxó y Morillo, hemos intentado borrar de nuestros anales la época en que nuestra colectividad fue parte del imperio español, para fijar los soportes de la nacionalidad en los hechos realizados por los grandes patriotas que abatieron la contumacia colonizadora de España. Como resultado de esta arbitraria fijación, nos hemos negado a buscar la razón de nosotros mismos y de nuestra propia lucha emancipadora en circunstancias y

supuestos producidos en nuestro subsuelo pre-republicano. Alejados de una lógica viva que persiga en nosotros mismos, es decir, en nuestro propio pasado nacional, la sustancia moral de nuestro ser social, hemos sufrido una ausencia de perfiles determinantes. Como corolario, no hemos llegado a la definición del "pueblo histórico" que se necesita para la fragua de la nacionalidad.

Cerrados a la comprensión de esta tesis, por demás cargada de venezolanidad, hemos buscado símbolos extraños para explicar la misma explosión de nuestro proceso emancipador, y hemos aceptado, a humos de amigos de la libertad, principios tan extraños como el que sostiene el cubano Fernando Ortiz, al proclamar que la guerra por nuestra liberación continental empezó en el canal de la Mancha, con la destrucción de la poderosa armada de Felipe II. Tanto como adelantarnos a negar los valores de nuestra colonia y entrar a la justificación de los piratas que destruyeron los asientos de nuestros antepasados españoles y detuvieron fatalmente la curva del progreso de nuestros pueblos.

Sólo a una mente obcecada por un menosprecio irredento hacia las formas de la política española, puede ocurrir la idea de justificar como beneficiosa para nuestro mundo indohispánico, la obra vengativa de Inglaterra y la labor asoladora de los piratas (Se explica el caso de Fernando Ortiz por carecer él, individualmente, de la perspectiva histórica necesaria para juzgar el pasado colonial de su país: su sensibilidad está viva aún para alzarse contra las formas políticas que vivió su juventud). En cambio, nosotros ya gozamos de una perspectiva de tiempo que nos permite mirar con serenidad y sentido nacional hacia nuestro pasado hispánico.

Destruido, aniquilado y felizmente convertido en un mundo distinto, el antiguo imperio colonial de España subsiste como tema de odio, de menosprecio y de codicia para el sajón. Y cuando este odio extraño se une incautamente con el odio retardado de quienes consideran patriótico mantener la enemiga nacional contra el mundo de las formas coloniales, los nuestros hacen suyos los elementos de los viejos enemigos de España y se cierran a la comprensión de nuestro pasado.

Se alaba la cultura de franceses e ingleses, y se echa a un lado el recuerdo de las barbaridades cometidas por los corsarios que aquéllos armaban para destruir las ciudades hispánicas del nuevo mundo. Para equilibrar los resultados de la conquista –desinterés y desprendimiento del español frente a la timidez y a la lentitud de otras potencias– ningunas más eficaces que las armas de los hombres sin ley que venían a quemar nuestros asientos y a robar los galeones que conducían a Sevilla el fruto del trabajo minero; era criminal que el indio y el negro trabajasen las minas a favor de España, pero no era criminal vender aquellos negros ni matar a quienes trasportaban el fruto de aquel trabajo. Bien estuvo que dicha moral tuviese defensores en la Corte de Londres, donde se honraban piratas y negreros. Pero que del lado español y a través de tres siglos de reposo para el raciocinio, haya historia nacional que adhiera a tal sistema ético, parece por demás descaminado. Aunque así parezca y pese a lo ilógico del caso, muchos han renegado su origen cultural y han maldecido la sangre española corrida por sus venas. Hechos todo oídos para recibir la leyenda del descrédito de España, hallaron en la propia autocrítica de sus hombres fuerza con que arrimarse a las tesis menospreciantes sostenidas por los otros. Olvidaron muchos que mientras Francia, Inglaterra y Holanda galardonaban a los asesinos y ladrones que destruían el imperio español, en el Consejo de Indias se escuchaban y atendían con profundo sentido humanístico las censuras contra el sistema de gobernar los reyes las provincias de América, formuladas por los juristas, los filósofos, los teólogos y aun por los mismos colonizadores españoles.

En la recia tela de su vida institucional labró España el pespunte de su crítica. Tuvo el valor, que es tuétano y esencia de su historia, para proclamar las faltas de sus hombres y tuvo también sentido para irles a la contraria. Pudo errar, pero no buscó hipócritas argumentos puritanos para ocultar los desaciertos de sus capitanes. Pudieron sus hombres haber sido arbitrarios con los indios y haber desoído las pragmáticas que los obligaban a servirlos en las encomiendas. Esas críticas no figuran en la historia de la colonización inglesa en Norteamérica, por cuanto allá no hubo encomiendas, en razón de haber sido sacrificados los indígenas, con quienes, tampoco, el inglés buscó la convivencia. En cambio, los crímenes de los conquistadores españoles, palidecen ante las barbarida-

des cometidas entre sí, en Nueva Inglaterra, por los fanáticos pobladores que trasportaban al nuevo mundo los tintes shakespearianos de la historia inglesa. "Toda la Europa, escribe nuestro gran Vargas, se espantó de una intolerancia tan chocante, porque en ninguna parte se había visto ésta establecida como principio gubernativo de una manera tan formal y tan temible".

6

No dudo del sincero patriotismo de los que juzgan nuestro pasado español a la lumbre de un criterio opuesto al que otros y yo sustentamos y defendemos. Sólo he considerado desprovisto de humor eso de que se asiente que quienes hemos procurado hacer luz en el proceso hispánico de nuestro país, estamos promoviendo un regreso al antiguo sistema colonial. Sería creer demasiado en el poder de la evocación literaria.

Del mismo modo como no acepto la "leyenda negra" forjada a la sombra de la Torre de Londres, rechazo la "leyenda dorada" de quienes alaban de la colonización española hasta la esclavitud y la Inquisición*.

(*) Los dos contradictorios tipos de leyenda, provocados y mantenidos por la aplicación de conceptos extremistas en el juzgamiento de nuestro pasado colonial, tienen su contrapartida en las leyendas dorada y negra, con que se ha pretendido a la vez adulterar la historia del proceso emancipador. Para algunos Bolívar y nuestros grandes próceres son personajes excusados de toda manera de crítica. Diríase que la reseña de sus vidas, en la pluma entusiasta de algunos historiadores, tiene más intención hagiográfica que móvil de historia. Por el contrario, otros, fieles al criterio colonista de José Domingo Díaz, mantienen la violenta incomprensión de la época de la guerra. (Estos, claro está, no se cosechan fácilmente en suelo venezolano, pero en ciertas porciones de América tienen vigencia y ganan aplausos). Para evitar los vicios que acarrean una y otra leyendas, ora en lo que dice a la historia de nuestro período hispánico, ora en lo referente a la era de la emancipación, debe procurarse una posición de equilibrio que tanto nos aleje de condenar sin examen la obra de la colonia, como de vestir arreos de ángeles a los Padres de la República, así como del riesgo de poner alas seráficas a los conquistadores y desnudar toda virtud a los hombres de la Independencia. Para lograr ese equilibrio, debemos empezar por convenir en el error inicial que provocaron y continúan provocando las banderías de tipo ideológico. De otra parte, y es ésta materia en extremo sutil y delicada, un hipertrófico sentimiento patriótico lleva a muchos de nuestros historiadores a negar a los otros escritores el derecho de ahondar y hacer luz en la vida de los Padres de la Patria. Argumento peligroso que, terminando en la deificación de los próceres, los aparta, con daño de la ejemplaridad, de su humana posición de arquetipos sociales. Según los que así piensan, tuvimos una brillante generación de semi-dioses que engendró una enclenque prole de enanos, incapaces de tomar por ejemplo sus acciones heroicas (V. mi trabajo "La Leyenda Dorada").

Cuando he justificado en el tiempo la obra de nuestros mayores, es decir, la obra de los peninsulares que generaron nuestras estirpes y fijaron nuestros apellidos, he creído cumplir un deber moral con el mundo de donde vengo. Si mis primeros cuatro apellidos procedieran de Barbados o de Jamaica, tal vez estaría lamentando que mis presuntos abuelos no hubieran logrado el dominio de Tierra Firme. I si doy mayor estimación a la parte hispánica de mis ancestros que al torrente sanguíneo que me viene de los indios colonizados y de los negros esclavizados, ello obedece a que, demás de ser aquélla de importancia superior en el volumen, tienen, como propulsora de cultura, la categoría histórica de que los otros carecen. Como el mío, es el caso individual de la mayoría venezolana.

Jamás me ha movido la idea de servir a una desentonada hispanidad, que pudiera adulterar nuestra característica americana. El gran árbol hispánico lo considero idealmente dividido, en razón de la estupenda aventura realizada por el pueblo español, no por la Corona de Castilla, durante el siglo XVI. Desde entonces hubo dos Españas: la de Indias y la peninsular. La primera, formada por las masas populares que pasaron a América, a revivir para el futuro el espíritu de la libertad antigua, abatida en Castilla por los reitres de Carlos I; la otra, condenada por largos años a sufrir la quiebra provocada por el fanatismo de los reyes y por la indolencia de los señores. Segundones e hidalgos arruinados guiaron la obra de las masas que vinieron a buscar aire para el espíritu y "cosa de comer" para el estómago, en nuestra América generosa. Buen ánimo supieron plasmar, para que al correr de tres siglos se produjera la mejor generación de hombres que ha visto nuestro mundo. Si he exaltado lo exaltable que hay en la obra de la colonia, lo he hecho por cuanto en esa colonia cubierta de tinieblas, estaba forcejante una Venezuela que labraba con reflexión y con pasión el instrumento de su libertad. I como juzgo que la historia de una nación es tanto más vigorosa cuanto mayores sean los factores de cultura que ha venido sumando el pueblo al compás de los siglos, considero que nuestro país surgió a vida histórica cuando los españoles comenzaron la conquista. Sé que algunos se desdeñan de este origen, y prefieren una vida más corta, que parta, con la libertad, del 19 de abril de 1810. Esos, sobre negarse a sí mismos, niegan la fuerza de nuestro pasado, y para corregir su error debieran pensar que

los historiadores ingleses, sabedores de lo que es un proceso de colonia, aceptan que "Bretaña surgió por primera vez a la luz de la historia y se incorporó al mundo civilizado con la ocupación romana". Los australianos, al asumir la soberanía dentro de la comunidad británica, tomaron como día nacional el aniversario de la llegada a la gran isla de los primeros inmigrantes ingleses, y no la fecha de fijación del *commonwealth.* Con ello expresaron un propósito de arrancar de las islas británicas el origen de su vida de cultura. Esa misma razón me lleva a buscar la raíz de la vida venezolana, no en la selva que habitó el aborigen americano ni en la jungla de donde fue traído el esclavo doliente, ambos conjugados con el español dominador para producir nuestro vivaz y calumniado mestizaje; por lo contrario, he creído preferible deshacer la rota de los navegantes españoles y ver como nuestra, en trance de antepresente, la historia que desde los celtíberos sin data azotó con la fecunda y constante marejada del *mare nostrum* –marco de la más alta cultura humana– los acantilados espirituales del vigoroso imperio que se echó con Colón a la aventura maravillosa de buscar un mundo nuevo*.

(*) Al ponderar, sobre los demás valores, el valor hispánico, no desdigo de las posibilidades de las otras aportaciones sanguíneas. En el español considero una historia de que carecían nuestros aruacos y caribes y de que eran ignorantes aun los mismos descendientes de la reina de Saba. En la oportunidad de comentar en 1943 el libro "Familias coloniales de Venezuela", del Embajador español José Antonio de Sangronis, escribí: "Nuestro problema étnico tropieza para su explicación con esta valla de linajes "puros" y con el desasosiego que en muchos contemporáneos causa la ascendencia negra. En cambio, si no hubiera este horror a la verdad, se vería, con pruebas fehacientes, cómo es incierta y falsa la teoría racista que niega posibilidades de superación a nuestro pueblo por la fuerte aportación africana. Otras serían las conclusiones si quienes conocen el secreto de las genealogías venezolanas pusieran en claro cómo mucha gente alardeante de limpias y empingorotadas estirpes castellanas, acaso han logrado singular brillantez intelectual y predominantes dotes de creación social, en razón de las sangres mezcladas que corren por sus fementidas venas azules. Algo de profunda significación optimista sería el examen realista de nuestros entronques raciales, algo que serviría a disipar la ceniza de desfallecimiento que arrojan sobre nuestro porvenir los que se empeñan en renegar de nuestro capital humano. Sorprendente y alentador en extremo sería un examen de la aportación negra a la intelectualidad venezolana. Quizá llegue la hora en que la absolución de los prejuicios permita esta clase de indagaciones" ("Bitácora". Cuaderno 3º, pág. 87. Caracas, mayo de 1943).

7

Para la formación de una conciencia nacional es necesario confiar más en el poder creador de las síntesis que en los frutos aislados y severos del análisis. Si bien necesitamos de éste, para hacer luz por medio del examen de los fenómenos sociales, de nada, en cambio, valdrían sus resultados, si luego de disociados los términos del problema, no se lograse la fuerza constructiva que explique los hechos y determine la causa de que convivan temas y sentimientos que al pronto parecieran contradecirse. Por tal razón, el crítico de historia, lo mismo que el sociólogo, debe poseer ventanas que le faciliten mirar a más de un rumbo, y tratar, sin repugnancia, como positivos, ciertos valores que parecieran contradecir el mismo progreso social, de igual modo como el fisiólogo estima ciertos tóxicos que contribuyen a la defensa del organismo. Precisa no olvidar que el mundo, como idea y como voluntad, jamás podrá representarse por medio de monumento de un solo estilo, sino como construcción dialéctica donde armonicen las contrarias expresiones del pensamiento y del querer humanos.

Quizá el sentido litúrgico e individualista que se quiso dar a nuestra historia, ha impedido que se fijen las grandes estructuras ideales en torno a las cuales pueda moverse espontánea y fecundamente el mundo de la pasión y de la reflexión venezolana. Sin que se logre esa fijación de valores –no como conclusiones estáticas respaldadas o impuestas por academias, sociedades patrióticas o cuerpos policiacos– sino como elaboración común de una "manera" de obrar y de pensar, jamás se dirá que está cuajada para su efectivo progreso nuestra nacionalidad moral, más urgida de salvaguardias que la propia extensión geográfica confiada a la nominal custodia de los cañones.

Para que haya "país político" en su plenitud funcional, se necesita que, demás del valor conformativo de la estructura de derecho público erigida sobre una área geográfica-económica, es decir, que además del Estado, exista una serie de formaciones morales, espirituales, que arranquen del suelo histórico e integren las normas que uniforman la vida de la colectividad. La existencia del "pueblo histórico", que ha conformado el pensamiento y el carácter nacionales, por medio de la asimilación del patrimonio, creado y modificado a la vez por las generaciones, es de previa necesidad para que obre de manera fecunda el "país político". Se requiere la posesión de un "piso interior", donde descansen las líneas que dan fisonomía continua y resistencia de tiempo a los valores comunes de la nacionalidad, para que se desarrolle sin mayores riesgos la lucha provocada por los diferentes "modos" que promueven los idearios de los partidos políticos. Antes que ser monárquico o republicano, conservador o liberal, todo conjunto social debe ser pueblo en sí mismo.

La crisis de nuestros partidos históricos acaso derive de esta causa. Nuestra política anterior a 1936, había degenerado en política tribal. El viejo cacique que se "comprometía" a sostener a un jefe. Tan caprichosa fue la manera de verse la política, que cuando el General Juan Bautista Araujo, llamado el "León de Los Andes", pactó con Guzmán Blanco, su partido, es decir, el antiguo partido oligarca que desde Trujillo dominaba a la Cordillera, se llamó "Partido liberal guzmancista araujista". Un galimatías sobre el cual se han fundado en nuestro país todos los sistemas personales de gobierno que ha sufrido la República*.

(*) Los grupos tribales, que en su forma semi-rural constituyeron los nudos oligárquicos donde radicó el principal apoyo que gozaron lo mismo Guzmán Blanco que Juan Vicente Gómez, han tenido y prosiguen teniendo su correlativa representación en los grupos oligárquicos de la capital (comerciantes, banqueros, abogados y terratenientes), que han venido sucediéndose imperturbables desde Casa León y Patrullo hasta la época presente, si no sobre la vertebración de las mismas familias, ya que lo ha impedido nuestra democracia social, sí validos de la flexibilidad con que el empingorotado grupo de beneficiados se abre para meter en su cinturón de hierro, a los nuevos representantes del poder económico. Si borrado de la memoria de la gente, al menos los periódicos de la época –testigos que no mancan– deben mantener el recuerdo de la recepción apoteótica que la banca y el alto comercio tributaron al General Gómez después de las fiestas del centenario de la batalla de Carabobo. El "caudillo de diciembre" parecía en el momento de los homenajes la propia reencarnación del Paéz victorioso a quien se rindió el rancio mantuanaje colonial. Uno y otro tuvieron en sus

Sin embargo, el problema de los partidos ha tomado carácter distinto a contar de la muerte del General Gómez, ya que el país quiere sistemas en lugar de hombres a quienes la fortuna o el azar convierta en dispensadores de honras y favores. Por superada se ha visto la etapa en que los pronunciamientos militares se consideraron curados de su "pecado original por el éxito logrado en la conducción de los destinos públicos". Filosofía hedonista, grata a los dictadores y a sus áulicos, sobre la cual estribaron nuestros viejos déspotas. Por eso ha habido partidos circunstanciales, para ganar elecciones, como las "Cívicas Bolivarianas"; los ha habido creados desde el propio poder, para dar continuidad ideológica a un sistema de gobierno, como el Partido Democrático Venezolano; los ha habido como expresión de programas marxistas, como los Partidos Comunistas puros y como el Partido "Acción Democrática"; los ha habido como sistemática de principios liberales, como "Unión Republicana Democrática", y los ha habido como encauzamiento de una ideología social-cristiana, como el partido "Copey". Todos ellos han correspondido a un propósito de dar a la lucha política marco distinto al de los viejos métodos de mero personalismo, y al propósito de hacer racional el proceso electoral para la conquista del poder. El pueblo llegó a creer en ellos y se agrupó en sus filas. Fracasó "Acción Democrática", cuando precipitadamente, con el apoyo militar, tomó los instrumentos del poder. Mas, a pesar de tal fracaso, existe la conciencia de que son necesarios los partidos como únicos medios para hacer efectiva la consulta popular de donde deriven las instituciones cívicas de la nación. Si están en crisis, como consecuencia del paréntesis *de facto* que atraviesa la República, ello se explica también en parte por nuestra crisis general de pueblo, rémora permanente para que no se haya desarrollado el sentido de la institucionalidad y de la responsabilidad sobre las cuales descansa la vida de los estados.

Pese a que exista dicha crisis, ella no debe llegar hasta abolir toda fe en los valores populares y convertirnos en apóstatas de la república. De lo

---

respectivos tiempos el privilegio de distribuir las bulas del perdón y los vales de la victoria, y ninguna otra cosa ha buscado nuestra infecunda oligarquía, condenada hoy, como consecuencia de su entreguismo, a lisonjear y servir también los intereses del poder y del capital extranjero.

contrario, es preciso ir al pueblo y ayudarlo en la solución de sus problemas, de ellos esencial, en el orden de la política, el que se endereza al sincero, honesto, libre e igualitario ejercicio del voto. Antes que asirnos a las tesis pesimistas de quienes niegan al pueblo las posibilidades de superar sus reatos, hagamos nuestra la fe del insigne Vargas, cuando proclamó en la Sociedad Económica de Amigos del País, el año de 1833, la siguiente consigna: "Los pueblos todos tienen en sí el poder de elevarse a las más altas ideas, a las acciones más heroicas, al mayor esplendor, según la educación que reciban, las circunstancias en que se encuentren y las influencias bienhechoras de sus gobiernos y de sus leyes. Si el clima y los otros agentes físicos de la localidad modifican el desarrollo primitivo de su gobierno, de su carácter moral y de su legislación, sin embargo, esta influencia puede ser, y siempre ha sido, dominada y corregida por las instituciones y las leyes, quedando desde entonces como un matiz que acompaña a un pueblo en sus estados diversos de progreso, grandeza, decadencia, ruina".

*
* *

Días atrás un amigo preocupado por los problemas del país, me envió un largo ensayo sobre temas indoamericanos y, en especial, acerca del momento que vive Venezuela; y como me instó a opinar en el caso, yo, glosando una grata conversación con Darío Echandía, por entonces Ministro de Gobierno de Colombia, le respondí en los términos siguientes:

"Hubo una época bárbara en la historia de las naciones, durante la cual el poder se discernía a quienes tuviesen mayor destreza en descabezar hombres. La cultura marcó el tránsito a un estadio en que se adoptó como método de gobierno dar el poder a quienes pudieran contar mayor número de cabezas a su favor. Para ello era preciso consultar a los hombres, y surgió el sistema electoral, existente en la práctica mucho antes de que Rousseau formulase su famosa teoría del Contrato Social.

"En las monarquías absolutas, el Poder se concretaba en el rey por medio de una fórmula mágica, que estilizó el viejo concepto de los descabezamientos. Ciertos teólogos protestantes fueron muy adictos a la teoría del "derecho divino" de los reyes, y olvidados del pueblo, hacían pasar de Dios al Rey, directamente, la función carismática del Poder. Santo Tomás de Aquino, por lo contrario, reconoció en el pueblo el intermediario entre la Omnipotencia y los agentes visibles del Poder. El jesuíta Laínez, en el Concilio de Trento, sostuvo que "la fuente de todo poder reside en la comunidad, quien lo comunica a las autoridades". ¿I cómo se comunica racionalmente este poder sin la consulta popular? Por ello yo creo en la procedencia del sistema electoral, a pesar de sus imperfecciones. I aún en algo más: creo en el pueblo de Venezuela, de quien sus dirigentes han aprovechado, a todo lo largo de nuestra historia, la ignorancia y los demás defectos que sobre él pesan, sin que se hayan tomado en cuenta, para beneficiarlo, su natural inteligencia y buenos instintos. Tampoco he creído en las razones pesimistas que muchos invocan para justificar nuestra indisciplina social. Nos han faltado hombres honestos que aprovechen el poder para contribuir al mejoramiento de las masas.

"Respecto a la necesidad de las elecciones, y consiguientemente del juego de los partidos políticos, sólo cambiaré de criterio cuando se me presente otra teoría que explique mejor el origen y el fin racional de los poderes públicos. Mientras tanto seguiré, con Lincoln, en la creencia de que ellos deben emanar del pueblo y ejercerse por el pueblo, para beneficio del pueblo. Es decir, seguiré creyendo en la democracia liberal que forma, así hayan sido tantos nuestros reveses, el verdadero sustrato de nuestro pueblo".

De algunos sé que piensan diversamente. Afincan ellos sus ideas en premisas con antecedentes históricos. Supersticioso del derecho ajeno, respeto la honestidad que debe presumirse como numen de tales conclusiones, hijas, a mi juicio, de fáciles yerros en el proceso de disociar circunstancias tenidas como de rigor sociológico. Creo, en cambio, que la ausencia de partidos políticos ha ocasionado una de las más lamentables crisis en la vida de la nación. Fundados los gobiernos sobre compromisos personalistas con "los jefes" de turno, ha ocurrido

una dispersión de actividades, por el ascenso, violento e inconsulto, de los hombres al ejercicio de la función pública. Sin madurez para la crítica social, los beneficiados en el escogimiento han procurado *asegurarse,* no por el desarrollo de una labor en provecho de la nación o de la mística del partido, sino por medio de actos que mantengan en viva complacencia a los superiores. De aquí el incondicionalismo que ha sido una de las grandes "virtudes" para el medro en nuestra política. I como lo que se ha tratado es de dar "colocación" a los amigos, se ha mirado el lucro del destino, sin ver lo que gane el Estado. De allí la falta de selección y del descaro con que se hace, pongamos por caso, de un modesto talabartero un empinado funcionario consular. Por ello carece la república de un elenco de funcionarios que se hayan preparado por medio de la fecunda continuidad del servicio. Cada régimen tiene sus "nuevos hombres", que de llegar a aprender, no serán utilizados por la reacción que provocarán los siguientes beneficiarios del poder, y entonces sucederá que quien se ejercitó, digamos por caso, para servicios penitenciarios tenga que buscar colocación como tractorista. A fuerza de estrenar hombres, la República carece de figuras directoras, pero posee una larga y dolorosa nómina de estadistas frustráneos y una infecunda categoría de "ciudadanos *toeros",* como los llamó Rafael Scijas*.

(*) Ciertas inteligencias simplistas dan con frecuencia en la flor de considerar que cuando se recomienda el estudio y el aprovechamiento de los valores tradicionales, se aconseja con ello una posición estática, capaz de impedir el progreso de las instituciones. Se mira hacia la historia en pos de lo positivo y creador que ha fabricado el tiempo, y en búsqueda, además, de las causas que invalidan el avance de determinadas actitudes sociales. Muchas de nuestras fallas de pueblo provienen de haberse desechado o de no haberse acabado ciertos valores positivos del pasado; otras, por lo contrario, derivan de habernos conformado definitivamente con situaciones disvaliosas provocadas por hábitos, usos y costumbres que no hemos procurado indagar para la debida superación.

En Venezuela, desde viejos tiempos, ha adquirido plaza una categoría social que arranca del hecho desnudo de gozar el individuo la llamada "influencia política". Hoy, aparentemente menos que ayer, así perviva en formas a veces más graves, se ha juzgado título de mérito moverse dentro del radio de la esfera gubernamental. (Ser "cacho gordo" en los círculos de la política, según la jerga intuitiva del pueblo). Los estrados de La Viñeta, de Antímano, de Santa Inés, de Villa Zoila, de Las Delicias y de Miraflores; las antesalas de los Ministerios; las Casas de Gobierno de las provincias; las salas de bandera de las guarniciones militares y aun el círculo exiguo del Jefe Civil de Parroquia, han sido vistos como zonas de privilegio, dignas de ser frecuentadas a costa de cualquier sacrificio personal. Caminar hacia el logro de estas franquicias, ha sido objetivo común del hombre venezolano, considerado tanto más hábil como político cuanto más fácil le sea lucrar con los beneficios que garantiza una buena

amistad con los personeros en turno de la autoridad. La política, enmarcada en los cuadros cerrados de lo personal, no buscó el aire de la calle, donde lucieran las voces de las doctrinas y de los sistemas, sino la artesanía dirigida a influir en los de arriba, para asegurar ayuda al mayor o menor grupo de parásitos que han formado la clientela abigarrada de los traficantes de influencias. Para el buen éxito en esa política barata han sido armas eficaces la palabra insinuante, el gesto zalamero, la actitud obsequiosa, el además complaciente, la impudencia festiva, el compadrazgo de provechos, el criterio conformista, la voluntad dócil, la maniobra turbia, la insolencia valentona y la solidaridad en la artería.

La política dejó de verse, en consecuencia, como una actitud moral puesta al servicio del pueblo o como oportunidad de contribuir a la ampliación del radio de la prosperidad general, incluidos, claro que sí, como función concomitante, el propósito de lucimiento personal y la perspectiva de un beneficio honrado en la materialidad de los provechos. La política, desprovista del sentido de solidaridad social y de responsabilidad nacional que debiera distinguirla, ha sido para muchos un sistema encaminado a lograr cada quien su parcela de influencia en el orden de la república. El gobierno ha de ser político, porque sabe mejor que nadie cómo un jeme de apoyo mide más que una vara de justicia; el comerciante ha de ser político para evadir impuestos, obtener cupos, lucrar con el contrabando o jugar al estire y encoja de los aranceles; el agricultor ha de ser político para tener garantizada la tranquilidad de la peonada o ver limpios los caminos por donde transitan las recuas o los carros con el fruto de sus tierras. Cambiados la estructura de la economía y el mismo régimen de la vida nacional, también ha variado el curso de los métodos de influir, pero ha durado, como consecuencia de nuestra peculiar conformación económica, el concepto de que constituye un "ábrete sésamo" el estar "bien con el gobierno".

El dilatamiento de esa posición solícita de influencias, ha dado tal preponderancia a la fuerza del oficialismo que, a su lumbre diabólica, aparece vestido de certidumbre el dicho que en 1887 criticaba Luis López Méndez, y según el cual "nuestro pueblo es de los más fáciles de manejar". Claro que es fácil manejar a un pueblo cuyos hombres más conspicuos están ávidos de enajenar su voluntad a cambio de una cuarta de influencia, así ésta, en numerosos casos, no sirva sino para presumir de "pesados". Pero, como agrega López Méndez, un pueblo no es para que lo manejen, sino para "manejarse por sí propio y no abdicar nunca sus derechos".

La historia de nuestras viejas oligarquías no ha sido sino la historia de una persecución del mando o de su sombra, para beneficio de intereses personales. Hoy ha variado la estructura de los grandes centros económicos, pero ayer, y aun en el presente de la provincia, el juego se hizo en torno al cacique que mueve intereses aldeanos con promesas de inmediatos beneficios. Mientras esa estructura subsista y la relación de intereses se haga a base de influencias para cohonestar las leyes o para participar en la distribución de los negocios del Estado, los gobiernos mantendrán una fuerza capaz de conservarlas a su favor el grueso de una aparente opinión. La verdadera opinión, en cambio, no se hará sentir en virtud de tal interferencia, y los mismos hombres llamados a apersonarse de la necesidad de ir a un sistema cónsono con el concepto de la república, seguirán sonriendo y festejando a los "vivos" que saben aprovechar las situaciones.

Este examen podría aplicarse a otros países de América, y aun abultarse en algunos sus conclusiones, pues no estamos nosotros a la zaga de ninguno en materia de moralidad política. Pero no debemos hacer el tonto consolándonos con los males ajenos. Quizá nosotros podríamos, con mayor facilidad que otros, enmendar con éxito nuestros yerros, y optar caminos que nos lleven a una política de altura, capaz de superar la crisis de categorías que ha colocado sobre todo mérito cívico o cultural el mérito de saber medrar con la voluntad del régulo de turno.

8

Bastante he repetido que la "fisonomía" popular deriva de la capacidad que tenga la comunidad para asimilar los varios valores fundidos en el disparejo troquel de la historia; algo distinto de conocer de memoria o de leída los anales antiguos. Asimilar el pasado es tanto como saberse parte de un proceso que viene de atrás, y proceder, en consecuencia, con el carácter y la fisonomía que han surgido como determinantes del grupo. No es, según algunos entienden, mirar fijamente como lechuzas hacia las tinieblas del tiempo y obrar "como hubieran obrado los viejos". Asimilar la historia es constituirnos en canales anchos y firmes para que toda la fuerza antigua, más la nuestra, puedan tornarse fácilmente en futuro. Tanto como crear nuevos imponderables que den majestad a la nación. Sin la asimilación racional de la historia, el pueblo carecerá del tono que le asegure el derecho de ser visto como una nacionalidad integrada. Algo de magia o de religión reclamaron las colectividades antiguas para obtener relieve en la superficie del tiempo. Los caciques se creían con facultades para interpretar los signos. Los reyes dijeron haber recibido de la divinidad la fuerza que los convertía en dispensadores de la justicia. Hoy, según Erich Kahler, sólo queda la tradición como "religión profana" que sustituya la fuerza de aquellos poderes mágicos.

Nosotros, lejos de perseguir fórmulas que nos pongan en el dominio de las fuerzas tradicionales, intentamos destruir de raíz el estilo de vida de la comunidad, cada vez que el azar nos permite influir en el destino social o cultural de nuestro pueblo. Sin mirar los balances favorables y los signos positivos de las épocas anteriores, buscamos hacer la tabla

rasa para empezar una nueva construcción. Por ello, de cambio en cambio, de modificación en modificación, de sistema en sistema, de ensayo en ensayo, hemos llegado, en el afán de borrar el pasado, hasta frustrar nuestra genuina fisonomía nacional. La "revolución de octubre" de 1945, afanosa de componer "lo corrompido" anterior, habló hasta de una "segunda independencia". Lo mismo habían hecho todos los movimientos precedentes cuando tomaron el gobierno. Si leemos los discursos inaugurales de los ejercitantes del poder, hallaremos que Venezuela ha nacido tantas veces como regímenes personalistas ha soportado. Nuestros gobernantes no han dicho como Luis XV: *después de mí, el diluvio.* Sin sentirse responsables de lo que siga como consecuencia histórica de sus actos, han visto al pasado para justificar su ascenso a los nuevos comandos, y entonces, en tono de augures y comparando el escaso puchero de ayer con el opulento banquete de hoy, han declarado: *antes de mí era el caos.* El discurso de Guzmán Blanco para celebrar en 1874 el aniversario del 27 de abril, pudo haberse pronunciado en cualquier conmemoración acciondemocratista del 18 de octubre. "Yo no me presentaría aquí a recibir las felicitaciones de mis conciudadanos, decía el Ilustre Americano, si no tuviera la conciencia de que he cumplido con mi deber y de que Venezuela unánime está satisfecha de los resultados de la Revolución que me tocó presidir. Este día debe conmemorarse como de los más gloriosos de la República, porque él ha asegurado la tranquilidad general, no por sólo los cuatro años pasados, sino por diez, por veinte, por cuarenta, y por la eternidad".

Lo mismo que proclamaron Guzmán y Betancourt, lo sintieron o lo mintieron Gómez y Castro, Crespo y los Monagas. Cada uno se creyó a su turno el mago de Venezuela, y preocupados los magos y los brujos de cada comparsa en variar y mejorar a su modo el rostro de la patria, hemos terminado por sufrir una fatal ausencia de perfiles determinantes. Creo que cualquiera conviene conmigo en que sea ésta la peor de las crisis que sufre nuestro país.

9

José Martí, en su estilo amoroso, describrió desde New York, por junio de 1885, uno de los más bellos episodios de tolerancia y comprensión que pueda ofrecer un pueblo civilizado. Se trataba de la fiesta celebrada para honrar a los soldados caídos en defensa de la vencida Confederación; es decir, con anuencia del gobierno federal, se festejaba la memoria de quienes sostuvieron la bandera de la secesión. La bandera de la causa que intentó destruir la poderosa Unión norteamericana. Semejante la fiesta, con la diferencia de dimensión de los hechos, a la que hubiera podido celebrar durante el gobierno de Castro, en algún sitio de Venezuela, el General Manuel Antonio Matos, para honrar a los que cayeron heroicamente en la Revolución Libertadora.

"La tolerancia en la paz es tan grandiosa como el heroísmo en la guerra. No sienta bien al vencedor encelarse de que se honre la memoria de las virtudes del vencido", empieza por decir Martí; y luego pinta, para dar marco ponderativo a la nobleza de los homenajes, cómo fue de brava la lucha en que quedaron aniquiladas las fuerzas del Sur, para que sobre su ruina definitiva se alzase el vigoroso edificio de la Unión, y cómo hubo lágrimas de ternura para honrar a Jefferson Davis, anciano y terco jefe de la abatida Confederación.

La guerra de secesión fue para Estados Unidos algo tan duro como la propia guerra de independencia: basta recordar que la recuperación de los estados del Sur costó un enorme esfuerzo de doce años. Sin embargo, lograda la Unión, que era el propósito del Norte (antiesclavista, más por competencia de mano de obra que por sentimientos de humanidad), se

buscó crear nuevos valores que condujeran a mantener la continuidad del pueblo histórico. I del mismo modo como el país se dispuso a levantar a las márgenes del Potomac el fastoso monumento a Lincoln (único, tal vez, que luchó, no por servir a la industria del Norte, sino a la causa de la humanidad), también las autoridades vencedoras vieron con respeto los homenajes que los sudeños rendían a sus héroes caídos. Había allí la expresión creadora de un sentido de asimilación integral de la historia. No se miraba, para dibujar el cuadro nacional, a solo un concepto y a sola una tesis. A ésta se la obligaba al deber del reverso, y para la síntesis final –donde gravitan las estructuras morales– se daba cabida a los mejores argumentos de la contradicción. El efecto de esta confusión fecunda de valores, provoca el caso de que quienes no conozcan la historia de Estados Unidos, tomen la casa de Robert Lee, ubicada junto al cementerio heroico de Arlington, como la mansión de uno de los grandes forjadores de la Unión. "En otro país, comenta Martí, hubiera parecido traición lo que aquí se ha visto en calma".

Esta posición del norteamericano responde a una noción que arranca de su manera de ver el mundo en función de síntesis constructivas. Tolerar que los vencidos se unan para honrar a sus capitanes muertos, es mostrar respeto al pensamiento y al querer ajenos, querer y pensamientos que en último análisis no son tan ajenos como al pronto pareciera. Si admitimos la solidaridad de la comunidad, hemos de aceptar nuestra relativa participación en los triunfos y en los errores de nuestros compañeros de patria. Como personas podemos de ellos diferir; como individuos, a la par integrantes de una colectividad, somos parcialmente responsables de sus actos. También los derechos y las franquicias políticas nos son garantizados en proporción al grado de posibilidad de que los gocen los demás. Aunque lo olvidemos, la comunidad ejerce secretos imperativos.

Puede decirse que ésta es una manifestación clara del conllevar necesario para ascender a las grandes creaciones sociales. Nada más lúgubre y pesado que la marcha de una comunidad totalitaria, donde no haya comprensión ni tolerancia para los valores contrarios y para las aspiraciones opuestas, y donde, por lo contrario, se imponga una fuerza que quiera la unanimidad del sufragio de las conciencias. Cristo mismo,

según interpreta don Juan Manuel en viejo romance, "nunca mandó que matasen ni apremiasen a ninguno porque tomase la su ley, ca El non quiere servicio forzado, sinon el que se face de buen talante e de grado".

No huelga el repetirlo: para el juego armonioso y fecundo de las varias corrientes que coinciden en formar el fondo cultural de la comunidad, es de imperio que ésta comparta ciertos "cánones" que sirvan de sillería donde descansen los grandes y aún opuestos arcos que, sucesivamente, en función de progreso, van creando las generaciones. Sin un sistema de valores que guíe la reflexión y la pasión del pueblo en el proceso de realizar su destino, las iniciativas de los grupos pueden convertirse en factores anárquicos y disociadores, capaces de tornar la psiquis nacional en fragmentos discontinuos, donde pudieran proliferar los chovinismos regionales.

10

Creo con Luis López Méndez "que el nivel general de la inteligencia y aptitudes del pueblo venezolano es por lo menos igual que el de la inteligencia de los neocolombianos". Sin embargo, parece que hubiera en Colombia un mayor sentido de asimilación de la historia y que tuvieran nuestros vecinos mayor comprensión para crear valores nacionales.

La más elocuente lección al respecto me la dieron las numerosas estatuas y bustos que decoran parques, plazas y plazuelas de las distintas ciudades de Colombia. Para el colombiano, el muerto parece deshumanizarse, a fin de que se vea sólo en la ejemplaridad de sus grandes hechos. Los vicios y los defectos se van con él a la tumba, como expresión de lo corruptible que perece. A la Historia interesa apenas el valor creador de las vidas. Pueden por ello estar pareados los difuntos, así sus actos de vivos se hubieran contradicho abiertamente. I si el muerto no tuviese aún los contornos requeridos para su transformación en figura nacional, el homenaje que le rinden compensa en aplausos la falla del coturno.

Tomás Cipriano de Mosquera fue el caudillo de la gran revolución que en Rionegro hizo de Colombia un tablero movedizo de autonomías. Rafael Núñez, liberal antiguo, desairado más tarde por aquél, fue el artífice, con Miguel Antonio Caro, de la Constitución que en 1886 redujo a estado unitario la compleja y deshilvanada federación colombiana. Uno y otro, Mosquera y Núñez, solemnes en los respectivos vaciados de bronce, guardan las opuestas entradas del Capitolio de

Bogotá. Uno y otro se ignoran en su nueva vida de inmortales. Podría decirse que se dan la espalda. Pero ambos están de pies, sobre los severos pedestales donde se expresa el homenaje que les rinde la patria, en actitud de cuidar la integridad histórica de Colombia. I como no es éste el único ejemplo de convivencia póstuma de los valores antiguos, en plazas y rincones vemos honradas las figuras más contradictorias: Miguel Antonio Caro, Rafael Uribe Uribe, Benjamín Herrera, Julio Arboleda. Las futuras generaciones seguramente miren, en sitios tal vez vecinos, los bronces de Darío Echandía y de Laureano Gómez.

Como contraste venezolano a esta actitud comprensiva de los colombianos, –tanto más laudable cuanto en el sustrato social del país vecino se mueve una barbarie destructiva que supera la nuestra–, en Caracas no se ha podido honrar aún la vigorosa memoria de Guzmán Blanco, disímil y falto de lógica en muchos de sus actos, pero de balance favorable para los intereses del país. No se ha logrado ni trasladar sus cenizas al Panteón Nacional. Expatriado aún por los odios de la política, diríase que duerme su exilio en el Cementerio de Passy. Lejos de crear y completar símbolos, nosotros aplicamos la crítica negativa a nuestros hombres; y más nos place saber que un compatriota ha fracasado, que escuchar una palma para sus bien logrados éxitos. Nuestro egoísmo nos lleva a sentir como favorable a nuestra carrera pública, el descrédito de los venezolanos de ayer y de hoy. Nos cuesta honrar a los otros. Apenas cuando la política del momento influyó para el homenaje oportunista, fueron erigidas estatuas a Antonio Leocadio Guzmán, a Ezequiel Zamora y a Juan Crisóstomo Falcón. Los Monagas y Páez, con bronces en Caracas, son mirados, no por jefes de partidos, sino como Padres de la Independencia. Si la demagogia y el oportunismo han reclamado homenajes, se ha procedido, en cambio, a concederlos a toda prisa. Por eso Guzmán Blanco tuvo estatuas en vida y a Gómez se ofrecieron monumentos, destruidos por las turbas una vez muerto. A Leoncio Martínez le otorgó el llamado "partido del pueblo" honores ayer negados a Andrés Bello. En 1945 se opusieron los "maestros" a festejar como día suyo el aniversario del grande humanista, al cual antepusieron, como preferible, la fecha reciente de instalación del gremio de profesionales de la enseñanza primaria y secundaria. A don Cristóbal Mendoza, primer ejercitante de nuestra suprema magistratura independiente, se

pensó en 1939 erigir una estatua en plaza caraqueña, como signo promisorio de la civilidad que dio forma a la primera república, y tal propósito chocó contra intereses de tipo cantonalista, que cobraban a Mendoza su oriundez serrana*.

Aún los más distinguidos guerreros y hombres civiles de nuestra vida republicana no han sido vistos en función nacional sino en trance de servidores de un gobierno partidista. Soublette y Gual, figuras austeras de la época heroica, sufren la ubicación parcelaria que derivan del papel jugado en la política de partido. Si hay pereza para la justicia mayor abandono y responsabilidad se abultan cuando se piensa que aquélla no es acto aislado para satisfacer meros compromisos. Honrar a los hombres que, por medio de la consumación de actos nobles y creadores o por la aportación de ideas que sirvieron al progreso moral o material del país, forjaron nuestra historia, es mantener en vigencia, para la continuidad de la acción, el mérito de las obras y la amplitud de los pensamientos ductores. Es sumar símbolos al patrimonio moral de la nacionalidad.

Aún más: el respeto popular de Colombia hacia sus grandes hombres vivos, contrasta también con la delictuosa indiferencia que el hombre venezolano tiene para sus máximas figuras representativas. En Bogotá, aun limpiabotas y pacotilleros ignorantes se inclinan orgullosos al paso del Maestro Sanín Cano; valiosos liberales saludan con respeto a Laureano Gómez, y furibundos *chulavitas* se descubren ante Eduardo Santos; en Caracas, recientemente, la insolencia de un chófer de plaza provocó que un idiota agente de la seguridad pública condujese al Cuartel de Policía, entre palabras soeces, al Maestro Key-Ayala. La humanidad física y la dimensión de los méritos de Francisco José Duarte

(*) El desdén para honrar a nuestros grandes valores culturales y presentarlos al pueblo como luminosos arquetipos, contrasta con la precipitación puesta en juego para rendir parias a personas aun de méritos comunes, si para el caso se mueven circunstancias de aledaño interés. Con ello se rompe la lógica de las categorías y se hace inválida la justicia. Basta, por ejemplo, ver la facilidad con que se da el nombre de muertos medio sepultos, y aun de gente en su entero pellejo, a establecimientos y centros de enseñanza, mientras duerme en el rincón del olvido la memoria de esclarecidos constructores de la nacionalidad. En todo ello la reflexión creadora queda sustituida por el ímpetu de nuestro tropicalismo sentimental. Hasta en el área de la cultura somos siempre el país de las corazonadas.

son desconocidos por más del noventa y nueve por ciento de los caraqueños con quienes a diario tropieza el sabio matemático. Las dignísimas esposas de los Presidentes Medina Angarita y López Contreras fueron ultrajadas por las fuerzas redentoras del octubrismo. Esta crisis es más de estudiarse y de ponerle remedio que la crisis literaria que inquieta a nuestro ilustre Uslar Pietri. Acaso aquélla ayude a explicar la otra, si pensamos que al pueblo no se le ha enseñado a estimar el valor de los hombres que velan por su cultura y labran su tradición intelectual. De lo contrario, aquellos sectores clamantes porque se les muestren signos orientadores, ven con sorpresa cómo los hombres llamados a proponer caminos de altura, se destrozan entre sí, en alarde enfermizo de exhibir vicios y defectos como el solo sustantivo válido de la sociedad. Diríase que nuestro público padeciera de sarcofagia moral, y que, para saciarla, los escritores le ofrecieran cadáveres por alimento literario.

Todo ello sucede en razón de no haber alcanzado la conciencia venezolana las estructuras ideales que le permitan una síntesis capaz de servir a manera de tabla de valores para fijar meta a las acciones del pueblo, a causa de ello dispersas y de menguado fruto. No ha asimilado el país el pro y el contra de los acontecimientos, felices o funestos, que realizaron los hombres antiguos, y por tal razón, carece de elementos críticos para sus juicios presentes. En verdad, la historia no ha realizado entre nosotros su verdadera función de cultura y el pueblo vive aún en la linde mágica de la liturgia de efemérides.

11

En nuestra vida de pueblo tal vez se haya opuesto a la adopción de una actitud que facilite el proceso de disociar circunstancias, para ir a una síntesis de cultura, el mismo espíritu anárquico que se abultó en nuestro medio, como consecuencia de la conquista (y de su mal aprovechamiento a la vez), de una temprana y generosa conciencia igualitaria.

En ninguna parte del nuevo mundo influyeron tanto como en Venezuela los factores externos para modificar al poblador venido de ultramar. Trescientos años de residencia americana fueron suficientes para que el hombre nuevo de extracción hispánica y el propio peninsular pósteramente llegado, adquiriesen una visión más universalista de la vida y sintieran, como resultado de los cruces sanguíneos, la justeza de los ideales igualitarios.

La mayor repercusión que tuvieron entre nosotros los sucesos de la Francia revolucionaria –no sólo llegados en mensajes teóricos a los hombres ilustrados, sino también hasta las clases bajas, en recados procedentes de los negros de La Española– sirvió para dar nueva expansión de realidad a la conciencia igualitaria que en nuestra pobre colonia había venido quebrantando algunos privilegios de los mantuanos. (En la ciudad de Trujillo, por ejemplo, se dio el caso, a fines del siglo XVIII, de dejar de hacerse en la parroquia la procesión del Santísimo Sacramento, por no atreverse a negar el cura las varas del palio a cierta gente de "señalada influencia", cuyas partidas bautismales estaban inscritas en el libro destinado a "esclavos y gente común").

La vocación igualitaria del criollo creció en razón del nivel doloroso y fraternal creado por la guerra a muerte, la cual, junto con la devastadora guerra federal, forjó la democracia social que caracteriza a nuestro país.

Sin embargo, el goce de la igualdad no ha correspondido entre nosotros a sus verdaderos conceptos y alcances. Olvidando muchos que la igualdad se limita a garantizar el derecho de identidad en las oportunidades, se la ha tomado como "facultad para hacer *todo* lo que puede el vecino", sin parar para ello mientes en que las más de las veces ese *todo* está relacionado con una legítima categoría de cultura. Considerados por sí y antes sí los individuos como fuerzas capaces de guiarse a sí mismos sin oír consejos mayores, se ha producido el estado de autosuficiencia que hace de cada venezolano un candidato capaz de repetir, al recibir una elección para cualquier cosa, discurso semejante al del tonelero de Nuremberg. I junto con esa autosuficiencia presuntuosa, la anarquía deplorable que, oponiéndose al fecundo trabajo de equipo, provoca esa especie de desagregación de la mente colectiva, de donde han surgido las formas desequilibradas que dieron oportunidad a la intervención del "gendarme" como garantía transitoria de orden.

La caprichosa estimativa de la igualdad ha promovido, también la crisis de jerarquía y la crisis de responsabilidad que tánto han contribuido al desajuste de nuestro proceso social. Lo que un diplomático extranjero captó en 1911 para decir que "en Venezuela nadie está en su puesto", ha llegado a tener expresiones jamás previstas. Entre nosotros cualquiera, en razón de la ausencia de categorías, sirve y se presta para todo. La lógica de la historia, madre de valores, ha sido sustituida por la magia de las corazonadas y por la suficiencia que miente la audacia unida al conformismo momentáneo. Justamente un país como el nuestro, producto de una colonización popular como la española, debió haber formado una "minoría egregia", que, de acuerdo con el concepto de Ortega y Gasset, contribuyese a que fuésemos "una nación suficientemente normal". La formación de esa "minoría egregia" no ha logrado posibilidad ni en nuestra Universidad, mero centro de instrucción y de técnica, donde poco se han mirado los verdaderos problemas de la cultura. I cuando se ha intentado crear y mantener esa minoría rectora, ha

sido sobre falsos supuestos económicos, que sirvieron y continúan sirviendo de temas para empujar el huracán de las revoluciones. El mismo Bolívar, expresión suprema de la justicia que empieza por la propia casa, pese a haber dado el ejemplo con el sacrificio de lo suyo, hubo de tropezar en el Rosario de Cúcuta contra la contumacia de quienes, para asegurar el disfrute de la riqueza, se opusieron a la libertad de los esclavos. Los señores del privilegio, sin reflexionar en que "no hay derecho contra el derecho", asentaron que libertar a la esclavitud sin resarcir a los dueños, era un despojo que no podían legitimar las leyes. Se liberaron, como transacción con el futuro, simplemente los vientres, y prosiguió la injusticia hasta promediado el siglo XIX, para sumar sus voces a nuevos reclamos de los indefensos contra los señores del privilegio. En el propio caos de la guerra federal, se escuchaba, torcida por las pasiones, la voz de los derechos vulnerados por la caprichosa "minoría" que gobernaba la tierra y el dinero.

¿I por qué no decir que la falsa estimativa de la igualdad, así ésta y la libertad se contradigan en algunos aspectos sociales, ha incitado la curiosa crisis que pareciera explicar el concepto erradizo de que sea posible hacer todo aquello para lo cual no hay inmediata vigilancia o condigno castigo policiacos, aunque la carencia de sanciones provenga de falta de responsabilidad de las mismas autoridades? ¿En el mundo de la imprenta, pongamos por caso, no se ha llegado a confundir la libertad de pensamiento con la libertad de la injuria y de la procacidad? ¿No hemos visto, acaso, defendida la tesis de que las autoridades judiciales que oyen querellas contra los responsables de delitos de imprenta "atentan" contra la libertad de expresión?*.

(*) En el caso de las garantías políticas, juegan papel muy principal argumentos que derivan de factores disvaliosos, con duras raíces henchidas de tiempo. En Venezuela, tierra de Libertadores, no ha prosperado la mística de la libertad, de la seguridad y de la igualdad de responsabilidades, sin las cuales las repúblicas estriban en tinglado de caña. Salvo el paréntesis de gobierno del ilustre Presidente Medina Angarita, el pueblo de Venezuela, aun en los dorados tiempos de Vargas, Soublette y Rojas Paúl, ha sido actual o potencialmente, un pueblo preso. De aquí deriva la paradójica expresión de "la venezolana libertad de estar preso", acuñada por Joaquín Gabaldón Márquez. No se ha desarrollado jamás entre nosotros el profundo sentido de las garantías individuales. Menos el sentido de solidaridad que lleve a pensar cómo la arbitrariedad que indiferentemente vemos caer sobre el vecino, puede mañana

Filósofos y políticos tomaron ayer por bandera de lucha ganar garantías para que el pensamiento se expresase sin trabas de orden religioso, político o filosófico. Tal es el origen de los derechos reconocidos por las constituciones democráticas del mundo al pensamiento escrito. En Venezuela, mientras se regatea el ejercicio de dicha garantía, se concede impunidad a las publicaciones que ejercen la industria de la noticia amarilla y que fomentan la vulgaridad y la insolencia disolvente. Porque jamás podrá considerarse como ejercicio de la libertad de pensamiento describir en las planas de los diarios los más aberrantes y asquerosos delitos, ni pintar, con enfermiza pasión, los pormenores más hórridos de los crímenes. Olvidan quienes así proceden que la libertad reclama método y disciplina para ser fecunda y que la democracia impone normas para el digno juego de los derechos sociales.

La anarquía indisciplinable y la desagregación mental que son reatos dolorosos de la sociedad venezolana, sumados a la carencia de vertebración moral ocasionada por nuestra imperfecta asimilación de la historia, explican nuestra crisis de pueblo, causa y efecto de las otras crisis que tratan de investigar los críticos: responsabilidad, jerarquía, urbanidad, literatura, libertad, economía, institucionalismo...*

---

tocar a nuestra puerta. La discrecionalidad de los procedimientos ejecutivos, desfigurando la mentalidad común, ha servido para que la administración de la propia justicia ordinaria aparezca frecuentemente lastrada de los mismos vicios de insensibilidad, y que los jueces, olvidados de antiguas consignas de equidad, miren al rigor más que a la justicia. "Jueces achacosos" llamó a este género de funcionarios el certero Maestro Granada. Si a la verdad vamos, habremos de reconocer que los mismos instrumentos legales han sido parte para esta desfiguración conceptual. Los Códigos de Policía, colidiendo con las normas constitucionales, han reconocido en las autoridades ejecutivas facultad para imponer sin juicio arresto hasta por quince días, y la misma Constitución de 1947, tan celebrada en América, a la par que estatuyó el recurso de *Habeas Corpus*, introdujo el inciso *Alfaro Ucero*, que consagró como método de represalias políticas "la razón de Estado". Por eso, algunos humoristas que en nuestras Universidades han profesado cátedra de Derecho Constitucional, se han llamado a sí mismos Profesores de Mitología.

(*) Examinar uno a uno los varios factores incitativos del estado que he llamado "crisis de pueblo", sería tema para rebasar los modestos límites del ensayo que intenté ofrecer al público. Va nuestra crisis desde las más simples y naturales normas de la higiene doméstica hasta las encumbradas esferas institucionales, civiles y castrenses, eclesiásticas y profanas. Cuando apareció la primera edición de este trabajo, se debatía en los estrados universitarios el problema de la crisis de la Universidad. Alguien promovió, después, un examen de la crisis de la Justicia. En el Instituto Pedagógico, se ha debatido el caso de la enseñanza en general. El

examen de este problema, cada vez que es intentado, provoca un caos irreductible, ya que entre nosotros el hecho de haber pasado por un instituto de enseñanza se considera título suficiente para opinar sobre enseñanza y aun para dirigir la educación.

De nuevo se ha vuelto sobre el tema fundamental del bachillerato, y se discute en torno a una corriente "pragmática" para el nuevo Liceo. Ocioso sería detenernos en una crítica de fondo, cuando basta presentar las meras líneas superficiales del problema, para que se aprecie la falta de sentido con que hemos procedido en el ordenamiento de nuestra educación. Desde el Código de Soublette, donde adquirieron cuerpo las ideas de Vargas, hasta los últimos Estatutos, han jugado un papel primordial, las simples palabras. Para probar nuestro desdén por la función creadora del tiempo, basta ver cómo se han inventado y suprimido estudios y nombres, creyendo cada quien, en su turno, ser el creador de la cultura. En Caracas, la vieja y prestigiosa Escuela Politécnica, se desarticuló para ser en parte absorbida por el Colegio Federal de Varones, que luego se llamó Liceo Caracas, hasta recibir por último el egregio nombre de Liceo Andrés Bello, no sin haber corrido el riesgo de llamarse Liceo Descartes, cuando se trató de hacer política grata al *Quai d'Orsay*. ¿No sería más respetable el instituto, si a su prestigio de hoy, uniese el brillo de una lujosa tradición en que aparecieran nombres de profesores y de alumnos que son blasón de la República? Cada Ministro, como genio de la hora, ha arremetido contra los signos anteriores y ha echado las bases de una nueva estructura, que luego modifica el subsiguiente. Nuestra Universidad, en la rama de las matemáticas, otorgó sucesivamente títulos de Doctor en Filosofía, Doctor en Ciencias Exactas, Ingeniero, Doctor en Ciencias Físicas y Matemáticas a los graduandos en Ingeniería. Todo se intenta mudar, y en una reciente reforma de la Escuela de Derecho, se quiso llamar "Memoria de graduación" a la clásica tesis de grado de nuestra Universidad. Lejos de modificarse la técnica de la tesis, y hacer de ella una verdadera expresión universitaria, se buscó de darle otro nombre. Ya eso es progresar. Las escuelas primarias, que estuvieron a principios de siglo, divididas en dos grados, llegaron a seis un poco más tarde y se llamaron graduadas completas y graduadas incompletas, más tarde se multiplicaron los mismos grados y con ellos la población y fueron llamadas escuelas concentradas, hasta recibir más tarde la denominación de grupos escolares y escuelas unificadas. Pero como cada Ministro ha de dejar como recuerdo de su tránsito un nombre nuevo, ahora ha resultado la "escuela periférica" en los barrios lejanos. Tuvimos, también, un ensayo de escuela rural urbana. (El adjetivo periférico ha pasado al orden asistencial y al orden de los abastos, y tenemos puestos de socorro periféricos y mercados periféricos). Junto con los nombres de los planteles se mudan los programas, sin esperar a que se juzgue su idoneidad. Hay una pugna y una emulación, no por servir a la causa de la educación, sino en orden a mostrar cada profesor una técnica más avanzada. A veces resultan los alumnos una manera de conejillos de Indias en que se experimentan nuevas fórmulas psico-pedagógicas. Estos procedimientos favorecen a la postre el analfabetismo ilustrado que padece la república.

12

Trasportado al orden de nuestra vida de relación exterior el tema de la crisis de los valores históricos, damos con conclusiones en que pocas veces se han detenido los alegres enemigos del calumniado tradicionismo. Jamás me he atrevido a creer que la nación sea un todo sagrado e intangible, construido detrás de nosotros por el esfuerzo de los muertos, así éstos prosigan influyendo en el devenir social. Considero a la nación como fuerza humana que viene del fondo de la historia y la cual nosotros debemos empujar hacia el futuro. El hombre en sí, nada más que como individuo, vive en cuanto espera seguir viviendo, pero la conciencia del vivir le viene de la experiencia de haber vivido ya. Esta conciencia se agranda y se dilata cuando se refiere a la colectividad nacional. Puede decirse que el presente de los pueblos es apenas manera de puente o de calzada por donde es conducida la carga de futuro que gravita sobre nosotros como obra y representación de un pasado.

Río que viene de atrás, el pueblo, para su expresión fecunda en el área de una nación, reclama símbolos que lo personalicen. Por ello toda colectividad nacional, del mismo modo como tiene escudo y bandera que la representen, necesita signos morales que le den perfil en el orden universal de la cultura. Tales signos sólo pueden formarse con los elementos que forja la historia a través de una comunidad de gloria y de dolor.

Pues bien, ayer nosotros y los demás países de la América española sufrimos durante la minoridad colonial, el ataque aleve de las potencias enemigas de la Metrópoli. El corsario, como ya he dicho insistentemen-

te, fue el instrumento eficaz de que aquéllas se valieron para destruir los asientos hispánicos y para robar la riqueza labrada por los mineros de España. Hoy, por carecer de un sentido histórico de continuidad, hemos llegado a ponderar el mérito de quienes aniquilaban las ciudades de nuestro mundo indohispánico y nos hemos hecho lerdamente a la tesis de los permanentes enemigos de España. Es decir, hemos sumado a nuestro acervo concencial temas que van directamente contra nuestra razón original de ser como colectividad.

Mientras el inglés y su descendiente en América permanecen fieles al "canon" histórico de donde derivan su fuerza de pueblo, nosotros, por reacción retardada contra un coloniaje que concluyó hace ciento cuarenta años, adherimos alegremente a las tesis de quienes intentaron destruir los gérmenes formativos de nuestra nacionalidad. Juan José Churión, escritor festivo, llegó a ponderar de la manera más seria el presunto beneficio que "hubiéramos" derivado de que Walter Raleigh ganase la posesión de Venezuela. Casi como ponderar la presunta inexistencia de nuestra actual sociedad hispanoamericana o como gozarnos ante la idea de lo que "hubiéramos" podido ser si a nuestra abuela la hubiera desposado un hombre de mayor significación que nuestro modesto abuelo. En cambio, una puritana de Maryland o de Nebraska regusta todavía las diatribas antiguas contra Felipe II y acepta por buenos los elogios que favorecen a Isabel Tudor o a Oliverio Cromwell. La puritana es fiel a lo suyo, y con ella todos los que integran el mundo de su cultura. Nosotros, empero, continuamos leyendo a Forneron, sin buscar el Felipe II que ofrece la nueva crítica de los Pfandl y los Schneider.

Al aceptar la tesis disolvente que hace surgir a nuestro pueblo de la improvisación de sistemas políticos exóticos a la hora de la independencia, rompemos con ello, también, la continuidad de valores que pudieron hacer de Iberoamérica una unidad capaz de resistir las influencias de potencias extrañas. Lo que el pirata no obtuvo y lo que ni la propia armada de Knowels logró hacer en su ataque desesperado contra nuestros puertos, lo pudo la disolución crítica que, ampliando su radio, ha hecho del antiguo mundo indohispánico, pese a las Cartas, Conferencias y Congresos americanos, o a causa de ellos mismos, un sistema de

naciones desarticuladas, egoístas y recelosas las unas de las otras, y en cuyo propio interior se mueven y contradicen fuerzas políticas que, desde fuera, son animadas arteramente por quienes medran con el mantenimiento de la discordia suicida de nuestros pueblos y repúblicas*.

(*) Los instrumentos creados por las diversas asambleas y reuniones americanas parecieran contradecir la desarticulación a que se hace referencia en el texto. Hay en realidad un sistema americano, con normas convencionales de la amplitud y consistencia del Pacto de Río Janeiro y de la Carta de Bogotá, pero tal unión, lejos de expresar una simbiosis directa entre las naciones, se manifiesta como equilibrio mediatizado a través de la voz y de los intereses de Washington. Es decir, nos hemos unido no para defender lo nuestro, como pensó Bolívar cuando convocó el Congreso de Panamá (de éste originariamente fueron excluidos Estados Unidos), sino para servir una política que muchas veces, por si no las más, contradice sentidas aspiraciones de los pueblos de abolengo hispánico. Jugando, en razón de la fuerza, con los intereses privativos de cada país americano, el Departamento de Estado ha procurado imponer una uniformidad en el pensamiento político de las naciones novicontinentales. Esto hizo que se recibiera con profunda simpatía la actitud de México, Guatemala y Argentina en el seno de la IV Reunión de Consulta de los Cancilleres americanos; pues al hacer reparos al proyecto de sobrecargar con obligaciones militares, de tipo internacional, a los países iberoamericanos, que nada tienen que hacer en el conflicto coreano, pusieron a salvo el sagrado derecho de disentir de la autorizada opinión de Washington, que asiste, por gravedad de soberanía y de cultura, a nuestro convulso mundo hispanoamericano. (Seguramente en el fondo de otras Cancillerías americanas existió criterio igual al sustentado por los países disidentes, pero los Cancilleres hicieron la vista gorda en atención a otros compromisos).

Hoy se invoca como fuerza de imperio moral para animar la búsqueda de elementos que robustezcan el llamado "sistema americano", la necesidad de luchar asiduamente por la defensa de la civilización cristiana de occidente, en que tan empeñosos se exhiben los magnates norteamericanos. Sin embargo, este problema tiene múltiples y variados aspectos que sería preciso examinar y graduar muy delicadamente, y que acaso aborde en ensayo que actualmente preparo.

Se ha intentado crear una confusión entre los intereses del capitalismo internacional y los altos y sagrados ideales de la civilización cristiana, amenazados por el comunismo ateo. Ambos planos, lejos de coincidir, se contradicen, ya que la idea cristiana se distancia tanto del sistema capitalista como del ateísmo comunista (Cuando los apóstoles llegaron a la Roma imperial, cuyas autoridades y sacerdotes representaban el orden de la riqueza y del poder, buscaron a las masas plebeyas, que habían sido víctimas de aquéllos y habían agitado a la vez "el orden de clases", que pondera Juan Luis Vives en sus "Causas de la decadencia de las Artes". (Washington aspira hoy a la capitalidad profana del mundo occidental). Tampoco coinciden, empero a la continua se oponen, los intereses privativos de Estados Unidos y los intereses de los países hispanoamericanos. ("El giguntón en medio de enanitos que ríen de vez en cuando, le quitan las botas y hacen morisquetas", escribía por 1939 Enrique Bernardo Núñez, mientras Gabriela Mistral, con voz tomada del dolor de la trágica profecía, anunciaba: "Estamos perdiendo la América, jalón por jalón, y un día nos despertaremos de nuestra confianza

perezosa sabiendo que las palabras "Chile", "México" y "Nicaragua" ya no son sino nombres geográficos y no políticos, que señalan grados de latitud y de longitud, frutos y maderas diferenciados y una sola colonia no más de New York").

Distan tanto de la coincidencia los intereses imperialistas de Estados Unidos y los netos, altísimos y eternos ideales cristianos, que no hace mucho tiempo un alto y responsable funcionario del *Foreign Service* americano me habló de lo beneficioso que resultaría para la paz americana y para detener en el Nuevo Mundo el avance sovietizante, lograr que los partidos comunistas criollos se desvinculasen de Moscú y adquiriesen autonomía nacionalista. Es decir, a juicio de aquél el problema de la lucha contra el comunismo no radica en el comunismo *per se*, sino en que pueda servir de instrumento expansivo a la política del Kremlin.

A Estados Unidos no importaría, pues, que Hispanoamérica se tornase una serie de repúblicas comunistas titoístas, siempre que le asegurasen éstas la libre explotación de sus riquezas.

Los cristianos que no tengan "fe de barberos, descansadera en ocho reales", según la expresión unamunesca, han de pensar de distinto modo y han de desglosar ambos problemas, para examinarlos en los respectivos planos diferenciales. Parece por ello más lógico no asociar a los fracasos del mundo capitalista y a las soluciones que ofrece la locura dilusional que parece envolver a gran parte de nuestro propio mundo, el porvenir de una doctrina que, por poseer, como posee la Iglesia, la certeza de que contra ella no prevalecerán las puertas del Infierno, se siente vencedora de los tiempos. Ella sabe, con frase de Tertuliano, que será eterno su destino, así viva "destituida de amparo en la tierra peregrina". En el orden positivo, tiene el cristianismo, aunque lo nieguen políticos de las calzas de Laski, fuerza sobrada para seguir empujando los bajeles de la esperanza; así pues, quienes, por sentirse comprometidos a su defensa, se enrolan sin examen en los cuadros circunstanciales y heterogéneos del anticomunismo de guerra, debieran pensar más en la eficacia de confiar el destino de los pueblos, no a los desiderata de la fuerza y a las manipulaciones del capitalismo internacional, sino a un sistema pacífico que dé en realidad sombraje a la justicia y haga más ancho el radio de la comodidad social. Antes que matar hombres para alcanzar el equilibrio pacífico del mundo, podía dedicar E. U. a la satisfacción de los desheredados alguna parte de los sesenta mil millones de dólares ($ 60.000.000.000,00) que le cuesta anualmente el pie mundial de la guerra. Preferible es que aborte el monstruo, en cuya destrucción puede mañana perecer la sociedad, a seguir alimentándole para que tome más vigor. Y el monstruo es el odio que entre los desafortunados provoca la indiferencia y la avaricia de los detentadores de la riqueza. Una justa política encaminada a sembrar en la sociedad la paz de Cristo, lograría lo que en balde prometen los administradores de la máquina de guerra.

En Estados Unidos, cuyo bondadoso e ingenuo pueblo no es responsable, sino víctima también, de las combinaciones de los políticos y de los negociantes, hay quienes, ante la presencia de los hijos muertos y de los hermanos inútiles, piensan con estos mismos pensamientos, y en fecha reciente un experto escribía: *"The United States is confronted by a powerfull empire of dangerously paranoid character, whom we cannot coerce, and against whose violence we are powerless to defend ourselves"*: "Los Estados Unidos están padeciendo el poderoso influjo de un carácter peligrosamente paranoico, que no podemos dominar y contra cuya violencia nosotros somos impotentes para defendernos por nosotros mismos". ("The Strategy of World War III", por Mayor General J. J. C. Fuller y Alexander Mabane. *American Perspective* Vol. IV: 3 – Summer 1951").

13

En el campo doméstico, la falta de reacción histórica contra los valores extraños que desdicen los signos antiguos sobre los cuales reposa nuestra primitiva razón de ser, reaparece cuando examinamos el nuevo problema de la actual conquista económica. Si buscásemos, para interpretarlas, las sombras del pasado, escucharíamos voces aleccionadoras, que nos dirían cómo la resistencia antigua contra la bandera invasora, la hemos convertido en singular alianza con los invasores nuevos.

Basta ver, para prueba de lo dicho, cómo en el orden de la política económica hemos pasado a la categoría de meros intermediarios de los mismos explotadores de nuestra riqueza. Lo que nos da en oro el petróleo (*estiércol del diablo,* según el funesto augurio de los guaiqueríes), lo devolvemos en seguida, para pagar los artículos que importamos a fin de balanzar nuestra deficiente producción agrícola, y para abonar el precio de todo lo que traemos en orden a complacer nuestra disparatada manía de lo superfluo. (Para comprar, por ejemplo, costosos caballos de carrera y las fruslerías que reclama una vida alegre y presuntuosa).

Nos hacemos la ilusión de ser colectivamente ricos cuando recibimos el jugoso cheque expedido a nuestro favor, mas en seguida, como incautos niños que jugásemos a millonarios, lo endosamos para provecho del propio librador*. Nos decimos ricos en divisas, porque así lo anuncian

(*) Recientemente los distinguidos jurisconsultos Manuel Octavio Romero Sánchez y Juan Penzini Hernández, jamás motejados de ideas extremistas, estamparon, en la oportunidad de intentar una acción civil contra la rama venezolana del consorcio internacional *American*

los balances bancarios, pero lejos de aprovecharlas para fomento de lo permanente venezolano, las invertimos a locas en beneficio de la industria extranjera. Todo un proceso de dependencia económica que nos convierte en factoría de lucro forastero*.

Cuando éramos una modesta comunidad de agricultores y criadores, y aun cuando fuimos una pobre colonia de España, nuestra urgente y diaria necesidad de comer la satisfacíamos con recursos del propio suelo. Hoy el queso llanero ha sido sustituido por el queso Kraft, la arveja andina por el frijol ecuatoriano, la cecina de Barcelona por carnes del Plata y de Colombia, el papelón de Lara y de Aragua por azúcares cubanos, los mangos y cambures de los valles patrios por peras y manzanas de California y aun el maíz que nos legó el indígena, viene elaborado por los yanquis. Sin embargo, esta menuda y espantosa realidad de decadencia y desfiguración nacional, creemos compensarla con vistosos rascacielos, armados con materiales forasteros; con lujo de todo género, a base de productos importados; y hasta con una aparente cultura vestida de postizos. Como los asnos de la fábula no pudieron alumbrar el obscuro poblado, así fuesen cargados de aceite, nosotros soportamos colectivamente la carga de la luz para provecho de otros ojos.

Ausentes de un recto y provechoso sentido de la venezolanidad, estamos disipando en banal festín los tesoros que podrían asegurar nuestra propia independencia, si ellos, en lugar de ser destinados a la feria de la vana

---

Tobacco Company, los siguientes conceptos: "...Así se extrae y emigra la riqueza del país. Dólares que aquí se multiplican y vuelan a otras tierras, dejando míseros salarios y estelas de decepción y de desánimo ciudadano. I todo por el ansia de lucro de una compañía, como la Cigarrera Bigott, que nada tiene de nacional, porque su capital, su dirección, sus sistemas, sus gerentes y altos empleados son extranjeros. (*Lo mismo podría decirse de otras empresas similares, patrocinadas por ilustres nombres criollos.* B. I). Jamás se ha visto ni cotizado en el mercado de valores nacionales una acción de esta poderosa compañía. Como los corsarios antiguos, esta forma de capital arriba al país, y, en las naves del cambio, se lleva los frutos de nuestra mejor riqueza, olorosa a conquista y empapada en el sudor del trabajo estéril del hombre fuerte de nuestros campos".

(*) El costo de factura en 1948 de las importaciones de bebidas alcohólicas y espirituosas; dulce y confituras; perfumería y sedería, fue, respectivamente Bs. 19.361.742; Bs. 3.699.050; Bs. 7.712.308 y Bs. 60.321.591. "En 1938, dice recientemente "El Heraldo", de Caracas, importamos en artículos alimenticios treinta y cuatro millones de bolívares; el año pasado –según cálculos provisionales– llegamos a cuatrocientos millones".

alegría, con que se endosan para el regreso a manos de los explotadores extraños, se convirtieran, por medio de una acción honesta y responsable de los organismos encargados de la tutela del país, en instrumental que levantase la producción vernácula e hiciera aprovechables un suelo y unos brazos que nada producen por carencia de directrices. (Las que hemos visto poner en práctica, así se hayan presentado como fruto de severos estudios, apenas sirven para probar que a la crisis de la economía se agrega, lamentablemente, la crisis de los economistas).

En cambio, durante nuestro siglo XVIII, cuando España a la lumbre de teorías económicas introducidas por los consejeros franceses de Felipe V, desfiguró la vieja provincia venezolana y la convirtió en factoría para beneficio de la Compañía Guipuzcoana, el pueblo, por boca de Juan Francisco de León, se alzó contra un sistema que descuidaba el cultivo y la producción de lo que reclamaban sus necesidades, para mirar sólo al acrecentamiento de la agricultura exportable, sometida, al efecto, al rigor de los precios por aquélla impuestos. Tabaco, café, cacao y añil fueron entonces lo que hoy es el petróleo en el juego de la riqueza. Se exportaba mucho, pero se obligaba al pueblo a comprar a altos precios la mercancía extranjera y aun productos cultivables en la tierra. Por ello, la Guipuzcoana nada sembró que pudiera ser traído en el fondo de los llamados "galeones de la ilustración". Sin embargo, la persistencia en la queja y en la oposición, dio al fin la victoria a las tesis defensivas de los criollos. Se derrotó el sistema de la factoría cuando éramos colonia política. Los hombres de la república han abierto y aligerado caminos para el desarrollo de nuevas factorías económicas. I hoy, donde todo está intervenido, apenas la moneda es libre para que pueda regresar a su lugar de origen*.

(*) Juzgo que la obra máxima de Rafael Núñez no fue haber dado unidad política a Colombia, sino haber vencido la tesis del libre cambio, que tan buen aliado tuvo en el liberalismo radical de Florentino González. El librecambismo tiene excelentes defensores en los tratadistas ingleses y anglo-americanos, por cuanto es favorable a los planes del imperialismo. La lucha de tarifas la aconsejan sólo entre países de igual desarrollo industrial. (Hay quienes sostengan que el darwinismo se produjo también para legitimar una desigualdad humana que aligerase de escrúpulos la conciencia de los puritanos complicados en el comercio de esclavos. Podría hoy servir de alijo a la conciencia de los demócratas yanquis que ven con menosprecio a sus conciudadanos negros). Sin barreras aduaneras, la industria indígena de Nueva Granada había

Nadie niega que hay un hecho fundamental, unido al propio progreso de la civilización universal, en la génesis de la crisis de crecimiento de nuestra riqueza. El petróleo estaba llamado a cambiar la estructura de la economía venezolana. Como ha de ayudarlo una racional extracción del hierro. Su explotación era necesaria desde todo punto de vista. El mal estuvo, no en que saltase el aceite, sino en la obnubilación que ocasionó en muchos la perspectiva de una brillante mejoría en las posibilidades individuales de vida. Esta circunstancia hizo que se pensara sólo en el interés personal de los hombres que caminaban a millonarios, y que se olvidasen los intereses del pueblo. Desprovistos los políticos, los negociantes y los abogados del sentido de responsabilidad colectiva que hace fuerte a las naciones, no cuidaron de defender lo permanente venezolano y abrieron todas las puertas a la penetración exterior. No vieron los capitanes de esta obscura jornada, que junto con la adventicia riqueza que provocaría la marejada de divisas, vendrían los elementos que destruirían nuestra autónoma tradición económica y nuestra fuerza moral de pueblo. I como si ello fuera poco, se prosiguió en la entrega de lo nuestro, hasta conceder al capital extranjero la parte del león en el beneficio del agro y de industrias de mero carácter doméstico*.

---

llegado a su anonadamiento. Núñez, al defender el sistema proteccionista, asentó las bases de la próspera industria colombiana. Algunos, aparentemente guiados de una preocupación popular, hablan del beneficio que representa para el pueblo la mercadería barata que viene del Exterior, ya que los precios iniciales de éstas permiten competir con los altos precios de la producción indígena. De primera intención pareciera inobjetable este argumento, pero, para un juicio definitivo, se ha de mirar no sólo al interés presente del país, sino al porvenir de su riqueza. Para que enraice y tome fuerza la industria nacional (en ésta no debe incluirse la industria de los semi-acabados), se requiere un pequeño y transitorio sacrificio, que bien puede hacer un país de moneda alta y altos salarios, y el cual se convertirá mañana en rebaja de precios que vendrá a compensar aquellos sacrificios, y en una radicación venezolana de capitales y ganancias.

La industria, aun aquella en que se invierte capital extranjero que sea sometido a justas regulaciones distributivas, representa para hoy, o si no para mañana, un valor permanente en categoría nacional. De lo contrario, el gran comercio distribuidor, así esté en manos criollas, obra, en último análisis, como mero agente de la industria extranjera y como enemigo potencial de la riqueza vernácula, cuando, en guerra de precios, impide o detiene la producción de artículos de la tierra. Una buena legislación proteccionista debiera mirar tanto a la materia arancelaria como al régimen de las inversiones extranjeras, en lo que dice a participar éstas en industrias ya explotadas por los criollos, lo mismo que a la monta de las utilidades líquidas que los extranjeros puedan sacar del país.

(*) Mi excelente amigo el escritor Alfredo Tarre Murzi, en artículo publicado en "Panorama", de Maracaibo, para comentar la primera edición de este ensayo y después de obsequiarme generosas frases de cálida amistad, me atribuye, como digo en el prólogo, un criterio pesimista

que, según él, no me deja estimar las ventajas que para el Estado venezolano han constituido los altos presupuestos fiscales derivados de la explotación aceitera, y los cuales han permitido la realización de importantes obras de progreso. Si a ver vamos, los ingresos fiscales no son gracia que aminora la responsabilidad de los entreguistas de nuestra riqueza, sino legítima participación del país en el fruto de sus reservas naturales, y para lograrse lo que hoy se recibe, se ha necesitado la constante revisión que inició en política petrolera el ilustre Presidente Medina Angarita el año de 1943. Nadie niega la ventaja que la República ha podido derivar de las fuertes sumas que por regalías, impuestos, sueldos, salarios y demás inversiones le ingresan en razón del petróleo. En cambio, nadie se atreve a negar tampoco que la falta de sentido patriótico y la ausencia de espíritu de previsión han hecho de la abundancia venezolana un instrumento de disolución nacional, propicio a la apertura de caminos de corrupción y de molicie, que van hasta sitios que obligan al buen callar de Sancho. Gracias a la posibilidad de gastar a mano abierta, se ha tirado el dinero al voleo, hasta ser el país una inmensa mina realenga que privilegiados indígenas y forasteros (éstos con mayor provecho), procuran explotar a sus anchas.

Ya corre por el mundo de la alegría la noticia de que en Puerto España, capital de nuestra antigua provincia trinitaria, se establecerá un gran casino como el de Montecarlo. Claro que sí. Y de ese modo Inglaterra lo que no se puede llevar por las vías toleradas del comercio, se lo llevará por los caminos dudosos del azar. Dentro de poco saldrán nuestros alegres y despreocupados ricos a gastar en el vecindario sus buenos bolívares, pues, como he dicho, donde todo está intervenido, lo único libre es la moneda. Mientras tanto el campo no produce lo necesario, y la vieja pulpería de sabor nacional, donde se compraban cosas del país para el diario sustento del pueblo, está llena de frascos y de enlatados provenientes del Exterior. ¡Hasta el pan nos viene prefabricado del Norte! Y en latas ornamentadas de palabras inglesas, nos ofrecen hoy nuestros "buenos vecinos" las humildes caraotas de la dieta popular venezolana, como libelo de vergüenza para nuestra ineptitud nacional. Mejor que estirar en el Exterior el pedestal de las estatuas de Bolívar, sería buscar los medios de levantar los instrumentos internos, ora morales, ora materiales, que puedan garantizarnos la autonomía porque Bolívar sacrificó su existencia magnífica.

Denunciar una vez más esta dolorosa realidad no creo que merezca calificativo de pesimismo. Y enlazarla a la política del petróleo, no parece yerro, por cuanto la disolución producida en razón de la hipertrofia de nuestra riqueza, ha sido la causa del estado de conciencia que sirve de raíz a nuestro actual sistema de vida, y el petróleo pudo extender su mancha grasienta a todo lo ancho de los ojos nacionales, porque el país carecía de una vertebración histórica que le permitiese pensar en sí mismo y en el momento, ya llegado, de que nos convirtiéramos en peligrosa fuente de abastecimiento bélico mundial, mientras los millones de barriles de la producción petrolera mantienen al pueblo en condiciones lamentables de atraso.

Y no sólo abrimos nuestras puertas para la invasión extranjera, sino que salimos fuera de nuestro territorio para asociarnos al despilfarro de nuestra moneda. Hace pocas semanas los diarios de la capital ponderaban la iniciativa tomada por la Línea Aeropostal Venezolana en orden a efectuar vuelos que transporten nuestros turistas a Barbados. Es decir, una empresa venezolana fomenta la evasión de nuestras divisas, a cambio de vender unos pasajes que debieran destinarse preferentemente al turismo interior. Bien podría el Estado construir hoteles y carreteras de penetración, que hicieran agradables los viajes a las maravillosas regiones de nuestro litoral y del interior, e intensificar el turismo, que ya ha iniciado hacia Barlovento la misma empresa.

14

Para vallar y remediar la desarticulación sucedida con la hipertrofia de la riqueza, poco se ha hecho, por si no nada, en orden a defender los valores espirituales que mantengan nuestro perfil de pueblo. La propia lengua, instrumento de lucha y de conservación de la nacionalidad, se desfigura por la fácil y alegre adopción de inútiles palabras extrañas. Los mismos avisos y nombres de casas de comercio, dan un aspecto de disolución nacional a las ciudades. Los criollísimos obreros de la explotación petrolera empiezan a hablar una jerga vergonzosa. ¿I qué decir de la música exótica, traída de las Antillas, con que ha sido sustituida nuestra vieja música romántica y que desaloja nuestros propios aires folklóricos? ¿Qué sino contribuir al vértigo de la mente y a acercar las víctimas a los manaderos de la *marihuana,* pueden hacer *rumbas, congas y mambos,* del peor alarde antirrítmico?...*

Pero hemos llegado todavía a más en nuestra inconsciente aventura de destruir la fisonomía de la nación. Todos los años, en los alegres días pascuales, veo con dolor, y lo ven todos lo que sienten en venezolano, cómo la destrucción de nuestro acervo popular llega hasta lo menudo que formó nuestro viejo espíritu. Lo antiguo, lo nuestro, lo que daba cierta fisonomía a nuestras costumbres, ha ido desapareciendo al

(*) Caracas presenció recientemente un doloroso espectáculo de incultura y de negación de nuestros valores nacionales, cuando un grupo de mozos de nuestra "primera" sociedad destruyó los alto-parlantes que en la Plazoleta del Obelisco, en Altamira, difundían música popular venezolana. Ellos querían *mambos, congas y rumbas.* Plausiblemente las autoridades han sostenido su propósito de preferir nuestra música.

compás de modas importadas. La ola del mercantilismo anglo-americano ha llegado a apoderarse de nuestros valores criollos para sustituirlos por símbolos exóticos, ante los cuales se pliegan fácilmente los curiosos y pedantes imitadores de novedades. I así la Navidad no es hoy en Venezuela la antigua fiesta de los abuelos criollos. Es la fiesta de los intrusos abuelos yanquis. Durante ella no se desean "Felices Pascuas", como lo hacían ayer no más nuestros buenos padres; hoy se envían tarjetas con versos en inglés para augurar "Merry Christmas"*.

Mientras en el Norte se consagra un jueves de cada noviembre como fiesta de "Acción de gracias" por el pasado y el presente del formidable y venturoso imperio del Tío Sam, y se come en tal día el pavo y la salsa de arándano, que recuerdan el refrigerio tomado por los *Pilgrims Fathers* al echar pie en tierra americana, nosotros desalojamos las costumbres de nuestros mayores, para adoptar alegremente las que nos imponen los explotadores forasteros.

Si Jorge Washington resucitase en un "Thanksgiving Day", hallaría en cualquier hogar americano abierta la vieja Biblia de los mayores, junto al oloroso "turkey" y a la "cramberry sauce" que de niño saboreó a la mesa de sus austeros abuelos en Virginia. Sin ir al terreno de lo imaginable: al viajero que visita la casa de Washington en Mount Vernon, en la fonda vecina, alegres muchachas trajeadas a la moda de doña Martha, le sirven el mismo estilo de jamón con patatas que fue alimento diario del gran Presidente. Si Simón Bolívar reapareciera en noche de Navidad en la alegre Caracas donde discurrió su infancia, en el sitio del antiguo pesebre con el paso del Nacimiento, que arreglaba con

(*) La producción en serie hace que los dibujos e historietas cómicas, cuyas matrices se preparan en Estados Unidos, resulten en extremo económicos para las empresas editoras de diarios. Esto da cierto carácter de pesada uniformidad a un gran sector de la prensa de América. Algunas tiras, como las de Walt Disney, exhiben una delicada sensibilidad, que hace honor a la cultura del pueblo americano, tanto como las mejores revistas de sus grandes Universidades. Otras, en cambio, parecen dirigidas en los propios muelles de Brooklyn, por aventureros con mentalidad de gánsteres y por mozos de cordel. (Diríase que fueran una avanzada del ejército corruptor que tiene su cuartel general en Hollywood). No han parado mientes nuestras empresas periodísticas en el riesgo que constituye este mercado de dibujos. Sin embargo, "El Heraldo" se vio recientemente en necesidad de dar excusas al público por haber publicado inadvertidamente una noticia gráfica que iba en descrédito de nuestro decoro histórico.

devota diligencia doña María Concepción, encontraría un exótico "Christmas Tree", cubierto de simulada nieve, y en vez del estoraque, el mastranto, la pascuita y los helechos que daban fragancia campesina a la recámara, hallaría verdes coronas de fingido agrifolio y gajos de muérdago extranjero. En lugar de la hallaca multisápida, que recuerda la conjunción de lo indio y lo español, y del familiar dulce de lechosa, le ofrecerían un suculento pavo, traído del Norte en las cavas del "Santa Paula". No oiría los villancicos que alegraron su niñez triste; le cantarían, en trueque, una melancólica "carol" aprendida en discos "Columbia". I Bolívar redivivo en su Caracas nutricia, pensaría cómo su obra quedó reducida a emanciparnos de España para que a la postre resultase la república atada a un coloniaje donde Amyas Preston tiene más derechos que Alonso Andrea de Ledesma. I Bolívar, tal vez repetiría dolorido, ahora con mayor razón: *Aré en el mar.*

15

Las crisis que he venido pintando, se agudizan para nuestro país en razón de otro fenómeno de inmensa trascendencia social.

La situación desolada de la vida europea y el bajo tipo de salario vigente en otras partes de América, han volcado sobre nuestra nación una intensa y continua onda inmigratoria.

El carácter de este ensayo no es para abordar ninguna crítica a los defectos que pueda haber en la manera de recibirse y tratarse a los inmigrantes. Para mí en el presente caso no existe sino el problema de una gruesa población extranjera que se suma a nuestras actividades y que generará una prole llamada a ser venezolana por ministerio de la ley.

Jamás he pecado de xenofobia, así haya defendido siempre, aun con violencia, los derechos de la venezolanidad. Considero una necesidad abrir posibilidades a los inmigrantes, del mismo modo que deben darse honorables garantías a los capitales extranjeros. Estos aumentarán la riqueza con que aquéllos nos ayudarán a poblar el desierto. Además, tienen ellos derecho, en medio de la catástrofe de sus patrias de origen, a conseguir nueva patria donde rehacer sus vidas. Pero ¿podrá nuestro pueblo, sin riesgo de sus débiles y tan quebrantados atributos nacionales, asimilar las masas nuevas?

Creo que todo venezolano aspira a que el desarrollo material de la patria no llegue a desfigurar los valores que le dan fisonomía. Si bien sabemos que físicamente seremos simados en el polvo, aspiramos, en cambio,

como colectividad, a seguir viviendo en los planos de la Historia. El sentido histórico del hombre no es para mirar únicamente al origen y a la formación de las sociedades, sino para imponer una voluntad de permanencia en el tiempo. El egipcio la extremó hasta lograr la momia como reto a lo perecedero. Pueblo que no aspira a perpetuar sus signos a través de las generaciones futuras, es pueblo todavía sin densidad histórica o colectividad ya en decadencia. Pues bien, el sentido histórico de lo venezolano debiera llevarnos, como expresión de dominio interior, a reflexionar acerca de la necesidad de que esa inmensa masa inmigratoria –constituida en parte por núcleos de calidad social y cultural superior a la nuestra– se mezcle y se funda con la masa nacional, no ya por medio de cruces sanguíneos, sino también por su participación en el acrecentamiento de nuestro patrimonio fundamental de pueblo. La posibilidad de este hecho lo prueba el ilustre y fecundo fruto recogido como obra de la incorporación en el siglo pasado de numerosos inmigrantes europeos, cuyos apellidos son hoy decoro de la patria venezolana: Dominici, Carnevali, Braschi, Adriani, Parilli, Paoli, Jahn, Rohl, Berti, Saluzzo, Pietri, Boulton, Spinetti, Chiossone, Pellín, Moller, Pardi, Dagnino, Chalbaud, Montauban, Penzini, Leoni, Sardi, Velutini, Razetti, Pocaterra, Wilson, Pizani, Uslar, Branger, Grisanti, Fabiani, Semidei, Saturno, Murzi, D'Alta, O'Daly, Massiani, Tagliaferro, Licioni, Consalvi, Brandt, Stelling, Biaggini, Barbarito, Paradisi, Provenzali, Flamerich, Salvi, Luciani, etc.

Si el inmigrante, una vez adaptado a nuestro determinismo ecológico, crece y prospera sin realizar la deseada simbiosis espiritual con el criollo, hay el riesgo de que se convierta en quiste, como el alemán de la Colonia Tovar. Al extranjero que viene a sumarse a nuestra economía de producción, no debemos pedirle únicamente una mejor agricultura o un artesanado de mayor calidad, sino que, sobre de esto, se torne en elemento activo de nuestro proceso cultural.

En país cuyo pueblo haya asimilado de manera integral su propia historia, la tarea de absorber valores extraños es por demás hacedera*.

(*) Sería lógico pensar que, con el fin de robustecer los atributos que permitan la asimilación moral de las masas de inmigrantes, se intensificase en nuestros planteles primarios y secundarios el estudio de la Historia nacional. Es camino aconsejado por un recto pensar. Sin embargo, he tenido la sorpresa de saber que se trata actualmente de disminuir el programa de Historia en los institutos de secundaria, por considerarse una disciplina poco "formativa".

En Venezuela, en cambio, junto con la falta de un verdadero sentido histórico, se abulta la ausencia del sentido geográfico, que sirva de apoyo y de acicate para dar área firme y dilatada a las realizaciones sociales. El venezolano no tiene la "pasión del paisaje" que contribuye a que "se sirva" en función de luz y de color el poder de la tierra nutricia. El venezolano pudiente conoce mucho mejor el paisaje alpino, la Costa Azul o los lagos canadienses, que las llanuras de Guárico, las crestas andinas, las selvas guayanesas o las costas orientales. La mayoría del venezolano capitaliza para viajar, tal vez en busca de una seguridad, permanente o transitoria, que pocas veces le ha sido garantizada plenamente en el país. Alfredo Boulton, con su pasión por la luz y por el color de nuestro suelo, figura entre las gratas excepciones a esta regla de evasión.

Nuestro problema en este caso es de doble radio. Debemos remediar de una parte nuestra crisis constante de unidad, y de la otra, buscar centro de gravedad nacional a las nuevas masas humanas que se juntan al orden de nuestra actividad demográfica.

Lo apuntado hacer ver que no es el del suelo ni el del rendimiento económico en general el problema fundamental del inmigrante. Su caso, más que para ser apreciado en los balances de un libro mayor, es para juzgarse en el espacio social, tanto desde el punto de vista de la crisis de crecimiento provocada en el mundo demográfico (expuesto por ello a padecer fenómenos hipertróficos), como desde el punto de vista de una apreciación de valores subjetivos. Si los nuevos hombres no son asimilados por nuestro medio físico y por el suelo de la tradición nacional, advendrán situaciones fatalmente difíciles. Proliferaría la anarquía a que es tan inclinado nuestro genio doméstico; se constituirían minorías raciales, con grande riesgo para el ejercicio del propio poder público; o prosperaría en grado eminente y con beneficio de factores extraños, la desagregación que niega carácter a nuestra mente nacional.

16

Nunca como al presente necesitó nuestro país de una atención mayor en el examen de sus problemas de pueblo, porque nunca como ahora se hizo tan notoria la crisis de sus valores sustantivos. Tampoco jamás desde la edad heroica nuestro país se había confrontado con mayor número de problemas a la vez.

Uno tras otro se suceden en el examen de circunstancias los hechos de distintos géneros que abultan las varias y conexas crisis que mantienen en paciente inquietud a la nación. Pretender que se resuelvan todas a la vez, es cosa necia por imposible; empero, pareciera que reclaman mayor y más fácil atención aquellos hechos que eviten el relajamiento de los valores fundamentales de la nacionalidad y que vayan a la formación de una conciencia de deber frente a las otras –¡inmensas!– manifestaciones de desequilibrio de la vida nacional.

Ya volveremos sobre el tema de los valores históricos, antes quiero detenerme en un hecho que da aspecto de paradoja a la problemática del caso. ¿Cómo unirnos para la defensa de nuestro "canon" histórico y de nuestros intereses nacionales, cuando pululan las circunstancias que nos conducen a la feroz discordia? He dicho que subestimamos los valores comunes que podrían uniformar nuestro genio de pueblo. Ello es cierto, pero quizá la crisis de la igualdad, la crisis de la presunción, la crisis del egoísmo, la crisis de la libertad, nos empujan fatalmente a desconocer ese deber que viene de la Historia y nos llevan artificialmente a la lucha descarnada, cruel, implacable que da apariencia contraria al estricto valor humano del pueblo. Yo no sé si otros lo escuchen, pero desde

distintos ángulos sociales percibo un angustioso reclamo de ir, no a la comedia de las palabras, sino a una efectiva concordia, que permita realizar el derecho y dar su sitio a la justicia. (De ti, lector, estoy seguro que has auscultado el palpitar de nuestro pueblo y has tenido la certidumbre de que le duele la tozudez con que sus mejores y más autorizados hijos se resisten a la humilde y fecunda reflexión que les abra las tinieblas de sus yerros).

Tornando al tema que sirve de fundamental motivo a este diálogo sin interlocutor determinado, diré una vez más que la Historia, tomada como disciplina funcional y no como ejercicio retórico, tiene fuerza para elaborar las grandes estructuras que hacen la unidad concencial del pueblo. Sobre esa unidad de conciencia descansa el "canon" que da fijeza a las naciones y evita la relajación que provocaría en el genio nacional el sucesivo cambio de las condiciones de vida.

Como realidad humana, la Historia, ya lo he dicho, no sólo mira al pasado para desenredar hechos y pulir tradiciones, sino también a la prosecución de los valores de la cultura. Un pueblo es por ello tanto más histórico cuanto mayor vigor y penetración en el espacio y en el tiempo han alcanzado los "cánones" que conforman y dan unidad al genio colectivo. Nosotros, repito una vez más, así poseyamos una historia cuajada de hechos portentosos, que otras naciones envidian y aun intentan desfigurar, no la hemos asimilado de manera que sirva como espina dorsal para la estructura del pueblo. Por eso nuestra colectividad carece de resistencias que le permitan luchar contra los factores disvaliosos que se han opuesto, ora por los abusos de la fuerza, ora por los desafueros de los demagogos, y permanentemente por la mala fe de muchos de sus mejores hijos, para que opte una conducta reflexiva que lo lleve, tanto en el orden interno como en la relación exterior, a una recta concepción de la libertad, de la dignidad y del poder.

Pueblo lleno de excelentes cualidades primarias para la siembra de las más claras virtudes cívicas, el de Venezuela sólo ha reclamado una generosa dirección. Aquí fundamentalmente no se odia; de lo contrario, el hombre venezolano, carente de conciencia colectiva para el delito, ha vivido en trance permanente de olvidar y de servir. Jamás hemos

cultivado como método de lucha el crimen político*, y a pesar de las arbitrariedades de los gobiernos personalistas, nunca se ha puesto en acción como sistema la venganza de sangre. Vivaz, noble, confiado, inteligente en grado sumo, resignado siempre, es masa que pide levadura de calidad para que leude el pan de la fraterna fiesta. Pero la levadura necesita una pasión que le sume las virtudes requeridas para hacer crecida la masa y para dar seriedad reflexiva a quienes han querido compensar la desgracia cuotidiana con el festivo ejercicio del chiste y de la burla.

Pasión excelsa de libertad echó a nuestro pueblo fuera de casa por más de quince años, para dar fisonomía de república a la América española. Entonces creció en heroicidad y desprendimiento, y con tan preciados lauros ganó sitio honorable en el concierto universal de las naciones. Fue nuestra única gran pasión constructiva; mas, al regresar a las lindes de la vieja patria, lejos de seguir pensando con ideas universales, olvidó lo dinámico de su historia, olvidó los hechos sublimes de sus varones ilustres, y se dio a destruir en la disputa cantonal y caciqueril, los signos que debían de haberlo conservado unido para el rédito de su sacrificio. El brillo de la gloria –tan peligrosa como la desgracia– le hizo olvidar la sentencia renaniana, según la cual "la libertad reclama un diario plebiscito". Seguro de haberla ganado para siempre, confió su guarda a los mandones y creyó en la palabra interesada de los dirigentes de la cosa pública. Pobre de cultura, sólo prestó oídos a la voz altanera de los caudillos y gamonales, o a la palabra pérfida e insinuante de los demagogos. Estos exaltaban su fe sencilla en las promesas; los otros lucraban con el complejo masoquista heredado de los abuelos esclavos. Fácil le fue cambiar el culto a Paéz por la veneración a Antonio Leocadio Guzmán, y fluctuando entre Guzmanes y Páez de menor cuantía, ha pasado sus mejores años olvidado de sí mismo, de su deber y de su historia.

(*) Este trabajo estaba escrito dos días antes de perpetrarse el tenebroso crimen que puso fin a la vida del Presidente Delgado Chalbaud. Lo aislado de este hecho, y la repugnancia con que ha sido visto por los propios enemigos de la víctima, hacen que él no desmejore el concepto que merece nuestro pueblo.

Jamás pudo prestar oídos a la palabra austera y ductora de los Fermín Toro y los Cecilio Acosta. A Vargas dio espaldas, cuando advirtió que Paéz estaba deshaciendo su comedia civilista. De haberlos escuchado, habría advertido que los hombres de la inteligencia le señalaban por norma, junto con los de la libertad, los signos de la justicia y del deber. Pero ni chillaban como los demagogos que le ofrecían el inmediato cambio del orden social, ni lucían sobre el pecho los encendidos alamares de los guerreros, que le aseguraban el hartazgo o el botín como premio de la sumisión. Ello hizo que las palabras llamadas a ser guías para la formación moral de la colectividad, quedaran escritas en páginas inolvidables, pero sin haber tenido a tiempo el poder carismático que las hiciera obrar en la conciencia popular.

Aquellos hombres, así aparezcan como sombras inconsistentes en un alegre examen de nuestros anales, también son nuestra historia y acaso nuestra historia más alta. No fueron menores, tampoco, que los grandes varones de pueblos poderosos. Sin comparar a Bolívar, genio solitario de la guerra y profeta sin par de la realidad social, ni a Miranda, figura de excepción en el mundo de América y de Europa, yo pondría a dialogar con Jefferson a Juan Germán Roscio y a Hamilton con Manuel Palacio Fajardo, y seguro estoy de que Franklin habría recibido con solaz la visita de José Vargas.

Junto al prestigio y a la brillantez de los próceres que libraron las batallas de nuestra edad heroica, están estos hombres silenciosos y humildes, próceres también, que en traje civil delinearon nuestras instituciones democráticas. Mucho de lo que ellos pensaron tiene aún vigencia y mucho de lo que enseñaron está aún por ser aprendido. El pueblo, fascinado por la gloria de los héroes, siguió la lección que le dictaban los generales, y terminó por perder la vocación de resistir. Acaso de haberse ceñido a las normas de los ideólogos, hubiera sabido mantener la altivez que permite a los débiles saborear la libertad. Al lado de la tragedia dolorosa de la política, devoradora de voluntades y de virtudes, los hombres del pensamiento puro tejieron su empeño por servir a la república, y Roscio, Palacio Fajardo, Martín Tovar Ponte, Sanz, Vargas, Michelena, Gual, Aranguren, Juan de Dios Picón, Domingo Briceño, Espinal, Toro, Acosta, Seijas, López Méndez, Arévalo González,

dejaron mensajes destinados a tener eco y realidad en el futuro. En el futuro de ellos, que es el presente nuestro. El pueblo no ha podido asimilar sus pensamientos del mismo modo como no ha asimilado la realidad integral de su pasado. En cambio, si meditase un poco, si lo ayudasen a mirarse en sí mismo, ya que él es historia viva que reclama voces que le faciliten su genuina expresión, nuestro pueblo luciría la severa fisonomía y el duro carácter que le legaron sus genitores.

Ayudar al pueblo es por ello nuestro deber presente. A un pueblo que no está debajo de nosotros, en función de supedáneo para nuestro servicio, sino del cual nosotros somos mínima parte y expresión veraz. Debemos ayudarlo, no a que grite, como aconsejan los demagogos, ni a que olvide sus desgracias, como indican los conformistas del pesimismo, sino a que reflexione sobre sí mismo, sobre su deber y su destino.

17

En momentos en que los grandes dirigentes de la política universal se ocupan ansiosamente con el grave problema de la guerra, resulta una romántica paradoja enfocar como tema la crisis de Venezuela. Mas, como el idealista, aun contra toda esperanza, debe esperar en el triunfo de los principios, se hace grato elaborar conceptos generosos, así puedan recibir mañana la contradicción de la realidad. Bien comprendo que tener a estas alturas del mundo alguna fe en los ideales desamparados, es tanto como realizar estérilmente un heroico sacrificio. Sin embargo, hay necesidad de ejercitar tal confianza y de cumplir tal sacrificio. Al menos para que se vea como una actitud de espiritual rebeldía contra la quiebra de valores que padece la cultura universal.

Cuando se anunció la proximidad del milenario, el hombre de la alta Edad Media estaba saturado de fe y de temor religioso, para esperar la muerte, disciplinó la carne y puso sobre la altiva cabeza la ceniza humillante.

Este nuevo milenario encuentra al hombre en medio de una crisis espantosa de fe. Están rotas todas las tablas de los valores morales; Cristo ha sido sustituido por Mammon; y, de consiguiente, es al nuevo dios a quien se rinde el último sacrificio. El lucro ha quebrantado la lógica de la reflexión, y la política y la guerra se miran como felices oportunidades de pingües ganancias*.

(*) Sorokim, de la Universidad de Harvard, ha hecho un análisis exhaustivo de las causas y proyecciones de las crisis que han quebrantado la actual sociedad universal, mas no ha logrado una solución favorable que pudiera tomarse como camino hacia una actitud de general

En julio pasado, mientras el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas discutía los problemas del mundo e invitaba a los pueblos inermes y pacíficos para ir, con las grandes potencias, a castigar la agresión norcoreana, paseaba yo una tarde por los parques newyorkinos de *Riverside Drive*. Las gentes sencillas allí reunidas, mostraban uniformemente en los rostros iluminados la más intensa alegría, frente al espectáculo maravilloso de un excepcional crepúsculo, con cuyos encendidos colores alcanzaba mayor majestad la arquitectura de los rascacielos. Gocé yo también mi parte de crepúsculo, pero pensé con grave tristeza en la guerra inminente y en la bomba funesta que pueda destruir mañana, en un minuto de científica barbarie, aquella soberbia expresión del poder constructivo de la inteligencia humana. Pensé en la inseguridad del destino del hombre y en la locura con que ciertos intereses financieros vocean la guerra como circunstancia favorable para acrecentar sus réditos. ¿I el mismo hombre, me pregunté, que ha construido este inmenso marco de audaces edificios como para hacer más hermoso el cuadro de luz de las tardes newyorkinas, juega a la muerte y expone a la destrucción todo el esplendor de esta maravillosa cultura de la comodidad? ¿Qué principios normativos guían la reflexión confusa y contradictoria de estos seres ultra-civilizados, que después de haber cumplido el máximo esfuerzo de la inteligencia, provocan, en un arranque frankeisteniano, que la cultura regrese a las tinieblas de la barbarie, en lugar de pensar que esa cultura y esa comodidad deben extender el radio de su beneficio humano?...

---

convalecencia. Para encontrar salida a los problemas de nuestro mundo, sería necesario "que la gente comenzase un día a apartarse del presente, y en cierto sentido, a buscar el modo de desaparecer de él", según aconseja Maritain. Precisaría, pues, dar espaldas al mundo de mentira en que vivimos. Para reconstruir los valores de cuya quiebra nos quejamos, sería necesario fabricarles una realidad que permitiese enunciarlos sin riesgo de proseguir la abominable comedia de vivir el dúplice sistema que viste con altos signos un proceso social detestable. Si creemos en la justicia, en la igualdad y en la libertad como posibilidades normativas, no cultivemos la injusticia, ni celebremos la desigualdad, ni menos aún sirvamos los planes que buscan la esclavitud del hombre. Si hablamos de una sociedad cristiana, vamos a la realización inmediata de las consignas de fraternidad, de caridad y de justicia que forman la esencia del cristianismo y ayudemos al prójimo a vivir en forma tal que vea en nosotros la expresión realista de un mundo fraternal. Así vendría la paz consentida y buscada por los mismos hombres, y no el armisticio impuesto como equilibrio de las fuerzas voraces de los imperios. Así llegaría la sociedad, por la sinceridad de su propia conducta, a vestir la blusa listada del criminal a los gánsteres de frac, que hoy reclaman sus honores y juegan arbitrariamente con su suerte.

En medio de esta gran crisis de la civilización universal, sigue, agrandada por aquélla, su curso fatal la crisis de lo privativo venezolano. Mientras contemplamos la nuestra, vemos llegar hasta nosotros el oleaje amenazante de la guerra en gestación. Un deber de hombres nos obliga, sin embargo, a desechar toda actitud milenarista, para seguir discurriendo como si la nube cargada de tormenta fuese a pasar sin daño alguno sobre nuestro destino. Debemos pensar en nosotros mismos con fe entusiasta y con empeño de salvación. Acontezca lo que aconteciere, la historia seguirá su curso y habrá una generación que recordará nuestro dolor. A tantas crisis como azotan a nuestro pueblo, no agreguemos la crisis de la desesperación y de la angustia, aunque sea ésta, como dice Kierkegaard, buen instrumento educativo de la posibilidad. Procuremos a todo trance que nuestra agonía no sea para morir, sino para salvar el irrenunciable derecho de nuestro pueblo a la libertad y a la justicia.

EXPLICACION

Este modesto ensayo de interpretación de nuestra crisis de pueblo, no pretende ofrecer conclusiones categóricas. En él he querido recoger con apariencia de unidad, diversos conceptos elaborados durante el curso de algunos años de meditación acerca de nuestros problemas nacionales. Por eso, quienes hayan leído mis anteriores trabajos, habrán encontrado en el desarrollo de estas páginas temas ya propuestos en aquéllos a la consideración del público. También existen en archivos gubernamentales memorias en que fueron sometidos al juicio de las autoridades problemas aquí esbozados. Con refundir dichas ideas y entregarlas a la discusión de quienes sientan la misma angustia de lo nacional, he creído ingenuamente cumplir un deber de ciudadano. Acertadas o en yerro, estas reflexiones escritas a la rústica, pues son otros los que tienen el dominio de los temas aquí tratados, sirven al menos para que se piense una vez más en los problemas contemplados.

Abunda el declarar que cuando critico lo nuestro no pretendo situarme en el limbo de una pueril irresponsabilidad. Míos son, más que las virtudes, los pecados venezolanos. Si huelgo cuando me siento partícipe de la gloria tradicional de nuestro pueblo, me siento también culpable en parte de los errores colectivos. Más aún. Lo glorioso lo fabricaron otros. En los reatos que impiden la marcha holgada del país, tengo acaso alguna parte, ora por silencio, ora por condescendencia, ora por momentáneos intereses. Ya he dicho en otro lugar, que reconocerla, es saldar en parte nuestra deuda con las generaciones que vigilan nuestro ejemplo. Pecado es confiar en el generoso olvido de los otros, para intentar exhibirnos como dispensadores de honras. – Santiago de León de Caracas, en 11 de noviembre de 1950.

HISTORIAL BIBLIOGRAFICO DE LOS TEXTOS INCLUIDOS EN EL VOLUMEN 7

Americanismo, no hispanismo. Mérida: Tip. El Posta Andino, 1919. 16 p.

El caballo de Ledesma. Caracas: Edit. Elite, 1942. 97 p.
- 2a. ed. Caracas: Edit. Cecilio Acosta, 1944. 151 p.
- 3a. ed. Caracas: Edics. Bitácora, 1948. 189 p.
- 4a. ed. Caracas: Edics. Edime, 1956 (179 p.) pp. 13–91. Publ. con título **Pasión venezolana;** junto a: **Mensaje sin destino** y **Tratado de la presunción.**
- 5a. ed. Caracas: Monte Avila Editores (Biblioteca El Dorado, 20), 1972. 153 p.
- [6a. ed.]. Caracas: Monte Avila Editores, 1984. 130 p.
- [7a. ed.]. Caracas: Monte Avila Editores, 1985. 130 p.

También en: - **Obras selectas.** Caracas: Edics. Edime, 1954 (1.103 p.) pp. 379–344.

Formación de la nacionalidad venezolana. Caracas: Edit. Venezuela, 1945. 36 p.

También en: - **Discursos académicos y tribuna patria e historia.** Pról. selec. y notas de Rafael Ramón Castellanos. Caracas: Biblioteca de Temas y Autores Trujillanos, 10, 1983 (289 p.) pp. 257–260. Fragm. con título: "La fiesta de la nacionalidad".

Mensaje sin destino (Ensayo sobre nuestra crisis de pueblo). Caracas: Edics. Bitácora, 1951. 90 p.
- 2a. ed. Caracas: Edit. Avila Gráfica (Col. Nuestra Tierra, 3), 1952. 148 p.

- 3a. ed. Caracas: Edics. Edime, 1956 (179 p.) pp. 98–165. Publ. con título **Pasión venezolana;** junto a **El caballo de Ledesma** y **Tratado de la presunción.**
- [4a. ed.]. Caracas: Monte Avila Editores (Biblioteca El Dorado, 37), 1972. 96 p.
- [5a. ed.]. Caracas: Monte Avila Editores (Biblioteca El Dorado), 1980. 105 p.
- [6a. ed.]. Caracas: Monte Avila Editores, 1989. 105 p.

También en: - **Obras selectas,** 1954, pp. 457–523.
- **Mensaje sin destino y otros ensayos.** Selec. de Oscar Sambrano Urdaneta. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1988 (574 p.) pp. 57–108.

INDICES DEL VOLUMEN 7

INDICE ONOMASTICO Y TOPONIMICO

Academia Española de la Lengua: 101.
Academia Nacional de la Historia: 95, 177.
Acapaprocon: 141.
Acción Democrática: 195.
Acosta, Cecilio: 67, 238.
Adán: 55.
Adriani [Los]: 232.
Africa: 10, 12.
Agreda, Pedro de: 140.
Aguayo, Jerónimo de: 127.
Aguirre, José Antonio: 49.
Aguirre, Lope de: 140.
Alegretti, (Diácono): 7.
Alemania: 10, 124.
Alfaro Ucero, Luis: 214.
Alfinger, Ambrosio: 123, 132.
Alhambra de Granada: 10, 11, 14.
Alighieri, Dante: 50.
Altamira de Cáceres (Barinas): 130.
Alvarez, Pedro: 127.
Amazonas, (río): 127.
América: 8, 9, 10, 12, 14, 28, 35, 46, 55, 56, 117, 187, 189, 190, 199, 214, 218, 219, 228, 231, 238.
América Española: 8, 217, 237.
American perspective: 220.
American Tobacco Company: 221.
Ampíes, Juan de. V. Martínez de Ampíes Juan de
Los Andes: 194.
Andrea de Ledesma, Alonso. V. Ledesma, Alonso Andrea de.
Angostura: 24, 91, 139, 142.
Anticristo: 53.
Antiguo Testamento: 177.
Antillas: 227.
Antímano: 198.
Anzoátegui (Edo.): 150.
Apaicuare: 134.
Apure (Edo.): 137, 148.
Aragua (Edo.): 148, 222.
Aranguren, ?: 238.
Araujo, Juan Bautista: 194.
Arboleda, Julio: 208.
Arcipreste de Hita. V. Juan Ruiz.
Arévalo González, Rafael: 238.
Argentina: 219.
Arlington (EE.UU.): 204.
Armada Invencible: 95.
Aruba (isla de): 123.
Asociación de Escritores Venezolanos: 168.
Aspa [España?]: 9.
Asturias: 8.

La Asunción (isla de Margarita): 132.
Atila: 140.
Atures, raudales de: 124.
Audiencia del Nuevo Reino de Granada: 130, 131.
Autobiografía de Stefan Zweig: 69.
Azorín [seud. Juan Martínez Ruiz]: 9.
Babieca [el caballo del Cid]: 58.
Balladores: 128, 150.
Baralt, Rafael María: 170.
Barbados: 190, 225.
Barbarito (Los): 232.
Barcelona (Venezuela): 134, 142, 222.
Barinas (Edo.): 137, 148.
Barlovento: 225.
Barquisimeto: 144.
Barrabás: 50.
Barriga, Ramón: 77.
La Bastilla: 12.
Batalla de Carabobo: 194.
Batalla del Guaire: 141.
Beethoven [Ludwig van]: 45.
Belarmino, Roberto: 95.
Bello, Andrés: 56, 175, 208.
Bello, Jorge: 182.
Berti (Los): 232.
Berrío, Antonio de: 131, 137.
Betancourt, Rómulo: 170, 202.
Biaggini (Los): 232.
Biblia: 228.
Bitácora (revista): 191.
Bogotá: 56, 209, 219.
Bolívar (Edo.): 147, 150, 152.
[Bolívar], Juan Vicente: 47.
[Bolívar], María Antonia: 45, 47.
Bolívar, Simón: 12, 13, 33, 35, 44, 45, 46, 47, **55-58**, 76, 77, 106, 142, 171, 172, 173, 175, 189, 213, 219, 225, 228, 229, 238.
Bolívar, Simón de: 134.
Bonaire (isla de): 123.
[Bonaparte], Napoleón: 12.
La Borburata: 127, 132.
Borja, Juan de: 137.
Boulton (Los): 232.
Boulton, Alfredo: 233.
Boulton, Margot: 92.
Boves, [José Tomás]: 56, 185.
Brandt (Los): 232.
Branger (Los): 232.
Braschi (Los): 232.
Bravo de Molina, ? [s. XVI]: 77.
Bretaña: 191.
Briceño, Domingo: 238.
Bright, ?: 181.
Brooklin (EE.UU.): 228.
Browning, Robert: 51.
Los Buddenbrock de Thomas Mann: 69.
El caballo de Ledesma de M. B.-I.:167.
El Cabo de la Vela (Edo. Falcón): 123.
Cabruta: 124, 126, 129.
Cáceres: 137.
Cáceres, Francisco de: 130.
Calabozo: 144.
California (EE.UU.): 222.
Camejo, Pedro: 182.
Canal de la Mancha: 95, 97, 186.
Cántico espiritual de San Juan de la Cruz: 69.
Capitanía General de Mérida del Espíritu Santo de La Grita: 137.
Capitanía General de Venezuela: 135, 139, 140, 141, 147, 148, 153.
Capitolio de Bogotá: 207-208.
Caraballeda: 132.
Carabobo (Edo.): 148.

Caracas: 9, 15, 20, 49, 56, 58, 66, 67, 70, 72, 76, 77, 93, 97, 113, 115, 132, 134, 135, 136, 139, 141, 142, 144, 148, 150, 151, 153, 155, 166, 176, 191, 208, 209, 215, 222, 228, 229.
Carbonell, Diego: 7, 13.
Carlos I [de España]: 190.
Carlos III [de España]: 139, 141, 147, 148, 154.
Carlos IV [de España]: 13.
Carlota en Weimar de Thomas Mann: 69.
Carlyle, [Thomas]: 72.
Carnevali (Los): 232.
Caro, Miguel Antonio: 207, 208.
Carujo, Pedro: 180.
Carvajal, Juan de: 123, 127.
Carreño, [Manuel Antonio]: 69, 72.
Casa León (Marqués de): V: Fernández de León, Antonio.
Casa de muñecas de H. Ibsen: 32.
Casas, [Bartolomé de las]: 119, 120.
Castañeda, ? [s. XVI]: 126.
Castellano s, [Juan de]: 118, 120, 131.
Castellón, Jácome de: 120, 129.
Castilla: 8, 190.
Castilla La Vieja: 8.
Castro, [Cipriano]: 202, 203.
Castro, Julián: 67.
Caulín, [Antonio]: 134.
Caura (Río): 130.
Causas de la decadencia de las artes de Juan Luis Vives: 219.
Cementerio de Passy (Francia): 208.
Cervantes [y Saavedra, Miguel de]: 87.
Chacopatas (indios): 129.
Chalbaud (Los): 232.
Chile: 220.
Chimborazo (Ecuador): 173.
China: 52.
Chiossone (Los): 232.
Chirivichí: 119.
Churión, Juan José: 218.
Cigarrera Bigott: 222.
Ciudad Bolívar: 93, 152.
Ciudad Rodrigo de Maracaybo: 127.
Clavijo, Gonzalo: 77.
Cobos, [Cristóbal]: 134.
El Cobre: 137.
El Cobre (valle de): 128.
Código Napoleónico: 10.
Cojedes (Edo.): 148
Colegio Federal de Varones (Caracas): 215.
Colegio El Salvador del Mundo [de Juan Vicente González]: 70.
Coll, Pedro Emilio: 84.
Colombia: 56, 57, 142, 172, 196, 207, 208, 209, 222, 223.
Colón, [Cristóbal]: 118, 120, 191.
Colonia Tovar: 232.
Columbia University: 167.
Comandancia General del Orinoco y Río Negro: 139.
Compañía Guipuzcoana: 136, 139, 148, 223.
Concilio de Trento: 197.
Confidencias de psiquis de [Manuel] Díaz Rodríguez: 69.
Congreso [Anfictiónico] de Panamá: 219.
Conopaima: 141.
Consalvi (Los): 232.
Consejo de Indias: 134, 187.
Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas: 242.
Contrato Social de [J. J.] Rousseau: 12, 196.
Convento de Nueva Cádiz: 119.

Copei: 195.
Coquivacoa (costa de): 119.
Coro (Edo. Falcón): 123, 124, 132, 140.
Corona Británica: 140.
Corona de Castilla: 190.
Corona de España: 13, 139.
Corregimiento de Mérida: 137.
Corregimiento de Tunja: 129, 137.
Corte de España: 123.
Corte de Londres. V. Corte de Saint James.
Corte de Saint James: 95, 187.
Costa Azul (Francia): 233.
Covarrubias, [Francisco?]: 102.
Crespo, Joaquín: 180, 202.
Cromwell, Oliverio: 218.
Cromwell, [Tomás]: 97.
Cruzhoscue: 9.
Cuba: 12.
Cubagua: 118, 119, 120, 126.
Cúcuta (valle de): 128.
Cumaná: 119, 120, 126, 132, 134, 136, 139, 142, 148, 150.
Cumaná (costas de): 119.
Cumaná (río): 119.
Curaçao: 123.
D'Alta (Los): 232.
Dagnino (Los): 232.
Davis, Jefferson: 203.
Deán de Carterbury. V. Johnson, H. E. Deán de Canterbury
Delgado Chalbaud, [Carlos]: 237.
Las Delicias (Caracas): 198.
El [diablo] Cojuelo: 35.
Díaz, José Domingo: 35, 173, 189.
Díaz, [Ramón]: 170.
Díaz Moreno, Alonso: 76, 127.
Díaz Rodríguez, [Manuel]: 69.
[Díaz de Vivar, Ruy] El Cid: 8, 10, 11, 13, 45.
Diccionario de autoridades: 102.
Dictionnire étymologique de la langue latine de Ernout-Meillet: 102.
"El diente roto" de Pedro Emilio Coll: 84.
Dionisio [Fr. Cubagua]: 120.
Disney, Walt: 228.
Distrito Federal: 148.
D'ont: 70.
Domínici (Los): 232.
Don Quijote de la Mancha: 25, 27, 37, 44, 77.
El Dorado: 123, 130.
Drake, [Francis]: 27.
Duarte, Francisco José: 209.
Dufresne, ?: 102.
Dupouy, Walter: 75.
Ecuador: 172.
Echandía, Darío: 196, 208.
Ediciones Edime: 15.
Editorial Avila Gráfica: 155.
Editorial Venezuela: 113.
Ehinger, Enrique: 123.
Ehinger, Jorge: 123.
Emerson, [Ralph Waldo]: 33.
Enciclopedia [Francia]: 12.
Ensayos de Miguel de Montaigne: 104.
Ernout, ?: 102.
Ernst, [Adolfo]: 182.
Escala espiritual de San Juan Clímaco: 103.
Escuela Politécnica (Caracas): 215.
Esfialtes: 28.
España: 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 53, 56, 95, 96, 117, 124, 126, 130, 147, 164, 175, 176, 185, 186, 187, 218, 222, 223, 229.
La Española (isla): 124, 211.
Los espectros drama de Heinrich Ibsen: 32.

Espes, Juan de: 127.
Espinal, [Valentín]: 238.
Espíritu Santo de Querecrepe: 134.
Espíritu Santo de La Grita: 130.
Estados Unidos: 183, 203, 219, 220, 228.
Europa: 12, 188, 238.
Fabiani (los): 232.
Fajardo, [Francisco]: 134.
Fajardo, Lucas: 134.
Falcón (Edo.): 148, 150.
Falcón, Juan Crisóstomo: 208.
Familias coloniales de Venezuela de José Antonio de Sangronis: 191.
Fausto: 92.
Federmann, Nicolao: 123, 132.
Felipe II [de España]: 95, 131, 186, 218.
Felipe V [de España]: 223.
Fernán-González: 9.
Fernández de Angulo, Sancho: 135.
Fernández de León, Antonio [Marqués de Casa León]: 35, 194.
[Fernández de] Oviedo y Valdez, [Gonzalo]: 124.
Fernández de Serpa, Diego: 77, 127, 129, 130, 131, 132, 136.
Fernando Magno: 8.
Fernando VII [de España]: 56, 148, 173, 176.
Flamerich (Los): 232.
Forneron, ?: 218.
Francia: 159, 187, 211.
Franklin, [Benjamín]: 238.
Frías, [Juan de]: 126.
Fuller, J. J. C.: 220.
Furlanetti, ?: 102.
Gabaldón Márquez, Joaquín: 213.
Gachetá (Colombia): 130.
Gálvez, José de: 154.
Galicia: 9.
Garci-Fernández: 11.
García de Paredes, Diego: 76, 127.
Gil Fortoul, [José]: 159, 170.
Glosarium ad scriptores Mediae et Infimae Latinitatis de Dufresne: 102.
Gobernación de Coquivacoa: 119.
Gobernación de los Cumanagotos: 132.
Gobernación de La Grita y Cáceres: 130.
Gobernación de Guayana: 131.
Gobernación de Margarita: 120, 121.
Gobernación de Nueva Andalucía: 129, 135.
Gobernación de Nueva Extremadura: 130.
Gobernación de Paria: 126.
Gobernación de Trinidad: 124, 127.
Gobernación de Urabá: 119.
Gobernación de Venezuela: 121, 128, 132.
Gobernación del Meta: 126.
Goethe de Emil Ludwig: 69.
Goethe, Johan Wolfgang: 55.
Gómez, Juan Vicente: 66, 170, 181, 194, 195, 202, 208.
Gómez, Laureano: 208, 209.
González, Florentino: 223.
González, Juan Vicente: 70.
González de Acuña, Antonio: 140.

González de Silva, Garci: 76, 132, 134.
González de Sosa, Juan: 124.
Gran Capitanía General de Venezuela. V. Capitanía General de Venezuela.
Gran Manoa: 131.
Granada, [Luis de]: 103, 214.
Grisanti (Los): 232.
La Grita: 128, 132, 137.
Guaicaipuro: 8, 140.
La Guaira: 68.
Gual, [Pedro]: 209, 238.
Guárico (Edo.): 148.
Guárico (llanuras de): 233.
Guásimos: 137.
Guatavita (Colombia): 130.
Guatemala: 219.
Guayana: 91, 93, 130, 131, 136, 139, 148, 150, 151, 177.
Guayaquil: 172.
La Guía: 56.
Guzmán Antonio Leocadio: 208, 237.
Guzmán Blanco, Antonio: 180, 194, 202, 208.
Hamilton, Alexander: 183, 238.
El Heraldo [Caracas, s. XX]: 222, 228.
Herrera, Alonso de: 126, 127, 132.
Herrera, Benjamín: 208.
Himmler, [Heinrich]: 29.
Hispanoamérica: 220.
La historia como hazaña de la libertad de Benedetto Croce: 159.
Historia de la conquista de la Florida Garcilaso Inca de la Vega: 102.
Historia de la conquista y población de la Provincia de Venezuela de J. Oviedo y Baños: 176.
Historia universal del hombre de Erich Kahler: 159.
Hitler, Adolfo: 29, 53.
Hohemuth, Jorge: 123.
Holanda: 139, 187.
Hollywood (EE.UU.): 228.
Homero: 76.
Huizinga, [Johan]: 171.
Hutten, Felipe von: 123, 132.
Iberoámerica: 218.
Ibsen, [Heinrich]: 32.
Iglesia de San Jacinto [Edo. Trujillo]: 80, 82.
Indias: 95.
Infantes de Lara: 9.
Inglaterra: 10, 95, 139, 187, 225.
Instituto Pedagógico (Caracas): 214.
Isabel Tudor: 218.
Iván III [Zar de Rusia]: 179.
Iván El Terrible filme de Serguei Einsenstein: 179.
Jacuite: 102.
Jahn (Los): 232.
Jamaica: 190.
Jaures, [Jean]: 159.
Jefferson, [Thomas]: 183, 238.
Jehová: 173.
Jerusalén: 56.
Jesucristo: 50, 53, 204, 220, 241.
Jiménez de Quesada, Gonzalo: 131, 137.
[Johnson, Hewlett E.] Déan de Canterbury: 69.
Juan Vicente Gómez de Picón Salas, [?]: 69.
Juan Manuel [Infante Don]: 205.
Juana [Reina de España]: 123, 139.
Kahler, Erich: 159, 201.
Key Ayala, Santiago: 106, 172, 209.

Kierkegaard, Soeren: 105, 243.
Knowels, [Charles]: 218.
Kremlin: 220.
Lago de Maracaibo: 123.
Laínez, [Diego]: 197.
Lampo [caballo]: 58.
Lander, Tomás: 176.
Lara (Edo.): 148.
Laski, [Harold]: 52, 220.
Le Bon [Gustave]: 10, 159.
Lebrón, Jerónimo: 128.
Ledesma, Alonso Andrea de:15-97, 229.
Lee, Robert: 204.
León (reino de): 8.
León, Carlos Augusto: 85.
León, Juan Francisco de: 223.
León, Ricardo: 9.
Leoni (Los): 232.
"La leyenda dorada" de M.B.I.: 189.
Lexicon latinae linguae antibarbarum de Jean Frederico Noltenio: 102.
Libro de la oración y meditación de Fr. Luis de Granada: 103.
Liceo Andrés Bello: 215.
Liceo Caracas: 215.
Liceo Descartes (Caracas): 215.
Licioni (Los): 232.
Lincoln, [Abraham]: 197, 204.
Línea Aeropostal Venezolana: 225.
Lobatera: 137.
Londres: 102.
López Contreras, [Eleazar]: 167, 210.
López Méndez, Luis: 180, 199, 207, 238.
Losada, Diego de: 77, 127.
Luciani (Los): 232.
Ludwig, [Emil]: 69.
Luis de Granada. V. Granada, Luis de.
Luis XV: 202.
Mabane, Alexander: 220.
Maese Nicolás [personaje del **Quijote**]: 37.
Maeterlinck, [Maurice]: 34.
Malaver de Silva, Pedro: 130, 131.
Maldonado, Juan de: 128, 129.
Maldonado, Pedro: 128.
Mammon: 241.
Manaure (Cacique): 123.
Manco Capac: 8, 10.
Mann, Thomas: 69.
Manrique, Aldonsa: 121.
Manual de urbanidad y buenas maneras de Manuel Antonio Carreño: 69, 70.
Manuelote: 62.
Mar Rojo: 173.
Maracaibo: 136, 137, 140, 148, 224.
Maracapana: 120, 123, 132.
Marañón (río): 124. V. también Amazonas, río.
Margarita (isla de): 120, 121, 132, 135, 136, 142.
Maritain, [Jacques]: 53, 69, 242.
Martí, José: 203, 204.
Martínez, Leoncio: 208.
Martínez de Ampíes, Juan: 121.
Marturet, José Antonio: 158.
Maryland (EE.UU.): 218.
Marx, [Karl]: 50, 52.
El marxismo y el problema nacional de José Stalin: 179.
Massiani (Los): 232.
Matos, Manuel Antonio: 203.
Maturín: 144.
Medina, Pedro de: 129.
Medina Angarita, [Isaías]: 151, 210, 213, 225.
Meillet, ?: 102.

Mendoza y Berrío, Martín de: 137.
Mérida: 3, 128, 129, 132, 137, 148.
Mérida (Edo.): 128, 137, 140, 142, 150.
Meta (río): 126.
México: 124, 176, 219, 220.
Michelena, [Santos]: 238.
Milán: 83.
Miranda (Edo.): 148.
Miranda, [Francisco de]: 56, 175, 238.
Misión en Moscú de [Hewlett E. Johnson], Deán de Canterbury: 69.
Mistral, Gabriela [seud. de Lucila Godoy Alcayaga]: 219.
Moctezuma: 8, 13.
Moisés: 173.
Monagas (Edo.): 150.
Monagas, José Tadeo: 66, 180.
Monagas (Los): 202, 208.
Montaigne, Miguel de: 104, 107.
Montaubán (Los): 232.
Monte Sacro: 173.
Montecarlo: 225.
Monteverde, [Domingo]: 185.
Moreno de Mendoza, Joaquín: 139.
Morillo, [Pablo]: 56, 185.
Moscú: 69, 220.
Mosquera, Tomás Cipriano de: 207.
Mount Verron (EE.UU.): 228.
Moxó, [Salvador]: 56, 185.
Murzi (Los): 232.
Nantes (Francia): 83.
Navarrete, Rodrigo de: 121.
Navarro, Antonio: 123.
Navas Spínola, Domingo: 176.
Nebraska (EE.UU.): 218.
Neveri (río): 126.
Neveri (valle del): 129.
New York (EE.UU.): 203, 220.
Newport, Christoph: 185.
Nicaragua: 220.
Nitachuco: 102.
Norteamérica: 187.
Novalis, [Federico Leopoldo von Hardenberg]: 33.
Nucete-Sardi, José: 37, 38, 41, 49.
Nueva Andalucía: 127, 130, 139.
Nueva Barcelona: 135.
Nueva Cádiz: 118, 120.
Nueva Cataluña: 135.
Nueva Córdoba: 120, 129.
Nueva Esparta: 148.
Nueva Granada: 144, 223.
Nueva Inglaterra (EE.UU.): 188.
Nueva Segovia: 127, 132.
Nueva Toledo: 119.
Nueva Trujillo: 127.
Nueva Valencia: 127.
Nueva Zamora: 128.
Nuevo Mundo: 55, 96, 220.
Nuevo Reino de Granada: 128, 129, 130, 131, 137, 153.
Nuevo Testamento: 177.
Numancia (España): 11.
Núñez, Enrique Bernardo: 219.
Núñez, Rafael: 207, 223, 224.
Núñez de Lobo, Rodrigo: 134.
Nuremberg: 212.
O'Daly (Los): 232.
Obispado de Puerto Rico: 120.
Ocampo, Gonzalo de: 119, 120, 129.
Ojeda, Alonso de: 119.
Ollivier, ? (Canciller): 107.
Omaguas (indios): 130, 140.
Ordaz, Alvaro de: 126.
Ordaz, Diego de: 124, 126, 127, 132.
Orden de San Francisco: 135.
Orinoco (río): 93, 124, 126, 127, 129, 131.

Orpín, Juan de: 134, 135.
Ortal, [Gerónimo de]: 126, 127, 132.
Ortega y Gasset, [José]: 212.
Ortiz, Fernando: 95, 97, 186.
Ortiz, Honorato: 129.
Ortiz de Matienzo, [Pedro]: 126.
Ortiz de Sandoval, Pedro: 121.
Osorio, Diego: 140.
Oviedo y Baños, [José de]: 27, 176.
Pacheco, Alonso: 76, 127.
Pacheco de Maldonado, Juan: 137.
Padua: 102.
Páez, [José Antonio]: 56, 62, 175, 194, 208, 237, 238.
Palacio Fajardo, Manuel: 238.
Palacio de Miraflores (Caracas): 198.
Palacios, Lucila [seud. de Mercedes Carvajal de Arocha]: 92.
[Palacios de Bolívar], María de la Concepción: 229.
Pamplona: 128, 129.
Panorama (Maracaibo): 224.
Panteón Nacional (Caracas): 208.
Paoli (Los): 232.
Papamene (río): 131.
Paradisi (Los): 232.
Pardi (Los): 232.
Pardo de Lugo, Hernán: 129.
Paria: 119, 124, 126.
Paria (costas de): 124.
Paria (Golfo de): 126.
Parilli (Los): 232.
París: 9, 102.
Partido Democrático Venezolano (PDV): 195.
Partido Liberal Guzmancista Araujista: 194.
Partidos Comunistas: 195.
"Pascua y Navidad" poema de Robert Browning: 51.
Pasión venezolana de M.B.-I.: 15.
Patria Boba: 142.
Patrullo, Gerardo: 194.
Paulo II: 11.
Pauto (río): 131.
Pegaso: 28, 58.
Pekín: 10.
Pelayo: 8.
Pellín (Los): 232.
Penthesilea: 93.
Penzini (Los): 232.
Penzini Hernández, Juan: 221.
Peña [Langayo], Gutierre de la: 76, 121.
Per Alonso: 141.
Pérez Bonalde, [Juan Antonio]: 69.
Pérez de Tolosa, [Juan]: 123.
Perón, Juan Domingo: 171.
Perrault, [Charles]: 142.
Pfandl, [Ludwig]: 218.
Picón, Juan de Dios: 238.
Picón Salas, [Mariano]: 69.
Pietri (Los): 232.
Pilgrims Fathers: 228.
Pimentel, Juan de: 132, 134.
Pizani (Los): 232.
Pizarro, [Francisco]: 10.
Platón: 93.
Plazoleta del Obelisco (Altamira. Caracas): 227.
Plinio: 102.
Pocaterra (Los): 232.
Pocaterra, José Rafael: 170.
Ponce de León Juan: 127, 131, 137.
Portugal: 9.
Portuguesa (Edo.): 148.
Potomac (EE.UU.): 204.
Preston, Amyas: 27, 53, 68, 75, 229.

Provenzali (Los): 232.
Provincia de Arauca: 127.
Provincia de Barcelona: 140.
Provincia de Barinas: 140.
Provincia de Cumaná. V. *Prov. de los Cumanagotos.*
Provincia de El Dorado: 131.
Provincia de La Grita y Cáceres: 131, 136.
Provincia de Caracas: 144.
Provincia de Chacopata: 129.
Provincia de Guayana: 129, 131, 136, 137, 139, 140, 148, 153, 154.
Provincia de los Cumanagotos: 129, 134, 153, 154.
Provincia de Maracaybo: 140, 148, 153, 154.
Provincia de Margarita: 135, 148, 153, 154.
Provincia de Mérida: 140.
Provincia de Mérida de Maracaybo: 136.
Provincia de Mérida del Espíritu Santo de Maracaybo: 137.
Provincia de Nueva Andalucía: 129, 130, 132, 136, 148.
Provincia de Paria: 129.
Provincia de Trinidad: 140, 153, 154.
Provincia de Trujillo: 140.
Provincia de Venezuela: 121, 123, 135, 136, 144, 154.
Provincia del Caura: 129.
Provincia del Meta: 126.
Puerto España (Trinidad): 225: 129, 134, 153, 154.
Puerto Rico (isla de): 124.
Quevanato (indios): 130.
Quijano, Alonso. V. Don Quijote de la Mancha.
Quintero, Angel: 67.
Quintiliano: 134.
Raisa, ?: 69.
Raleigh, Walter: 218.
Razetti (Los): 232.
Real Audiencia de Santa Fe: 128, 129, 135, 136, 137, 153.
Real Audiencia de Santo Domingo: 119, 120, 121, 123, 126, 134, 135, 136, 137, 148, 153, 154.
Rembolt, [Enrique]: 123, 132.
Revolución Francesa: 11, 12, 141.
La Revolución Francesa de Gustave Le Bon: 159.
Revolución Libertadora: 203.
Revolución de Octubre [de 1945, Venezuela]: 202.
Río de Janeiro: 219.
Río de Oro: 144, 150.
Río de La Plata: 222.
Riquet [personaje de Perrault]: 142.
Riverside Drive: 242.
Rocinante: 25, 28, 58.
Rodríguez Suárez, Juan: 76, 128, 129.
Rohl (Los): 232.
Rojas, Luis de: 134.
Rojas Paúl, [Juan Pablo]: 213.
Rolland, Romain: 45, 69.
Roma: 12, 97, 219.
Román, Andrés: 134.
Romero Sánchez, Manuel Octavio: 221.
Romerogarcía, [Manuel Vicente]: 108.
Roraima: 144, 150.
El Rosario de Cúcuta: 213.
Roscio, Juan Germán: 238.
Rousseau, [Juan Jacobo]: 12, 196.
Ruiz, Francisco: 77, 128.
Ruiz, Juan, Arcipreste [de Hita]: 13, 14.

Ruysbroco, ?: 33.
Saba [reina de]: 191.
Salias, [Francisco]: 33.
Saluzzo (Los): 232.
Salvi (los): 232.
San Agustín: 11
San Antonio de Gibraltar: 137.
San Carlos (Edo. Cojedes): 182.
San Cristóbal (Venezuela): 128, 137.
San Cristóbal de la Nueva Ecija de los Cumanagotos: 134, 135.
San Felipe (Venezuela): 144.
San Ildefonso [Palacio Real--España]: 154.
San José de Mérida: 128. V. también Mérida.
San José de Oruña: 131, 132, 137.
San Juan Clímaco: 103.
San Juan de la Cruz: 33, 69.
San Nicolás: 164.
San Pedro de Alcántara: 33, 37.
San Salvador (España): 9.
San Simón: 172.
Sánchez Mogano, Pedro: 131.
Sancho Panza: 32, 92, 225.
Sangronis, José Antonio de: 191.
Sanín Cano, [Baldomero]: 209.
Sanlúcar (España): 124.
Santa Ana de Coro: 123.
Santa Fe (de Bogotá): 128, 130, 148, 153, 154.
Santa Inés (Caracas): 198.
Santa Inés de Cumaná: 129.
Santa Marta (Colombia: 12, 47, 119.
Santa Paula [buque mercante]: 229.
Santiago (valle de, Táchira): 128, 129.
Santiago de León de Caracas: 127, 245.
Santiago de los Caballeros (de Mérida): 128. V. también Mérida.
Santiago de los Caballeros (del Neveri): 129, 132.
Santísimo Sacramento: 211.
Santo Domingo (isla de): 119, 121, 127.
Santo Tomás de Aquino: 51, 103, 197.
Santo Tomé de Guayana: 131, 132, 137.
Santos, Eduardo: 209.
Sanz, [Miguel José]: 175, 238.
Sardi (Los): 232.
Sarmiento, Juan: 121.
Sarmiento de Villandrando, Juan: 121.
Saturno (Los): 232.
Sayler, Gerónimo: 123.
Schneider, ?: 218.
Sedeño, Antonio: 124, 126, 127, 132, 137.
Seijas, Rafael: 198, 238.
Seissehoffer, Hans: 123.
Semidei (Los): 232.
Serrato, Pedro: 77.
Sevilla (España): 187.
Sierra, Justo: 176.
Sierras Nevadas (de Mérida y Sta. Marta): 128.
Sifontes, Domingo Antonio: 182.
Sociedad Económica de Amigos del País: 196.
Sorokim, [Pitirim]: 241.
Soublette, [Carlos]: 209, 213, 215.
Soublette, Enrique: 63.
Spinetti (Los): 232.
Spira, Jorge: 132.
Stalin, [José]: 83, 179.
Stelling, (Los): 232.
Stephani, ?: 102.
Sucre, [Antonio José de]: 175.

Summa Teológica de S. Tomás de Aquino: 51.
Swedenborg, [Manuel]: 50.
Táchira (Edo.): 137, 140, 148.
Tagliaferro (Los): 232.
Tamunangüe: 97.
Tapices de historia patria de M.B.I.: 118.
Táriba: 137.
Tarre Murzi, Alfredo: 224.
Tatuy (mesa de): 128.
Tequendama (Colombia): 56, 173.
Tercera Sinfonía [de L. Beethoven]: 45.
Tertuliano: 220.
Thanksgiving Day: 228.
The strategy of World War III de J. J. C. Fuller y A. Mabane: 220.
Thesaurus lingua latinae de Stephani: 102.
Tierra Firme: 119, 120, 123, 126, 134, 139, 190.
Timotes: 128, 137.
Tío Sam: 14, 228.
Tipografía "El Posta Andino": 3.
El Tocuyo: 76, 127, 132.
Tolstoy de Romain Rolland: 69.
Toro, [Fermín]: 238.
Torres Bermejas (España): 11, 14.
Tovar Ponte, Martín: 238.
Totius latinitatis lexicon de Furlanetti: 102.
Tratado de Amiens: 140.
Trinidad (Isla de): 124, 126, 131, 132, 136, 137.
Trujillo: 76, 140, 194, 211.
Trujillo (Edo.): 128, 148.
Tunja: 142.
Tzoptizahue: 9.
Unare: 134.
Universidad de Caracas: 13, 87.
Universidad de Los Andes: 3, 7, 13.
Universidad de Harvard: 241.
Universidad de San Buenaventura [de Mérida]: 13. V. también Universidad de Los Andes.
Unión Republicana Democrática: 195.
Unzaga y Amézaga, Luis de: 115.
Upata: 150.
Urabá: 119.
Urbanización Altamira (Caracas): 227.
Uribe Uribe, Rafael: 208.
Urdaneta, [Rafael]: 76.
Uslar (Los): 232.
Uslar-Pietri, Arturo: 167, 168, 210.
Valencia (Venezuela): 144, 151.
Valle de Caracas: 56.
Varela, Juan Andrés: 130.
Vargas, José María: 67, 76, 175, 180, 188, 196, 213, 215, 238.
Vega, Garcilaso [Inca de la]: 102.
La Vega: 92.
Velutini (Los): 232.
Venecia: 102.
Venezuela: 56, 61, 66, 91 108, 115, 117, 124, 127, 128, 132, 134, 135, 136, 137, 139, 141, 142, 147, 148, 150, 152, 168, 169, 172, 176, 177, 178, 180, 190, 196, 197, 198, 202, 203, 211, 212, 213, 214, 218, 228, 233, 236, 241.
La Victoria: 144.
Vides, [Francisco de]: 134.
Villa Zolla (Caracas): 198.
Villalobos, Marcelo de: 121, 135.
Villegas, Juan de: 76, 123, 127, 132.
La Viñeta (Caracas). 198.
Virginia (EE.UU.): 185, 228.

Virreinato de Santa Fe: 135, 136, 139, 148.
Vives, Juan Luis: 219.
Washington (EE.UU.): 219.
Washington, Jorge: 183, 228.
Welser (Los): 123, 132.
Wilson (Los): 232.
Wilson, [Woodrow]: 5.
Yoneguas (indios): 130.
Yánez Tafur, ?: 124.
Zamacois, Eduardo: 9.
Zamora (España): 9.
Zamora, Ezequiel: 208.
Zavala, Silvio: 176.
Zuazola, [Antonio]: 185.
Zuloaga, Gabriel José de: 136.
Zumeta, César: 177.

INDICE DE MATERIAS

AMERICANISMO. Véase: **CULTURA – Tendencias – Americanismo.**

AMNESIA COLECTIVA. Véase: **FILOSOFIA – Ideologizaciones – Olvido. SOCIOLOGIA – Conceptos – Amnesia colectiva.**

ARQUITECTURA. Véase: **CULTURA – Arquitectura.**

ASPECTOS AUTOBIOGRAFICOS: 80, 163.

BARROQUISMO. Véase: **CULTURA– Tendencias – Barroquismo.**

BOLIVARIANISMO: 45–46, 171–173. Véase además: Bolívar, Simón (Indice Onomástico.)

CAPITALISMO. Véase: **POLITICA – Doctrinas, Ideologías y Sistemas – Capitalismo.**

CAPITANIA GENERAL DE VENEZUELA. Véase: **HISTORIA – Instituciones.**

CARIDAD. Véase: **FILOSOFIA– Ideologizaciones – Caridad [Falsa caridad].**

CATOLICISMO. Véase: **RELIGION – Doctrinas – Catolicismo.**

CHOVINISMO – CHAUVINISMO: 205.

CIVILISMO. Véase: **POLITICA – Doctrinas, Ideologías y Sistemas - Civilismo.**

COLOMBIA. Véase: **CULTURA – Nacional – Colombia.**
HISTORIA – Nacional – Colombia.

COLONIA. Véase: **HISTORIA – Períodos – Colonial.**

COMUNISMO – ANTICOMUNISMO. Véase: **POLITICA – Doctrinas, Ideologías y Sistemas – Comunismo–Anticomunismo.**

CONQUISTA. Véase: **HISTORIA – Períodos – Conquista y Poblamiento.**

CORSARIOS. Véase: **HISTORIA – Períodos – Colonial.**

CRISIS
- **Cultural:** 167, 168, 196, 209, 210, 217, **232–233**, 235, 237, 243.
- **Económica: 222–224.**
- **Educativa:** 87, 88, 214, 215.
- **Moral: 49–54**, 199, 212, 213, 214, 215.
- **Política: 194–195**, 196, 199.
- **Social: 35–36, 49–54, 69–73**, 76, 87, 88, 89, 104–105, 108, **155–245.**

CULTO AL HEROE. Véase: **HISTORIA – Culto al héroe.**

CULTURA
- **Aculturación – Transculturación:** 164, 169, 211.
- **Arquitectura:** 80, 81, 82.
- **Culturología:** 41, 86.
- **Dependencia: 227–229**, 232.
- **Nacional**
  - **Colombia:** 207–208, 209.
  - **España:** 164.
  - **Estados Unidos:** 183, 185, **203–204.**
- **Períodos**
  - **Colonial:** 13.
  - **Republicano:** 175.
- **Popular:** 97.
- **Tendencias**
  - **Americanismo:** 14, 56, 95, **219–220.**
  - **Barroquismo:** 47.
  - **Evolucionismo:** 223.
  - **Hispanismo–Antihispanismo: 7–14**, 95, 117, 176, 177, 185, 187, 190, 191.
  - **Leyenda Negra–Leyenda Dorada:** 9, 11, 96, **141–142**, 189.

- **Modernismo:** 85.
- **Surrealismo:** 85.
- **Vanguardismo:** 85.

CULTUROLOGIA. Véase: **CULTURA – Culturología.**

DEMOCRACIA. Véase: **POLITICA – Doctrinas, Ideologías y Sistemas – Democracia.**

DEPENDENCIA ECONOMICA. Véase: **ECONOMIA – Dependencia Económica.**

DERECHO
- **Constitucional:** 213–214.

DIVISION POLITICO-TERRITORIAL. Véase: **HISTORIA – División Político-Territorial.**

ECONOMIA
- **Agrícola:** 163, 223.
- **Dependencia Económica: 221–225, 227–229.**
- **Doctrinas**
  - **Librecambismo:** 223.
  - **Mercantilismo:** 228.
- **Inversión Extranjera: 224–225.**
- **Minera:** 163, 221.
- **Períodos**
  - **Colonial:** 223.
- **Política Económica:** 221.

EDUCACION
- **Historia:** 215.
- **Instituciones:** 13, 215.
- **Pensamiento:** 70–71, 87, 97, 109, 171, 172, 215.

ESCLAVISMO. Véase: **POLITICA – Doctrinas, Ideologías y Sistemas – Esclavismo.**

ESCLAVITUD. Véase: **ETNOLOGIA – Esclavitud.**

ESPAÑA. Véase: **CULTURA – Nacional – España.**
HISTORIA – Nacional – España.

ESTADOS UNIDOS. Véase: **CULTURA- Nacional – Estados Unidos.**
HISTORIA – Nacional – Estados Unidos.

ETICA. Véase: **FILOSOFIA – Conceptos – Etica.**

ETNOLOGIA
- **Esclavitud:** 187, 203.

EVOLUCIONISMO. Véase: **CULTURA – Tendencias – Evolucionismo.**

EXISTENCIALISMO. Véase: **FILOSOFIA – Tendencias – Existencialismo.**

FEMINISMO. Véase: **SOCIOLOGIA – Tendencias.**

FEUDALISMO. Véase: **HISTORIA – Períodos – Feudalismo.**

FILOLOGIA
- **Lexicología-Etimología: 101–111.**

FILOSOFIA
- **Conceptos**
  - **Libertad:** 97.
  - **Etica:** 44, 66.
  - **Igualdad:** 211, 212, 235, 242.
  - **Justicia:** 242.
  - **Libertad: 79–84, 213–214,** 235, 242.
  - **Tolerancia: 65–203.**
- **Ideologizaciones**
  - **Caridad [Falsa caridad]: 50–53.**
  - **Olvido [cómplice]: 65–68.**
  - **Presunción: 101–111,** 235.
  - **Prudencia culpable: 31–36.**
- **Tendencias**
  - **Existencialismo: 105–106,** 164, 244.
  - **Idealismo: 31–32,** 36, 44.
  - **Individualismo:** 31, 39, 40, 61, 106, 107.
  - **Marxismo: 50–53,** 80, 179.

FRANCIA. Véase: **HISTORIA – Nacional – Francia.**

GENERACIONES: 37–41, 85–88, 170, 180, 181, 189, 190, 194.

GUERRAS MUNDIALES II: 19, 29.

HABEAS CORPUS. Véase: **LEGISLACION – Recurso de Amparo.**

HISTORIA
- **Culto al héroe: 45–47, 55–58,** 175, 176, 189.
- **División Político territorial: 135–140,** 144, 151.
- **Instituciones:** 139, **147–154.**
- Nacional
  - **Colombia: 207–208,** 223.
  - **España:** 187.
  - **Estados Unidos: 203–204.**
  - **Francia:** 187.
  - **Holanda:** 187.
  - **Inglaterra:** 187.
- **Pensamiento historiográfico:** 6, 7, 91, **140–142,** 150, 151, **155–245.**
- Períodos
  - **Colonial:** 27, 34, 47, **55–56,** 76, 96–97, **117–145, 147–154,** 177, 187, 190, 211, **217–218,** 223.
  - **Conquista y Poblamiento:** 8, 10, **75–77, 117–145.**
  - **Contemporáneo:** 66.
  - **Preindependentista:** 12, 35, 56, 91, 106, **139–140,** 142, 144, 151, 175, 213.
  - **Republicano:** 56, 66, 67, 175, 177, 196.
- **Simbolismo Histórico: 23–97.**
- **Tendencias**
  - **Americanismo:** 56.
  - **Leyenda Negra–Leyenda Dorada:** 96, 177, 187, 189.
  - **Nacionalismo: 165–166,** 235.
  - **Peronismo:** 171.
  - **Revisionismo / Neorrevisionismo: 7–14,** 95, 96, 117, 176, 177, 185, 187, 190, 191.
  - **Tradicionismo histórico:** 38, 39, 217, 236.

HOLANDA. Véase: **HISTORIA – Nacional – Holanda.**

IDEALISMO. Véase: **FILOSOFIA – Tendencias – Idealismo.**

IGUALDAD. Véase: **FILOSOFIA – Conceptos – Igualdad.**

IMPERIALISMO. Véase: **POLITICA – Doctrinas, Ideologías y Sistemas – Imperialismo.**

INDEPENDENCIA – Véase: **HISTORIA – Períodos – Independencia.**

INDIVIDUALISMO. Véase: **FILOSOFIA – Tendencias – Individualismo.**

INGLATERRA. Véase: **HISTORIA – Nacional – Inglaterra.**

INVERSION EXTRANJERA . Véase: **ECONOMIA – Inversión extranjera.**

INDICE DE MATERIAS VOL 7 BRICEÑO ARCH VO7MATE2 PAG 1-B A 4.

JERARQUIA. Véase: **SOCIOLOGIA – Conceptos – Jerarquía.**

JUSTICIA. Véase: **FILOSOFIA – Conceptos – Justicia.**

LEGISLACION
- **Recurso de amparo:** 214.

LEYENDA NEGRA – LEYENDA DORADA. Véase: **CULTURA – Tendencias – Leyenda Negra-Leyenda Dorada.**

LIBERALISMO. Véase: **POLITICA – Doctrinas – Liberalismo.**

LIBERTAD. Véase: **FILOSOFIA – Conceptos – Libertad.**

LIBRECAMBISMO. Véase: **ECONOMIA – Librecambismo.**

LITERATURA
- **Simbolismo:** 10.

MARXISMO. Véase: **POLITICA – Doctrinas, Ideologías y Sistemas – Marxismo.**

MERCANTILISMO. Véase: ECONOMIA – Mercantilismo.

MISIONES. Véase: **RELIGION – Misiones.**

MODERNISMO. Véase: **CULTURA – Tendencias – Modernismo.**

MORAL SOCIAL. Véase: **SOCIOLOGIA – Conceptos – Moral Social.**

NACIONALIDAD: 117-145, 147-154, 170-171, 179, 180, 182-183, 185, 186, 193, 194, 201, 208, 209, 218, 227.

NACIONALISMO. Véase: **HISTORIA – Tendencias – Nacionalismo.**

NEORREVISIONISMO. Véase: **HISTORIA – Tendencias – Revisionismo, Neorrevisionismo.**

OLVIDO [Cómplice]. Véase: **FILOSOFIA – Ideologizaciones – Olvido [Cómplice].**

ORATORIA: 6–13, 147–152.

PACIFISMO. Véase: **POLITICA – Doctrinas, Ideologías y Sistemas – Pacifismo.**

PARTIDOS POLITICOS . Véase: **POLITICA – Partidos Políticos.**

PATRIOTISMO: 176, 189.

PENSAMIENTO EDUCATIVO. Véase: **EDUCACION – Pensamiento Educativo.**

PENSAMIENTO HISTORICO. Véase: **HISTORIA – Pensamiento Histórico.**

PERONISMO. Véase: **HISTORIA – Tendencias – Peronismo.**

PIRATERIA. Véase: **HISTORIA – Períodos – Colonial.**

POLITICA
- **Doctrinas, ideologías y sistemas.**
  - **Capitalismo:** 219.
  - **Civilismo: 238–239.**
  - **Comunismo–Anticomunismo:** 80, 81, 82, 83, 219.
  - **Democracia:** 62, 197, 212.
  - **Esclavismo:** 96.
  - **Imperialismo:** 96, 177, **219–220,** 221, 223.
  - **Liberalismo:** 172, 223.
  - **Marxismo:** 80, 81, 82.
  - **Pacifismo:** 241–242.
  - **Socialismo:** 81–82.
- **Elecciones:** 91–93, 196–197.
- **Partidos Políticos:** 194–195, 197.
- **Pensamiento político: 71–72.**
- **Tendencias**
  - **Andinismo:** 181.
  - **Camaleonismo–Casaleonismo: 198–199.**
  - **Caudillismo:** 180, 181, **194–195,** 202, 208.

- **Federalismo:** 144.
- **Gomecismo:** 181.
- **Teorías Políticas:** 196, 197, 198, 199, 202.
- **Tráfico de Influencias: 198-199.**

POLITICA ECONOMICA. Véase: **ECONOMIA - Política Económica.**

PREINDEPENDENCIA. Véase: **HISTORIA - Períodos - Preindependentista.**

PRESUNCION. Véase: **FILOSOFIA - Ideologizaciones - Presunción.**

"PRUDENCIA CULPABLE". Véase: **FILOSOFIA - Ideologizaciones - "Prudencia Culpable".**

RELIGION
- **Doctrinas**
  - **Catolicismo:** 80.
    - **Instituciones**
      - **Misiones:** 119.

REPUBLICA. Véase: **HISTORIA - Períodos - Republicano.**

REVISIONISMO HISTORICO. Véase: **HISTORIA - Tendencias - Revisionismo - Neorrevisionismo.**

SECTORES DE PODER. Véase: **SOCIOLOGIA - Sectores de Poder.**

SIMBOLISMO HISTORICO. Véase: **HISTORIA - Simbolismo - Simbolismo Histórico.**

SIMBOLISMO LITERARIO. Véase: **LITERATURA - Simbolismo.**

SOCIALISMO. Véase: **POLITICA - Política - Doctrinas, ideologías y sistemas - Socialismo.**

SOCIOLOGIA
- **Conceptos**
  - **Amnesia colectiva: 65-68.** Véase también **FILOSOFIA - Ideologizaciones - Olvido.**

SOCIOLOGIA
- **Conceptos**
  - **Jerarquía: 69-63.**
  - **Moral Social: 66-67, 68.**
  - **Urbanidad: 69-73.**
- **Pensamiento Sociológico:** 33, 71, 72, 87, 92-93, 105, 106, 109, 110, 193, 201, 208, 210, **211-212**, 218, 228, 233, 237.
- **Sectores de Poder:** 61.
- **Tendencias.**
  - **Feminismo: 91-93.**

SURREALISMO. Véase: **CULTURA - Tendencias - Surrealismo.**

TOLERANCIA. Véase: **FILOSOFIA - Conceptos - Tolerancia.**

TRADICION-TRADICIONALISMO-TRADICIONISMO: 163, 175, 176, 179, **181-183**, 198, 201, 217, **178-179.**

TRADICIONISMO HISTORICO. Véase: **HISTORIA - Tendencias - Tradicionismo Histórico.**

URBANIDAD. Véase: **SOCIOLOGISMO - Conceptos - Urbanidad.**

VANGUARDISMO. Véase: **CULTURA - Tendencias - Vanguardismo.**

VENEZOLANIDAD: 142, **147-157**, 163, 169, 186, 191, 193, 222, **231-232.**

XENOFILIA
- **Francofilia:** 12.

Impresión realizada para el Congreso de la República
en los Talleres Gráficos de AVILA ARTE, S. A.,
Avenida Augusto C. Sandino, Caracas, Venezuela, en
el mes de mayo de 1989

En 1976 el Congreso de la República, por iniciativa del Diputado Dr. José Rodríguez Iturbe acordó editar las **Obras Completas** de Mario Briceño Iragorry. El texto del Acuerdo apareció publicado en la Gaceta Oficial Nº 30.996, el 4 de junio de aquel año. De esa manera se rendía homenaje al ilustre escritor y pensador trujillano, quien fuera Presidente del Poder Legislativo en 1945 y cuya trayectoria pública se distinguió por su amplitud ideológica.

La figura de don Mario Briceño Iragorry se erigió como símbolo de dignidad por su honesta e infatigable lucha contra la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, conducta valerosa que lo condujo al exilio desde diciembre de 1952 hasta abril de 1958 después del derrocamiento del régimen represivo. Su obra es en conjunto un breviario de nacionalismo latinoamericano, entendido como denuncia permanente de las mediatizaciones económicas y políticas a que ha estado sometida cíclicamente la Historia de nuestras Repúblicas y a cuyo proceso alienante opone la defensa permanente de nuestros valores de la tradición y la cultura.

Briceño Iragorry fue también exponente luminoso de un pensamiento católico de gran modernidad y vigencia por su contenido social.

Estas **Obras Completas,** que abarcarán aproximadamente 20 volúmenes, recogen desde los primeros textos publicados por el ensayista, hasta la obra dispersa en publicaciones periódicas y valiosos materiales que integran su archivo personal.

La Comisión Editora deja constancia expresa de gratitud a los miembros de la Fundación "Mario Briceño Iragorry" por el respaldo y colaboración que han hecho posible la localización, ordenamiento y publicación de los textos.

Caracas, diciembre de 1988